

~~De Don Juan Moreno~~
~~Baquerizo~~



VIAGE
DE EL MUNDO
DE
DES-CARTES,

ESCRITO EN FRANCES

POR EL P. GABRIEL DANIEL,
de la Compañia de Jesus.

TRADUCIDO

POR DON JUAN BAPTISTA
de Ybarra.

SEGUNDA EDICION

AñADIDA EN MAS DE UNA
tercera parte.

Hazardo

EN MADRID:

CON LAS LICENCIAS NECESSARIAS.

En la Imprenta del Reyno, Calle de la Gorguera.
Se hallarà en donde los Mercurios.

PROLOGO.

NO me detendrè, Lector mio, en hacerte el elogio de esta Obra: esta diligencia serà muy ociosa à vista del aplauso con que ha sido anunciada en el Diario de los Sabios de Parìs, y recibida de la Francia, Olanda, Inglaterra, Italia, y demàs partes del Mundo Philosophico. Este ha sido tal, que venciò la modestia, ò desvaneciò el temor del R. P. Gabriel Daniel, de la Compañia de Jesus, su esclarecido Autor, el qual puso à la frente de la segunda Edicion su nombre, que havia ocultado en la primera. Solo te dirè que el motivo de haverla reimpresso ha sido vèr, que en la Edicion de Salamanca faltaba la Refutacion de dos Defensas del Systèma Cartesiano, muy fuertes, y nervio-

viosas, y una historia festiva, y primorosamente escrita de la Conjuracion de las qualidades ocultas en Stockholmo contra Mr. Des-Cartes. Todo esto me ha parecido objeto digno de la curiosidad de un Lector erudito. Usa, pues, de mi trabajo, y supla tu perspicacia los defectos de la torpeza de mi pluma.

VIAGE



VIAGE DEL MUNDO DE DES-CARTES.

PRIMERA PARTE.



UCEDIO con el Mundo de Des-Cartes lo que sucede de ordinario, quando se descubre de nuevo algun Paìs, pues se hicieron de èl muy diversas, y opuestas relaciones. No bien se oyò hablar de este nuevo Mundo, quando se empeñaron en reconocerle muchissimos Franceses, Ingleses, y Olandeses. Mas los Españoles, por mucha parte, que acostumbren tomarse en los nuevos descubrimientos, viendo que no se trataba de minas de oro, ò plata, ni de añil, ni de gengibre, mostraron no darseles mucho de ello. De que no les pessò à los descubridores, y mas interessados; pues esso mismo les animaba à esperar, que no les molestaria la Inquisicion. Porque en dicho Mundo, sobre otras cosas, la tierra anda al rededor del Sol, como en el de Copernico; y se sabe, que, tocante à este particular, se acordò mas de una vez Mons. Des-Cartes de lo que le so- *Des-Cart. t. 2. cart. 43. y 75.*

ſobrevino à Galileo. Y aún acaſo por eſſo miſmo ſe aplicò tan de veras à probar, que la tierra eſtà en repoſo, ſin embargo de ſer llevada por la materia del turbillon del Sol al rededor de eſte Aſtro. Pero ſea lo que fuere, muchos de los que pretenden haver reconocido mas bien eſte País, hicieron, y dieron al publico ſus relaciones; pero tan diverſas, que no ſe ſabe todavia, que es lo que ſe debe creer. Segun algunos, eſte no es mundo, ſino es un chaos, todo confuſion, y deſorden. Nada puede aſsimiſmo moverſe en èl. No hay en èl luz, ni colores, ni calor, ni frio, ni ſequedad, ni humedad. Las plantas, los animales miſmos no viven. Hay no ſolo libertad, ſino tambien obligacion á dudar de todo. Oſſadamente ſe os diſputará, ſi ſois, ò no ſois hombre; y aunque tengais la cara como los otros hombres, aunque ſeais de carne, y hueſſo, como los demàs, aunque camineis, aunque comais, aunque durmais, y en una palabra, con todo que hagais quanto naturalmente hace un hombre, ſe os puede, digo, poner en diſputa, ſi lo ſois, mientras no ſe obſerve, que hablais, y guardais conſequencia en lo que decis.

Num. 26. de la 3.p. de los princip.

Los que le habitan, ſe mueſtran fieros, y deſpreciadores, ſin reſpeto à la antiguedad; maltratando ſobre todo à Ariſtoteles, à quien tienen por un charlatan, y gran hablador de nada. Dicеſe tambien, que no ſon muy buenos Chriſtianos, ni muy Catholicos: enſeñandoſe allí maximas muy peligroſas, y ocaſionadas, aùn en las materias, que dicen relacion à los myſterios mas altos. No declaran bien lo que creen, tocante à la creacion de nueſtro mundo, á la produccion de la materia, y à la providencia de Dios: quien parece no haver tenido otro cuidado, ſegun ellos, que el de hacer voltear los pequeños cubos de la materia al rededor de ſu centro, pudiendo hacerſe todo lo demàs ſin èl.

Por el contrario otros nos aſſeguran, que nada puede darſe mas bien ordenado, que eſte mundo. Que todo eſtà en èl admirablemente diſpueſto, y nada ſe hace, ſino conforme à las leyes de la naturaleza. Que es cierto, que ſe halla libre de una infinidad de accidentes, qualidades, y eſpecies intencionales, como de un mueble inutil, con

que

que embarazaron èl nuestro los Philosophos. Pero que es falso sin embargo, que los sentidos no reciban en èl las mismas impressiones, que reciben en este: con esta diferencia sola, que allà se conocen, y explican mas bien las causas.

Por lo que mira à la religion, es muy facil la justificacion, y apologia destos Monsiures, à quienes se carga acaso temerariamente en un punto de tanta importancia. Puede darse mayor idèa de Dios, que la que tenia Des-Cartes? idèa, que no tomaba el de las criaturas visibles, que no son sino sombra muy confusa deste ente infinitamente perfecto; antes bien se la hallaba su entendimiento en sì mismo, y tal, que no le dexaba libertad para dudar de la existencia de un ente Soberano, aùn quando no huviesse Cielo, ni Tierra, ni cuerpo, ni otra cosa, que su espiritu. Pudiera ensancharse mas la esphera del poder Divino? Dios, segun èl, puede hacer, que dos, y tres no sean cinco; que un quadrado no tenga quatro lados; que el todo no sea mayor que su parte, cosas, que los demàs Philosophos no hacen escrupulo de substraer à la Omnipotencia. Ademàs de esso, el Author de una obrilla intitulada *Carta à un sabio Jesuita*, no ha assegurado, que el mundo de Des-Cartes es el mismo, que se describe en el primer Capitulo del Genesis? Otro libro saliò à luz, poco hà, en Olanda, intitulado *Cartesius Mosaisans*, que pretende lo mismo. El Author del libro de las influencias de los Astros explica el fin del mundo por la hypothesi de Des-Cartes. Monsiur Scottano, en una nueva apologia, *Pag.* 37. que hizo à favor de Des-Cartes, contra los que han intentado hacerle sospechoso de atheismo, hace notar su piedad, assegurandonos, que reduxo sus *Meditaciones* al numero de seis, en la consideracion de haver Dios empleado otros tantos dias en la Creacion del mundo. Y, si se cree al P. Mersenno, sabio, y cèlebre Minimo, intimo amigo de Monsiur Des-Cartes, nada hay tan Christiano, ni que inspire mas bien el amor de Dios, que la Philosophia Cartesiana. En fin, nada puede darse mas edificante, que la carta, que este gran Philosopho escribe à Monsiures de la Sorbona, dedicandoles sus Meditaciones. En cuya prueba, no ha mucho tiempo, que cierto amigo mio, que no

Nuev. de la repub. de los let. M. de Agost. 16. 87.

Cart. de Des-Cart. tom. 2.

es de los mas instruidos èn estas materias, haviendo leìdo por acaso en mi casa dicha dedicatoria; y viendo el titulo de *Meditaciones* al principio de la obra, me pidiò buenamente, que le prestasse este libro espiritual, para emplear en èl su devocion, la proxima Semana Santa.

Una tan gran diversidad de sentimientos, y relaciones, respecto de este mundo, por otra parte tan famoso, picò mi curiosidad, y hizo, que me determinasse á informarme por mi mismo de la verdad, ò falsedad de lo que se decia. La dificultad estaba en hallar quien me conduxesse à un Paìs adonde no se và à pie, ni à caballo, ni en coche, ni en nave, ni por mar, ni por tierra. Pero se me ofreciò, no mucho despues de haver tomado esta resolucion, la mayor oportunidad, que pudiera dessearse, de hacer este viage con gusto, y con toda la commodidad posible.

No hay muchos meses, que hallandome en cierta Ciudad de Provenza, contraxe amistad con un anciano de cerca de ochenta años, hombre habil, y que havia conocido, y tratado mucho à Monsiur Des-Cartes. Este comercio le havia hecho muy zeloso por la doctrina de este Philosopho; y à fuerza de maldecir el methodo, y las opiniones de la escuela, de echar pestes contra las preocupaciones de la niñèz, y de alabar sin fin la Philosophia Cartesiana, se la havia encasquetado de modo, que en materia de Philosophia no podia sufrir cosa, que se opusiesse, ò se apartasse de ella. En cierta conversacion, que sobre este particular tuvimos, le preguntè, si se correspondia con algun Cartesiano de reputacion. No por cierto me respondiò èl, yà no me comunico con los que se dicen de esta secta; porque en ninguno de ellos descubro aquella adhesion, que los primeros Cartesianos mostraron tener à su Maestro. Cada qual se fabrica yà systèmas à su antojo, y se toma la libertad de añadir, y quitar al que hizo Monsiur Des-Cartes; y que sin duda es una de estas piezas, ò obras delicadas, que se echan à perder, si se toca en ellas. Despues que ha muerto Monsiur Clerselier, à nadie escribo; y creo, que el puro Cartesianismo muriò, y se enterrò con èl.

Monsiures, le dixe, vosotros sois ciertamente admirables. Todos los prologos de vuestros libros estàn llenos de invectivas, y satyras contra los que se atienen ciegamente a los sentimientos de un Author, y hacen profession de seguirle siempre. No parece sino que todos los Philosophos modernos haveis hecho liga ofensiva contra los sequaces de Aristoteles, para herirles continuamente sobre este punto. Pero al mismo tiempo, que assi les reprochais este vicio, caeis en èl, mostrandoos cien veces mas encaprichados por vuestro Des-Cartes, que lo estàn ellos por su maestro. Yo, por mi, no querria vituperar la conducta d' essos Cartesianos mitigados, contra quienes tanto os enojais. Si su razon les descubre otro rumbo, por què razon no le podràn seguir? Aristoteles estaba, muchissimo tiempo havia, en possession de las Escuelas. No solo la possession inmemorial, sino tambien el consentimiento de los sabios, de las mas de las naciones, le havia confirmado el titulo, y dignidad de *Principe de los Philosophos*. Sin embargo se le revelò Monsiur Des-Cartes, y levantò un partido contra este Maestro universal. Con què derecho, pues, puede èl exigir mas sumission de sus discipulos?

Porque la razon, y la verdad, respondiò el anciano, estàn manifiestamente de su parte. Vè aqui cabalmente, repliquè, el primer passo que dàn los sediciosos, para justificar su causa. Pero yo Monsiur estoy mas indiferente, que vos, à lo qúe mostrais en este punto. Quisiera instruìrme de raìz en la Philosophia de Monsiur Des-Cartes, de que tengo solamente tal qual noticia muy remota, no la haviendo estudiado en èl mismo, sino en los escritos de sus discipulos, segun iban saliendo á luz, y esso sin methodo. Y viendome precisado à dexar muy luego este Paìs, y por consiguiente à carecer de las luces, que podria recibir de vos en este punto; por esso os preguntè, si manteniais amistad, y correspondencia epistolar con algun habil Cartesiano de Parìs; cuyo conocimiento pudiesseis procurarme, y encargarle, que se dignasse de instruìr à un discipulo tan docil, como yo.

Esta propuesta regocijò muchissimo à mi anciano; y lue-

luego vì en ſu ſemblante manifieſtos indicios de ſu gozo. Deſde que os conozco, me dixo, apretandome la mano, he notado ſiempre en vos una particular inclinacion à la verdad. Eſta es la primera, y mejor diſpoſicion, que requiere Monſiur Deſ-Cartes para conſeguirla. Vivid ſeguro. Todavia podeis eſtàr aqui dos meſes, que es el tiempo que es meneſter, y en que eſpero rècibir nuevas de Monſiur Deſ-Cartes: ſobre ellas tomarèmos las medidas, que mas conduzgan à vueſtro intento.

Nuevas de Monſiur Deſ-Cartes? Repuſe yo. Ha! Cerca de quarenta años hay, que ha muerto. Mucho huviera yo ſentido, reſpondiò èl, que ſe me huvieſſe eſcapado eſta palabra en otra ocaſion. Pero de propoſito la ſoltè ahora, para que entreis en deſeo de aprender de mì coſas, que ſaben muy pocos, y que os ſorprenderàn, sì, deſde luego; mas ſu noticia os conducirà en menos de nada, al fin à que aſpirais. Eſcuchadme.

Monſiur Deſ-Cartes, proſiguiò mi anciano, à exemplo de los antiguos Philoſophos, Gefes de ſecta, no hizo publicos todos los myſterios de ſu Philoſophia. Reſervò, pues, algunos, que ſolo revelò à ſus mas queridos diſcipulos, de cuyo numero fui por mi dicha. No rehusò al publico las luces yà Morales, yà Phyſicas, que juzgò podrian ſerle utiles. Pero recatò con prudencia algunos conocimientos particulares, de que podria ſeguirſe tal vez algun abuſo. Y uno de los puntos, ſobre que ſe creyò obligado à obſervar eſta cautela, es la inmortalidad de las almas. El es ſin duda uno de los mas importantes en la Philoſophia. Probarla de un modo claro, facil, intelegible, y que fuerze la razon, ſin que le quede el menor eſcruplo, es deſtruìr enteramente el principal fundamento del libertinage, y del atheiſmo.
Medit. Lo que conſiguiò Monſiur Deſ-Cartes, demoſtrando la diſtincion que hay entre alma, y cuerpo, por medio de la idèa clara, y diſtinta que tenemos de eſtas dos eſpecies de ſer. Eſſa demoſtracion es una de las piezas mas bellas, y
Objec. 5. utiles de ſus admirables *Meditaciones*; y aſsi, no ſin admi-
Reſp. à racion ſe la viò impugnar con tanto ardor, en particular por
las 5. ob- Monſiur Gaſſendo: contra quien (deſpues ſin embargo de
jec. tomar ſu venia) ſe enardeciò tambien Monſiur Deſ-Cartes,

en-

enojandose acaso à sì mismo en esta ocasion. Lo que diò lugar a que se pudiesse decir, como se dixo entonces, que Monsiur Des-Cartes no entendia de chanzas. Pero tuvo bastante moderacion en la disputa, para no dexarse llevar de la tentacion, que tuvo tal vez, de justificar su demonstracion por la experiencia, temiendo alguna mala resulta; y esse es el mysterio que quiero revelaros.

Sabido es, que Monsiur Des-Cartes procuraba confirmar con la experiencia las verdades que descubria antes con sola la luz de su razon. Haviendo, pues, demostrado con tanta evidencia la distincion que hay entre alma, y cuerpo, concibiò, que podria llegar à penetrar el secreto de su union; y hallar por esse medio el de separarlos, y reunirlos, quando quisiesse. Las dificultades, que en este particular le propuso su ilustre discipula Isabèl, Princesa Palatina; y el embarazo que hallò en darle respuestas, que pudiessen comprehenderle facilmente, le determinaron en fin à esta empressa. Propusonos un dia este designio à mi, y à otros amigos; pero à todos nos pareciò chimerico. Y aùn me acuerdo de que, riendome, le dixe, que me parecia no podria imaginarse medio de ponerlo por obra, si no que se recurriesse al celebrado Caducëo, de que se dice, que se servia Mercurio, por orden de Jupiter, para separar las almas de los cuerpos, y unirlas de nuevo à otros succesivamente, conforme à los principios de la Metempsycòsi de Pythagoras.

Mas esto no fuè parte para que Monsiur Des-Cartes dexasse de meditar en ello, no del todo desesperado de conseguirlo. Dedicòse, pues, mas que nunca à estudiar con cuidado, y exactitud la fabrica del cuerpo humano, y esto le diò ocasion de hacer muy buenos descubrimientos anatomicos. La primera consequencia, que sacò de la idèa, que se havia formado del alma, como de una cosa perfectamente indivisible, fuè, que ella no està extensa, digamoslo asi, ni dilatada por todo el cuerpo, como se enseñaba vulgarmente. Y mostrò la dèbilidad de la razon principal, en que hasta entonces havia estribado esta preocupacion comun; y es, que la alma, en qualquiera parte del cuerpo que se pique, siente: luego està, inferian los Philosophos, en

en todo, y por todo el cuerpo. Moſtrò, digo, la debilidad de eſte diſcurſo por dos experiencias, que claramente prueban, que podemos percibir dolor, y las demàs impreſsiones de los objetos en donde no eſtà nueſtra alma. La primera ſe toma de aquellos, que haviendoſeles cortado un brazo, ſienten deſpues, de tiempo en tiempo, algunos dolores como en la mano: ſiendo aſsi, que no hay tal mano, y que por conſiguiente no eſtà, ni puede eſtàr alli la alma. La ſegunda ſe toma de aquel ciego (perpetuo v. g. de Monſiur Deſ-Cartes) que ſe ſirve de ſu baſton para diſcernir la figura, y muchas qualidades de los cuerpos; y que por medio de eſte baſton conoce, ſi lo que toca con èl es agua, tierra, ò hierba: ſi el ſuelo, que piſa es liſo, ò aſpero, &c. ſiendo muy cierto, que el ciego percibe todo eſto con ſu baſton, en que ciertamente no eſtà ſu alma.

Demoſtrò, pues, que debiendo conſiſtir la impreſſion, que hacen los objetos en nueſtro cuerpo, en el movimiento de los nervios, y fibras, que ſe difunden en èl por todas partes, no era meneſter para percibirla, que l' alma ſe difundieſſe tambien à lo largo de dichos nervios; pues ſerìa baſtante, que eſte movimiento de nervios, y fibras ſe comunicaſſe à alguna parte, donde l' alma hicieſſe ſu reſidencia. Del miſmo modo, que por medio d' el baſton ſe comunica à la mano el diverſo movimiento, que ocaſiona el encuentro d' el cuerpo blando, ò duro, pulido, ò aſpero. Aſsi, pues, como por medio d' el baſton, en que ciertamente no eſtà, percibe l' alma las qualidades d' el cuerpo, que con èl ſe toca: podria percibir tambien las qualidades d' el cuerpo, que tocaſſe la mano, por medio de los nervios que ſe difunden deſde el celebro haſta la mano, aunque no eſtuvieſſe, ni en la mano, ni en los nervios. Y concluìa finalmente, que el dolor, que percibe l' alma en la mano, quando, por exemplo, la acerca mucho al fuego, no ſupone, ni arguye, que l' alma eſtè por sì miſma en la mano: como no lo ſuponia, ni arguia el dolor de un dedo, de que ſolia quexarſe à tiempos cierta doncella, à quien ſe havia cortado el brazo, ſin que ella lo ſintieſſe, por eſtàr gangrenado. Porque ella no ſentia eſte dolor, ſino porque los humores, ò otra alguna cauſa, movian los nervios,

Cart. de Deſ-Cart.

que

que se difundian antes hasta la extremidad de la mano, d' el modo que huviera sido menester, para hacerle sentir el mismo dolor en el dedo antes que se le huviesse cortado el brazo.

Despues de haver dado este passo, y deducido una consequencia tan importante, y tan plausible de un principio tan abstracto, como lo es la immortalidad de l' alma; le fuè facil probar, que essa debe residir en el celebro. Alli es donde rematan, ò por mejor decir, alli es donde tienen su origen todos los nervios. Alli es donde los Philosophos, exceptuando algunos, y en particular Vanhelmont, que tuvo la phantasìa de colocar l' alma en el estomago; alli es, digo, donde los Philosophos colocan lo que ellos llaman *sentido comun*: que es lo mismo que decir, aquella parte, donde l' alma puede ser advertida de todas las diversas impressiones, que los objetos externos pueden producir en el sentido. Pero, como el celebro tiene bastante extension, y ademàs de aquella substancia blanda, y blanquecina de los sessos, hay membranas, glandulas, y ventriculos; no era muy facil determinar la parte, en que precisamente tiene l' alma su asiento. Examinò, pues, Mr. Des-Cartes las diferentes opiniones de Philosophos, y Medicos; y despues de haver rechazado las mas, por mal fundadas, concluyò, que el asiento de l'alma debe tener tres condiciones. 1. que esta parte sea unica, para que la accion del objeto, que hiere à un mismo tiempo los dos organos de un sentido, haga una sola impression en l' alma; y no le haga vèr (por exemplo) dos hombres en donde no hay sino uno. 2. que estè muy cerca del origen de los espiritus animales, para que con facilidad pueda valerse d' ellos l' alma en el movimiento de los miembros de nuestro cuerpo. 3. en fin, que sea moble, para que l' alma pueda por medio de su movimiento determinar los espiritus animales à que desfilen, y vayan àcia ciertos musculos antes que àcia otros: condiciones, que solo concurren en una pequeña glandula, nombrada *Pineàl*, situada entre todas las concavidades de el celebro, rodeada, y sostenida de todas las arterias, que componen la lacis choroide. Aqui mismo se puede assegurar, que està el

Tom. 2. Cart. 36.

el manantial, y origen de los espiritus animales, que haviendo subido de el corazon por las carotides, reciben en esta glandula la forma de espiritu animal, dessasiendose de las partes de la sangre mas grosseras; y que de alli toman su curso àcia todos los diferentes musculos d' el cuerpo, parte con dependencia, y parte con independencia, y parte con independencia de l' alma: segun que el Author de la naturaleza lo ha dispuesto, en orden al fin que se propuso en la produccion del hombre.

Hàsta aqui llegò Mr. Des-Cartes, conducido de solo su discurso; y acaso no huviera passado de aqui, si èl acaso, ò bien de la bondad de Dios, que aprueba la loable curiosidad de quien se aplica à meditar sus admirables obras, no le huviesse descubierto, por un modo bien extraordinario, el secreto que buscaba. Y este sin duda debiò de ser uno de los mas maravillosos efectos, que suelen producir los deseos de un' alma Philosopha, los quales vienen à ser, segun un celebre Author, como una cierta especie de oracion natural, que nunca dexa de ser oìda, si se le junta un prudente, y exacto uso de la razon.

P. Malebranc.

Creereisme, prosiguiò el anciano, si os dixesse, que Monsiur Des-Cartes tenia sus extasis de quando en quando? Y por què no? le dixe. Esso no es increible de un especulativo tal como èl lo era, ni seria sin exemplo. Quièn habrà, que no haya oìdo hablar de los extasis, en que se viò absorto muchas veces el famoso Archimedes, que perdiò finalmente la vida en uno d' ellos? Empleado todo en trazar ciertas figuras Mathematicas con aquella grande, y fuerte aplicacion de espiritu, que solia, no bastò todo el estrepito, con que discurria victorioso por Syracusa el Exercito Romano, para hacerle volver en sì; y fuè muerto por los Soldados, que saqueaban su casa, sin que supiesse èl lo que sucedia.

Ha! repuso mi buen anciano, suspirando. De lo que voy à contaros, conocereis, que los extasis de Mr. Des-Cartes no le fueron menos funestos, aunque tuvieron causa muy diversa, y fueron muy de otra especie. Yo mismo le sorprendì en uno de estos extasis.

Un dia, que estabamos en Egmond, pequeño Lugar de Olanda, en donde residia èl con gusto, entrò muy de mañana en la estufa, que se havia hecho fabricar muy semejante à la otra de Alemania, donde empezò à philosophar, y se puso à meditar con el ahinco que solia. Entrè yo dos horas despues, y le hallè recodado sobre la mesa, la cabeza inclinada àcia delante, y sostenida por su mano izquierda, en que tenia una pequeña tabaquera; y como que llevaba la derecha à las narices, en ademàn de quien vá à tomar un polvo de tabaco. Finalmente èl estaba immoble, aunque tenia los ojos abiertos. Y como no se moviesse, ni al ruido que hice yo al entrar, puseme à contemplarle en este estado cerca de media hora. En cuyo tiempo sucediò una cosa, que me sorprendiò muchissimo. Fue el caso, que vì baxar desde un estante una botella de agua de la Reyna de Ungria: y sin que nadie la moviesse, venirse por el ayre àcia Mr. Des-Cartes. Quitòsele de suyo el corcho que la tapaba, y aplicandosele à las narices, se estuvo como colgada de ellas por algun tiempo. Yo os confiesso ingenuamente, que por entonces sospechè que huviesse algo de diablo en las cosas de nuestro Philosopho, y que algun espiritu familiar, como el de Socrates, le inspirasse tantas, y tan buenas cosas como nos comunicaba cada dia. Pero despues fuì convencido de que nada de esso era; y asi os ruego que suspendais por ahora el juicio.

No mucho despues volviò en sì, como sobresaltado, Mr. Des-Cartes, y dando una palmada en la mesa, dixo: *Finalmente yo me he salido con ello.* Quedòse luego algo suspenso; y levantandose en fin todo gozoso, diò, no haviendome visto, dos cabriòlas en medio de la pieza, repitiendo siempre: *Me he salido con ello, me he salido con ello.* Yo, viendo saltar asi à Mr. Des-Cartes, hombre de suyo serio, y de natural melancolico, echè à reir; y èl, haviendome oìdo, y visto juntamente, se sonroxò desde luego; pero despues echò tambien à reir conmigo. Mas como yò le apretasse sobre que me declarasse la causa de aquellos extremos, me res-

respondiò : En pena de haver visto en mi una immodestia, indigna de un tal Philosopho, no la sabreis tan presto. Saliòse, pues, de la estufa, y cerrò sobre sì la puerta de su estudio. Sin embargo, passados dos dias, me declarò todo el mysterio.

Salimos à passear los dos, y despues de haver tratado de cosas varias: Ea, pues, me dixo con entereza, yà, sin recurrir al Caducèo de Mercurio, he hallado no solo el secreto de la union de l'alma al cuerpo; mas tambien el de separarlos, y reunirlos, siempre que quiera. Es cosa experimentada. Este es el fruto de la profunda meditacion, en que me visteis el otro dia; y quando os pareciò que bolvia en mi, bolvia yo de mucho mas lexos de lo que pensais. Dixomelo tan sèrio, y con tanta asseveracion, que no pude menos de tenerlo por cierto. En vuestra mano està, me añadiò, el certificaros por la experiencia de lo que os voy à decir: Este secreto no tiene, ni tendrà igual en el Mundo. Resuelto he no comunicarle sino à muy pocos; pero la lealtad, que me professais, nada me permite recataros. Fuè prosiguiendo, sin darme lugar à responder à tanta honra; y me refiriò el orden de tan extraño sucesso.

Dixo, pues, que haviendose puesto à meditar con cuidado las dificultades, que le havia propuesto la Princesa Isabèl, tocante à la union de l'alma al cuerpo; y recorriendo en su memoria las reflexiones que havia hecho en varias ocasiones sobre este punto, se hallò de repente en un estado, que no podia representarse ahora sino muy en confuso, ni concebia con toda claridad, sino quando se hallaba en èl actualmente. Todo lo que pudo decirme de dicho estado, fuè, que tenia algo de desmayo; porque en èl ni se veìa, ni se oìa, ni se sentia impression alguna de los objetos externos, no siendo vehementissima; en cuyo caso cessaba aquel estado. Pero que se diferenciaba mucho: pues que l'alma se sentia à sì misma, y conocia tambien la suspension de las funciones organicas: lo que no sucede en el desmayo. Que assimismo tenia l'alma una infinidad d'estos conocimientos immateriales, ò puramente espirituales, de que nos havia èl hablado algunas veces; pero que los tenia de un modo mucho mas perfecto, que quando los phantas-

tas-

tas mas turban, y interrumpen su atencion: Que se descubren entonces mas verdades en un solo instante, que en diez, ò mas, fuera de aquel estado; y que este conocimiento tan claro, y de la verdad llena l'alma de un gozo tan puro, y tan cabal, que nada es mas cierto, que lo que dice Aristoteles, (acaso despues de haver hecho una experiencia semejante) esto es, que la perfecta felicidad d' el hombre en esta vida, si la puede haber, consiste en la contemplacion de Dios, y de las cosas naturales.

Pero añadiò, que no percibiò cumplido este gusto, sino despues que se hallò d'el todo ilustrado sobre el punto que ocupaba por entonces su atencion, lo que no tardò en conseguir. Tuvo, pues, el placer no solamente de conocer, mas tambien de sentir de algun modo la verdad de las mas de las cosas que havia pensado hasta entonces; y la evidencia de las idèas que se havia formado d'el cuerpo, y de l'alma. Viò à esta colocada en la glandula Pineal, como lo havia èl conjeturado; y viò, que su union al cuerpo nada era menos, que la extension virtual, ò mas bien, chimerica, en fuerza de la qual se pretende, que està en todos los miembros, nada asimismo menos, que los modos imaginarios, de que se sirven en la Escuela, para confundir, y obscurecer las idèas de los muchachos. Pero lo mas principal fuè el vèr, como viò, que esta union no era en efecto otra cosa, que el actual comercio, y correspondencia que tienen entre sì alma, y cuerpo: comercio que consiste en que los nervios esparcidos por todo el cuerpo, dàn por su movimiento ocasion à l' alma de conocer las diversas impresiones, que los objetos externos hacen sobre el sentido; y consiguientemente l' alma por medio d' el moviento impresso à la glandula Pineal, donde rematan todos los nervios, determina los espiritus animales à desfilar por los musculos, para producir en los miembros los movimientos, que ella les quiere dàr, particularmente los que son necessarios para la conservacion del cuerpo.

Despues d' esto (prosiguiò mi anciano) me refiriò Mr. Des-Cartes quanto le habia sucedido en esta ocasion, y las reflexiones que èl habia hechò. Y fuè la principal, que, una vez interrumpido el comercio, en que consiste la union,

y no percibiendo yà por consiguiente l' alma las impressiones que los objetos externos hacen en su cuerpo, venia à estàr como separada de èl, no obstante, que se hallasse todavia en su estancia ordinaria: no siendo esta presencia local sino lo menos, que interviene en su union al cuerpo. Tomòla, pues, deseo de apartarse un poco, para vèr por un instante lo que sucedia en esta separacion. Dicho, y hecho: como lo quiso, assi se hizo, y etele, que experimentò lo que nos havia dicho muchas veces, esto es, que si la machina d' el cuerpo tuviesse sus organos sanos, y libres, y huviesse en el estomago, y en el corazon el mismo calor que hay de ordinario, se harian la circulacion de la sangre, la filtracion de los humores, todos los movimientos, y todas las funciones naturales, que se hacen en nosotros, sin que l' alma lo perciba: que se harian, digo, d' el mismo modo, estando l' alma ausente d' el cuerpo, y con la misma regularidad que se hacen en el estado de su union. Assi sucediò, que, estando l' alma de Mr. Des-Cartes à alguna distancia de su cuerpo, contemplando lo que se passaba en èl, viò, que, haviendosele puesto una mosca en el rostro, luego acudiò la mano à espantarla; ni mas ni menos que lo haria, si estuviesse l' alma unida al cuerpo. Tan cierto como todo esto es, que los mas de los movimientos, que se atribuyen à l' alma, se hacen en nosotros por sola la disposicion machinal de nuestro cuerpo.

Antes de apartarse mas de su cuerpo, entrò en èl, y se saliò muchas veces l' alma de Mr. Des-Cartes. Y, juzgando por la disposicion en que le veia, que podia dexarle por algun tiempo sin peligro; se resolviò à emprehender un viage bastantemente largo. Fuese, pues, à casa de sus padres en Bretaña, y luego à las de sus amigos en Parìs; pero huvo de padecer el disgusto de entender, que por allà no se sentia bien d' el en punto de religion. El Paìs, que havia escogido para su residencia, y algunas consequencias, que se tomaban de sus principios, havian dado ocasion à estos juicios temerarios. Con todo, es constante, que viviò, y saliò del mundo en la Fè Catholica.

Lo mejor que hay en estos viages, que hace l' alma separada de su cuerpo, es, que camina, si quiere, en un minu-

nu-

nuto tres, ò quatro mil leguas. De suerte, que la de Mr. Des-Cartes, haviendo salido de Egmond à las ocho y media de la mañana, corriò toda la Francia en hora y media; y estaba yà de vuelta à las diez. O Dios! exclamè, y que gran comodidad para quien tiene tanta ansia, como tengo yo, de vèr el mundo! Lugar habrà de contentaros, respondiò mi anciano: dexadme proseguir hasta el fin.

Haviendo vuelto de su viage l' alma de Mr. Des-Cartes, hallò su cuerpo en el estado mismo en que le havia dexado. Pero, no comprehendiendo todavia, como havia podido poner su empressa en tan buenos terminos, no acababa de satisfacerse. Consideraba, que este sucesso era efecto de un acaso; y dudaba, si podria bolver à separarse, una vez reunida, sin que llegasse la hora de la muerte. Aplicòse, pues, à considerar con todo estudio la machina de su cuerpo, y la disposicion de sus organos; y notò, que los nervios que sirven al sentido, y los que sirven à las funciones naturales, como son el movimiento del corazon, la circulacion de la sangre, y otras, se hallaban en muy diferente estado. Viò, que estos estaban muy tirantes; y concibiò, que en esta disposicion daban facil transito à los espiritus animales àcia los musculos, y podian por consiguiente mantener, y continuar los movimientos naturales, que no percibe l' alma, unida al cuerpo. Todo lo contrario echo de vèr en los nervios, que sirven al sentido; porque estaban sobre manera floxos, y consiguientemente poco aptos, para que el movimiento, que producia en ellos la impression de los objetos exteriores, pudiesse continuarse hasta el asiento del alma. La dificultad estaba en conocer la verdadera causa que havia aflojado los unos, y no los otros; y como se podria hacer, que los flojos se tirassen de nuevo.

Mas la tabaquera, que, como dixe al principio, tenia su cuerpo en la mano izquierda, diò motivo à l' alma de acordarse de que Mr. Des-Cartes havia tomado tabaco antes d' el referido extasis. Ocurriòle, pues, que podria haver procedido todo d' el tabaco. Serviase entonces de uno de nueva especie, que havia trahido de cerca de la China un Mercader de Amsterdàn, y se le havia regalado. Mas, porque era en extremo fuerte, le havia mezclado, para suavi-

vi-

vizarle, los polvos de una cierta hierva: cuyo nombre no quiso participarme, como ni darme noticia d' el terreno, que la produce, aunque me regalò una porcion muy buena. Hecho, pues, una buena dosis d' este tabaco en el reverso de la mano derecha, y haciendosela tomar à las narices, viò al instante su efecto maravilloso en el celebro; pues se disiparon al punto todos los vapores. Con esso pudo notar, que los corpusculos d' el tabaco despejaban el celebro; pero que al mismo tiempo los de la hierba, siendo mas groseros, y menos aptos à moverse se asian, y embarazaban en los nervios d' el sentido: y consiguientemente los afloxaban, y entorpecian mas.

Esto visto, se convenciò l' alma de que el desmayo, ò total enagenacion d' el sentido era efecto de la hierba, que se le habia mezclado al tabaco; y que este, disipando al mismo tiempo todos los humos que podian ofuscar el celebro, dexaba l' alma despejada, y en libertad para poder conocer, y reflexionar sobre sì: como ella misma lo habia experimentado. Conjeturando, pues, que l' agua de la Reyna de Ungria podria tirar de nuevo los nervios, pues se emplea, y se usa d' ella con sucesso para restituir, y hacer volver en si los que han caìdo en algun pasmo; tomò l' alma la botella, de que hablè al principio, y trayendola por el ayre adondonde estaba el cuerpo, la destapò, (esta era toda la magia, y diablura que sospechè) y la aplicò à las narices. El espiritoso vapor de l' agua produxo el efecto, que l' alma se havia prometido; y luego ella, tomando su asiento en la glandula Pineal, se hallò unida de nuevo à su cuerpo, como antes. Y entonces fuè, quando volviò en sì Mr. Des-Cartes.

Tambien os dixe, que luego se havia retirado à su estudio. Sabed, pues, que lo hizo para repetir, y assegurarse de su experiencia; que le saliò siempre con la misma felicidad. Desde entonces separò su alma de su cuerpo, por menos de nada, siempre que quiso; y despues que me comunicò el secreto, han hecho su alma, y la mia cien viages, para instruirse de lo mejor, y mas curioso de la naturaleza.

Como no todos los què leen las obras de Mr. Des-

Cartes, estàn (añadiò mi anciano) en lo que acabo de deciros, no sin razon se admiran de lo que yà no puede haceros fuerza. De la delicadeza, digo, y exactitud, con que èl explica todas las propriedades de sus tres elementos, tan insensibles como ellos son; sus figuras, sus movimientos, su orden, y disposicion para la fabrica, assi d' el mundo en comun, como de todos los cuerpos en particular; la situacion, y estructura de sus turbillones, en que llegò à señalar la diferente grossez de las bolas d' el segundo elemento, asegurandonos, que las mas menudas estàn cerca d' el centro d' el turbillon, y las mas gruessas mas distantes, siendo mas, y mas gruessas à proporcion de la mayor distancia; la formacion d' estas partes acanaladas, y torneadas à modo de pequeños caracoles, por medio de que explica con tanta naturalidad, y hermosura la naturaleza, y tan varios phenomenos d' el iman: phenòmenos, que havian sido la cruz de los Philosophos, asimismo de aquellos que nada dexan de explicar por el socorro de las qualidades ocultas. Todo esto lo havia visto Mr. Des-Cartes por sì mismo, y como se suele decir, intuitivamente. *1. part. de los princip.*

Y yo, que os hablo, pensais vos, que en la edad de setenta y siete años, y siendo de complexion tan delicada; pensais, digo, que podria vivir, y conservar todas mis fuerzas, como veis que vivo, y las conservo, sino tuviesse una total comprehension de la machina de mi cuerpo? sino concertasse de quando en quando sus muelles, que se gastan, y desquician con el uso? Tened entendido, que no me han conservado los remedios de la medicina, cuyas conjeturas son tan falibles, y cuyo uso tanto disuade con razon Mr. Des-Cartes à la Princesa Isabèl; sino el conocimiento que tiene mi alma de mi cuerpo, de cuya admirable fabrica està tan bien instruida, y prosigue en instruirse, poniendose, quando quiere, en el estado de separacion que os hè explicado. *Cart. de Des-Cart.*

Es preciso confessar Mr. le dixe, que posseeis un secreto admirable, y infinitamente util. Con impaciencia aguardo, que me le comuniqueis; porque medito hacerle tener por tan precioso, como lo pudiera ser el arbol de

la vida, si Adàn huviera sabido conservarle. Ni dudo, que si le huviera barruntado Origenes, para quien las historias de la Escritura eran otras tantas alegorìas, diria, que el arbol de la vida era este mismo secreto, comunicado à Adàn por el Criador. Pero lo que me advertìs de vuestra mucha edad, y robustèz, me motiva cierta dificultad no pequeña. Còmo Mr. Des Cartes, Author de secreto tan importante, se dexò morir de solos cinquenta y quatro años? Tanto aborrecia la vida, que no quiso refirmar los muelles de la machina de su cuerpo, siendole tan facil el prever, y proverlo todo?

Luego vos pensais (replicò el anciano) que Mr. Des-Cartes ha muerto? Yo no sè, como vos lo entendeis, le respondì; pero sè, que no se acostumbra enterrar los vivos: y todo el mundo sabe, que en 1650. se enterrò en Estokolmo el cuerpo de Mr. Des-Cartes, con la pompa que dispuso Mr. Chanut, su amigo, y actual Embaxador de Francia à la Corte de Suecia. Como tambien es publico, que Mr. Dalibert hizo trasladar despues à Parìs sus huessos, que fueron colocados en la Iglesia de Santa Genovefa: en donde se lee su epitaphio, abierto en muy bello marmol. Todo esto me parece que supone muerto à Monsiur Des-Cartes, quanto lo puede estàr hombre alguno.

Prefac. à las Cart. de Des-Cartes.

Todo esso es cierto, dixo mi Cartesiano, y con todo esso es falso que haya muerto Monsiur Des-Cartes. Porque lo que se llama morir, sucede quando, haviendo el cuerpo hechose incapàz de las funciones vitales por falta de los organos, que, ò se gastan en el discurso d' el tiempo, ò se rompen con algun golpe, ò se corrompen por alguna enfermedad, es obligada l' alma á separarse por las leyes de la union, establecidas por el soberano Author de todas las cosas. Pero l' alma de Monsiur Des-Cartes no se separò assi de su cuerpo. Y para que lo veais, oid.

Tres, ò quatro meses despues que Mr. Des-Cartes llegò à Suecia (llamado de la Reyna Christina, que le honraba en extremo, hasta entretenerse con èl por espacio de una hora todos los dias en su Bibliotheca) se hallò acometido de una inflamacion de pulmon, seguida no

Prefac. de las Cart. de Dès-Cartes.

mu-

mucho despues de un delirio, ò rapto à la cabeza. Pero haviendo la fiebre dexado esta parte principe, fuè facil sacarle de cuidado. El mismo havia escrito poco antes à un amigo, que havia hecho ciertos descubrimientos en la anatomia, que le prometian una vida no menos que de cien años. Vos mismo sabeis muy bien, que Mr. Des-Cartes no se aventuraba, ni abanzaba sin mucha seguridad. Pero un contratiempo no previsto hizo que saliesse falso su prognostico. Como no pudiesse todavia reposar bien las noches, se saliò su alma una d' ellas à dàr un passeo de los acostumbrados, por desenfadarse. Por desgracia vino el Medico, fuera de lo que solia, à visitarle à media noche. Y como ni el ruìdo que hizo al entrar en la camara, ni otra alguna diligencia hiciesse dispertar el cuerpo, cuyos sentidos estaban profundamente absortos por virtud de la hierva que mezclaba Mr. Des-Cartes à su tabaco; le aplicò à las narices una pequeña ampolla de un liquor sumamente espiritoso, en la intencion de fortificarle el celebro. Hizo, pues, el espiritu en el organo d' el sentido un efecto mas prompto, y eficàz, que lo hiciera l' agua de la Reyna Ungria, de que usaba l' alma de Mr. Des-Cartes quando queria que cessasse el desmayo, y restituìrse à su cuerpo. Hizole abrir los ojos, y dàr algunos suspiros; en vista de lo qual, le preguntò el Medico, como se hallaba. La machina, habituada desde el principio de la enfermedad à responder à semejantes preguntas, *que se hallaba muy mal*, diò tambien al Medico la misma respuesta. Pero à otras preguntas, que prosiguiò haciendole, como faltasse el habito, y no estuviesse alli l' alma, sin la qual no podia guardarse consequencia, no respondia sino despropositos; ni cessaba de decir mil extravagancias, y ad ephesios, segun que la voz d' el Medico movia, y determinaba los organos de la machina. Sobre todo hablaba eternamente de la union, y de la separacion de su alma: que eran los ultimos pensamientos que havia tenido, y havian dexado impressas en el celebro sus huellas, ò imagenes, que movian la lengua, como era menester, para que pronunciasse este genero de palabras.

Cart. de Des-Cart.

Prefac. à las Cart. de Des-Cart.

Estas apariencias hicieron creer al Medico, que ha-

havia un nuevo rapto à la cabeza; y en esse juicio le hizo sangrar muchissimo d' el pie. Mas como, ni esso bastasse, le recetò ventosas, y otros remedios muy violentos, que alteraron, y apuntaron al pobre cuerpo, de suerte, que en menos de nada perdiò todas sus fuerzas. Dispusose poco à poco el calor natural, dexòse caer al pecho un gran golpe de fluxion, que se le ocupò, y cerrò enteramente; y en una palabra, quedò hecho cadaver, incapàz de servir à las funciones vitales, y de hospedar l' alma. Este fuè el tragico fin de Mr. Des-Cartes; y assi es cierto, como veis que no se ha muerto.

Ciertamente, Monsiur (le dixe) esso no es morir en forma. Sin embargo el Medico Sueco merece perdon, y seria absuelto en todas las Universidades de Europa, haviendo procedido conforme à las reglas de su facultad, y obligado de tan fundadas apariencias. Mas es, que podria muy bien jactarse de haver conseguido lo que ni soñar pudiera otro Medico, esto es, de haver muerto à un hombre, sin haverle muerto. Pero proseguid, Monsiur, os ruego, y decidme (si lo sabeis) que se ha hecho de l' alma de Mr. Des-Cartes. Porque al fin l' alma, segun los indubitables dogmas de nuestra creencia, recibe al salir de el mundo su destino para la eternidad; y no puede menos de ir, ò al Cielo, ò al Infierno, ò al Purgatorio por algun tiempo limitado.

Esta pregunta enojò à mi anciano; y en el nombre de Dios me respondiò colerico: dexad yà essa maña ridicula, que se os ha pegado en las Aulas, de mezclar los puntos de religion con los puramente Philosophicos. Esso mismo diò impulsos à Mr. Des-Cartes de abandonar la Philosophia, ò à lo menos de suprimir sus escritos, para ahorrarse el enfado de haver de responder à semejantes necias objecciones, que à cada passo le hacian. Yo os refiero una cosa puramente de hecho; y vos quereis, que os dè razon de la conducta de Dios. Todas essas dificultades, yà que me apurais, estàn preocupadas, haviendose os dicho que Mr. Des-Cartes no ha muerto. Porque si no ha muerto, no habrà sido juzgado; y por consiguiente serà desproposito el inquirir qual fuè su juicio, que no se hace sino despues de la muerte.

Pe-

Pedile perdon de mi imprudencia, y convine con èl en que nada hay mas importuno, ni mas incommodo, que este genero de dificultades incidentes, y trahidas de otras materias, en particular para un Philosopho, que fabricò, y tiene yà ajustado su systèma, sin haver atendido à todo esso. Pero esto mismo me dà oportunidad para pedir, como desde luego pido, à mis lectores que usen conmigo de semejante equidad. Que no me armen pendencia sobre el punto de las almas separadas, que encontrè por el camino en mi viage al mundo de Des-Cartes; ni quieran obligarme à responder à varias dificultades, que con esta ocasion podrian oponerseme. Este es el fondo de las mas agradables incidencias de mi historia, que solo con essa condicion doy al publico. Que se acuerden d' el privilegio de los señores Cartesianos, quando embarazados con el argumento, que se les hacia contra la essencia, ò difinicion de la materia, tomado d' el Sacramento d' el Altar, creyeron tener derecho para exclamar, que se les hacia conocida fuerza. Que su Philosophia prescindia de la Fè. Que ellos eran Philosophos, y no Theologos; y que intentaban explicar los mysterios de la naturaleza, mas no los de la Religion. Que se me haga, pido, la misma justicia, ò si se quisiere llamar asi, la misma gracia. Y en caso que haya quien tenga tan buena intencion, que quiera hacerme sospechoso de la heregia, que enseñaba, que las almas no reciben al salir de sus cuerpos el destino de la eternidad; repare que yo en esto soy Historiador, y Philosopho; pero no Theologo. Que hago la relacion, ò descripcion d' el mundo de Des-Cartes, y no un Cathecismo, ni la professsion de la Fè. Y que finalmente el character de una historia, qual es la que yo escrivo, la hace mas independente de los mysterios de nuestra Religion, que lo puede ser systèma alguno philosophico. Ningun hombre de juicio puede negar que pido, y digo bien; y esto supuesto, vuelvo a la narracion de mi anciano, que prosiguiò asi.

Haviendo vuelto de su viage l' alma de Mr. Des-Cartes, se hallò en el mismo embarazo, que la de aquel Hermotimo, de quien dice Tertuliano, que dexaba tambien su cuerpo acostado en su lecho, y se iba à passear *Lib. de Anim.*

por toda la tierra. Entrambas, al bolvèr, hallaron sus cuerpos incapaces de recibirlas.

Lo primero que hizo l' alma de Mr. Des-Cartes, fue ir à buscarme en Parìs; y sin darme parte de lo que le sucedia, me combidò à hacer un viage de los que soliamos. Dicho, y hecho: con solo tomar un polvo de nuestro tabaco, me puse en estado de seguirle. Pero no bien saliò mi alma de mi cuerpo, quando en un lenguage espiritual me dixo: quiero darte una noticia muy extraña. Sabete que yà no tengo cuerpo: oy se le dà sepultura en Estokolmo. Y luego me refiriò todo lo que yà os he referido. No me pareciò que estuviesse triste. Antes bien, haviendole preguntado, si experimentaba en sì lo que dicen los Philosophos, que l' alma, siendo forma substancial d' el cuerpo, no puede dexar de estàr *in statu violento*, estando separada d' èl; me respondiò, que no sentia en sì tal violencia. Que antes bien se hallàba incomparablemente mejor, estando sola. Y que no tenia otra inquietud, que la de no saber en que lugar de tantos, y tan dilatados espacios podria fijar su residencia. Que seguiria en esso mi dictamen, sin embargo de hallarse yà algo inclinada à irse à vivir en el tercer Cielo. Es de advertir, que este tercer Cielo es el ultimo de todos, segun el plan de Mr. Des-Cartes, y el que dista mas de la tierra. Porque el primero no es otra cosa que el turbillon solar, que contiene en sì la tierra, y cuyo centro es el Sol: al rededor d' el qual nos lleva la materia de el mismo turbillon, haciendonos girar incesantemente con los Planetas. El segundo, sin comparacion mucho mas vasto que el primero, comprehende todo esse dilatadissimo espacio de las Estrellas fixas, que son otros tantos soles, y tienen cada qual su turbillon, cuyos centros son ellas, assi como el Sol lo es d' el suyo. Finalmente el tercer Cielo, segun Mr. Des-Cartes, viene à ser todo el immenso espacio, ò extension indefinida, que concebimos mas allà de las Estrellas, sin limite; y en cuya comparacion el espacio de los dos primeros Cielos puede reputarse un punto.

Las razones que movian à Mr. Des-Cartes à esta eleccion, eran muchas. Lo primero, por evadirse d' el en-

encuentro de una infinidad de almas de Philosophos, que no cessan de voltear, y andar de aqui para alli en nuestro turbillon. Porque para deciroslo de passo, es increible el numero d' estas almas que encontramos por el camino: con admiracion de Mr. Des-Cartes, que se sorprendiò de vèr que el secreto, de que se imaginaba author, havia sido conocido, y practicado mucho antes, y assimismo por hombres de un caracter nada distinguido, que se havian servido d' èl para no morir, ò havian perdido sus cuerpos por algun accidente igual, ò semejante al suyo. Pero lo que le hacia ingrata, y insoportable la compañia de dichas almas, es que, sin embargo de estàr enteramente separadas de la materia, permanecen siempre imbuidas de las mismas preocupaciones, que tuvieron quando vivian en sus cuerpos. De forma, que si tal vez quiso Mr. Des-Cartes entretenerse con algunas d' ellas sobre los principios de los cuerpos, ò acerca de las causas de algunos phenomenos, luego salian con la frescura de suponer, ò probar sus *formas substanciales*, sus *accidentes*, sus *qualidades ocultas*, *&c.* por sola la autoridad de Aristoteles: como todavia se practica en las Escuelas. Y à reserva de algunas pocas de primer orden, que ha podido reducir, y hacer Cartesianas, todas se han desbocado, y conspirado contra èl con el mismo furor, de que se dexaron llevar los Philosophos, que havia en este mundo, quando empezò à publicar en èl su doctrina.

La segunda razon, que le inclinaba à escoger el tercer Cielo, es, que contemplaba estos espacios indefinidos, como un nuevo descubrimiento todo suyo. Y es assi, que despues de haver formado la idèa clara de la materia, constituyendo su essencia en la extension, concluyò de haì, que *extension*, *espacio*, y *materia* todo es una misma cosa, significada por diversas voces. Y siendo forzoso admitir un cierto espacio mas allà de todo este nuestro mundo, pues le concebimos con toda claridad, y distincion; se le hizo evidente, que alli no podia menos de haver materia. Y como por otra parte no pueden concebirse limites en dicho espacio, fuele preciso concluir, que dicha materia es infinita, ò *indefinida*, como èl la llama.

El

El tercero en fin, ultimo, y principal motivo que le empeñaba, y que no me comunicò hasta que huvimos arribado allà, es, que discurriendo, y bien, que dicha materia extramundial estaria informe, y por consiguiente no ordenada de suerte, que pudiesse llamarse mundo; se prometia, que dividiendola, y agitandola, segun sus principios, podria fabricar, y hacerse author de un nuevo mundo, semejante en todo, y por todo à este nuestro: quitado, que no havria en èl verdaderos hombres, sino solamente unas machinas automatas, muy parecidas à los hombres. Este proyecto es el sugeto principal de las mas de las obras d' este Philosopho, en especial d' el libro de los *principios*, y d' el otro, intitulado *el mundo de Mr. Des-Cartes.*

Partimonos, pues, sin mas detencion al tercer Cielo. Y por no pararme à daros cuenta individual, y por menudo d' el viage, porque espero que le hareis vos mismo antes de mucho; os dirè solamente, que haviendo llegado allà, vimos esta materia, como nos la haviamos imaginado, sin forma, sin orden, y sin disposicion de partes: en suma como material rudo, y sin trabajar, que aguarda las manos d' el artifice. Anduvimos de aqui para alli, y nos passeamos bien por aquella soledad, que con toda propriedad representaba el Chaos, y aquella confusa masa de, que han hablado los Poetas. Esta vista, sin embargo de ser yo puro espiritu, me daba horror.

Con todo, aqui es, dixo l' alma de Mr. Des-Cartes, en donde quiero establecerme. Ni quiero, prosiguiò, salir de aqui mientras no llegue el tiempo, en que la Divina providencia disponga de mi para la eternidad. Haviame Dios hecho, para reformar, y restablecer en el mundo la Philosophia; y haviendo dado principio con bastante felicidad, un accidente no pensado me cortò el designio. Pero esto no puede impedir, que me aproveche de la penetracion, y luces, que su Divina Magestad me ha dado. Pretendo, pues, executar aqui el systèma de mi mundo, cuyo plan haveis visto yà. Materia tengo quanta, y mucha mas de la que es menester. Solo falta el movimiento. Pero no sin razon puedo pro-

me-

meterme la asistencia, y favor de Dios; cuya bondad se dexa determinar, como causa universal por los deseos, y exigencias de sus criaturas. Siendo, como soy, espiritu separado, tengo derecho à los mismos, y à mucho mayores movimientos, que los que agitan la materia, que de hecho compone el mundo. No bien havrè querido mover esta materia informe, quando Dios, siguiendo las leyes de su misma providencia, producirà en ella quanto movimiento yo quisiere. No hay mas que hacer, que determinar el movimiento, y distribuirle, segun conviene à cada una de las partes de la materia. La determinacion depende de las causas segundas, como yà os he explicado; y esta dependerà enteramente de mi, que sè las reglas. Las consequencias que saquè d' estas reglas, para la execucion de mi designio, son infalibles. Y en una palabra, yo me veo, segun mis principios, en estado de prometerme el sucesso de mi empressa.

Sin embargo, porque la obra, que me propongo, serà de un tamaño prodigioso, pues la pienso hacer tan grande como vuestro mundo: porque deben entrar en su estructura una infinidad de partes diferentes: porque los resortes, que deben hacer jugar la maquina, no pueden dexar de ser innumerables: Y finalmente, pues, han de ser infinitas las combinaciones, y diversissimas las modificaciones de los movimientos; no podra esto ser obra de un dia, ni de un año. A trabajar en ello con aplicacion, no serìa mucho para el espiritu de un hombre un medio siglo. Pero juzgo tambien, que supuestos, y considerados mis principios, bastarà esse tiempo? Y no me agradaria, quien durante este plazo, viniesse à verme, ò à interrumpirme.

Voy, pues, à gozar las delicias de la soledad, que nunca puede acomodarme allà en la tierra. Y estimarè, que allà en vuestro mundo deis parte de mi proposito à todos aquellos amigos, que os parezca instruìr de lo que me passò en Estokolmo. Sin decirles sin embargo donde estoy; porque todavia no quiero, que se sepa bien, què es de mi, ni en què me ocupo. Los hombres, y muy en particular los Philosophos, no merecen, que se les dè

parte de tan grandes cosas. Tratarian sin duda de fabula, quanto se les comunicasse en este particular: como por la mayor parte tuvieron por chimera quanto les descubrì, tocante al proyecto de la construccion de un nuevo mundo. Vos, mi amigo muy amado, bolved quanto antes à vuestro cuerpo; porque yà ha dos dias que le dexasteis, y un ayuno mas largo podria encenderle mucho, y ocasionarle alguna fiebre. Sobre todo mirad no os separeis para siempre de vuestra propria authoridad: como han hecho algunos de mis discipulos, y muchos de los antiguos Philosophos, que hemos encontrado en el viage. Esso es contrario à las leyes de la Divina Providencia. Y ultimamente de buelta buscadme el espiritu d' el P. Mersenno, y embiadmele acà, que quiero que me acompañe, y ayude en la execucion d' esta grande obra.

Despues de haver recibido los ultimos ordenes de tan amable, y venerable espiritu, y de haver obtenido su licencia para ir à verle una vez à lo menos cada quatro años, en consideracion de la gran violencia, que me haria en privarme por tanto tiempo de su vista; nos abrazamos espiritualmente; y luego tomè mi derrota para bolverme à Parìs. Registrè de camino una infinidad de turbillones, y Planetas, sin poder dàr vista al P. Mersenno, hasta que finalmente dì con èl en Mercurio, Planeta muy de su genio, y en donde suele entretenerse. Recibiò con gusto el orden, que le intimè de Mr. Des-Cartes, como intimo amigo, y fiel corresponsal, que havia sido suyo en Parìs. Mas como à mi me instasse la precision de caminar, no pudimos entretenernos mucho. Despedimonos, pues, èl tomò su camino al tercer Cielo, y mi alma el de su casa, en donde se renunciò à su cuerpo.

Despues acà he visitado unas siete, ò ocho veces à mi Maestro; y en la ultima que fuè habrà dos meses, me asegurò que tenia hechas casi todas sus combinaciones, y que casi todo estaba demostrado. De suerte, que, ò havian de faltar los principios mas claros de la Geometria, de la Mechanica, y de la Estatica: ò se havia èl de salir con su empressa. Diòme tambien palabra de hacerme avisar antes de la execucion, à fin de que podamos rever, y exa-

examinar juntos el diseño, y acaso empezar luego à trabajar en la formacion de su mundo. Aguardo, pues, el aviso de dia en dia; y en vuestra mano està, añadiò el anciano, el acompañarme, por lograr la mas bella diversion de que es capàz humano espiritu, y haceros assimismo mas sabio en un solo dia, que los mas habiles Cartesianos, que huvo hasta aqui. Y esto es, concluyò, quanto yo tenia que deciros.

Apenas huvo pronunciado estas palabras, quando un hombre de distincion, muy cortès, y bien dispuesto en su persona, entrò como de campo, y dixo à mi anciano, que dexaba la carroza à la puerta, y que yà era tiempo de partirse. Tenian concertado los dos el irse por unos quince dias à la campaña, y assi me fue preciso tomar su licencia, y retirarme.

Retirado, no sabia que juicio hacerme d' esta historia. Quien me la havia referido era en mi estimacion de mucho juicio, para poder pensar, que pudiesse padecer, ò contar phantasias. Y ciertamente la narracion era por si misma muy seguida, y ordenada, para que se la debiesse reputar chimerica. Imaginème, pues, que podria haver en esto alguna alegoria mysteriosa, que encerrasse todos los secretos de la Secta, y cuya explicacion se me daria con el tiempo. Apliquème sin embargo muy de veras à los libros de Mr. Des-Cartes, y al cabo de los quince dias los havia leido todos, no sin que el tesòn, con que tomè su lectura, me huviesse costado algunos dolores de cabeza. Pero el tiempo me hizo conocer, que nada de lo que me havia dicho, era alegorico.

Haviendo vuelto mi anciano de su recreo, muy de mañana al otro dia me escriviò un billete, avisandome, que se veria conmigo antes de veinte y quatro horas, y que me dispusiesse para el consabido viage. Todo el dia le aguardè con impaciencia; mas finalmente, viendo que no acababa de venir, me acostè despues de las diez de la noche. Una media hora despues, estando aùn dispierto, quedè sorprendido de oìr, que se abrian las ventanas de mi aposento, y se corrian las cortinas de mi catre, y de vèr por beneficio d' el bello, y claro

resplandor de la Luna, en medio de la camara à mi anciano con un compañero, extraordinariamente vestido. Confiesso que fui herido de tal pavor, que se me herizaron los cabellos, y me trasudaba todo. Entonces mi anciano, acercandoseme, dixo: mucho miedo es esse. Recobrad, recobrad vuestro animo. No me conoceis? Yà os conozco, le respondì, temblando. Pero què podrè yo pensar de vos, viendoos en medio de mi camara, sin haver entrado por la puerta; pero sì con el ruido, y estruendo que acabo de oìr? Lo que podeis, y debeis pensar, me respondiò, es, que un espiritu separado no ha menester llave, ni puerta para entrar donde quisiere. Y por lo que toca al ruido, no se ha hecho sino para dispertaros, y tener fruicion de haveros sorprendido, y ocasionado un poco de susto. No os acordais de la conversacion que tuvimos, habrà quince dias? Yo me acuerdo muy bien, le respondì. Pero era ello cierto, quanto entonces me dixisteis? Ciertissimo, respondiò èl: y para que lo veais, vengo à cumplir la palabra que os dì, de llevaros al mundo de Des-Cartes. Ved aqui al R. P. Mersenno, que viene de su orden à decirme, que yà està todo prevenido, y que es muy facil hacer, antes de dàr al publico la obra, una como prueba, ò ensayo para con los amigos, y domesticos. Si quereis, podeis ser d' el numero; y no os aconsejaria, que perdiesseis la ocasion de tan buen rato. Acercòse tambien el P. Mersenno, y hecha una profunda cortesia, confirmò todo lo que mi anciano havia dicho. Y añadiò, que haviendo llegado à entender la qualidad, y buena disposicion de mi mente, se me hacia fiador de que Mr. Des-Cartes me recibiria con particular agrado. Perdonad Padre mio, le respondi, la turbacion en que me veis; porque no estoy acostumbrado à semejantes visitas. Hasta ahora no havia visto espiritus, ni huviera creido, que fuessen tan corteses, y tratables, como lo sois, y me lo pareceis vosotros.

Con todo, por mas que procuraba esforzarme, siempre tenia miedo, y recelaba mucho, que huviesse en esto algo de diablo, y que con el pretexto de llevarme al mundo de Des-Cartes, se me querria llevar

tal

tal vez à alguna junta de mages, ò hechiceros. Por otra parte temia oponerme à estos Monsiures los espiritus, que por lo comun no gastan chanzas. Y mi misma memoria me ofrecia mas de un caso, en que à ciertas personas, à quienes se hacia confianza de semejantes mysterios, no haviendo querido ir adelante, despues que yà sabian algo, les havia el diablo, por sì, ò por sus ministros, torcido el pescuezo. Renunciè, pues, interiormente à todo pacto; y haviendo tomado todas las precauciones que me sugiriò mi prudencia, les hablè con la mayor cortesia d' este modo.

Monsiures, vosotros haceis profession de una Secta que tiene por maxima fundamental, no rendirse sino à la verdad, claramente propuesta, y conocida. Este es el character que la distingue de todas las demàs, y en especial de la que siguen los professores de la Escuela. La conversacion que tuve los dias passados con Mr., la leccion de los libros de Mr. Des-Cartes, y las circunstancias presentes hacen nacer en mi ciertas dudas, de que quisiera deshacerme antes de ir mas adelante. Tendreis à bien que os las proponga? Oirèmos gustosos, respondieron, y os darèmos entera satisfaccion. Asseguraos bien, porque todavìa estais algo alterado; y estad cierto, de que ni teneis que temer, ni se os harà mal.

Estas palabras me alentaron algo, y pude hablar con voz mas constante. No ha mucho, dixe, que leì en Mr. Des-Cartes, que la essencia de l' alma està en sèr una substancia que piensa, pero no tiene extension, ni figura, ni color; lo que no puede ajustarse con lo mismo que estoy viendo. Pues por una parte me decis, que sois puros espiritus; y sin embargo veo en vos, no solo diversos colores, sino tambien la figura humana, y una extension nada reducida. Sacadme, os ruego, d' este embarazo. Tomò el P. Mersenno la palabra, y dixo asi: Lo que proponeis, es de muy buen sentido; pero es asimismo muy facil la respuesta, como tambien el haceros la cosa inteligible por principios claros de la verdadera Philosophia. Es cierto, que l' alma essencialmente es una substancia que piensa, y que no tiene color, ni figura, ni extension.

Tam-

Tambien es cierto, que nosotros somos efectivamente puros espiritus. Y por mas que os parezca que tenemos cara, pies, y manos; no tenemos manos, ni pies, ni cara. Seria menester ser tan testarudo, como Tertuliano, y abrazar el error con el furor, con que èl lo hacia una vez que se empeñasse; para poder pensar, que l' alma no sólo es corpòrea, sino que tiene tambien sus miembros, correspondientes à los d' el cuerpo. Desuerte, que viene à estàr en èl, como lo esta la espada en su vaina. Aquella su devota, que en la oracion veìa las almas de color azul, le havia trastornado el juicio en este punto.

Libr. de Anim.

Para comprehender, pues, como nos veis figurados, colorados, &c. con cara, manos, pies, &c. aunque nada de todo esso tengamos; debeis saber, que vuestra alma no puede, mientras està unida à vuestro cuerpo, vèr otra alma en sì misma, ni puede oìrla hablar: ò por explicarme mas bien, no puede tener comunicacion immediata de pensamientos. Para que entendais, pues, que estamos aqui, y os hagamos percibir nuestros pensamientos, como el designio con que venimos, hemos menester servirnos de un medio proporcionado al estado, en que se halla vuestra alma. No querais por esso imaginaros, que haya sido preciso formarnos algunos cuerpos de agua, ayre, ò otro algun genero de materia. Acordad os solo de lo que debeis haver comprehendido por la leccion de Mr. Des-Cartes, que vèr un objeto no es otra cosa, respecto de vuestra alma, sino percibir su extension, su figura, y sus colores. Y que no es el objeto quien produce immediatamente esta percepcion; pues estando distante de nuestro cuerpo, y por consiguiente, tambien de nuestra alma, no puede obrar en ellos por sì mismo. Hacese, pues, todo esto por medio de la reflexion de una infinidad de rayos de luz, que, resaltando de cada parte, y aùn de cada punto d' el objeto, vienen à mover los varios hilos, ò cuerdecillas de que se compone el nervio optico. Con motivo de cuyo movimiento, comunicado hasta el celebro, y hasta el sitio donde reside l' alma, se forma esta la idèa d' el objeto que percibe. A este percibir llamamos vèr. Y de las diversas modifica-

cio-

ciones de dicho movimiento resulta, que l' alma véa los objetos, como mas, ò menos distantes, y debaxo de diferentes colores, ò figuras. De donde tambien se sigue, que las idèas, ò percepciones de l' alma no dependen indispensablemente de los objetos, sino d' el solo organo interior. Como se prueba por mil experiencias, y especialmente por la de los phreneticos, que perciben los objetos muy de otro modo, que son en si mismos, y aùn tambien en donde no estàn.

Para que percibais aqui, donde estoy, un cuerpo; que no hay aquì realmente, basta que vuestro organo interior se mueva d' el mismo modo que lo haria, si realmente estuviesse aqui el cuerpo. Pues esto es lo que yo actualmente hago, que suceda en vuestro organo optico, para haceros entender que estoy aqui; y esto es lo que os hace vèr aquì un cuerpo, aunque realmente no le hay. Lo mismo, que para mostraros aqui un cuerpo, hago en el organo de vuestra vista, hago tambien à proporcion en el organo de vuestro oido, para haceros percibir lo que oìs. Quiero decir, que imprimo en vuestros nervios de la quinta conjugacion el mismo movimiento, que imprimirian en ellos las vibraciones, y undulaciones d' el ayre, que fuesse agitado por el impulso de la lengua, y boca de un hombre, que estuviesse en donde os parece que estoy, y os dixesse las mismas palabras que oìs.

Por estos mismos principios explicò ingeniosamente *P.Magnan* cierto Religioso de mi Orden el mysterio de la Eucharistìa, sin recurrir al superfluo, y embarazoso conjunto de accidentes, que ni se sabe, ni puede concebirse lo que son. Porque, dice èl, quando se nos dice, que el cuerpo de Christo està debaxo de las especies de pan, solo se nos quiere decir, que el cuerpo de Christo està real, y verdaderamente donde antes estaba, y parece que està todavia el pan. Y para que nos parezca estàr el pan donde està el cuerpo de Christo solo, obra Dios en nuestros sentidos, produciendo en ellos las mismas impressiones, y los mismos movimientos que hacia antes, y haria tambien ahora, si estuviesse alli el pan. Como quando Christo nuestro bien le presentò en trage de Jardinero à la

Mag-

Magdalena, lo hizo, no cubriendose de los accidentes absolutos d' el Jardinero, sino obrando en los ojos de la Magdalena d' el mismo modo que lo harian las especies d' el Jardinero.

Y lo que ahora experimentais, añadiò, es lo mismo que sucede, quando por permission de Dios se aparecen los muertos à los vivos. Porque essos cuerpos de ayre, ò agua, de que vulgarmente se cree, que se visten, no son sino chimeras, forjadas en la imaginacion de los que tratan la demonomanìa, conforme à los principios de la Escuela. Teneis todavia, me preguntò, alguna dificultad en esto?

Ah! Padre mìo, le respondi, vuestra instruccion me ha satisfecho enteramente. Vos hablais como puro espiritu. No hago yo gran fondo sobre lo que dìce esse Religioso de vuestra Orden, tocante al mysterio de la Eucharistìa. Antes tengo por maxima constante, con los mas sabios de los PhilosophosCatholicos, que todo lo que se dìce de nuevo en semejantes materias, es arriesgado, y debe tenerse por sospechoso, quando menos. Pero vos haveis deshecho enteramente mis dudas en este punto. Tiempo ha que tenia para conmigo, por cierto, que las sensaciones no se hacen sino por el movimiento local de los organos d' el sentido. Pero esta idèa no estaba bien desenredada. Aristoteles mismo lo dixo antes que Mr. Des-Cartes, aùnque no acertò à explicarse bien. Desde ahora, pues, para siempre renuncio à una gran parte de las idèas, que tuve en este particular. Y hago assimismo en vuestras manos abjuracion solemne de todos los axiomas, que dicen relacion à los entendimientos *agente*, *paciente*, *y possible*: en el reconocimiento de que estos terminos nada significan, ni sirven sino para ser el coco de los ignorantes, que no los entienden, y creen, que los entiende quien se los enseña.

En los Problem.

Despues d' esta declaracion, l' alma d' el P. Mersenno moviò mi organo de suerte, que me diò à entender, que le havia agradado mucho. Con lo qual me animè à proponerle otra dificultad. Y es, le dixe, que yo no entiendo que mundo es este de Mr. Des-Cartes, à don-

de

de me quereis conducir. Leyendo à Mr. Des-Cartes, concebì que su mundo no es otro que este mismo, en que vivimos, explicado sin embargo segun los principios de su Philosophia. Y aùn me acuerdo bien de haver leìdo en una carta, que os escribia en otro tiempo, *que nada creeria saber en la Physica, si solo pudiesse decir como pueden ser las cosas, sin demostrar, que no pueden ser de otro modo.* Algo fanfarron me pareciò. Pero esto mismo me hace sospechar, que huviera sentido mucho, que se le cayesse, quando en otro lugar dixo: *Que no pretendi à hablar de lo que efectivamente se hace en el mundo, sino solamente de lo que debria hacerse en un mundo, que èl se imaginaba.* Tom. 2. Cart. 37. Meth. p. 39.

La verdad decis, respondiò el P. Mersenno: no huviera Mr. Des-Cartes gustado de que se le cayesse en esse ultimo lugar. Es, pues, assi, que el mundo de Des-Cartes no es otro, que el mismo mundo, explicado en sus principios. Pero tambien es cierto, que hay, ò por mejor decir, que havrà bien presto otro mundo, que serà llamado con mucha mas razon el mundo de Des-Cartes, pues ha de ser hechura de sus manos. Y este es el mundo, de que os diò noticia Mr. vuestro amigo, y à cuya formacion podreis assistir con nosotros, si quisiereis. Nada podrà excogitarse mas curioso, le respondi; ni puede haver torneo, ò fiestas de Versalles, que yo no dexasse, por ir à ver un prodigio, que serà sin duda lo mejor, no digo yà de la Philosophia, sino de quanto puede alcanzar humano discurso. Pero Mr. dixe, bolviendome à mi anciano, el sucesso de Mr. Des-Cartes, de que me disteis noticia, me dà algun recelo. El viage, que me proponeis, es largo lo bastante. Un mundo como el que se pretende hacer, no es obra de pocas horas. Por otra parte siento en mi, que mi alma es muy amante de su cuerpo. Ni admitiria consuelo alguno, si al bolver le hallasse incapaz de recibirla. Quien podrà assegurarme de tantos, y tan funestos no previstos accidentes, como pueden sobrevenir?

Tambien esso està prevenido, me respondiò: Mirad àcia los pies de vuestra cama. O Dios! Monsiur, gritè

todo assustado, que me haveis hecho vèr? Luego tambien el diablo anda en esto? Pobre de mi! Infeliz de mi! Yo soy perdido. Pero mas quiero perecer, que tener comercio con el enemigo de Dios, y de los hombres. Idos Mr. dexadme. Yo renuncio à todas vuestras magias, y diabluras.

Poco à poco, me dixo: no hay que assustarse; pues el que veis, no es tan diablo, como negro. L' alma es de un Negrillo, que està en servicio de Mr. Des-Cartes, y cuya aventura os contarè en dos palabras, porque salgais de susto, y de cuidado.

Este Negro sirviò en otro tiempo à Mr. Regis, famoso professor de Medicina en la Universidad de Utrech: quien, como sabeis, fuè desde luego el intimo, el discipulo, y el Idolatra de Mr. Des-Cartes: de quien pudo finalmente conseguir, que le comunicasse el secreto de la separacion de l' alma, en consideracion à tan obligantes qualidades. Pero haviendo despues reñido los dos, llegò el disgusto à tanto, que Mr. Des-Cartes se creyò obligado à escribir contra Mr. Regis, porque corrompia, y hacia escandalosa su doctrina.

Diverſ. Cart. de Deſ-Cart.

Mr. Regis, quien, segun nos le pinta Mr. Des-Cartes, no era el genio mas galante d' el mundo, quiso vengarse d' èl, y por mostrar mas el desprecio que hacia de sus cosas, le hizo tambien de la de su mayor estimacion. Comunicò, pues, el secreto de la separacion de l' alma à su Negrillo, quien se sirviò d' èl muchas veces. Una entre otras, bolviendo d' el campo à donde havia ido de orden de su señor, se hallò cansado, y se echò à la sombra de una encina. Mas su alma, dexando reposar su cuerpo, se separò, y se fuè à divertir no sè donde. Mientras tanto unos ladrones mataron alli cerca un passagero; y avisado el Preboste, que no estaba muy lexos, vino corriendo con los Oficiales de Justicia. El estrepito fuè tal, que hizo dispertar el cuerpo d' el Negrillo, y sucediò algo muy semejante à lo que yà os referi d' el caso de mi maestro. La machina, determinada por el ruido, y por la impression fuerte que la presencia de los Alguaciles, y hombres armados hacia en sus organos, echò

chò à huìr. Siguieronla, pues, y arreſtada, ſe la preguntò, y examinò como delinquente. Y como no eſtando alli l' alma, no podia guardarſe conſequencia en las reſpueſtas, no hizo ſino decir deſpropoſitos, y contradiciones. El Preboſte, que iba algo de carrera en el proceſſo, juntando à eſtos indicios la fuga, y la turbacion d' el ſemblante, juzgò tener pruebas convincentes d' el delito; y la hizo alli en caliente colgar de un arbol. Bolviendo no mucho deſpues l' alma, hallò que ſu cuerpo eſtaba haciendo el papel infame de un ahorcado. No ſupo, pues, que hacerſe, ni adonde irſe. Porque es de ſaber, que las mas de las almas ſeparadas, que voltean en toda la extenſion d' el mundo, ſon almas Philoſophas, y de importancia. Y en una aſſamblea, que las mas principales havian tenido, ſe havia declarado cierta la opinion de aquellos Philoſophos, que no llevan à bien, que todas las almas ſe digan de una miſma eſpecie. En cuya conſequencia ſe la arrojaba de todas partes, no queriendo almas tan diſtinguidas permitir, que la de un Negro idiota gozaſſe de ſus frutos. Pero quiſo al fin ſu buena ſuerte, que ſaliendo de nueſtro turbillon, fueſſe à dàr por acaſo con el eſpiritu de Mr. Deſ-Cartes, quien compadecido de ſu infortunio, la dexò eſtàr en ſu compañia. Ahora ha venido con el P. Merſenno, por lo que podia ofrecerſe; y ſi quereis, ſe quedarà cuidando de vueſtro cuerpo.

La ſerie de una narracion tan bien circunſtanciada me hizo creer, que era cierto quanto ſe me havia dicho, y huve de ſuplicar à los dos eſpiritus, que ſe ſirvieſſen de tener por diſculpada mi alteracion. Dixele, pues, que ſiendo la figura d' el Negrillo la miſma que ſuele tomar el Diablo, quando ſe hace viſible, havia excitado en mi penſamiento idèa tan funeſta. Que por lo demàs, podian yà ordenarme quanto debia hacer para ponerme en eſtado de ſeguirlos en tan buen viage; pues nada deſeaba mas, que aprovecharme d' el favor, que me ofrecian, y eſperaba alcanzar en ſu compañia tales conocimientos, que me diſtinguieſſen mucho d' el reſto de los hombres.

tido, no tiene riesgo alguno. Mientras tanto tomarà el Negrillo vuestra figura, y acudirà à todo quanto vos hariais por vos mismo. Tan facilmente, y con tanta propriedad lo harà, como yo os parezco ahora un Frayle Minimo, y Mr. mi compañero os muestra los mismos vestido, y rostro con que antes le veiais: d' el modo que yà os he explicado. Y en esto veis, porque se note tambien esto, que la Philosophia Cartesiana enseña à hacer sin pecado lo que Apolonio Tyaneo, y otros Magos no pudieron conseguir, sin haverse dado antes al Demonio.

Finalmente la tercera, y ultima diligencia es tomar un polvo d' el tabaco, que os darà Monsiur; y luego nos pondremos en camino para ir à vèr à Monsiur Des-Cartes.

Agradecì al P. Mersenno las instrucciones, y luces, que havia querido darme; y añadì, que en quanto al primer articulo, yo mismo me le hacia fiador. Que siempre havia sido algo sceptico en la Philosophia de la Escuela, y no havia que temerme por esta parte de las prevenciones d' el vulgo. Que de las pueriles yà la lectura de Mr. Des-Cartes me havia hecho desconfiar un poco; y que ahora nuevamente havia hecho un nuevo esfuerzo, para determinar mi espiritu à no creer cosa que no haya concebido antes con mucha claridad, y distincion. Pero no le declarè, que havia tomado al mismo tiempo la resolucion de precaucionarme no menos contra las preocupaciones de los Cartesianos, que contra las de los Philosophos vulgares: visto que à poco mas, ò menos, tan preocupados, y encaprichados proceden los unos, como los otros. Por lo tocante à mi cuerpo en la ausencia de l' alma, atuveme à lo segundo. Porque, Padre mio, le dixe, este modo me parece mas simple que el primero. Yo me huelgo, respondiò èl, porque en punto de systèmas es maxima Cartesiana escoger siempre el mas simple. Mas no era essa la razon que me movia, sino el pensar que en el segundo modo habria menos riesgo, y contingencias. Y à decir la verdad, yo no podria creer, que mi cuerpo pudiesse ser tan diestro en la ausencia de l' alma, como se me queria

per-

persuadir. Ni el exemplo de los brutos hacia impression la mas leve en mi espiritu: que jamas ha podido deshacerse de la preocupacion, en que tiene à todos un' alma capaz de sentido, y conocimiento. Todavia, por satisfacerme, roguè al P. Mersenno, que mandasse al Negrillo tomar mi figura, viendolo yo, para vèr como lo hacia. Hizolo, pues, assi; y al punto vì otro yo à los pies de mi catre. Ni mas, ni menos, que el Sosia de Amphitryon viò otro Sosia à la puerta de Alcmena, quando bolvia de la guerra. Con esta sola diferencia, que este Sosia golpeò muy bien al otro; y èl yo, que estaba à los pies de la cama, trataba con mucho respeto al yo, que estaba acostado. De que mostrè quedar muy satisfecho; y le encarguè, que cuidasse bien de mi cuerpo: que procurasse conservarle en una situacion acomodada: que le visitasse à menudo; y sobre todo, que no le dexasse vèr de alma viviente.

Despues de lo qual, haviendome dado mi anciano un polvo, le preguntè, si era d' el tabaco legitimo: porque tenia muy presente la aventura de Apuleyo, à quien transformò en Asno un *quid pro quo*, por medio de que pensaba el convertirse en ave. Pero haviendome respondido, que bien podia tomarlo con satisfaccion, porque no tenia de otro, assi lo hize: y estornudè quatro veces con gran fuerza. Luego caì en un desmayo, semejante al que yà se refiriò de Mr. Des-Cartes; y al punto se hallò mi alma, con un solo querer, fuera de su cuerpo.

No me detendrè à hacer relacion individual de las reflexiones que hice sobre mi alma, y mi cuerpo, luego que se separaron. Solo dirè, que empezè à percibir desde luego quanta fuerza tienen las preocupaciones, y el capricho de los hombres para impedir el conocimiento de la verdad. Quan razonable, y sabio el aviso de la precaucion, que tanto nos aconsejan Mr. Des-Cartes, y los suyos. Y quan poco cuidan al mismo tiempo estos Monsiures de aprovecharse d' el consejo, que dàn à los demas. Porque lo primero, que quisieron mis Conductores, mal que me pessasse, persuadirme, fue que mi

alma se havia visto, al tiempo de separarse, en la glandula Pineal. Mas, como no me pareciesse à proposito el contradecirles por entonces, respondì, que la separacion se havia executado en mi con tanta presteza, que no me havia dado lugar de reparar en ello. Esto que yo decia era verdad; y era tambien lo menos molesto que podia responderles. Porque me acordaba muy bien, y estaba muy convencido de lo que poco antes havia leìdo en Mr. Estenon, celebre anatomico, que hace mucha cuenta de Mr. Des-Cartes, y le contempla ingenioso author de un nuevo hombre; pero que muestra, y hace vèr al ojo, que este hombre seria muy distinto d' el que ha hecho Dios. Porque en este la glandula Pineal no tiene la situacion, ni es capàz de los movimientos, que se le atribuyen. Los vasos, que la circundan, no son arterias, que puedan ministrarle los espiritus animales, como Mr. Des-Cartes lo supone; sino solamente venas. Y por consiguiente sin razon se le dà la honra de ser el solo, y preciso asiento de l' alma, no pudiendo tener funcion mas considerable, que las demàs glandulas; cuyo emplèo en el reino animal por lo comun no es muy sobresaliente.

Anatom. d' el Celebr.

Esto era lo que yo entendia, aunque no lo manifestaba. Antes afectaba arrimarme todo lo possible à sus sentimientos. Y me adelantè à hacerles notar como, tambien estando ausente l' alma, se hacia la digestion en el estomago por sola la virtud d' el acido que hay en èl, y que por sola la agitacion de sus partes insensibles disuelve las viandas: ni mas, ni menos que l' agua fuerte desata los metales. Como de las partes mas tenues de la comida, separadas de las demàs, se hace una especie de licor, ò nata, que llaman quilo. Como el movimiento peristaltico de los livianos hace que las partes mas grosseras baxen al excretorio, y el quilo entre en las venas lacteas d' el messenterio por sus poros imperceptibles, pero proporcionados à las figuras de las partes de que se compone. Como, perseverando el mismo calor d' el corazon, se continùa como antes la circulacion de la sangre, y con los mismos efectos, v. gr. la nutricion, y

bue-

buena disposicion de las partes, ò movimientos mas distantes. Y como, finalmente, todos estos miembros se hacian en mi cuerpo por solos los resortes de la machina.

Determinados yà à marchar, les preguntè por el tratamiento, que se dan las almas unas à otras en sus conversaciones. Porque, siendo como son de el genero femenino, me hacia notable fuerza el haver de dàr à la alma de Mr.... la qualidad, y tratamiento de Mr. aunque mucho menos ossaria llamarla Madama, ni Madamisela. Por lo que mira à vos, dixe à la alma de el P. Mersenno, facilmente podrè salir de embarazo, tratandoos de vuesa Reverencia. Tambien podrais, me respondiò, sacaros de embarazo, dandole à la alma de Mr. mi compañero tratamiento de Vue-Señoria. Una, y otra qualidad es al modo de Italia, y de allá nos ha venido. Pero no os detengais, prosiguiò, en esso. Nosotros conservarèmos los mismos nombre, y character que teniamos en el mundo. Mr. Des-Cartes se llama todavia Mr. Des-Cartes. Monsiur....se llama Mon-siur.... Yo me llamo el P. Mersenno; y vos os llamareis Mon-siur... Los Cartesianos somos algo Platonicos en este particular. Porque què es el hombre, segun Platon? Es un alma, que se sirve de un cuerpo. Y pudierais acordaros de un lugar, entre otros, de el methodo de Mr. Des-Cartes, que dice assi: *Examinando con atencion lo que yo era, y viendo, que podia pensar que mi cuerpo no era...; y que al contrario, si estuviesse un solo instante sin pensar, no tengo motivo de creer, que fuesse yo entonces...: concebi, que yo era una cosa, ò una substancia, cuyo ser total consiste en el pensar. De suerte, que yo (es decir, mi espiritu por solo el qual soi lo que soi) yo, digo, es una cosa distincta de mi cuerpo.* Y me admiro mucho, añadiò el P. Mersenno, de que los Philosophos, y los Theologos Escolasticos hayan dissimulado este passage, no poniendole en el numero de los pretendidos errores de Mr. Des-Cartes: en particular Mr. Arnauld,

quien lo notò aunque de passo. Pero alto, vamos de aqui, dixo, que ya hemos gastado media hora; y el tiempo es precioso. Immediatamente tomò su buelo con la alma de el anciano; y yo les seguì tambien sin deliberacion.

***



VIAGE



VIAGE DE EL MUNDO DE DES-CARTES.

SEGUNDA PARTE.



ESTABA la noche muy ſerena, y el ayre ſe percibia muy puro. Veìaſe llena la Luna, y me pareciò, que las Eſtrellas brillaban de un modo extraordinario. Todo lo qual motivaba en mi un deſeo ardiente de contemplar de cerca los cuerpos luminoſos: cuyo reſplandor, grandeza, numero, y diſpoſicion fueron ſiempre el empleo de la admiracion de todos los hombres, el mas digno objeto de el eſtudio, y meditacion de los Philoſophos, y la prueba mas ſenſible de la Divinidad. Hicieronme, pues, mis guias hacer alto en una altiſsima torre, para hacerme notar deſde alli la naturaleza de el ayre de eſta inferior región, y de què partes ſe compone. Empezad, me dixo el anciano, à conocer por propria experiencia la verdad de los penſamientos de Mr. Deſ-Cartes reſ-

respecto de la naturaleza de los entes corporeos. Reconoced lo que escribiò en el 4. libro de sus principios, que el ayre no es otra cosa que un amaso, ò conjunto de partes ramosas de el tercer elemento, muy pequeñas, desasidas las unas de las otras, y que nadan entre las bolas de el segundo elemento, à cuyo movimiento obedecen.

Ved como las paredes de el primer elemento estàn esparcidas, y mezcladas por todo quanto hay, y llenan todos los intersticios que dexan entre sì las partes ramosas, y las bolillas. Como la fluidèz de este cuerpo, como tambien la de todos los liquidos consiste en el movimiento indiferente de sus partes insensibles hacia todas partes. Porque estando ellas siempre en movimiento, y teniendo por la mayor parte diferentes determinaciones, facilmente se pueden concebir dos cosas. Primera, que luego que el cuerpo liquido dexe de estàr contenido en otro sòlido, debe derramarse àcia todos lados; pues se mueven tambien àcia todos lados sus partes. Segunda, que como las partes de el liquido estàn en movimiento àcia todos lados, las separa facilmente qualquiera cuerpo duro, ò sòlido, que se presente para passarle al travès; pues para separarlas, no es menester mas, que darles determinaciones algo diversas de las que tenian antes. Siendo cierto, que quando algunos cuerpos (los pequeños sobre todo) estàn en movimiento, y en un movimiento tan indiferente, como el que tienen estas partes, nada es mas facil que darles determinaciones nuevas, y diversas. Y por consiguiente es muy facil dividir un cuerpo liquido, y abrirse camino por èl. Explicandose, pues, estos dos phenòmenos de el cuerpo liquido tan pura, y inteligiblemente, como veis que se explican por los principios de la Philosophia Cartesiana; lograrian gran credito para conmigo los Philosophos de la Escuela, si supiessen obligarme à reconocer la liquidèz por accidente absoluto, distinto de el movimiento de las partes insensibles de los liquidos.

Por muy inclinado que me sintiesse à defender los interesses de la Philosophia comun, no dexè de confessar, que

què este discurso, junto á lo que veìa yo por mi mismo, hacia gran impresion en mi mente. Porque en fin, aunque yo no percibiesse estas bolillas de el segundo elemento que se me decìa: ni fuesse esto sino una pura ilusion de esta alma, infatuada, y preocupada, quanto era possible, de las idèas de el Cartesianismo; no podia sin embargo dexar de conocer en el ayre estas partes insensibles, desasidas las unas de las otras, de que ciertamente se componen los cuerpos liquidos. Veìa assimismo esta materia subtil, que reconociò tambien Aristoteles con nombre de *materia ethère*; y que, segun èl, està esparcida por todas partes, y en un movimiento impetuosissimo. Consiguientemente no pude negar la pureza de la explicacion, que se me havia dado, de el cuerpo liquido. Antes confessè, que, si la Philosophia Carthesiana fuesse tan razonable en los demàs puntos, como me lo pareciò en este, sin repugnancia entraria en la tentacion de hacerme Cartesiano. Sin pararme, pues, à disputar las bolillas de el segundo elemento, ni en proponer algunas otras dificultades, que se me ofrecian; tocante à lo demàs conviene plenariamente con mis conductores. Quiero decir, respecto de la materia *subtil*, *ò ethèrea*, y de la materia *ramosa*: llamandolas tambien sin escrupulo en su lenguage, *materia de el primero*, *ò de el tercer elemento.* Y aplaudi mucho la explicacion de la liquidèz, celebrando sobre todo su simplicidad, y pureza. Pero un pequeño accidente nos hizo mudar de conversacion, y me puso à riesgo de perder toda mi anterior complacencia.

Havia en lo alto de la torre una ruedecita, que servia de veleta, de cerca de siete pulgaradas de diametro. Era de acero, pero muy delgada, y ligera. Sus aspas eran muy iguales, y el exe muy pulido. De suerte, que un solo soplo la movia; y hacia juntamente rodar, para señalar el viento, que reynaba, un indice, ò varilla de hierro, que salia de el exe de la pequeña machina. Quiso, pues, el acaso, que un Soldado de un Regimiento de Suizos, que acababa de llegar al Lugar, disparasse al ayre su fusil, cargado con dos balas: una de las quales no hizo sino rozarse con la punta de una de las aspas de dicha rueda; mas sin

fin embargo le comunicò un movimiento muy vehemente, y que durò por mucho tiempo. La bala no por esso dexò de seguir su camino casi por la misma linea, y fuè poco mas, ò menos tan lexos, y con tanta velocidad, como la compañera: circunstancia digna de que se note. No quiso el P. Mersenno dexar passar tan buena ocasion de demostrarme otro principio de Mr. Des-Cartes, y me dixo: Bien veis essa pequeña machina. Si la bala no la huviesse tocado al passar, pensais que se huviera movido, no haciendo, como no hace, viento alguno? No, seguramente le respondì. Antes es cierto, que no se pudo mudar de el estado de quietud, que tenia antes en èl de movimiento que tiene ahora, sino por medio de alguna causa exterior, cuyo impulso haya hecho esta mudanza; pero ahora que està en el estado opuesto, pensais por ventura, añadiò el Padre, que pueda dexar de perseverar en èl, sino por medio de alguna otra causa, que destruya el movimiento, como la bala destruyò antes la quietud? Essa question, Padre mio le respondì, me parece de mas dificil resolucion, que la primera. Siempre he oìdo decir, como axioma indubitable, que todo cuerpo que està en movimiento, camina como à su fin, à la quietud. Quiero, repuso èl, admitiros esse, no axioma, sino obscurissimo proloquio: *Todo cuerpo, que està en movimiento, camina como à su fin à la quietud.* Quiero passarlo, dixe, porque por ventura, el cuerpo tiene conocimiento, y voluntad para tener fin, y poder encaminarse à èl? Pero esta proposicion, si es capaz de algun sentido tolerable, no puede decir otra cosa, sino que en la situacion, y disposicion que tienen los cuerpos entre sì mismos en el mundo, los cuerpos sensibles que llegan à moverse en èl, van perdiendo poco à poco el movimiento por el embarazo, y resistencia, que hallan en los demas cuerpos, con que se encuentran, y à los quales comunican el movimiento que ellos pierden: viniendo assi finalmente à parar, y à conseguir la quietud, ò descanso, que no pretenden, ni conocen. Porque si nada destruyesse este estado de movimiento, duraria siempre, como el cuerpo se estarìa siempre en quietud, sino se le destruyesse este

esta-

eſtado. Y de eſto os quiero convencer, añadiò, por la experiencia de eſta pequeña machina, que nos preſentò el acaſo.

Si eſſa rueda anduvieſſe en medio de la agua, como anda ahora en medio de el ayre, es evidente que ſu movimiento duraria muy poco, por la mucha reſiſtencia que hallaria en la agua. Si ademàs de eſſo dos de ſus aſpas fueſſen mucho mas largas, mas anchas, y mas peſadas, que las otras dos, duraria mucho menos el movimiento. Porque eſta deſigualdad ſeria nueva, y mucho mas fuerte cauſa de reſiſtencia. Finalmente, ſi deſpues de todo eſto el exe, en que ſe mueve, fueſſe muy grueſſo, mal pulido, y muy tomado de el orin, havria mucho mayor embarazo, y ceſſaria el movimiento aùn mucho mas antes. Pero, porque ſe mueve en el ayre, y ayre muy puro; porque ſus aſpas eſtàn en perfecto equilibrio; y porque ſu exe es muy delgado, muy limado, y muy limpio: por eſſo halla menos reſiſtencia, y el movimiento es mas facil, mas fuerte, y mas durable. Sobre que ſe puede, y debe diſcurrir aſsi. Una gran reſiſtencia deſtruye mucho movimiento; una reſiſtencia algo menor deſtruye menos; y ſi todavia fueſſe menor, todavia deſtruye menos: luego, ſino huvieſſe reſiſtencia alguna, no ſe deſtruiria el movimiento. Luego duraria ſiempre. Luego aſsi como un cuerpo ſe eſtà, y eſtarà en repoſo mientras no ſobrevenga alguna cauſa exterior, què le perturbe la poſſeſsion de eſte eſtado: de el miſmo modo, y por la miſma razon, el que una vez ſe movieſſe, ſe moverà ſiempre, y haſta tanto, que ſe le oponga alguna otra coſa, que lo impida. Y aſsi ſe evidencia el principio de Mr. Deſ-Cartes, que es, decir, que un cuerpo de sì miſmo ſe eſtarà ſiempre en el eſtado, en que una vez ſe le ha pueſto. Si es de figura triangular, ſiempre conſervarà eſſa figura. Si eſtà en quietud, deſcanſarà ſiempre. Si ſe mueve, ſiempre ſe moverà.

Ultimamente el principio no es particular à Mr. Deſ-Cartes; pues tambien le ſuponen por cierto Galilèo, Gaſſendo, Hobbes, Maignan, y otros muchos. Yo miſmo, haciendo mis colecciones para mis Comentarios

ſo-

sobre el Genesis, en que introduxe muchissimas dissertaciones Physicas, Philologicas, y Astronomicas, yo mismo, digo, notè mas de un lugar, en que Aristoteles enseña, ò supone esta doctrina. Y uno de los mas sutiles Escolasticos, qual es Vazquez, la probò con mucha extension, respecto del movimiento mismo. Con todo se puede decir, que nadie la ha dado mas momento, ò se hà servido de ella con mas destreza, y ventajas, que Mr. Des-Cartes. Y essa es la razon porque se le atribuye mas, que à los demàs.

Yo soy muy de vuestro parecer, le respondì. Este principio es uno de los que admite la razon sin hacerse la menor fuerza. Y la dificultad, que, quando se le aplica al cuerpo puesto en movimiento, se halla en èl no nace sino de la falsa idèa, que comunmente se tiene de los que llaman modos en la Philosophia. Como tambien de que, concibiendose el movimiento como ente positivo, se concibe la quietud como su privacion; aunque ni el movimiento es ente, ni la quietud es privacion: no siendo sino dos estados diferentes, y opuestos, de que es capàz el ente corporeo.

Pero, Padre mio, añadì, esta machina me ha motivado un escrupulo, de que necessito descargar mi conciencia; y es acerca de otro principio de Mr. Des-Cartes, que toca tambien al movimiento. Reflexionad, si os place, que la bala, que rozandose tocò la aspa de la rueda, nada, ò casi nada perdiò de su movimiento. Pues la vimos ir tan lexos, y con tanta presteza, ò casi como la otra, que en nada tropezò. Por otra parte vimos imprimir muchissimo movimiento à la machina. Porque, ò yà midamos la cantidad del movimiento por el tamaño del cuerpo, que se moviò: ò ya la tomemos en consideracion al mucho espacio que anduvo dicho cuerpo en tanto numero de bueltas como diò, no obstante la resistencia, que pudieron hacer los cuerpos vecinos: ò yà finalmente consideremos la celeridad con que la rueda se movia: es visible, que la bala comunicò mucho mas movimiento, que perdiò. Y al contrario, si supiessemos esta pequeña machina, como la supisteis al principio,

para demostrarme la proposicion de Mr. Des-Cartes; esto es, que las aspas no fuessen de igual volumen, ni estuviessen en equilibrio: que el exe fuesse muy gruesso, y estuviesse mal pulido, ò muy lleno de orin: y que la bala huviesse tocado la aspa mas de recio, ò con menos obliquidad; es muy cierto que la bala huviera perdido mucho mas, y huviera comunicado à la machina mucho menos movimiento. Què dirèmos, pues, ahora de estos grandes principios de Mr. Des-Cartes, que un cuerpo no comunica à otro con que encuentra, sino otro tanto movimiento como pierde, y que no pierde, sino quanto comunica? Pues en este caso la bala comunicò mucho, y perdiò poco; y en la suposicion comunicaria poco, y perderia mucho.

Y què dirèmos tambien de otros famosos axiomas suyos, que son el fundamento de toda su Physica, y de todo su systèma mundial? Es à saber: que Dios, quando criò el mundo, ò la materia, produxo juntamente en ella una determinada cantidad de movimiento, ò transportacion de un lugar à otro, como èl se explica: que persevera siempre el mismo, sin aumentarse, ni disminuirse, aunque las partes tengan yà unas mas, y otras menos, passandose de necessidad lo que pierden las unas à las otras: que Dios es la causa universal, y unica de todo el movimiento que hay, y puede haver en el mundo: y que las criaturas ninguno pueden producir, ni pueden hacer mas que dàr nuevas determinaciones al que yà està producido por Dios. Què diremos, digo, de estos famosos axiomas? Porque si un cuerpo comunica à otro mas movimiento que el que tiene, es preciso, que Dios, ò el mismo cuerpo produzga de nuevo este mas. Y al contrario, si pierde mas que comunica, es preciso tambien, que este que pierde se aniquile, lo que basta para demostrar, que no hay siempre una misma cantidad de movimiento en el mundo, sino que à cada passo crece, y mengua. Y en una palabra, aqui estamos viendo que una gran porcion de materia, que antes no se movia, se mueve ahora con la mayor velocidad.

Part. 2. de los princip. num. 36.

Cart. 27.

No dudo, que estuviesse en equilibrio, y muy dis-

puesta à moverse. Pero esso no hace al caso; porque siempre es verdadero, decir, que hay un nuevo movimiento comunicado à una gran porcion de materia: que este movimiento es mucho, y fuerte, pues transporta una gran porcion de materia por mucho espacio; y que sin embargo la bala perdiò muy poco de el suyo, pues fue llevada con la misma velocidad, y à tanta distancia, poco mas, ò menos, como si nada huviera comunicado à la rueda. Y lo que parece de mayor consequencia en este punto, es que se interessa mucho en esto la immutabilidad de Dios: que es la razon porque quiere Mr. Des-Cartes que haya de haver siempre en la materia una misma cantidad de movimiento. Reflexionad bien hasta donde nos conduce essa pequeña machina. Pero que lastima seria, si trastornado, como lo hace, el principio de la cantidad de el movimiento, echase tambien à rodar aquellas siete bellissimas reglas, que con tan exacto calculo acomodò Mr. Des-Cartes al mismo movimiento! Pues que todas ellas le suponen, y no pueden subsistir sino à su sombra. Sin embargo no dexò de concluir su explicacion con estas palabras: *Todo esto es tan claro, que no necessita de pruebas.*

Part. 2. de los princip.

Pero sin llevar mas à delante estas reflexiones, no sin razon podrè decir, que Mr. Des-Cartes no observò en esto el buen proposito, que havia formado quando empezò à philosophar en su estufa de Alemania, de guardarse bien de precipitar sus juicios; de no poner principio alguno, sin haverle examinado antes todo lo possible, y haverle hecho mas evidente, que las mas claras demostraciones geometricas; y de poner, en fin, tal cuidado en todo, y hacer de todas sus proposiciones una analysis tan exacta, que pudiesse assegurarse bien de que nada se le havia escapado. Porque, si, antes de publicar su doctrina del movimiento, huviera tomado todas estas precauciones, es naturalissimo que le huviesse venido en consideracion esta machina, y una infinidad de otros exemplos, que podrian hacerle mudar de parecer: à lo menos no huvieran permitido, que las cosas le pareciessen tan claras, que pudiesse arrojarse a decir, que no necessitaban de pruebas.

Pag. 16. y 37. de el Method.

Bien

Bien conocia yo, que este discurso no seria de el gusto de mis guias. Y estoy cierto de que mi anciano comenzaba yà à arrepentirse de haver hablado de mi al P. Mersenno, como de un hombre, que se entregaria ciegamente, y de todo su corazon al Cartesianismo. Sin embargo me respondiò el Padre con mucha mansedumbre, que havia notado tres cosas en mi discurso. Un poco de malignidad en mis reflexiones: mucho de preocupacion, de que yo, por mas que huviesse afectado lo contrario, no me havia desnudado todavia: y en el fondo tal qual ligera dificultad, de que seria conveniente pedir la ilustracion á Mr. Des-Cartes. Pero por graves que os parezcan, me añadiò, ellas se desapareceràn luego que logreis oirle. En mi mismo hice cien veces la experiencia; y nadie le havrà propuesto mas dificultades, que yo, hasta cansarle. Insuperables me parecian tal vez. Pero una sola carta de una pagina, que èl me escriviesse, deshacia todas mis dudas; y me ilustraba mas sobre la materia, que se trataba, que los libros enteros de los demàs. Atuveme mucho al reproche, que se me hacia de las preocupaciones; porque es el ordinario refugio de Mr. Des-Cartes, y de sus discipulos, siempre que se vèn algo apretados. Con todo no quise replicarle; y solo me defendì de la malignidad que se atribuìa à mis reflexiones. Mas, tocante à la esperanza que se me daba de la solucion de mis dudas por Mr. Des-Cartes, añadì: vos me consolais mucho, Padre mio. Yo soy Cartesiano de voluntad, aunque de razon no puedo serlo todavia; por no tener luces bastantes para desembarazarme de las dudas, que me ha motivado la leccion de los libros de este grande hombre. Pero amo sinceramente la verdad; y estad cierto, de que me rendirè à ella, luego que Mr. Des-Cartes me la ponga delante.

Hecha esta declaracion, que pudo restituirme un poco en la confianza de mis guias, proseguimos nuestro viage. Y es bien que advierta aqui mi lector, que por largas que parezcan en el papel las disputas, y conversaciones que refiero, no duraban sin embargo mas de un instante. Porque los espiritus separados se comunican muy

de otro modo, que quando estàn en sus cuerpos, cuya lengua no puede pronunciar sino letra por letra. Una sola palabra espiritual, que una alma separada diga à otra, la declara, y hace entender mucho mas, que mil palabras dichas, ò escritas entre los hombres. Y en este viage adquirì una infinidad de bellas luces para poder explicar el lenguage, y el modo que tienen de entenderse los Angeles entre sì. De suerte, que medito, y espero dàr algo à la prensa en este particular. Es verdad, que dirè muchas cosas, que no podràn entenderse, por falta de uso. Pero mi libro no por esso dexarà de correr; y podrà lograr tal vez la suerte de los libros de Theologia Mystica, que son tan de la moda en estos tiempos, no por otra razon, sino porque los que los leen no los entienden; y quien los escrive dà à entender, y hace, como que los entiende. Sabiendose muy por experiencia, que los Authores de semejantes libros no son siempre tan santos, como afectan, y quieren parecerlo.

Partimos, pues, de lo alto de la torre, y nos dirigimos hacia el orbe de la Luna. Concebia mi alma un indecible placer de verse subir por los ayres, y andar con tanta facilidad por estos vastissimos espacios, que apenas podia correr con la vista, estando en el cuerpo. Y este placer me hacia acordar de el que havia tenido muchas veces en sueños, imaginandome andar à passo largo por el ayre. Por el camino encontramos una infinidad de almas separadas, de todas naciones, hasta tambien de Lappones, Filandeses, y Brachmanes. Con cuya ocasion me acordè de haver leìdo en varios Authores, que el secreto de la separacion de las almas havia sido conocido entre estos Pueblos. Pero à distancia de cerca de quarenta leguas de este Planeta hay una region muy habitada en particular de Philosophos Estoicos por la mayor parte; y desde este lugar hasta que salì de el globo de la Luna, hallè bien en que desmentir la historia, respecto de una infinidad de personas, que supone muertas como los demàs hombres, no haviendo ellas muerto mas que Mr. Des-Cartes. Adelante hablarè de algunas.

Ola. Mag. lib. 3. cap. 171. Tertul. lib. de Anim.

La Luna tiene su atmosphera, como la tierra, y ten-

terdrà de altura como cosa de tres leguas de Francia. Mas al tiempo que ibamos à entrar en ella, vimos à bastante distancia tres almas que conversaban, y como que trataban de cosas importantes. Luego hicimos juicio de que serian almas de consequencia, por el mucho respecto que mostraban tenerles otras almas que las assistian. Procuramos, pues, saber quienes eran, y se nos dixo, que eran Socrates, Platòn, y Aristoteles, que tenian un congresso para tratar de cierto interès comun. Havian entendido por nuevas ciertas de nuestro mundo, que los Venecianos acababan de tomar sobre los Turcos, no solo la Morèa, que es el antiguo Peloponeso, mas tambien la celèbre Ciudad de Athenas, donde estos ilustres Philosophos vivieron otro tiempo con tanto credito, y esplendor. Y en esta inteligencia havian resuelto, que luego que llegasse à estos Paìses la alma de algun Noble Veneciano, se le pidiesse, que recomendasse sus cosas al General Morosini, y à la Republica, suplicandoles primero, que hiciessen restablecer las estatuas, que otro tiempo les havian erigido los Athenienses. Segundo, que restituyessen la Acadèmia, y el Licèo con todos sus antiguos Fueros, y Privilègios. Tercero, que hiciessen renovar en el Prytaneo los marmoles en que se havia escrito, y querido perpetuar la justificacion de Socrates, con todas las execraciones, de que en ellos se cargaba à Anyto, y à Melyto, por haverle hecho condenar, y morir injustamente. Quarto, y ultimo, que caso que llevassen sus conquistas sobre Macedonia, tuviessen la misma consideracion con Estagyra, llamada oy Libanova, Patria de Aristoteles, en cuya consideracion tanto la favoreciò su gran discipulo Alexandro. Sorprendido soy, nos dixo el P. Mersenno, de vèr estos Philosophos. Jamàs he oìdo hablar aqui, ni les encontrè en mis viages. Es cierto, que en mis Comentarios sobre el Genesis, notè que Platòn, y Trimegisto dexaban algunas veces sus cuerpos para contemplar mas bien el summo bien; y que tambien Socrates, segun refiere Alcibiades en Platòn, tenia sus extasis de quando en quando. Es cierto tambien, que nunca he podido creer de Aristoteles, que fuesse

se tan loco, que pudiesse echarse de cabeza en el Eurypo, desesperado de haver de comprehender el fluxo, y refluxo de el Mar. Asimismo confiesso, que algunas cosas que leì en este Philosopho, me havian hecho sospechar, que tambien èl podia haver sabido el secreto de la separacion de la alma. Pero jamàs tuve la ocurrencia de informarme, de si estos grandes sugetos se havian servido de su secreto para impedirse la muerte. Fijamente, añadiò, assi como Mr. Des-Cartes emprendiò poner por obra el Plan, que se ha formado de su mundo, habrà Platòn querido plantear la idèa de su Republica, y à esse fin habrà conducido alguna colonia de almas separadas mas allà de el Cielo.

Si es assi, replicò nuestro anciano, nada supo Luciano de el otro mundo; pues en sus dialogos de los muertos habla tantas veces de Socrates, como de quien havia passado la Estygia en la barca de Charon, y era antiguo morador de los Elysios. Pero que me direis, repliquè yo, de el nuevo Luciano, quiero decir, de el Author de los *Nuevos Dialogos de los Muertos*, quien sin consideracion pone à Mr. Des-Cartes en el Infierno, haciendole entretenerse alli con el falso Demetrio de Moscovia? No seria gusto el creerle, pues nos dice cosas tan lindas en su libro, y nos divierte con muchas piezas de historia muy selectas? Y mas haciendolo, como lo hace, con el especioso titulo de tener derecho à vendernos todas las phantasias, y agradables ocurrencias de su imaginacion, sin el menor respecto à la verdad. Poner en el Infierno à Mr. Des-Cartes, quando èl està mas allà de el Cielo, no es para declararme en el estilo quodlibetico de nuestro amigo M...., *ab errate toto Cœlo?*

A este tiempo vimos, que los mencionados personages se venian àcia nosotros. Nadie ignora que los tres fueron los mas cèlebres, y mas acreditados de todos quantos tuvieron titulo de Philosophos en la antiguedad. Como tambien es constante, que se les distinguiò siempre mucho de toda la canalla de Sophistas, y Cynicos; quienes por lo comun no fueron sino verdaderos charlatanes, que se adquirian la reputacion de sabios por sus demasias,

y extravagancias. Llegaron, pues, y Socrates, hecha su cortesia, nos dixo de un modo muy obligante, que conocia muy bien, que eramos Franceses: no tanto porque veniamos por el camino de Francia, como porque reconocia en nosotros el character de la Nacion, la mas culta, que el dia de hoy se halla en la tierra. De cuya particularidad dixo, que tenia noticia muy bastante, no obstante el poco comercio que mantenia con nuestro mundo. Preguntònos luego adonde ibamos, y que destino era el nuestro.

Tomò el P. Mersenno la palabra, y respondiò, que ibamos à vèr un nuestro comun amigo, que residia muy lexos de alli. Y que nos reputabamos felices, por poder tributar, aunque de passo, nuestros respectos à personas que habian hecho la admiracion, y la gloria de la antiguedad; y cuyos nombres, aùn despues de passados dos mil años, eran conocidos, y venerados de las mas de las naciones.

Con todo esso, dixo Socrates, allà en vuestro mundo se nos tiene por muertos. Es verdad, respondiò el P. Mersenno; y aùn yo tambien estaba en esse error comun. Pero ved ahì mis compañeros, prosiguiò mostrandonos, que todavia son moradores de la tierra, y podran desengañar los hombres en este punto. Por lo que à mi toca, dixo Socrates, no me pesaria. Y aun deseo, que se sepa, que la alma de un Philosopho de mi character no debiò aguardar para salir de el mundo, los ordenes de una faccion de Jueces delinquentes, ni la grita de un populacho enfurecido por los insultos, y frios dichos de un mal gracioso de Comedia. Escuchadme, y sabreis como la cosa se passò. Conociendo el furor, y el podèr de mis enemigos, dexè, luego que le vi preso, mi cuerpo, ordenando à mi espiritu familiar, que se entrasse en èl, y representasse bien mi persona, hasta el ultimo trance. Sobre que hacia mas confianza de èl, que de mi mismo con toda mi virtud, y constancia. Desempeñòse muy bien de su comission; y estoy, en que no se han olvidado aùn en el mundo la firmeza que mostrò en el semblante, y en las palabras, quando se me hizo saber la sentencia de mi muerte; el

ya-

valor con que se le viò tomar la cicuta de mano de el verdugo; ni la rabia de mis enemigos, que habieron de reventar de despecho, viendome Philosopho hasta el fin. Es cierto, le dixe yo entonces, que esta ultima accion de vuestra vida os dà todavia el dia de oy mucho credito para con el mundo. Pero yà es de temer que la verdad de el hecho, que acabais de referirnos, no se avenga bien con vuestra gloria, que tanto han celebrado, y aùn celebran los hombres. No importa, respondiò el: yo amo mas la verdad que à mi mismo; y me interesso mas en ella, que en mi gloria. O, y què bella respuesta! exclamè. Mas vale ella sola, que toda la harenga que hizo vuestro espiritu familiar à vuestros amigos para consolarlos en vuestra muerte. Yo, yo la harè aplaudir, y apreciar, como merece. Si la huviesse oìdo un bello espiritu que yo sè, sin duda os huviera canonizado, quien al leer vuestra historia apenas podia contenerse de invocaros, diciendo: *Sancte Socrates, ora pro nobis.* Yà se sabe, que esta extravagancia es de Erasmo; y al mismo Socrates le pareciò cosa bien impertinente.

Luego tambien Aristoteles nos encargò que procurassemos desimpressionar los hombres de los diversos falsos rumores, que de su muerte han corrido por el mundo. Diciendo unos, que havia muerto de una cholica: otros, que se havia envenenado à sì proprio; y otros, quienes finalmente se apartaban menos de la verdad, que se havia ahogado en el Eurypo. Dixonos, pues, que caido de la gracia, y echado de la Corte por la sospecha que se tuvo de que havia intervenido en la conspiracion de su amigo Callistenes contra Alexandro, se retirò à Athenas, en donde enseñò Philosophia. Que despues, haviendo sido acusado de atheismo, tan sin razon como Socrates, por un Sacerdote de la Diosa Ceres, se havia visto precisado à retirarse à Chalcis. En donde, haviendo ido un dia à passearse orillas de el mar, repassando en su memoria las muchas, y muy bellas ocasiones de hacer fortuna, que havia perdido, y considerando, que yà nada podia prometerse de bueno en Athenas, ni en la Corte, se aburriò de forma, que se resolviò à dexar el mundo. Que para esso

se havia servido de el secreto, que le havia enseñado Esculapio, de quien se hacia la honra de descender por linea recta por medio de su padre Nicomacho, Medico en otro tiempo de Amyntas, abuelo de Alexandro; pero que haviendo separado su alma por virtud de dicho secreto, quedò su cuerpo en parte de donde se le pudo arrebatar el Mar, haviendo llegado alli en la fuerza de su fluxo. De suerte, que haviendosele hallado despues ahogado, cada qual congeturò à su modo. Los Cortesanos, que saben bien quanta impressìon suele hacer en el corazon de un aulico su desgracia, y quan sujetos estàn à desesperarse los caìdos, echaban no sin razon el sucesso àzia esta parte; pero prevaleciò la opinion de sus discipulos. Explicabales entonces Aristoteles el punto de el fluxo, y refluxo, y havia confessado, fuera de su costumbre, que no le comprehendia, y que esto le inquietaba muchisimo. De donde sin tropiezo concluyeron, que esso le havia ocasionado la muerte. No faltò entre ellos quien escriviesse esto mismo à diversas partes de Grecia. Y como si huviesse estado juntito à èl quando se arrojò al Eurypo, añadiò la circunstancia de que havia dicho al arrojarse: *Comprehendeme, pues que no te comprehendo.* Esta antithesi sonò bellissimamente, y ayudò mucho à promover el rumor, que al fin llegò hasta nosotros con el mismo passaporte.

Hay ciertamente algo de raro, y maravilloso en estas particularidades, como tambien en las de la historia de Socrates, ni en los Authores se leen muchas de estas circunstancias; pero esso mismo me hace esperar, que seràn bien admitidas de el publico, quando por lo mismo muchos Escritores de historia se adquieren reputacion en estos tiempos, y aùn se hacen distinguir de los demàs. Nunca las paradoxas en puntos de historia fueron tan de la moda. Un manuscrito, que diga lo contrario de lo que se ha dicho, y creido por siglos enteros, no dexa de preferirse, sobre todo, si es maldiciente à todo lo demàs, y los extractos, que para dàr credito à los libros se embian à los Authores de los Diaros de Olanda, y de las Nuevas de la Republica de las letras, no contienen por lo comun

si no estos nuevos, y admirables descubrimientos. Finalmente, yo no cito manuscritos, piezas de suyo tan sujetas à sospechas, y excepciones. Refiero no menos que la deposicion de las personas, que hacen el sugeto de la historia que escrivo; y que hicieron, ò padecieron por sì mismas lo que deponen, y sobre esto desafio à los mas delicados, y mal acondicionados criticos, seguro de que no podràn convencerme de falso por las historias de el Reyno de la Luna.

En quanto à Platòn, èl mismo nos dixo, que no hacia caso de quanto los hombres quisiessen decir de èl, y nos agradeciò los ofrecimientos que haciamos de servirle, mas tocante à su Republica, por la experiencia misma fuimos convencidos de la verdad de la congetura de el P. Mersenno: Y si este Padre estuviera algo mas bien instruido de lo que hay en el glovo de la Luna, no se huviera sorprendido de encontrar alli à Platón, y Aristoteles, pues que realmente el primero estableciò allà su Republica, como tambien el segundo su Lycèo; y uno, y otro se hallan señalados en los Mapas de aquel Paìs, que con tanta exactitud dispuso el P. Grimaldi, Jesuita, uno de los mas habiles Mathematicos de este siglo. Nada supimos de la estancia de Socrates; pero es muy verosimil que resida de ordinario en la Ciudad de su muy querido discipulo Platòn.

Carto. Selenograp.

Como despues de esta breve detencion tomassemos su licencia para marchar, nos preguntò Socrates, quien era, y como se llamaba el amigo que ibamos à vèr. Y el P. Mersenno respondiò, que se llamaba Mr. Des-Cartes. Des-Cartes? repitiò Aristoteles. Quien? Aquel extravagante, que havrà treinta años que vino del otro mundo! Aquel, que fuè como el cuclillo de todos los demas Philosophos, que no pudieron sufrirle, y le obligaron à salir de toda esta Region! Ciertamente fuè un picaro en tratarme, como dicen, que me ha tratado. A mi, que fui maestro del mayor Principe, y mas glorioso conquistador! A mi, à quien erigieron estatuas Philipo, y Olympias! A mi, que enseñè con tanto applauso, que escribi tantos libros, y logrè tener tantos, y tan buenos Co-

men-

mentadores! A mi, cuyas palabras son tanto tiempo ha, decisiones, y oraculos en las Escuelas! A mi finalmente, à quien todos los Philosophos pretenden tener de su parte, honrandose de ello, y sin atreverse à confessar, ni à permitir que estè por la opinion contraria! De buena gana me encontraria con esse aventurero. He leido sus libros; y cierto que dàn lastima.

Podriais por ventura vosotros, dixo à Socrates, y à Platon, adivinar, qual es el primer passo que hace dàr à su sabio para conducirle seguramente al conocimiento de la verdad? Desde luego le hace dudar de todo, y aun tambien tener por falsos los mas claros principios: *El todo es mayor que su parte, dos, y tres son cinco, &c.* Yà sabeis Monsiures, prosiguiò, bolviendose à nosotros, que le han apretado fuertemente allà en el mundo sobre este particular. Mas yo, por mi parte no le haria sino esta pregunta. Pretende el que se dude efectivamente de todo, ò no lo pretende? Si no lo pretende, còmo lo pone por primer precepto de su *methodo*? Porque los preceptos, y los methodos deben ser tales, que puedan practicarse. Y si lo pretende, còmo dice mas de una vez, en sus *Meditaciones*, y en su *Methodo*, que los argumentos de los Scepticos (que son casi los mismos de que usa èl para hacernos dudar de todo) nunca fueron capaces de hacer dudar de verdades tan claras à quien estuviesse en su juicio? Por ventura piensa, que los que èl instruye, no lo estàn? O se imagina, que los argumentos de los Scepticos tendràn mas fuerza en su boca, y en su pluma, que tuvieron en las de aquellos Philosophos, quienes por lo comun no se ocupaban sino en exercitar, y dàr que hacer à los demas Sophistas, y en burlarse de los que emprehendian refutarlos, y que nunca pudieron soñar, que pudiesse haver algun dia un Des Cartes que pusiesse sus sophismas à la frente de un *methodo*?

Pero dado una vez, que Des-Cartes me hiciesse dudar, si dos, y tres son cinco, si el todo es mayor que su parte, &c. de què methodo usaria luego para restituirme à mi primera certeza? No podria conseguirlo sino por medio de otra alguna proposicion tan clara que pudiesse

convencerme, de que las proposiciones, de que yo havia dudado, eran indubitables. Pero qual será, segun Des-Cartes, esta admirable proposicion, que pueda, y debe comunicar su claridad à las demàs, como el Sol comunica su luz a los demàs Planetas? Vedla aquì, *yo pienso : luego soy*. Porque dice èl, no es possible que, no siendo, pueda yo pensar. Bello discurso! Y què? Serà ello mas possible, que dos, y tres no sean cinco? Serà mas possible, que el todo sea menor que su parte, què el que yo me engañe sin pensar, ò que pueda pensar sin ser? Y si puedo hacer fuerza à mi razon para que dude de las dos primeras proposiciones, por què no podrè forzarla tambien à dudar de la tercera? Mas. Si un Sceptico tiene cara para negar aquellas, havrà menester ser mas descarado, para negar esta otra? Y no me hallaria yo, y qualquiera, que se fuesse, en la misma impossibilidad de probarselas todas tres? Querrà Des-Cartes, procediendo assi, hacer callar à un Sceptico, que le desafie, y mantenga, que nada le podrà demostrar: ò mostrarme la evidencia de una proposicion, de que supone, que me ha hecho dudar por sus argumentos? El sophista, empeñado en negarle la evidencia de las mas claras proposiciones, se burlaria de èl. Yo mismo me burlaria tambien, diciendole, que me mantenia en la duda de las proposiciones de que èl me havia hecho dudar, puesto que la que producia de nuevo para convencerme, no me era menos dudosa que las otras.

Pero puede ser, prosiguiò zahiriendonos, que os haya hechizado el admirable progresso, que hace en la misma obra, y aun en el mismo lugar. *Haciendo reflexion*, dice este gran Philosopho, *sobre este primer conocimiento, yo pienso : luego soy; he notado, que no puede serme claro, sino por virtud de una percepcion, ò sentimiento claro, y distinto, que tengo de lo que afirmo. Y assi puedo tomar por regla, y principio general, que es cierto todo lo que concibo clara, y distintamente.* Pero esso es por ventura privilegio especial de su favorecida proposicion, *yo pienso : luego soy*? supuesto, que Des-Cartes me huviesse dexado en la possession en que estaba, y en

que

que no puedo dexar de eſtàr, de la evidencia de eſtas dos propoſiciones: *Dos, y tres ſon cinco: el todo es mayor que ſu parte*; no podria yo hacer ſobre ellas la miſma reflexion que hace èl ſobre la ſuya? Y haviendo de buſcar, y fixar, no para los Scepticos, ſino para mi ſolo, una regla de verdad, de que pudieſſe ſervirme en todos mis juicios; no podria diſcurrir ſobre mis propoſiciones, como lo hace èl ſobre la ſuya?

La razon porque me ſon evidentes eſtas propoſiciones, ò por decir mas bien, porque no ſolo no dudo, ſino que aſsimiſmo ſiento que no puedo dudar de ſu verdad, es, que tengo una percepcion clara, y diſtinta de lo que por ellas afirmo. Y ſi la tengo, yà no puedo dudar que la tengo; porque tenerla, y juzgar, ò mas bien ſentir que la tengo, lo miſmo es, y un miſmo acto es de mi entendimiento: con que en efecto de mi propria conciencia viene la impoſsibilidad en que eſtoy de dudar de la verdad de eſta propoſicion, *dos, y tres ſon cinco*: como de la de eſta otra de Deſ-Cartes, *yo proſigo, luego ſoy*: Y en eſto no pueden dexar de convenir quantos ſean capaces de juzgar con alguna delicadez en eſtos puntos. Podria yo, pues, tambien deducir de eſtas dos, y de otras infinitas propoſiciones la concluſion, que deduce de la ſuya Mr. Deſ-Cartes para que ſirva de regla: *Todo lo que conozco con claridad, y diſtincion, es verdad conſtante*, pero es no ſolamente inutil, mas tambien chimerico el hacer depender la verdad, y evidencia de eſtas, y otras ſemejantes propoſiciones de la verdad, y evidencia de otra alguna; porque la tienen, no de algun antecedente, ni de alguna preocupacion, ſino de sì miſmas, y por sì miſmas. Todas ſon igualmente evidentes, y nada es mas abſurdo, ni mas contra methodo, que el querer convencerſe de las unas por las otras, por eſſo ſe llaman propoſiciones immediatas. Y el miſmo Deſ-Cartes debe reconocer, que eſte ſu principio: *Todo lo que conozco con claridad, y diſtincion, es verdad conſtante*, no es la regla de la verdad, y evidencia de eſtas propoſiciones, ſino que ſu regla de verdad, quiero decir, lo que me convence de ſu verdad, es la experiencia, y el ſolo ſentimiento interior,

que

que tiene mi mente de su verdad, quando las forma.

Aristoteles, à quien el solo nombre de Des-Cartes havia metido en colera, no quiso detenerse en tan buen camino, antes continuò en apretar, y llevar con vigor su critica. El mayor gusto, dixo, que tuve, leyendo esta lindissima obra, fuè el vèr à su Author embarazarse à sì mismo, de suerte, que no podrà escapar, no digo yà al mas sutil de los Scepticos, pero ni à un muchacho que con algo de discurso junte algun uso de las reglas de la Logica. Fue luego corriendo el methodo, las meditaciones, y la primera parte de el libro de los principios, de modo, que nos hizo conocer, que los tenia bien examinados; y nos mostrò, trayendo el orden, y la connexion de las proposiciones de Mr. Des-Cartes, que se havia metido en el mayor embarazo de el mundo para haver de hallar, y establecerse una regla de verdad; pues que despues de havernos hecho dudar de todo, y de havernos luego hecho tomar el camino de el saber por este su principio, *todo lo que se conoce con claridad, y distincion, es verdad constante*, immediatamente nos le hace sospechoso por el siguiente discurso, sacado de la tercera meditacion. „ Pero muchas cosas, que tenia por evidentes, se me han hecho despues dudosas. Y lo que me ha hecho dudar, si dos, y tres son cinco, es el haverme venido al pensamiento, que tal vez podria haver un Dios, que pudiesse haverme hecho de modo que pudiesse engañarme aùn en las cosas que me parecen evidentes. Ni puedo dexar de confessar, siempre que se me viene este pensamiento de la Omnipotencia de Dios, que le es muy facil hacer, si quisiere, que me engañe assimismo en las cosas que concibo con la mayor claridad. Pero por otra parte, quando me propongo las cosas que concibo clara, y distintamente, me hallo tan convencido, que no puedo dexar de exclamar: Engañeme quien quisiere, nunca podrà hacer que no exista yo, mientras pienso: ni que nunca tenga existencia, pues es cierto, que existo aora. Y puede ser tambien, que assimismo no pueda hacer que dos, y tres sean mas, ò menos, que cinco; y assi de otras cosas en que veo una manifies-

,, fiesta contradiccion. Y ciertamente, no teniendo motivo para creer, que Dios sea engañador: no sabiendo ,, assimismo todavia si le hay; la razon que me hace dudar; no siendo fundada sino en esta sospecha, es bien ,, tenue; y no es, por declararme assi, sino Methaphysica. Para salir, pues, de esta duda me es preciso examinar, si hay Dios; y luego, si puede engañar, su ,, puesto que le haya.

Sobre esto hizo Aristoteles sus reflexiones: es à saber, que Des-Cartes yà no tenia derecho à mirar, como regla de verdad, este su axioma: *Todo lo que concebimos clara, y distintamente, es verdad.* Pues èl mismo le hacia dudoso por la razon que toma del poder de Dios: razon para èl tan fuerte, que le era impossible dexar de confessar, que podria, si quisiesse, Dios hacer que nos engañassemos aun en las cosas que concibiessemos con la mayor distincion. Que supuesto esso, la consideracion, que hacia sobre la evidencia de las proposiciones, quando mas, podria hacerle balancear en el juicio, haciendole probable la verdad de su regla. Y que ni aùn podia tener esse efecto. Pues no podia tenerle sino en virtud de la evidencia de las proposiciones: regla, que le era muy incierta por la razon propuesta, à la qual no podia dexar de rendirse, siempre que se le proponia. Que la razon, que le hace dudar de la verdad de su axioma, aunque fundada solamente en la sospecha de la existencia de un Dios, que no ha averiguado todavia, no debe ser tenue, respecto de un hombre, que, siguiendo su methodo, reconoce, que el poder de este Dios, supuesto que existiesse, lo abrazaria todo, y acaso podria tambien hacernos tales, que nos engañassemos, ò pudiessemos engañarnos aùn en las cosas que conociessemos con la mayor distincion. Y finalmente, que era contra todas las reglas del buen methodo el que un Philosopho, que aùn dudaba de la verdad de esta proposicion, *todo lo que se conoce distintamente, es verdad*, quisiesse probar la existencia de Dios, para librarse de esta duda. Porque què medio puede haver para convencerse de la existencia de Dios, sino alguna demostracion evidente? Pero como se convencerà por una de-

mos-

motracion evidente, quien todavia duda, si es verdad lo que concibe con la mayor claridad, y distincion?

De donde concluìa Aristoteles, que Mr. Des-Cartes cometia circulo, que es la mayor falta que puede tener un discurso. Porque, segun el mismo, no puede assegurarse perfectamente de la verdad de este principio, *todo lo que clara, y distintamente conozco, es verdad constante*, sino porque hay un Dios, y un Dios que no engaña; y no puede saber, que hay Dios, y que este Dios no engaña, sino porque conociendo clara, y distintamente la existencia de Dios por la idèa clara, y distinta, que tiene de la divinidad en esta misma idèa concibe clara, y distintamente, que el engañar es muy indigno, y muy ageno de Dios. En una palabra, que probaba la primera proposicion por la segunda, y la segunda por la primera: sin tener derecho à suponer la una, ni la otra. Pero, Monsiures, prosiguiò, insultandonos, yo perdono, en vuestra consideracion, este mal andar à vuestro buen maestro. Es un gran passo el que diò à tientas; y sin embargo se halla despues de todo sobre sus pies.

Pero tendreis à bien, que añada todavia una palabra: y que, careando sus principios, y axiomas entre sì, os haga vèr, quan mal fundada està la reputacion, que se me dice, que tiene, de Philosopho sobre manera consiguiente en quanto dice? Acuerdome haver leìdo en este Author, añadiò, una cosa sobre-manera gallarda. Es à saber, que Dios puede mudar las essencias de las cosas: que las proposiciones, que se dicen necessarias, no son verdaderas, sino porque Dios lo quiere; y que por consiguiente, si Dios huviera querido, como pudo querer, que dos, y tres no fuessen cinco, esta proposicion, *dos, y tres son cinco*, seria ahora falsa. Quando Des-Cartes asienta esta paradoxa, afecta mostrar un gran respecto al poder de Dios. Y aùn se enfada con los demàs Philosophos, y quiere tratarlos de blasphemos, porque no reparan en decir, que Dios no puede hacer que dos, y tres no sean cinco. Sin embargo, por poco que se le siga, se percibe, que no por pura devocion promueve esta doctrina, sino por

Resp. à las 5. objec.

por conocer, que, aunque absurda, se sigue de sus principios. Admitir una proposicion tan dura, como por fuerza, y como indispensable sequela de sus principios, no le seria honroso, y aun podria desanimar à sus sequaces. Por esso tomò el partido de la prevencion, girando èl el primero, y admirandose de que los Philosophos tuviessen la avilantèz de presumir poner limites à la Omnipotencia.

No examino ahora quan absurda deba reputarse esta proposicion, ni quiero exagerar todos los defectos, que comete este pretendido heròe de la Philosophia. El mismo se gloriarìa mucho de que yo hiciesse empeño de criticarle; pero sin salir de el particular que se trata, digo, que quando fuesse inutil, y falso quanto hasta ahora se ha objetado à su methodo, esta sola paradoxa le trastornaria enteramente, y que una vez supuesta, le es impossible darnos una regla de verdad: porque si es cierto que la verdad de las proposiciones necessarias dependen de Dios, de suerte, que pudo hacer, que las que se reputan necessariamente verdaderas, fuessen falsas, tambien habra podido hacer que fuessen falsas estas dos: *Todo lo que concibo con claridad, es verdad constante: el engañar es imperfeccion, y ageno de Dios.* Y si Dios lo puede hacer, quièn le ha dicho à Des-Cartes, que no lo ha hecho? Se lo ha revelado por ventura el mismo Dios? Pero què razon tiene èl para creerle? Sobre su principio dudaria yo, no yà en sceptico, sino seriamente de la verdad de sus dos proposiciones; y assi sus dos reglas de verdad yà no lo son, ni pueden serlo. Que se venga, pues, ahora con su linda, y amada proposicion, *yo pienso: luego soy.* Sin ser Sceptico, no se la querrè admitir. Y por què? Porque yo no sè, si desde la eternidad habrà querido Dios que fuesse falsa, ò verdadera. Ni lo puedo saber sino por revelacion; y aùn seria preciso examinar, si la revelacion podia ser regla de verdad en semejantes circunstancias. Con esto el sabio Des-Cartes, que havia llegado yà à saber que pensaba, y que existia, pierde aqui desgraciada, y lastimosamente la tramontana.

Pudiera hacer todavia muchas reflexiones, y discur-

ir eternamente sobre su bella Methaphysica, sobre sus nuevas demostraciones de la existencia de Dios, y de la distincion que hay entre el cuerpo, y la alma: sobre el modo de responder à las objecciones que se han formado contra el resto de su methodo: y si quisiesse haceros notar, que quando se le atacan sus proposiciones, y su orden, ò el methodo de que se sirve para llegar al conocimiento de la verdad, se contenta tal vez con defender bien, ò mal esta, ò la otra proposicion, sin cuidar de justificar su methodo, siendo como es la pieza de que èl se ha querido hacer mas honra, aunque ciertamente no puede darse cosa peor, como lo he mostrado; pero lo dicho es bastante para haceros entender, que el juicio que hago de vuestro Maestro, no es sin conocimiento de causa. Mas, pues os he detenido mucho, à Dios Monsiures Cartesianos, soy muy vuestro servidor, mis cumplimientos à vuestro ilustre Maestro.

Siguieronle Socrates, y Platon, despues de haverse despedido de nosotros con un poco de mas modo. Y aùn nos añadiò Platon al despedirse, que se holgaba muchissimo de que assi se desacreditasse à Aristoteles en el mundo. Que bien merecido lo tenia por la indigna conducta, y malos terminos que havia usado con los Philosophos sus predecessores, especialmente con èl, pues havia practicado quanto le fuè possible sobre arruinar la reputacion, que ellos se havian merecido en el mundo, perdonandole à èl menos que à los demàs, sin embargo de haver sido su Maestro; y usurpandole por medio de imposturas, y calumnias, en punto de doctrinas, la dignidad de Principe de los Philosophos.

No sabreis, le dixe, lo que podrà suceder tal vez, y assi no debeis desesperar de bolver sobre las filas. Tambien la Philosophia de Aristoteles ha tenido varias fortunas de mil y quinientos años à esta parte; y os puedo assegurar, que no ha ochenta que el Sumo Pontifice de los Christianos quiso disponer, que se enseñasse en Roma vuestra Philosophia en lugar de la de Aristoteles. Ni se huviera apartado de su determinacion, sino à instancia de un gran hombre de aquel tiempo, nombrado Be-

larmino. Si esso se huviera establecido una vez en Roma, à Dios Philosophia de Aristoteles, alli, y en todas partes prevaleceria la vuestra. Agradablemente me sorprendeis, respondiò Platon, con nueva de tanto gusto; obligadissimo os vivirè por la noticia, y harè, que llegue à la de Aristoteles; yo, yo os vengarè de la descortesìa que os ha hecho. *Vid. de Belarm.*

Mientras tanto mis dos guias bramaban de corage por haver oìdo tratar tan mal à su Maestro. Havian aguardado, que acabasse Aristoteles su discurso para responder; y viendo que se iba sin darles lugar à ello, hicieron quanto les fuè possible por detenerle, mas como èl no lo quisiesse hacer, le preguntò mi anciano desde lexos, burlandose por la esphera de el fuego: Pues nosotros, dixo, no la hemos encontrado, por mas que afirmes en tus obras, que està entre el ayre, y el globo de la Luna; pero à mi por el contrario me diò muchissimo placer este encuentro: pues tuve el gusto de vèr, que los espiritus Philosophos no tienen menos propension à disputar, que los Philosophos materiales, ni son menos zelosos de su reputacion, y sentimientos: y esta misma diversion logrè mas de una vez en el Viage, con diversas ocasiones, de que hablarè en el discurso.

Despues que se fueron los tres Philosophos, dixe al P. Mersenno: Y bien, mi Padre, què juicio haceis de Aristoteles? A la verdad me ha parecido algo ardiente, mas despues de todo no disputa muy mal. Este modo de ir siguiendo passo por passo à Mr. Des-Cartes en su methodo de inquirir la verdad, tiene su malicia, y es capàz de ocasionar, quando menos, algunos escrupulos. Sobre todo, este ultimo argumento, tomado de la verdad de las proposiciones necessarias, que segun èl, depende de la voluntad de Dios, me parece bastantemente enredoso: y no sè si alguien se ha servido de èl à esse proposito antes de ahora.

Todo esto es vagatela, me respondiò, en todo lo que dixo Aristoteles, nada hay tolerable, à excepcion de el circulo, que le reprocha à Mr. Des-Cartes; pero, ni aùn esso es cosa nueva. Yo mismo se lo toquè

en otro tiempo, como lo podeis vèr en las segundas objecciones, que siguen à sus meditaciones, y que son mas, como tambien las sextas. Contento soy, le dixe, de lo que me enseñais. Unas, y otras son muy dignas de vos, y estàn muy bien propuestas; pero esso mismo ocasiona en mi la preocupacion, de que este circulo no es de el todo chimerico: porque al fin el P. Mersenno, Aristoteles, Mr. Arnaud (Author de las quartas objeciones) y otros muchos no huvieran urgido tanto este punto, sino huviessen percibido en èl algo, que à lo menos se acercasse, ò pareciesse mucho al circulo que reprocharon. Pero aqui para entre nosotros, la respuesta que à este reproche diò Mr. Des-Cartes, y que nadie ha impugnado hasta ahora, os satisface acaso? Os parece por ventura soportable? El P. Mersenno respondiò, que Mr. Des-Cartes, quando dixo que nada se conoce ciertamente antes que se tenga evidencia de la existencia de Dios, expressamente havia notado, que no hablaba sino de ciertas conclusiones que pueden venirsenos al pensamiento, quando no hacemos atencion, ni tenemos presentes los principios de que se deducen.

Carta de Des-Cart.

Acaso, acaso, no sin mucha dificultad, puede darse buen sentido à esta proposicion. Pero es muy facil mostrar que esto no es sino escapatoria; y puede disputarse assimismo la verdad del decho, que se produce. No ay mas de leer el passage mismo, que acaba de citarnos Aristoteles, de la tercera meditacion: las paginas treinta y cinco, y treinta y seis del methodo: el numero quinto de la primera parte de los Principios; y se verà que Mr. Des-Cartes quiere hacernos dudar de todo, tambien de los principios *per se notos*, y assimismo de este, *todo lo que concibo con claridad, es cierto.* Y esto solo por la sospecha de que hay un Dios, que acaso pudo hacernos de tal naturaleza, que nos engañassemos, ò pudiessemos engañarnos en las cosas mas evidentes. Luego, quando dice, que nada sabemos de cierto antes de haver conocido ciertamente à Dios, no habla solo de algunas conclusiones, que se nos ofrecen à la consideracion separadas de sus principios; sino que habla de todo genenero de conocimien-

mientos, y aùn tambien de este, *todo lo que concibo con claridad, es cierto.* Y esto es sobre que Vos, Aristoteles, Mr. Arnaud, y los demás le reprochasteis, que cometia circulo.

Bien se que esta respuesta se halla en algunas de sus cartas, con ocasion de la misma dificultad, que se le propone nuevamente. Sè tambien, que la repite, no por modo de respuesta, sino insertandola diestramente en la primera parte de sus Principios: en donde hace un compendio de Methodo, y de sus Meditaciones. Pero esso no salva el hecho de que se trata. Aùn en la primera parte de los principios le hacen malissima obra estas palabras. Porque estàn tan cerca de las otras, por las quales quiere hacernos dudar hasta de los principios *per se notos*, à causa de la sospecha de que puede Dios emplear su poder en engañarnos; estàn, digo, las unas tan cerca de las otras, que su contradicion està saltando à los ojos.

Lo mismo sucede con su amada, y famosa proposicion, *yo pienso: luego soy.* Porque, como nos huviesse dado esta proposicion por regla, y por la primera, de cuya verdad podriamos estàr ciertos, se le hizo vèr, que no podia dicha proposicion ser la primera. Pues su certeza suponia indispensablemente la verdad de otras, y en especial de estas dos: *No es possible, que piense yo, no siendo: implica, que el que piensa, no exista, quando piensa.* Proposicion por la qual prueba Mr. Des-Cartes (lo que es notable) esta otra, *yo pienso: luego soy*, al mismo tiempo que pretende hacerla la primera de todas. *Part. de Princip.* Declara, pues, que, quando dixo, que esta proposicion, *yo pienso: luego soy*, era la primera, y mas cierta de todas quantas pueden ocurrir al pensamiento de quien se aplica à philosophar con methodo; no havia querido negar que fuesse necessario tener antes certeza de la verdad de aquella, *no es possible, que el que piensa, no exista*, y de algunas otras. Juntad ahora esta declaracion à lo que dice el mismo en la pagina antecedente. ,, *Dudarèmos*, ,, dice, de las demas cosas, que haviamos reputado ser ,, las mas ciertas: assimismo de las demonstraciones ma- ,, thematicas, y aùn tambien de los principios, que an- ,, tes de ahora creiamos *per se notos.* Y quales son los prin-

cipios *per se notos*, sino estos: *Es impossible, que una cosa sea, y no sea juntamente: No puede una cosa existir, y no existir: No puede obrar, y no obrar al mismo tiempo*; y otros semejantes? Luego no supone la verdad de estos principios, pues duda de ellos. Y es assi que la razon, de que se sirve para hacernos dudar de los principios *per se notos*, à todos alcanza igualmente. ,, Debemos dudar, dice, de ,, los principios que se llaman *per se notos*, pues hemos ,, oìdo decir, que hay un Dios, que lo puede todo; y no ,, sabemos, si acaso nos habrà formado de suerte, que ,, podamos engañarnos en las cosas que nos parecen las ,, mas ciertas.

Y reflexionad, Padre mio, en lo ultimo que dixo Aristoteles, esto es, que no hay tanto que reparar, y reprehender en las proposiciones de Mr. Des-Cartes, como en las consequencias de dichas proposiciones, en su disposicion, y en el methodo que sigue para conseguir la verdad. Y que no se le disputa absolutamente la verdad de ciertas proposiciones, sino atento el methodo que sigue: segun el qual no tiene derecho à suponerlas, sin embargo de que son evidentes. Porque segun este methodo, no ha podido conocer con evidencia su verdad. Y acaso por esso mismo se enfadò tanto con Mr. Gassendo, y con el P. Bourdin, Jesuita, que fueron los que le apretaron mas por este lado. Sus argumentos estàn propuestos en latin con un ayre muy vivo, y eficàz; y es menester mucho para que la traduccion Francesa corresponda à los originales.

Pero à proposito de traduccion Francesa, quiero añadiros aqui una breve nota, que hice algun tiempo ha, y no quisiera que se me passasse. Los amantes discipulos de Mr. Des-Cartes, haviendo por ventura experimentado tal vez alguna dificultad (yo assi me lo imagino) en salir de los embarazos de que hemos tratado ahora, moderaron un poco en la traduccion Francesa, que con su aprobacion se ha hecho de sus obras, esta incomoda proposicion de el numero quinto de la primera parte de sus principios. El latin es este: ,, Dubitamus etiam ,, de reliquis, quæ antea pro maxime certis habuimus:

,, etiam

„ etiam de Mathematicis demonſtrationibus , etiam de
„ iis principiis , quæ hactenus putavimus eſſe per ſe nota.
Era natural traducir aſsi : Dudarèmos tambien de las demàs coſas , que antes teniamos por ciertas , aſsimiſmo de las demoſtraciones Mathematicas , y aùn tambien de los principios que haſta aqui creìamos *per ſe notos*. Pero en el Francès ſe puſo el paſſage de modo , que ſe quiere hacer entender , que Mr. Deſ-Cartes no habla de los principios *per ſe notos* en general , ſino ſolamente de los principios Mathematicos. „ Nous Douterons auſſi de toutes
„ les autres choſes , qui nous ont ſemblè autrefois treſ-
„ certaines , mè me des demonſtracions Mathematiques,
„ & de ſes principes , encore que de eux-mèmes ils ſoient
„ aſſez manifeſtes. Si eſto ſe hizo de propoſito , como no ſin motivo puede creerſe , es una ligera ſupercheria , que hace ſervicio à Mr. Deſ-Cartes ſin daño de tercero ; y que à lo menos hace que la contradicion no ſea tan viſible.

Pero , volviendo à la reſpueſta que dà Mr. Deſ-Cartes al reproche de el circulo , quiſiera ſaber , Padre mio, ſi eſto es defenderſe bien ? No es antes tocar à retirarſe, y capitular con el enemigo ? O mas bien , por hablar claramente, y en juſticia , no es eſto deſdecirſe, y contradecirſe? De buena fè, mi Padre, confeſſadlo con libertad, y liſura. En eſte punto procediſteis con Mr. Deſ Cartes, como amigo , ò ſino , como enemigo generoſo. Yà le teniais deſarmado ; pero no era èl hombre que ſe hubieſſe de ſujetar à pedir la vida. Aſsimiſmo previais , que antes haria el bravo , aùn deſpues de vencido , y no dexaria de deſafiar à todo el mundo. Tuviſteis , pues , por mejor darle quartèl , como à quien merecia , que ſe le perdonaſſe , en conſideracion de otros grandes ſervicios , que habia hecho à la Philoſophia. Yo alabo muchiſsimo vueſtra generoſidad , y conozco que no teneis por què arrepentiros.

Eſta tal qual ſuavidad , con que templè la amargura de mi critica , produxo el efecto deſeado , que era no deſazonar enteramente al P. Merſenno. Recibiòla , pues , ſin deſabrimiento ; y ſolo me reſpondiò , como chanceandoſe : Vos ſois un gran chimeriſta , que andais ſiempre lan-

lanza en ristre, buscando ocasiones, y lances de contienda. Y segun el genio que descubris, si huviesseis vivido quando Mr. Des-Cartes, no os huviera faltado materia en que emplearos. Todo esso que objetais, es nada, como os lo podria hacer vèr facilmente. Pero este genero de discussion, y examen de hechos, y contradiciones, es ocupacion muy enfadosa, sobre todo, à quien camina. Conozco tambien que se enojaria de ello Monsiur, añadiò, mostrando à nuestro anciano. Vamos Monsiur, le dixo, vos estais triste. Recobrad os. En què pensais?

En nada, respondiò el anciano. Ah! Monsiur, repliquè yo, què es lo que acabais de decir? Essa es una blasfemia contra la doctrina de nuestro Maestro. Si os oyesse Aristoteles, què diria? Nada pensais! En el pensar està, segun Mr. Des-Cartes, la essencia de la alma. Otro tanto, pues, pudierais decir, que no sois, como decis, que no pensais. Respondiòme de un modo bastante agrio, y que mostraba bien, que mi discurso le havia desagradado mas que al P. Mersenno: Vos quereis dàr mal sentido à mi proposicion, que no ha querido decir sino que no tengo ocupado el pensamiento en idèas tristes, como juzgais. Yo me huelgo, Monsiur, le respondi; porque nunca, como quando se viaja, se ha menester el buen humor. Pero, yà que por acaso hemos caido sobre la essencia de la alma, quisiera, que me explicarais con alguna claridad la doctrina de Mr. Des-Cartes sobre este punto. Todo puro espiritu qual soy, todavia no conozco claramente mi essencia; y esto me sorprende no poco. Mala señal, respondiò el anciano. Esso quiere decir, que todavia estais posseìdo de preocupaciones, como lo tengo bien observado. Y bien se dexa conocer, que esse loco, que se nos puso delante, os ha motivado nuevas dudas por medio de sus sophismas. Por no encubriros cosa alguna, Monsiur, le respondi, quiero deciros francamente la disposicion de animo en que me hallo. No me pesa de haver encontrado quien contradixesse la Philosophia de Mr. Des Cartes; pues esso puede facilitarme su inteligencia. Pero, por fuertes que me hayan parecido sus razones, no me han rendido; sino que conservo siempre una

gran-

grañ docilidad, y buena disposicion para recibir las instrucciones de esse gran hombre, quando logre la dicha de verle, y quiera èl hacerse lugar, y à mi el favor de darmelas. Por la mayor parte me deshice de las preocupaciones de la puericia, y de la Escuela, como yà os lo he assegurado. Pero tocante à las essencias de cuerpo, y alma, confiesso, que me han quedado algunas. Aunque no quisiera darlas este nombre en la significacion que vos le dais; porque me parecen fundadas en razones fuertes, y lo que es mas, en la experiencia. Con todo, respeto mucho à Mr. Des-Cartes, para poder assegurarme de el todo, que estas preocupaciones no pueden ser falsas. Y asi havrè de reconocer, por decirlo en terminos cultos, que hay algo de sombra en mi mente, tocante à este particular; y que aùn no consegui el privilegio, que gozan las almas Cartesianas, de tener idèas muy claras, y distintas, respecto de estas dos especies de sèr, que componen el mundo. Pero tambien en esto serè docil à vuestras instrucciones, y à las de Mr. Des-Cartes.

Pusose, pues, muy de proposito à desembolver, y explicarme la doctrina de su Maestro en este punto; pero nada dixo, que yo no huviesse leìdo en sus Meditaciones, en su Methodo, en la primera parte de sus Principios, y en algunas de sus Cartas. Y no hago aqui la exposicion de esta doctrina, porque todavia me darà ocasion de hacerlo una aventura, que nos sobrevino en el globo de la Luna. Mas, por complacerle, mostrè admitirla con gusto, y que yà me parecia mas sòlida, que quando la havia leìdo, y examinado en particular. Con esso restituì à mis compañeros su buen humor; de suerte, que despues de otras chanzas, y chocarrerias que dixeron sobre la Philosophia de Aristoteles, sacaron otra vez à plaza la esphera del fuego, que en el Mappa-Mundi de este Philosopho se coloca debaxo del globo de la Luna, y de que ni vestigio, ni aùn apariencia haviamos descubierto en nuestro Viage. Burlaronse muy bien de los Peripateticos de este punto, y me hicieron memoria del processo, que intentaron algunos años hà à los nuevos Philosophos, sobre que les turbaban la immemorial

possession en que estaban de dicha esphera: como tambien de la sentencia favorable, que ganaron, en virtud de una informacion hecha sobre lugares falsamente supuestos. Decretòse, que la esphera del fuego se dexasse estàr en donde la havia puesto Aristoteles. Mas como este decreto (añadieron mis guias) fuè dado, no en juicio contradictorio, sino solamente à requisicion de parte interessada, podràn muy bien los nuevos Philosophos suscitar, y renovar el pleyto algun dia, y en esse caso podreis vos (dixeron) dar testimonio à la verdad en un negocio de tanta importancia, y convencer à los Peripateticos de la nulidad, y falsedad de sus motivos.

Decid lo que quisiereis, les respondì: Si fuesse yo el juez de esta causa, no condenaria tan facilmente à Aristoteles, no obstante, que no se halle ya esta esphera; porque despues de dos mil años pudo muy bien haverse disipado: como tambien se han desaparecido muchas estrellas que se veìan, y ya no se vèn en el Cielo. Què se ha hecho de la septima Pleyada, y de la que se descubriò el siglo passado en Casiopèa? El que ahora, despues que ya no se vè, intentasse processo à Tyco Brahe, y à los demas, que la observaron, como à testigos falsos, que abusaron de la credulidad del publico, debria por ventura ser oìdo? Y finalmente, no nos enseña el mismo Mr. Des-Cartes, que nuestro turbillon (infinitamente mayor que la esphera del fuego) sera *absorbido*, como èl se explica, y deshecho algun dia, quando menos se piense? Y quando por esta *absorcion* el Sol fuere convertido en tierra, y acaso al mismo tiempo la materia sutil, que esta encerrada en el centro de nuestra tierra, forzando, y rompiendo las costas que la aprisionan, se la convirtiere en Sol; si subsistiessen los libros de Mr. Des-Cartes en otro algun turbillon, donde huviesse hombres, no tendrian estos por fabula todo quanto èl dice de nuestro mundo?

Sea lo que fuere, quando nunca haya existido esta esphera del fuego, fuè sin embargo muy bien imagina-

da.

da. Nunca Systèma fuè tan cabal, como el que hizo Aristoteles de los quatro Elementos. En èl obtiene cada qual el orden, que la nobleza, ò baxeza de su sèr merece. La tierra, como elemento menos activo, y noble esta en el lugar infimo, y como à los pies de todos. Luego se sigue la agua, como menos grossera, que la tierra. Despues el ayre, como mas tenue, y mas sutil. Y sobre todos el fuego, el activo, y el mas noble de todos, no reconociendo sobre sì sino los Astros, y la materia sutil, ò celeste, en que nadan los Planetas. La extension de cada uno es tambien proporcionada à su naturaleza. Partieron entre sì, como buenos hermanos, las quatro qualidades, apropriandose cada uno dos, y una de ellas en sumo grado. La tierra es fria, y seca. La agua es fria, y humeda. El ayre es caliente, y humedo. El fuego es caliente, y seco; y para que puedan mantenerse en los continuos combates, que se dan unos à otros, si la qualidad dominante en aquellos es mas activa, tambien la qualidad dominante en estos es tal, que los pone en estado de poder resistir bien à sus contrarios. Puede darse cosa mas cabal, ni mas bien excogitada? Finalmente, quantos, y quan bellos pensamientos no han tomado de estos elementos, y de esta esphera los predicadores antiguos? Quantos no toman todavia el dia de oy los Italianos? Y por producir algo de mas selecto, y singular en su genero, sola la empressa del P. Lemoine, cuyo cuerpo representa la esphera del fuego, merece que la haya havido; y pudo merecer, que durasse todavia el dia de oy, y aùn tambien, que huviesse de existir siempre. Queriendo declarar, que las amistades, quanto mas puras, tanto son mas firmes, representò la esphera del fuego, y añadiò esta letra Española, *eterno*, *porque puro*. Gran lastima, que por faltar la esphera del fuego, haya de ser falso un pensamiento tan sòlido, y tan lindo?

Assi defendia yo lo mas bien que podia, los interesses de el Peripateticismo, quando llegamos finalmente al globo de la Luna. No harè aqui su exacta descripcion, porque yà la han hecho otros. Solo dirè, que la tierra mirada desde la Luna, nos pareciò como pa-

rece la Luna, quando se mira desde la tierra: quitado; que la tierra nos pareciò mucho mayor, porque lo es en efecto. En esta consideracion nos persuadimos, que la tierra tendria, respecto de quien la mirasse desde la Luna, las mismas phases que tiene la Luna, respecto de quien la vè desde la tierra, como tambien sus quadraturas, sus oposiciones, sus conjunciones; quitado que no podria eclypsarse enteramente: porque siendo como es, la Luna mucho menor, no puede su sombra ser de tanto diametro, como la tierra, que se hallaba entonces en conjuncion.

Es la Luna una gran masa de materia muy semejante à la que compone la tierra. Vense en ella montes, bosques, rios, mares. No vì animales; pero creo, que si se les llevasse allà, podrian criarse, y acaso se multiplicarian tambien. Es falso que allà haya hombres, por mas que lo afirme Cyrano; pero es Author de buena fee, pues nos engañò despues de haverse engañado èl mismo.

Imp. de la Lun.

Una de las muchas almas separadas, que hay, y havia allì en tiempo de Cyrano, me manifestò la causa de su error. Y fuè el caso, que sorprendidas dichas almas de vèr un hombre con su cuerpo, y todo, en donde jamàs se havia visto tal cosa, determinaron averiguar lo que era. Convinieron, pues, entre sì de aparecersele en figura humana; y haviendosele acercado, se informaron, y supieron de èl los medios de que se havia valido en tan extraño Viage. Hicieronle asimismo dàr cuenta de las cosas de nuestro mundo. Y visto que se mostraba igualmente deseoso de saber lo que se passaba en la Luna, y como se avenian entre sì sus moradores; tomò la palabra el espiritu familiar de Socrates, y haviendole declarado quien era, como lo refiere el mismo Historiador, le hizo sobre la marcha, y en breves palabras un phantastico, y ridiculo systèma de republica, y sociedad: que es el mismo que nos expone en su historia, donde buenamente nos dice, que hay hombres en la Luna, nos characteriza su espiritu, y nos describe por menudo sus ocupaciones, sus costumbres, y su politica: pero es bien que se sepa, que las

mu-

muchas necedades, que mezclò en su relacion, no le fueron dichas allà, como me lo assegurò dicha alma. Y que algunas alusiones poco honestas, y muchas reflexiones atrevidas que hace, no son sino frutos de una imaginacion desconcertada, y de un espiritu corrompido (como ciertamente lo estaba el de este Escritor) ò de la imitacion de algun Author aùn mas impìo: quiero decir de Luciano, de cuyas obras se tomò una, para modelo de su historia.

Los altos, y baxos, que vèmos en el disco de la Luna, son en parte las Islas, que agradablemente ocupan, y hermosean los mares de aquel globo, y en parte las eminencias, y valles de su continente: que pertenecen à diversos famosos Astronomos, y Philosophos, que son sus dueños, y les han dado sus nombres. Nosotros entramos en el Gassendo, que nos pareciò sitio muy bello, y acomodado: tal, en una palabra, qual le pudo disponer un Abad, como Mr. Gassendo, hombre habil, y entendido, de arte, y de buen gusto; y que no tenia que hacer de sus rentas, sino divertirse, y tratarse bien; pero no tuvimos la suerte de encontrar alli al señor de el sitio, à quien huvieramos saludado gustosos: porque dicen que conserva siempre aquella urbanidad, y moderacion que le eran naturales. Y que sin embargo de haver tenido en otro tiempo sus encuentros con Mr. Des-Cartes, recibe, y trata con mucha distincion los Cartesianos, y mas al P. Mersenno su intimo amigo. Era Gassendo un hombre de tanto talento, como Mr. Des-Cartes: mucho mas sabio, y mucho menos testarudo. En la Physica se mostrò algo Pyrrhoniano: lo que à mi parecer no le està mal à un Philosopho, que por poco que quiera hacerse justicia, por propria experiencia conoce los limites del humano entendimiento, y sus pocas luces. *Selenogr. de Grim.*

Del Gassendo nos llevò el P. Mersenno al paìs de su nombre, agradablemente situado en la misma costa, ribera del mar redondo, que otros llaman el mar de los Humores; y es un gran golfo del Occeano Lunar, terminado de un lado por el continente, donde està el Mersenno, y del

otro

otro por un isthmo, en cuyo cabo àcia el Septentrion està la peninsula, que llaman de las Phantasìas. Es lugar muy seco, y estèril, à causa del calor, que es mucho, y tanto, que el Paìs se llama la tierra del calor.

Detuvimonos en este lugar cerca de un medio quarto de hora, y luego insinuè al P. Mersenno, que antes de ir mas adelante, gustaria de correr todo el hemispherio de la Luna, en que nos hallabamos. Este hemispherio està siempre buelto àcia nosotros, y es falso, que el globo de la Luna ruede sobre su centro, como se lo han imaginado algunos. Solamente tiene un movimiento de libracion, que le hace balancear de Oriente à Poniente, y de Poniente à Oriente: movimiento, que descubriò, y percibiò el primero de todos Galilèo: haviendo notado por medio del telescopio, que lo que el dia de hoy se llama el Grimaldi, se descubria yà mas cerca, yà mas lexos del limbo oriental de la Luna; y que el mar Caspio, que le es opuesto, se descubria tambien yà mas cerca, yà mas lexos de el limbo occidental. Condescendiò gustoso el P. Mersenno, y otro tanto mas que nunca havia hecho el mismo este viage. Atravessamos, pues, el gran Occeano, dexámos la Isla de los vientos à la izquierda, y à la derecha la de Copernico; y passamos hasta el mar de las Lluvias, que ciñe una tierra muy grande, y estendida de Oriente à Poniente, muy semejante en la figura à la America, qual se nos representa en los Mapas. Su parte Oriental se llama la tierra de las Nieblas, y la otra la tierra del Granizo, que nos parecieron como dos desiertos muy grandes.

Acia el medio de esta tierra, sobre la ribera del mar de las Lluvias, descubrimos una como Ciudad muy grande, de figura oval; y tuvimos la curiosidad de ir à verla. Pero todas sus entradas eran guardadas con el mayor cuidado por ciertas almas, que con mucha cortesìa no nos dexaron entrar. Preguntamos à una de ellas el nombre de la Ciudad, y el motivo de negarsenos la entrada. Y ella respondiò, que la Ciudad se llamaba el Platon, y era donde la Philosophia de este nombre havia establecido su Republica. Que no se recibia en ella à quien su dueño no hu-

huvieſſe examinado antes: precaucion que obſervaba, para que ningun eſtrangero introduxeſſe alli las coſtumbres, y maximas de ſu País, unica peſte de que temia, y guardaba eſta ſu Republica. Que Platon no eſtaba por entonces en el lugar. Pero que no podria tardar mucho; y que mientras venia, podiamos ir à comenzar nueſtra quarentena en el Lazareto, que es una pequeña eminencia, que nos moſtrò, à poca diſtancia de la Ciudad. Pero nos advirtiò, que eſta quarentena no es de dias, ſino de años. Porque los males contagioſos, de que puede eſtàr tocado un eſpiritu, ſe diſsipan con mas dificultad, que el ayre de los cuerpos, que vienen de lugares infectados. Agradecimosle los buenos terminos, y añadimos, que nueſtro animo no era eſtablecernos alli, ſino paſſar adelante. Que acaſo Platon, ſi huvieſſe eſtado en el lugar, havria uſado de alguna condeſcendencia con noſotros: pues que, haviendonos encontrado en el camino, nos havia hecho grandes cumplimientos. Pero que procurariamos conſolarnos de no haver podido ſatisfacer nueſtra curioſidad en eſta parte. Seguimos, pues, nueſtro camino, muy mal ſatisfechos de la Republica de Platon, donde no huvieramos creido, que aſsi ſe trataſſe à los foraſteros à uſo del Japon.

Deſde alli atraveſſamos toda eſta tierra de Norte à Medio dia; y luego deſcubrimos otro mar, llamado de el Frio: donde vimos una Isla, baſtantemente bella, que ſe nos dixo ſer el Ariſtoteles; y no dudamos de tomar por alli nueſtra derrota. Solo nos detuvimos algo en reſolver, ſi, en caſo, que ſe nos preguntaſſe, quienes eramos, nos declarariamos Carteſianos. Mi dictamen era, que de ningun modo convenia hacer los bravos en País enemigo. Pero el P. Merſenno, y mi anciano reſolvieron abſolutamente declararſe, diciendo, que no habia que temer, pues tenian con que defenderſe, en caſo de ſer atacados. Que en los combates de la razon nada hace el numero de los combatientes. Y que ya no ſeria la primera vez, que un ſolo Carteſiano huvieſſe acometido con ſuceſſo à una tropa de mas de quatrocientos Peripateticos, regidos por un Gefe de conſumada experiencia. Con todo ſe previno,

que

que nos guardariamos bien de insultar, y zaherir à quien nos tratasse.

Pero al acercarnos, quedamos sorprendidos de vèr, que esta Isla se guardaba con mucho mas cuidado, que el Platon. De el mismo modo que en una Ciudad, que està en visperas de padecer un assedio, y tiene el enemigo à las puertas, asſi se estaba sobre las armas. Habia por la Campaña cuerpos de guardia abanzados, y centinelas en todas las eminencias vecinas, y aun por el ayre todo al rededor. Quando llegamos como à cosa de trecientos passos de la Plaza, vimos que de un cuerpo de guardia se destacaban doce almas, y venian àcia nosotros. Preguntònos el Comandante: quien vive? y què gente? Mas nuestro anciano resueltamente le respondiò: viven Des-Cartes, y los Cartesianos. El Comandante, sorprendido de la respuesta, mandò, que nos detuviessemos, y luego passò aviso al Gefe de guardia.

No bien recibiò este el aviso, quando todas las tropas, advertidas de cierta señal, se pusieron sobre las armas; y nos hicieron conocer por su disposicion, que estaban promptas à recibir al enemigo. Es decir, que las vimos armarse luego de sylogismos en todo genero de formas, y figuras: de los quales unos concluian por la alma de las bestias, otros por la necessidad de las formas substanciales en los mixtos, y otros por los accidentes absolutos, y otros por otras cosas que habia impugnado Mr. Des-Cartes. Vino, pues, à nosotros el Gefe de guardia, à quien luego reconocimos. Era un antiguo professor de la Universidad de Parìs, donde otro tiempo habia sido mi maestro en Philosophia. Y què? dixo, encarando àcia mi, he de tener yo el dolor de veros en el partido de mis contrarios, hasta servirles tambien de espia? Es esto corresponder à lo mucho que cuidè de vos? Visteis por ventura algun Curso Philosophico mejor que el mio, que passaba entonces por el mas claro, y mas sòlido de toda la Universidad? Què se han hecho en el respecto, y la adhesion, que en vuestros primeros años mostrabais al Principe de los Philosophos? Y què os ha obligado à tomar las armas contra èl?

Yo,

Yo, Mr. le respondi, conservo siempre el respeto, la estimacion, y el amor que os debo; y estoy gozosissimo de haveros encontrado, por poder protestaros de nuevo mi buena ley. De ningun modo vengo à este Paìs en calidad de enemigo, y mucho menos de espia. Si os agrada, podreis recibirme como à viagero; pues sola mi curiosidad me conduce por aqui de passo. Tocante à la Philosophia, ingenuamente confiesso, que despues que me he apartado de vos, me he tomado algo de mas licencia. Mas no por esso sè lo que soy en este particular, sino que quiero pulsar todas las Sectas antes de determinarme. Y assi, Mr. podreis considerarme como à quien viene de un Paìs indiferente, y sin designio contrario à vuestra republica. Estos Monsiures si son Cartesianos jurados; pero tambien son Philosophos, y hombres de honra, que estiman las personas de merito, aunque sean de el partido contrario; y creen que la libertad de conciencia en puntos Philosophicos es un derecho inviolable para todo hombre de bien. Pero, añadì, sobremanera estoy maravillado de los movimientos que observo en esta Isla. No hay Ciudad Española en Flandes, que tanto estè sobre las armas, como me parece, que lo està la vuestra. Què teneis?

Al irreconciliable enemigo de nuestro Principe, me respondiò: Tememos à vuestro Des-Cartes, que ha hecho, quanto le fuè possible en el mundo, para echar de èl à los Peripateticos, y no le dexò, como lo sabemos de muy buen original, sino por venir à perseguirlos tambien en estas Regiones. Mas ha de treinta años, que estamos muy alerta sobre el aviso que se nos ha dado, de que desde esse tiempo acà no cessa de hacer discipulos por todas partes en la intencion de juntar las mayores fuerzas que pueda para venir à insultarnos. Este aviso nos le ha traido un professor de Philosophia, Olandès, que ha venido à establecerse aqui, y actualmente està mandando la Isla en nombre de Aristoteles; pero Des-Cartes bien puede venir, yà veis que està dispuesto todo para recibirle bien.

O, Monsiur, le dixe, por esse lado bien podeis

estar seguros, pues en nada piensa menos Mr. Des-Cartes, que en venir à atacaros. Mil veces mas lexos se halla de vos, que dista esto de la tierra. Ocupado està en fabricarse un nuevo mundo mas allà de los Cielos, y vamos, combidados de èl à vèr la execucion de este su gran designio. Y si quereis convenceros de la verdad de el hecho, enviad con nosotros algunas almas de esta vuestra Ciudad, para que lo vean, y os informen de lo que huvieren visto: Que me place, respondiò èl, aunque nuestros Peripateticos aborrecen mucho estas fatigas; pero tened à bien, que en conformidad de mis ordenes os conduzga al Comandante de la Plaza; pues es costumbre, que qualquiera Philosopho de otra Secta, que llegue aqui, haya de ir à darle razon de el designio, que le trae: assi se observa inviolablemente despues de las alarmas, que nos ha dado esse hombre.

Tomamos, pues, el camino de la Plaza, escoltados por cinquenta almas, por la mayor parte gente de Universidad, y de Colegios, que mostraban no tenernos mucha pìa. Esta Plaza viene à ser un Jardin, que representa el Lycèo de Athenas, donde otro tiempo enseñaba Aristoteles, passeandose, lo que hizo dàr el nombre de Peripateticos à sus discipulos. Es de muy grande extension, y muy ameno. Cortanle muchos passeos, y calles; y las quatro principales vienen à dar à una gran taza de agua, que està en medio de el Jardin, y de cuyo centro se levanta un magnifico pedestal de el mas bello marmol, que yo he visto; sobre el qual se vè una estatua de Alexandro el Grande, coronada de laureles por la Victoria, y pisando Cetros, Coronas, Clarines, todo genero de armas, y los thesoros de la Asia. A los quatro angulos se vèn quatro grandes estatuas puestas en cadenas, que representan las principales Naciones, que sujetò Alexandro. Este monumento me pareciò tan semejante al de la Plaza de las Victorias, que le huviera tenido por copia suya, à no haver reflexionado, que la semejanza de los dos heroes pudo facilmente hacer nacer en los Artifices unas mismas idèas.

Todas las figuras de el monumento, y las demas eftatuas, que fe vèn en diverfas partes de el Jardin, como fon las de Philipo, Olympias, y otros Perfonages, que honraron con fu amiftad à Ariftoteles, eran de plata: porque el globo de la Luna abunda mucho de efte metal, y aùn acafo por effo los Chimicos, fiempre myfteriofos en fus voces, le dàn el nombre de efte Planeta.

Defpues que huvimos confiderado por un rato efte bello, y magnifico monumento, quedamos forprendidos de vèr falir de los quatro angulos de el pedeftal quatro caños, ò golpes de agua, los mas grueffos, y mas altos que fe habràn vifto. Subian quatrocientas brazas quando menos; y la agua venia de un Rio, que corria à efpaldas de una montaña, mas alta aùn que el Puy de Domme en Alvernia, fobre la qual fe havia hecho fubir por medio de el admirable fecreto de la antigua Philofophia, que fuponiendo en la naturaleza un fuerte horror al vacìo, enfeñaba à fubir infinitamente la agua por medio de las bombas afpirantes, fecreto que fe ha perdido malamente en nueftro mundo: porque defpues de Galileo nò fe ha podido mas hacer fubir la agua por medio de dichas bombas, fino à la altura de treinta y dos, ò treinta y tres pies. De todas partes fe veìan brotar eftos golpes de agua, y los menores fubian mucho mas que los mas altos arboles, que cercaban el Jardin. Defde fu centro, en donde eftabamos, fe defcubrian quatro falones de figura, y architectura diferente, al fin de cada una de las quatro calles principales el fuyo. Conduxofenos, pues, al mayor, que es de una magnificencia acabada; pues nada fe vè en èl, fino oro, zaphiros, y otras piedras preciofas. De los dos lados en los intermedios de las ventanas no fe vèn fino relieves, ò bordados de plata, dieftramente trabajados, que hacen un contrafte muy valiente. Por el lado de la derecha eftàn reprefentadas las grandes proezas de Alexandro, como fon la rota de Dario cerca de Arbela, el ataque de el Exercito de Poro, el paffo de el Granico, y la toma de Tyro; y por el otro fe vèn los triumphos de Ariftoteles fobre los demàs Philofophos, con las extrava-

gancias de los que le precedieron con reputacion de sabios.

Vese alli el primero Pytagoras, enseñando à sus discipulos, y dandoles unas como tablillas en que se leen, entre otros, estos tres preceptos. Primero que le oygan por espacio de cinco años sin contradecirle, y sin hablar ni una palabra. Segundo, que no dexen de escuchar, en particular de noche, el concierto, y harmonìa de los Cielos, que solos los sabios son capaces de percibir. Tercero, que se abstengan, y guarden de las habas. Siguense luego Democrito, riendo à carcajadas, y Heraclito, llorando hilo à hilo, y una tropa de muchachos que los siguen, y corren como à locos. Descubrese despues Diogenes, montado en la piedra de una esquina junto à su tinaja, y haciendose oìr de un concurso semejante al auditorio de los cantores de Puente Nueva. Ultimamente sobresale sobre todos Aristoteles en un asiento, que tiene mas ayre de Throno, que de Cathedra Escolastica; y à sus pies estàn todos los Philosophos, que le precedieron, mirandole con admiracion, y oyendole como à un Oraculo. Delante de el Throno hay un rimero de libros, que representan los escritos de estos mismos Philosophos, y se les vè poner fuego para sacrificarlos à la sabiduria; que se dexa descubrir de lo alto la cabeza luminosa como el Sol, y ilumina con los rayos de su luz el rostro de Aristoteles.

Al cabo de el salòn hay uno como altar, y en èl se vè una bellissima estatua de plata, que representa la hermosa Pytias, muger de Aristoteles, que le fuè tan apassionado, que diò en el excesso de ofrecerla sacrificios.

Finalmente, lo alto de la sala es un cielo rasso, adornado de excelentes pinturas, y dividido tambien entre Alexandro, y Aristoteles, conforme à la idèa de los relieves: porque de un lado està el heroe, recibiendo un rayo de mano de su padre Jupiter Ammon, para fulminar à todos los Principes de la Asia; y de el otro està el Philosopho, recibiendo tambien un rayo de mano de Minerva para hacer piezas, y aùn atomos, los Gefes de las nuevas Sectas de Philosophia, entre los quales facilmente reconocimos à Mr. Des-Cartes, Mr. Gassendo, el P. Maignan, y otros muchos.

Eſtando aſsi empleados en conſiderar todas eſtas bellíſsimas piezas de eſcultura, y pintura, entrò el Comandante de la Plaza à darnos Audiencia. Nunca hombre ſe viò mas ſorprendido, que lo fuè mi anciano, al vèr eſte Comandante. Era Mr. Boecio, à quien havia èl conocido mucho en Olanda: el Peripatetico mas celoſo, y el mas declarado enemigo de Mr. Deſ-Cartes: el que mas le turbò el ſoſsiego, que ſe havia procurado, y prometido en Olanda; y el que con mas porfia, y ſuceſſo le cortò el deſignio, que ſe havia formado de hacerſe muchos ſequaces. Como eſte hombre tiene mucha parte en la hiſtoria de el Carteſianiſmo, de que ofrecì tocar algunos puntos, quando ſe preſentaſſe la ocaſion: y en eſtas viſtas entramos en negociacion con èl ſobre un proyecto de paz entre Peripateticos, y Carteſianos; no puede ſer moleſto, antes ſerà muy de el caſo, el dàr aqui una breve noticia de los encuentros, que tuvo con Mr. Deſ-Cartes, y de el motivo, que le determinò à ir à eſtablecerſe en el Lycèo de la Luna.

Mr. Deſ-Cartes, acabado que huvo ſu curſo de Philoſophia en el Colegio de la Flecha, no por eſſo acabò de ſer Philoſopho, antes pretende èl miſmo, que no empezò à ſerlo haſta entonces. Perſuadido, pues, de que los libros mas curioſos, y ſelectos de las Bibliothecas nada enſeñan, en comparacion de el gran libro de el mundo, quando ſe ſabe eſtudiar en èl como conviene, tomò el partido de viajar. Corriò por eſpacio de nueve, ò diez años muchos Paìſes: Frequentò las Cortes, y los Exercitos de muchos Principes eſtrangeros; pero ſiempre philoſophando; eſto es, haciendo de continuo ſerias reflexiones ſobre el eſpiritu, y ſobre el corazon humano, ſobre las diverſas, y varias coſtumbres de diferentes Paìſes: ſobre los opueſtos juicios, que hacen los hombres de unas miſmas coſas, ſegun las contrarias idèas, que de ellas tienen, procurando ſiempre en todo eſto ſeparar lo verdadero de lo falſo, y aprovecharſe igualmente de la ignorancia, y de la ſabiduria de los otros hombres, para hacerſe un ſyſtèma de vida, reglada por ſola la razon; y cuya felicidad fueſſe indepen-

Diſſert. de Meth.

dente, quanto fuesse posible, de los caprichos, y bueltas de la fortuna.

Diò principio à este proyecto en un Lugar de Alemania, que no nombra, donde passò el Invierno, de buelta de la coronacion del Emperador Ferdinando III. y en donde, cerrado solo los dias enteros en una estufa, repassò, y traxo à la memoria todas las reflexiones, que havia hecho sobre la conducta de los hombres: sirviendose de ellas, para hacerse las reglas de moral, que se hallan en su libro, intitulado: *Dissertacion del methodo de usar bien de la razon.* Y passando de aqui à los conocimientos Metaphysicos, y de estos à los Physicos, formò el plan de las mas de sus obras. Haciendo assimismo entonces uno como ensayo de su Physica en la explicacion mechanica de el movimiento de el corazon, y de las arterias: que ciertamente no es lo peor de sus escritos.

Deliberò despues sobre el lugar, que escogeria para fixar en èl su residencia; y resolviò no hacerla en Bretaña, su patria, donde su familia tenia, y tiene aùn un lugar, y orden bastantemente considerable. Previendo bien, que entre los suyos no faltarian embarazos, que le estorvassen satisfacer su dominante passion de philosophar. Finalmente escogió la Olanda, como Paìs de libertad, y quietud: donde como èl mismo dice, todo el mundo atiende solo à su interès; y en donde, si se mantenian entonces numerosas Tropas, era solo à fin de hacer gozar con mas seguridad las ventajas de la paz en medio de el mayor ardor de la guerra.

De hecho viviò alli cerca de ocho años en la mayor tranquilidad, residiendo de ordinario en Egmond, pequeña Ciudad sobre la costa. De suerte, que durante este tiempo, no dexò este Paìs, sino tal qual vez, que sus negocios domesticos le precisaron à ir à Francia. Feliz, si el zelo de la utilidad de el publico, y la tierna compassion, con que mirò el lastimoso estado en que se hallaba entonces la Philosophia, no le huviessen hecho traspassar la bella maxima, que se havia propuesto, de dexar el mundo, como le havia hallado; y si, en lugar de emprender, como emprendiò, reformarle, y rectificar sus

idèas,

idèas, huvieſſe procurado hallarſe la verdad para sì ſolo, y reprimir ſus paſsiones. Pero cayò en la de imprimir, y por conſiguiente en las demàs, à que eſtàn ſujetos los Authores; quando ſe les contradicen ſus ſentimientos. Porque, aunque Mr. Deſ Cartes ſe havia formado la idèa de un ſabio, muy ſemejante al de los Eſtoicos; facilmente ſe conoce por la lectura de algunas de ſus obras, que no havia conſeguido bien aquella mortificacion de afectos, y aquella total indolencia, que hacia el character eſſencial de aquellos Philoſophos.

No bien diò à luz ſu Dioptrica, y ſus Meteoros, luego ſu Diſſertacion de el Methodo, y deſpues ſus Meditaciones, quando ſe viò atacado de todas partes. No huvo Univerſidad en los dominios de los Eſtados, que no tocaſſe à la arma. El Doctor Revio por la de Leyde, Boecio, y Demacio por la de Utrech, y Eſchook por la de Groninga, hicieron una triple-alianza contra eſte nuevo enemigo comun; quien, antes de enarbolar ſu eſtandarte contra Ariſtoteles, ſe habia hecho de ſecreto, y por lo baxo, un partido baſtantemente conſiderable. Revio, haviendo empeñado en ſus pretenſiones al Doct. Tkil, hombre ſobre manera fogoſo, y violento, emprendiò hacer cenſurar las Meditaciones de Mr. Deſ-Cartes por toda la facultad de Theologia. Y la coſa fuè tan adelante, que los amigos de Mr. Deſ-Cartes le aconſejaron, que interpuſieſſe la authoridad de Mr. el Principe de Orange, y de el Embaxador de Francia, para detener el progreſſo. Pero èl ſe contentò con eſcribir, y pedir juſticia à los Curadores de Leyde; que creyeron hacerle una eſpecialiſſima gracia, imponiendo ſilencio à los Doctores de aquella Univerſidad, y mandandoles, que no hicieſſen mencion de Mr. Deſ-Cartes, ni de ſus opiniones, en los actos Academicos: proceder de que Mr. Deſ-Cartes no pudo moſtrarſe ſatisfecho. Algo mas ayroſo ſaliò de parte de la Univerſidad de Groninga; pues, à ſolicitacion de el Embaxador de Francia, ſe reprehendiò ſeveramente la furioſa, y arrebatada conducta de Eſchook.

Pero el embarazo, mayor ſin comparacion, eſtuvo de parte de la Univerſidad de Utrech, donde ſe declarò con-

contra èl Mr. Voecio. Era Boecio uno de estos sugetos de Universidad, à quien su qualidad de Professor en Theologia, y la de Ministro, y Rector, de que havia sido revestido, juntas à su cabello yà entrecano, hacian venerable, y temible en un lugar, donde la Universidad tiene uno de los primeros ordenes. Havia èl sabido aprovecharse bien de estas ventajas para hacerse dueño de los animos: de suerte que sus dictamenes eran oraculos para el lugar, y en la Universidad decisiones. Sabiase muy bien, que sus sentimientos nada favorecian la doctrina de Mr. Des-Cartes; y asi ninguno de sus sequaces se atrevia à professarla en publico. Solo el Medico Regio, à quien Mr. Des-Cartes reconoce por su primer martyr, no pudo finalmente contener en sì por mas tiempo el odio, que havia concebido à las formas sustanciales. Hizo, pues, Conclusiones publicas, proscribiendolas, y sustituyendo en su lugar la diversa configuracion de las partes insensibles de cada cuerpo. Excitòse con esto un gran ruìdo en la Universidad: dividieronse los animos de el Pueblo: huvo treguas por lo tocante à novedades politicas; y aun en las tiendas no se hablaba, ni trataba sino de las formas sustanciales.

Boecio de su parte no se durmiò en un negocio de tanta importancia. Asistiò, pues, à las primeras disputas de Regio, haviendo dispuesto, y apostado por toda la Aula cantidad de Estudiantes, ganados antes à esse fin, que luego que el Sustentante de Regio empezaba à hablar de *materia sutil*, de *bolas de el segundo elemento*, de *partes ramosas*, ò *acanaladas*, &c. echaban à reir, pateaban, y hacian una gran grita, con manifiesta aprobacion de los Doctores amigos de Boecio. Esta vaya, y burla tan pesada desalentò muchisimo al pobre Regio, y se viò precisado à terminar antes de tiempo la disputa. Escribiò luego à Mr. Des-Cartes, pidiendole consejo sobre el modo de portarse en coyuntura tan critica: haviendo ademàs de esso Boecio publicado Conclusiones en defensa de las formas sustanciales; y contra los demàs puntos de la Philosophia Cartesiana, dirigidas, y dedicadas en particular à la facultad Medica, y à los Professores de

Phi-

Philosophia, implorando su proteccion contra Regio à favor de las formas sustanciales.

Mr. Des-Cartes le aconsejò, que no disputasse mas en publico, que procurasse ganar de qualquier modo el animo de Boecio, y que respondiesse à sus Conclusiones con la mayor modestia, y urbanidad, afectando tenerle el mayor respeto; pero manteniendo siempre animosamente la verdad. Tomò, pues, Regio este partido, aunque no sin recelo de perder su Cathedra; y ciertamente estuvo en la mayor contingencia. Atacòse Boecio: hizo escribir contra èl à Boecio el mozo, su hijo, y à Eschook, y por poco no le hizo condenar por los Theologos, como à Herege. Acusòle à los Magistrados; y Regio no pudo salir de tanto embarazo, y pesadumbre, sino prometiendo obedecer exactamente el orden, que se le diò por sentencia publica, de atenerse à los antiguos dogmas, y no defender mas la Philosophia de Des-Cartes.

Sintiò vivamente Mr. Des-Cartes este golpe por mas que afecte despreciarle en las cartas, que en este particular escribe à Regio. De suerte, que para vengarse, hizo correr como en secreto un papel intitulado: *Historia de Boecio*, en que le ridiculiza, y maltrata sobre manera. Esto encendiò, y enfureciò à Boecio de suerte, que, dexando à Regio, à quien consideraba yà aterrado, y como à un infante perdido, que Mr. Des-Cartes havia echado delante, para encender la escaramuza; se creyò obligado à doblar los esfuerzos, para atacar la nueva secta en su cabeza. Y quiso ademàs de esso la desgracia, que se enredassen entre sì Des-Cartes, y Regio, hasta llegar à escribir el uno contra el otro. No parece sino que el destino de este Philosopho era, que huviessen de ser enemigos suyos todos los sabios de Olanda, cuyos nombres se terminaban en *ius*, Revius, Demmacius, Boetius, y Regius.

Lo primero que se hizo en Utrech, fuè hablar de Mr. Des-Cartes en todos los corrillos, como de un Atheista, y otro Vanino: publicando, que no tenia otro objeto, que el de combatir la existencia de Dios, *Var. Cart. de Des-Car.*

por mas que hiciesse semblante de querer establecerla por sus discursos. Boecio declamaba eternamente contra èl en sus lecciones, en sus disputas, en sus sermones, y en todas sus platicas. De proposito formò Conclusiones sobre el atheismo, y en ellas introduxo quanto podia hacer odioso su nombre, lo que de hecho consiguiò con tanta felicidad, que la prevencion en que tocante à este particular se estaba en Utrech, hizo añadir circunstancias muy horribles à la noticia, que passados muchos años se reci- biò de su muerte. Esparciendose el rumor de que havia muerto como el mas malo, y el mas impio de los hombres; sin fee, sin religion, y como otro Juliano Apostata, vomitando mil blasfemias contra Jesu-Christo.

Cart. de Creibgt. à Reg.

Emprendiò asimismo Boecio corromper, y apartar de èl sus mayores amigos, y sin embargo de ser Ministro protestante, escriviò al P. Mersenno, solicitandole à que hiciessen liga los dos, y escriviesse contra èl; pero en esto no saliò bien su negociacion. Acusòle de ser enemigo oculto de la Religion de el Paìs, y por tanto mostraba querer denunciarle, como á reo de Estado: y sobre todo, no dexò de añadir, que era emissario, y espia de los Jesuitas, produciendo para persuadirlo una Carta suya al P. Dinet, que fuè no mucho despues Confessor de el Rey. Asi es cierto, que no fuè Tito Oats el primero, que diò en la phantasia de querer persuadir à los Hereges, que los Jesuitas disponian levantar en Inglaterra un Exercito, cuyos cargos proveìan, nombrando Oficiales Generales, Coroneles, y Capitanes.

Tom. 2. de las Cart. de Des-Cart.

Histor. de la conjurac. de Inglater.

En fin, Boecio por su authoridad, y por sus amaños se saliò con hacer condenar à Mr. Des-Cartes por toda la Universidad, de que actualmente era Rector. Hizo que se le citasse con el mayor aparato por el Oficial de Justicia, y à toque de campana, para que respondiesse sobre las calumnias, que segun se pretendia, havia escrito contra Boecio. De suerte, que sus amigos, no dandole por seguro en Egmond, sin embargo de no ser de la Jurisdiccion de Utrech, le aconsejaron que se guardasse, y estuviesse muy sobre aviso. Dos escritos, en que Mr. Des-Cartes havia hablado de Boecio, y uno de los quales

era

era su Carta al P. Dinet, fueron declarados libelos difamatorios: y esta declaracion impressa, se hizo fijar en las esquinas, y lugares publicos, y se hizo correr por las principales Ciudades de las Provincias unidas. Si se cree à Mr. Des-Cartes, no se pretendia menos, que hacerle desterrar por Decreto de todas las Provincias, que se le multasse en gruessas sumas, y que sus libros fuessen quemados por mano de Verdugo: quien segun se decia, estaba yà convenido con Mr. Boecio, que havia de hacer una hoguera tal, que pudiesse ser vista de muy lexos. En una palabra, Mr. Des-Cartes no pudo dexar de emplear la authoridad, no solo de sus amigos, mas tambien de el Embaxador de Francia, para impedir que la persecucion fuesse adelante.

Estas contiendas duraron muchos años, y previendo Mr. Des-Cartes, que las Apologias que meditò hacer presentar à los Magistrados de Leyde, y de Utrech para justificarse, y pedir, que se le reparasse su honra, no conseguirian la satisfaccion que pretendia debersele: mas de una vez estuvo por retirarse de Olanda, donde no lograba la quietud que se havia imaginado. Y ultimamente, vino à determinarse, haviendo recibido Cartas de la Corte de Francia, en que se le ofrecia una buena pension, si quisiesse ir à establecerse en Parìs; pero las turbulencias, que sobrevinieron en el Reyno, detuvieron malamente el curso de su buena fortuna. Haviansele despachado yà patentes en pergamino, muy bien selladas, y llenas de los mayores elogios; pero todo parò en esso. Ni aún esso se le diò gratis, pues como dice èl mismo con bastante gracia, nunca pergamino le costò mas caro, ni le fuè mas inutil. No pudo, pues, dexar de restituirse à su amada, y escogida Olanda, exponiendose de nuevo à los insultos de los Boecios, Revios, y Eschooks; pero quiso su suerte, que no mucho despues le llamasse la Reyna de Suecia à Estokolmo, donde se quiere, y dice que muriò.

Todo quanto hasta aqui se ha dicho de los encuentros de Boecio con Mr. Des-Cartes, por la mayor parte se ha tomado de las Cartas de este Philosopho.

Lo restante es de relacion de Boecio, quien segun nos contò èl mismo, se reconciliò despues con Regio. Este para testificarle, y assegurarle mas de su verdadera amistad, le regalò en el combite de su reconciliacion un poco de el tabaco de Mr. Des Cartes: de que Boecio supo servirse bien, sobre todo para ir de quando en quando al Lycèo de la Luna, cuyo govierno havia rehusado varias veces, que se le havia ofrecido Aristoteles en premio de sus proezas contra Des-Cartes, y Regio: pero haviendo llegado à entender, que Mr. Des Cartes hacia todos sus esfuerzos para pervertir las almas de aquellos Paìses, dexò su cuerpo, y acetò finalmente el empleo para oponerse mas de cerca à las empressas de un tal, y tan peligroso enemigo.

Esta es la historia de Boecio, aquel heroe de el Peripatetismo en Olanda. Sin embargo nuestro Congresso fuè muy cortès de parte à parte; y despues de havernos hecho reciprocamente varios cumplimientos, nos manifestò el gozo, que recibia de saber, que Mr. Des-Cartes no tenia designio alguno contra el Lyceo de la Luna. Tambien nos confessò, que le pesaba de haver apretado tanto en otro tiempo à este Philosopho. Y añadiò, que todo havia dependido de que la reputacion de Mr. Des-Cartes no era compatible en Olanda con la suya. Que si una vez huviera permitido, que la nueva Philosophia hiciesse pie en la Universidad, se habria visto precisado à estudiarla, ò à no abrir la boca en las disputas; pero que yà era muy viejo para haver de sujetarse à ser discipulo; siendo por otra parte cosa insufrible à un antiguo Maestro, y Cathedratico el oìr disputar contra todas sus opiniones, sin poder defenderlas, siquiera arguyendo. Que afectando Des-Cartes no servirse de los terminos usados en la Escuela, le habria sido preciso estarse sordo, y mudo, como una estatua en las disputas publicas, èl que siempre se havia distinguido entre los demàs Professores por su singular penetracion. Que por lo demàs no dexaba de estimar à Mr. Des-Cartes; y que havia notado en su Philosophia muchas muy buenas cosas entre otras, que le parecian algo duras. De

suer-

ſuerte, que, haviendo tratado muchas veces con Ariſtoteles de eſta Philoſophia, ſe les havia ocurrido, que tal vez podria hacerſe algun ajuſte; y que, ſi guſtabamos, à èl no le peſaria de tratar con noſotros eſte particular. Acetamos guſtoſos la propueſta; y èl, haviendo hecho retirar los ſuyos, hablò de eſte modo.

Ya conoceis, Monſiures, por el empleo, en que me veis, que tengo gran lugar en la gracia de el Principe, que aqui reyna. Pues aùn le tengo mucho mayor en ſu confianza: como os lo harè comprehender por una confeſsion que me hizo, y que sè muy bien, que no tendrà à mal, que os la haga yo à vos de ſu parte. Y es, que ſus intereſſes eſtàn à la verdad muy unidos con los de los Philoſophos, llamados vulgarmente Ariſtotelicos; pero que en el fondo no ſon unos miſmos, como ni lo ſon los ſentimientos en materias philoſophicas. Con todo haſta aqui no le ha peſado, de que ſe les confundieſſe. El placer, y la gloria de verſe à la frente de todos los Philoſophos, que de comun acuerdo le daban la qualidad de ſu Principe, contrarreſtaban bien la pena de haver de diſſimular el deſmàn, que obſervaba en los diſcurſos de algunos, que ſe profeſſaban ſus Jurados.

La miſma diviſion, que reynaba entre ſus mas zeloſos adheridos, haciendoſe cada qual mas honra, y poniendo mas eſtudio en tenerle de ſu parte, que à la verdad miſma, no era lo que menos le acreditaba. Verſe por ſolo el peſo de ſu authoridad, con total independencia de la razon, hecho arbitro de todas las diferencias philoſophicas; y gozar pacificamente el privilegio de la infalibilidad aùn para con aquellos que la diſputan, y niegan à los Concilios, y al Papa: era coſa, que podia liſongearle mucho, y de que tenia à bien contentarſe, ſin meterſe en cuidado, ſobre ſi ſe tomaba bien, ò mal ſu penſamiento. Pues dixeſſen lo que dixeſſen, èl ſolo tenia ſiempre ràzon, por confeſsion de los dos partidos contrarios. Pero, deſpues que Mr. Deſ-Cartes, Mr. Gaſſendo, y otros han ſacudido el yugo de ſu authoridad; y para juſtificar ſu conducta emprendieron, no ſin ſuceſſo, moſtrar lo abſurdo, ò poco sòlido de algunas opiniones de

la

la Escuela, de las quales se le hace fiador, solo porque sus mas ilustres discipulos se las atribuyen de comun acuerdo: ha tenido por conveniente declararse en la primera ocasion, y pedir al publico, como tambien à Monsiures los Philosophos modernos, que le hagan justicia en esta parte.

Declara, pues, que desde luego se aparta de algunas opiniones, en que algunos de los suyos quieren interessarle: Que se enseñan en la Escuela debaxo de su nombre, y authoridad muchas doctrinas, que no son suyas: Que està, por exemplo, muy inocente en lo que se le atribuye de el horror de la naturaleza al vacìo: Que èl mismo afirmò, y probò por la experiencia la pesadèz, ò gravedad de el ayre, que sirve el dia de oy de principio para la explicacion Physica de los phenomenos, que dicen mas relacion à la question de el vacìo: Que de ningun modo es, ni quiere ser padre de una infinidad de entecillos, que se han introducido en la Philosophia de la Escuela; y que por lo comun se han interpretado mal sus libros: haviendose tomado frequentemente por entes physicos, y reales los que en su idèa eran puramente atributos, y denominaciones metaphysicas.

La ingenuidad, con que os hablo, despues de haver sido, como sabeis, tan apassionado, y terco, puede, dixo, servirme de carta de creencia para con vosotros en la ausencia de Aristoteles. Pero quiero añadir, que despues que se encontrò con vosotros fuera de el globo de la Luna, me despachò un expresso, con orden de que, en caso, que passasseis por aqui, no dexasse de informaros de sus pensamientos, ni de declararos, que por muy mal dispuesto, que os haya parecido estàr para con Mr. Des-Cartes, entrarà sin embargo gustoso en qualquiera buen ajuste. Finalmente esta no es resolucion tomada sobre la marcha, ni de carrera, como dicen. Mucho tiempo hà, que està formado, y escrito el proyecto; y en vuestra mano està verle, y llevarsele à Mr. Des-Cartes, si lo juzgais à proposito. Respondimosle, que lo hariamos con mucho gusto, y que tendriamos à dicha el concurrir, quanto nos fuesse dable, à la reconciliacion de

de los dos mayores Philosophos, y à la union de los dos partidos; que pueden decirse los unicos, que por ahora son de consideracion en la Europa.

Immediatamente se entrò en un gavinete, que estaba al cabo de el salòn, y tomò de un estante, muy proprio, y en que havia cantidad de libros, muy bien enquadernados, que contenian lo mejor que se ha escrito de treinta años à esta parte por los Philosophos modernos, y que Aristoteles, y Boecio seguramente havian leìdo; tomò, digo, una como memoria con esta inscripcion: *De consensu Philosophiæ veteris, & novæ.* Allà tenemos, le dixe, en nuestro mundo un hombre habil, que ha publicado un libro debaxo de esse mismo titulo. Yà le vì, me respondiò, y està escrito, de suerte, que dà bien à entender, que su Author es profundo, y està muy versado en todas las partes de la Philosophia. Es Author, prosiguiò, que no està encaprichado por alguno de los dos partidos, que està bien instruìdo de los interesses de todos, y que seria muy proprio para mediar en esta convencion. De su prologo se ha tomado un punto preliminar, que es absolutamente de buen sentido, y en que no pueden dexar de convenir desde luego Aristoteles, y Mr. Des-Cartes: es decir, que los Gefes, ò Cabezas de sectas philosophicas *neque omnia, neque nihil viderunt.* Presentònos, pues, la Memoria, ò Proyecto de el ajuste, y nos rogò, que le leyessemos à nuestro espacio en el Viage, y que llevassemos con nosotros, como lo haviamos ofrecido, algunas almas Peripateticas, que pudiessen despues informarle de la determinacion de Mr. Des-Cartes, sobre las proposiciones de este tratado. Agradecimosle la honra, que nos hacia, encargandonos una negociacion tan importante: asseguramosle, que emplearìamos todos nuestros oficios, para que tuviesse sucesso; y despues de haverle testificado el mayor reconocimiento à tantas honras, le rogamos, que nos permitiesse continuar nuestro viage, porque nos faltaba aùn mucho camino, y haviamos gastado yà mucho tiempo. Conduxonos, pues, fuera de el Licèo; y haviendo dado sus instrucciones à dos almas, que nos parecieron espiritus

Mer. Dus Hamel.

tus de consequencia, les mandò, que nos siguiessen, y se despidiò de nosotros.

Como haviamos resuelto correr todo el hemisphe- rio de la Luna, opuesto à nuestro mundo, seguimos nuestra derrota àcia el Septentrion; y dexando el Demo- crito à la izquierda, passamos por el Thales, y llega- mos hasta el Zoroastes. De alli bolvimos àcia el Ponien- te por unas tierras desiertas, donde vimos las ruinas de algunas antiguas Ciudades, como las de el Atlas, de el Cepheo, de el Hermes, sin encontrar, ni una alma hasta el Lago de los Sueños, sobre cuya Ribera encon- tramos tres, y las hablamos un poco de passo.

Sorprendimos à los dos primeras, echando mil mal- diciones contra las mugeres, que havian tenido en el mundo. La una de ellas era la alma de un cierto Her- motimo, de quien hacen memoria Plinio, y Tertuliano, que haviendo dexado su cuerpo, como solia hacerlo mu- chas veces, por ir à esparciarse, advertida de ello su mu- ger, que no le amaba, convocò los domesticos, y arran- candose los cabellos, y haciendo todas las demostracio- nes de el mas vivo dolor, les mostrò exanime el cuerpo de su marido, y diò tan buen orden en todo, que el cuer- po fuè quemado, segun la costumbre de el Paìs, antes que bolviesse la alma, que se viò luego precisada à buscar domicilio en otra parte.

La otra era la de un Senador Romano, llamado Lamia, à quien tambien su muger havia jugado semejan- te pieza, aunque estuvo apique de no salir con ello; por- que como ella misma nos contò, haviendo vuelto à bus- car su cuerpo, y no le hallando, viendo por otra parte to- da la casa cubierta de luto, luego diò en lo que podia ser, y se fuè immediatamente al lugar donde se havia dispuesto la pyra para quemarle. Mas, como el fuego empezasse yà á prender, no quiso reunirse por entonces al cuerpo, por no quemarse viva; pero moviò su lengua de modo, que muchos de los circunstantes oyeron salir de su boca por dos veces estas palabras: *Yo no estoy muer- to, no estoy muerto*; pero viendo que los Ministros de la pompa funebre, que acaso obraban de concierto con la

se-

señora, no hacian caso, le dexò quemar, y vino à establecerse en el globo de la Luna.

La tercer alma, que encontramos, en un lugar muy escabroso, como cosa de dos leguas mas adelante, era la de el famoso Juan Duns de Escocia, llamado vulgarmente Escoto, y Doctor subtil. Ha passado por muerto hasta ahora; y aùn se inventaron sobre su muerte quentos muy ridiculos, y poco ventajosos al credito de un hombre tan de bien, como èl lo fuè, que han sido muy bien refutados; pero la verdad es, que no ha muerto todavia, sino que haviendo hallado por la subtileza de su discurso, y usado de el secreto de la separacion que alcanzaron, y usaron otros, fuè tenido por muerto su cuerpo, y sepultado en la ausencia de su alma, que por esse motivo se refugiò tambien al globo de la Luna. Vimosla rodeada de ciertas, no sè que, que no son, ni tienen entidad, y se llaman formalidades. El fuè el primero, que las diò à conocer, y las diò bastante boga en el mundo Philosophico; y nada es mas donoso, mas subtil, ni mas delicado, pues son casi nada. Mas como nos viesse Philosophos, diò muestras de querer humanizarse, y nos preguntò: què sentiamos de el universal *à parte rei*, y de las precisiones objetivas? Nuestro anciano, que sobre sus idèas Cartesianas, aùn tenia algunas reliquias de el mal humor que le havia ocasionado el cumplimiento de Aristoteles, le respondiò con agrurá, que nunca haviamos hecho caso de semejantes inepcias: que essa era ocupacion propria de los Naturales de Hybernia, y que ninguno de nosotros havia jamàs aspirado al elogio, que diò Buchanan à los Philosophos de aquel Paìs, aunque por otra parte sean hombres de espiritu, y buena gente.

Gens ratione furens, & mentem pasta chimeris.

Còmo que? replicò: Inepcias, y chimeras las mas bellas, y sòlidas questiones de la Philosophia! Por esto solo me distinguia yo en mis tiempos; y la sutileza con que tratè, y resolvì estas dificultades, hizo que se me diesse el titulo de Sutìl por antonomasia. Inepcias; y chimeras! Y què? Vosotros, Philosophos Franceses, no leìsteis la historia de la Universidad de Parìs? Si no la

leisteis, leedla, y en ella vereis, si estas cosas eran miradas otro tiempo, como inepcias. Allì vereis Reynando Luis el Junior, à un cierto Ruselin de Bretaña, puesto à la frente de los Nominales, y disputando de mano armada en la Universidad con los que defendian el universal *à parte rei*; y venir de los argumentos à las manos, de modo, que huvo muertes. Vereis asimismo lo que sucediò, segun me ha contado, despues que he dexado vuestro mundo: Que Reynando Luis Undecimo, se mezclaron el Parlamento, y la Corte en las disputas que tratais de inepcias: de que resultò, que de orden de el Rey se mandaron recoger, y cerrar los libros de los Nominales, para que nadie los pudiesse leer, ni aun abrir en lo adelante; y ojalà no se huvieran revocado despues estos Decretos, por los amaños de los Protectores de esta Philosophia hueca, y vana, que solamente à las voces, y à los conceptos concede la universalidad! Yo solo reynaria ahora en las Escuelas.

Pero por ventura, prosiguiò recobrandose un poco, sois vosotros de esta classe de Philosophos, de que oygo hablar de poco tiempo à esta parte, y de quienes he visto algunas obras en un Viage que hice al Aristoteles, que tienen por Gefe à un cierto Cavallero Breton, llamado Des-Cartes? Si somos, respondiò el anciano, y nos hacemos de ello mucha honra. Idos de aqui, replicò todo colerico: huid de mi presencia hereges, que haceis gala de ser de una Secta, que por sus mismos principios se vè precisada à renunciar la Fè de nuestros mas Santos mysterios. Vuestro Des-Cartes enseña, que la essencia de el cuerpo consiste en su determinada extension. De suerte, que segun èl, tan imposible es, que un cuerpo, que tenga un pie cubico de grandeza, pierda esta extension, como lo es concebir una montaña sin caìda: con que serà imposible, que el cuerpo de el Salvador de el Mundo, que ciertamente tiene muchos pies de extension, se reduzga al breve espacio de una pequeña particula de una Hostia Consagrada. Idos en hora mala de aqui, excomulgados; pero yà que à mi pesar no lo haceis, yo lo harè; y sin decir mas, se fuè todo furioso.

Nota.

Nota. *El Traductor no quisiera haver encontrado en el globo de la Luna un varon tan grave, y venerable, como sin duda lo es el Sutìl Escoto. Y dado caso que fuesse precisso encontrarle en este Viage, querria encontrarle de mas buen humor; pero al Author le ha parecido otra cosa, como se ha visto, y no ha estado en mano de el Traductor el hacerle mudar de parecer.*

Este zelo tan extraordinario, aunque nos sorprendiò lo bastante, no por esso dexò de divertirnos; pero lo que me dió mas gusto fuè, que luego al marchar de alli, comenzaron las dos almas Aristotelicas à renovar el argumento de Escoto; y caminando que ibamos, apretaban al P. Mersenno, y à mi anciano de suerte, que tuvieron todo el trabajo de el mundo, para haver de desembarazarse. Sobre todo les propusieron un argumento contra el modo de que se sirven Mr. Des-Cartes, y Mr. Rohault para explicar el mysterio de la Eucharistia sin accidentes absolutos, que me parece digno de que se le proponga aqui.

Mr. Des-Cartes, en la respuesta que dà à las quartas objecciones, propuestas contra sus Meditaciones Metaphysicas, explica el mysterio de la Eucharistia de este modo. Dice, que despues de la Consagracion, està el cuerpo de Christo en el mismo lugar donde estaba antes el Pan; pero que està tan precisamente en el lugar mismo, que en qualquiera parte de aquel espacio, en que antes era verdadero decir: *Esto es Pan*, despues es verdadero decir: *Esto es el cuerpo de Christo*. De suerte, que si concebimos, que antes de la Consagracion havia alli (yà sea en la superficie, yà sea en la profundidad de el Pan) pequeños espacios de varias figuras, pyramidales, triangulares, cubicos, ocupados por las partes pyramidales, triangulares, y cubicas de el Pan; tambien debemos concebir, que el cuerpo de Christo ocupa todos estos espacios, despues de la Consagracion. De donde segun èl se sigue, que quando se dice, que el cuerpo de Christo està contenido precisamente en las mismas dimensiones, y en la misma superficie de el Pan, por esta voz *superficie* se entiende, no solamente la superficie externa, que termina la total figu-

ra de el Pan, mas tambien lo que termina todas las partes, que están en lo interior de el Pan distintas, y separadas unas de otras por los poros, y pequeños intersticios, que ocupan el ayre, y otros algunos cuerpos extraños. De suerte tambien, que si algunas partes insensibles de el Pan estuviessen puestas en movimiento por el ayre, ò por otro algun agente, se pondria igualmente en movimiento la instancia que entrasse à ocupar el lugar de dichas partes insensibles.

Sobre esta suposicion discurria assi Mr. Des-Cartes. De los cuerpos sola su superficie hace impression en nuestros sentidos: Luego todo, y qualquiera cuerpo que tenga la superficie de el Pan, hará en nuestros sentidos las impressiones que haria el Pan. Es decir, que debe reflexar la luz como, y con las mismas modificaciones, que lo haria el Pan si estuviesse allí: y por esto vemos en la Eucharistia el mismo color, y la misma figura de el Pan. Debe assimismo ser llevado àcia el centro de la tierra, à impulso de la materia misma, que llevaba el Pan por razon de la figura de las partes que le componian, y por esto sentimos el mismo peso, ò gravedad. Debe mover los nervios de nuestra lengua, y insinuarse en sus poros, ni mas, ni menos, que lo harian las partes insensibles, de el Pan, y por esso percibimos el mismo sabor, &c. Y assi concluyò Mr. Des-Cartes, que puede explicarse muy bien el mysterio de la Eucharistia, sin recurrir à los accidentes absolutos que hayan de quedar milagrosamente sin sugeto.

Pues vè aqui ahora una de las muchas dificultades, que opusieron à esta explicacion nuestros Peripateticos. Vamos à demostrar, dixeron, que en esta hypothesi no se muda, ni convierte el Pan en el cuerpo de Christo, sino que, aun despues de la Consagracion, hay Pan, y solo hay Pan en la Hostia.

Para formar esta demonstracion, preguntaron al P. Mersenno, y al anciano: si la materia, en principios de Des-Cartes, considerada en sì misma, y prescindiendo de las diversas modificaciones de las partes, era toda de una misma especie? Y se les respondiò, que si. Preguntaron ademàs de esso, si lo que hacia la diferencia especi-

fica de los cuerpos, en dichos principios, era solo la diversa configuracion, la diversa situacion, y los diversos movimientos de las partes de dichos cuerpos? Y tambien se les respondiò que si. Esso, pues, supuesto, añadieron, vamos á concluir evidentemente, que la substancia, que despues de la Consagracion se halla en la Hostia, no es sino Pan. Porque la materia, ò sustancia, que tiene la misma configuracion de partes, el mismo movimiento, y en una palabra, todas las mismas modificaciones, que hacen la diferencia especifica de el Pan, es Pan. Pero es assi, que la sustancia, que despues de la Consagracion se halla en la Hostia, tiene todas estas modificaciones; y solo en virtud de estas modificaciones se concibe; que tiene la misma superficie de el Pan, tomando esta voz *superficie* en la significacion, que le dà Mr. Des-Cartes: solo en virtud de estas modificaciones hace esta superficie las impressiones mismas en nuestros sentidos: reflexa la luz de el mismo modo, y à los mismos angulos: recibe las impulsiones, y determinaciones mismas de la materia, que la lleva àcia el centro; y comunica à los nervios de la lengua los movimientos mismos, que comunicaria el Pan: Luego la substancia, que està en la Hostia consagrada, tiene, en principios de Des-Cartes, el ser especifico de el Pan. Luego es Pan. Y de aqui deducian los Peripateticos, que no sin razon se recurria à los accidentes absolutos, para explicar bien el mysterio de la Eucharistia.

Hicieron assimismo reflexion sobre una clausula, que añadiò à su explicacion Mr. Des-Cartes, y en que parece, que se implica, y la contradice. *Con todo*, dice este Philosopho, *el cuerpo de Christo, hablando con propriedad, no està alli como en lugar, sino Sacramentalmente.* Porque, que quiere decir, decian los Peripateticos, estàr una cosa *en lugar*, hablando con toda propriedad, sino llenar enteramente el espacio, no dàr passo à los cuerpos, que vayan à passar por alli, reflexar la luz, gravitar acia el centro, &c.? Pues todo esto conviene al cuerpo de Christo en la Hostia, segun Des-Cartes. Y al contrario la idèa, que comunmente se tiene, de la presencia Sacramental no atribuye al Cuerpo Sacramentado todas estas

pro-

propriedades. Ni de quantos han tratado de la Eucharistia, huvo hasta ahora quien haya pretendido, que el cuerpo de Christo reflexa la luz, &c. antes dicen todos todo lo contrario.

Y concluyeron finalmente, burlandose de los aplausos, que en esta ocasion se dà Mr. Des-Cartes à si mismo, sobre haver explicado el Mysterio, como presume, de un modo muy inteligible; y sobre lo muy obligados, que dice, deben reconocersele los Theologos Catholicos, por haverles ministrado una opinion, que se acomoda mas bien, que las vulgares, con la Theologia. Aplausos tan bien fundados, como la profecia, que hace un poco despues, de que vendrà tiempo, quando, deshecho el mundo de las preocupaciones de la Escuela, daràn lastima los sentimientos, que en este particular tuvieron los antiguos Philosophos, y Theologos; y se desapareceràn como sombras à vista de la luz, de que los bellos principios de la nueva Philosophia llenaràn los espiritus de quantos quieran, y sepan aprovecharse de ellos.

En vista de esta impugnacion hago juicio, que huviera hecho mucho mejor Mr. Des-Cartes en atenerse à su respuesta general, tan mala como ella es: que es decir, que èl era Philosopho, y no Theologo; y que no trataba de explicar los Mysterios de nuestra Religion por los principios de su Philosophia. Y me maravillo mucho, de que semejantes respuestas de Mr. Des-Cartes hayan passado hasta aqui sin rèplica; sobre todo, haviendole impugnado Mr. Arnaud, quien nunca quedò el ultimo en punto de disputas, y libros. Pero pienso haver descubierto salida à este ultimo reparo en una carta, que escribiò Mr. Des-Cartes à un Padre de el Oratorio, Doctor de la Sorbona; y en que hablando de M. A. dice, que sin embargo de ser tan joven, como es todavia, aprecia mas su juicio solo, que el de la mitad de los antiguos Doctores de aquel Colegio. Una blandura como esta es capaz de hacer caer las armas de las manos al mas animoso enemigo.

Tom. 1. *Cart.* 105.

Durante esta disputa, en que el P. Mersenno, y mi anciano no tuvieron por conveniente atenerse à la for-

ma;

ma: contentandose con eludir la dificultad por medio de varias chanzonetas, que decian sobre los accidentes absolutos, y concluyendo, que debian ser desterrados al desierto de Escoto, para que le hiciessen Corte en compañia de sus formalidades; atravessamos el mar Tranquilo, y bolviendo luego à la derecha, passamos por el Hypparcho, el Ptolomeo, la peninsula de los Relampagos, y de allì al travès de el mar de los Nublados; y entramos finalmente en la peninsula de que hablè al principio, llamada de las Phantasìas. Llamase assi, porque allì es donde por la mayor parte habitan los Chymicos, que buscan en la Luna la piedra philosophal, que no encontraron en la tierra, y los Astrologos juiciarios, que tan locos son allà como en el mundo, ocupandose por lo comun en hacer Almanakes, y en corregir por supuraciones exactas los falsos horoscopos, que hicieron acà en la tierra.

Entre otros vimos allì à Cardano, quien, aunque possee un breve pedazo de Paìs àcia el Oriente, sobre la ribera de el Occeano de las Tempestades, no puede dexar de hacer frequentes visitas à sus cohermanos. Passalo por allà muy mal, no haviendo podido echar de sì la desazon, que le causó el famoso horoscopo de Eduardo VI. Rey de Inglaterra: quien, sin embargo de haverle èl pronosticado lo mas que le havia de suceder hasta mas allà de la edad de cinquenta años, se muriò por desgracia à los quince. Otras dos cosas tambien de el mismo genero concurren à tenerle siempre en la mas profunda tristeza. La primera es la desgracia de su hijo, cuyo horoscopo le havia engañado tambien, no haviendo previsto (lo que sin embargo sucediò) que se le havia de cortar la cabeza en Milàn à la edad de veinte y quatro años, por haver dado veneno à su muger. Y la otra es la poca charidad, que usaron con el Escaligero, y Mr. de Thoù, publicando en sus escritos, que se havia dexado morir de hambre. Porque despues de todo, nos dixo èl, son unos embusteros; y bien veis, que si me huviesse muerto, no viviria aquì. La verdad es, que haviendo pronosticado el dia de mi muerte, segun mi horoscopo; y conociendo despues que me havia engañado, no quise vivir mas en el mundo, por

no verme corrido. Llegado, pues, que fuè el plazo, que yo mismo me havia puesto; y no viendo en mi syntôma, ni indicio alguno de muerte, me hice enfermo, y luego, dexado el cuerpo, me vine à morar aqui. Y esta es la verdad de el hecho. Procuramos consolarle, representandole la gran reputacion, que, no obstante todo esso, se havia hecho en el mundo, de genio extraordinario, y muy distinguido de el comun de los hombres. Y tomada su licencia nos fuimos, y restituimos al Mersenno, de donde haviamos empezado nuestro Viage de el globo de la Luna.

Aqui fuè, donde, haviendose apartado de nosotros por algunos instantes las dos almas Peripateticas, leimos el Proyecto de composicion entre Aristoteles, y Des-Cartes, que nos havia entregado Boecio, y cuyos principales articulos voy à referir. Estaba dividido en dos partes. En la primera se reglaba el modo de comportarse en lo adelante Aristotelicos, y Cartesianos en las conversaciones, en las disputas, y en los libros. Y la segunda, que era mas larga, contenia muchas proposiciones, en que cedian, y afloxaban algo los Aristotelicos, demandando à los Cartesianos, que hiciessen lo mismo de su parte. Pero esto mas era refutacion de muchos de los dogmas de Des-Cartes, que Tratado, ò Proposiciones de paz: sobre que congeturè desde luego, que no tendria el efecto, que se pretendia. Verase sin embargo, que Aristoteles, ò à lo menos su Secretario Boecio estaba bien informado de lo que en pro, y en contra se passaba en el mundo.

PLAN, Y TRATADO DE AJUSTE entre Ariſtoteles, Principe de los Philoſophos, y Mr. Deſ-Cartes, Gefe de la nueva Secta.

PRIMERA PARTE.

NO ſe diràn injurias, como antes, los unos à los otros, pues nada tiene de philoſophico ſemejante tratamiento, ni le han practicado jamàs los Profeſſores de honra.

Las damas, y mugeres eruditas no tratan mas en ſus eſtrados de tonto, ni de pedante à Ariſtoteles, debiendo tener entendido, que fuè Soldado politico, y hombre de Corte. Que antes de meterſe à Philoſopho, ſe havia divertido muy bien, y havia gaſtado en eſſo quanto tenia. Que no era de obſcuro nacimiento, ſiendo hijo de el primer Medico de el Rey Amyntas, abuelo de Alexandro el Grande. Y en fin, que puede ſer no haya habido Philoſopho mas corteſano, ni mas galante.

Los profeſſores de la antigua Philoſophia procuràn abſtenerſe de dàr à Mr. Deſ-Cartes ciertos epithetos, de que ſuelen andar muy liberales para con èl, tratandole eternamente de viſionario, y extravagante, tal vez de herege, y aùn tambien de atheiſta. El miſmo Mr. Boecio le dà deſde ahora ſatisfaccion authentica en todos eſtos puntos, para que ſupla la que le negaron los curadores de Leyde, y los Magiſtrados de Utrech, ganados por los amaños, y amigos de dicho Mr. Boecio, quien deſea ſer muy ſervidor de aqui en delante.

Ariſtoteles deſaprobarà todos los libros compueſtos por los ſuyos contra Mr. Deſ-Cartes, de un modo ſobremanera ofenſivo, como podria ſer aquel tratado, que tiene por titulo: *Deliriorum Carteſii ventilatio.* O, por lo menos, los mandarà corregir, y que en una nueva impreſsion ſe les quiten algunas expreſsiones muy fuertes.

Tambien Mr. Des-Cartes de su lado darà orden de suprimir en las nuevas impressiones, que se hicieren de las obras de algunos de sus sequaces, ciertos prologos, ò por mejor decir, ciertas satyras, y mordaces invectivas contra los Philophos Escolasticos, donde sin razon se confunden los unos con los otros, atribuyendose à todos los defectos de algunos particulares, como por exemplo, una ardientissima passion de altercar la confusion de las idèas, la equivocacion de los terminos, y la ignorancia de las mas bellas curiosidades de la Physica.

Prohibiràse à todo Cartesiano el juzgar de el merito de Aristoteles, no haviendole leìdo antes; y especialmente sin haver leìdo su Logica, su Rhetorica, su Historia de los Animales, y los demàs escritos en que trata su Physica particular. Sobre todo guardaranse bien de calificar el caracter de este Philosopho por sus libros de *Physica auscultatione*, que son menos claros que los otros, haviendo el Author tenido sus razones para escribirlos assi; y que ademàs de esso fueron despues no poco obscurecidos por una infinidad de traductores, y comentadores, que muchas veces hablan Griego, en Latin, y aùn parece, que algunos no sabian Latin, ni Griego.

Prohibiràse igualmente à los Peripateticos el maldecir la Philosophia de Des-Cartes, sin haverse instruìdo bastantemente de ellas, sopena de hacerse, y haver de ser tenidos por ridiculos, como algunos Autores, que han puesto à este Philosopho en el numero de los Atomistas: esto es, de los que pretenden, que los cuerpos se componen de partes indivisibles, ò como el otro, que escriviò buenamente al mismo Mr. Des-Cartes, que havia logrado vèr de sus ojos la *materia sutil*, viendo por un acaso el mas felìz de el mundo, voltear una infinidad de cuerpecillos en un rayo de luz, que entraba por una endrixa de su ventana. *Cart. 61. tom. 1.*

Finalmente, Aristoteles rogaba à los Cartesianos, que no quisiessen atribuirle todo quanto hallassen en los escritos de sus discipulos, sin consultar antes los suyos, y ofrecia de su parte, que à nadie reconoceria por Cartesiano, sino despues de muchissima consideracion; y mas quando

se

ſe trataſſe de Abates mozos, Cavalleros, Abogados, Medicos que ſuelen venderſe Carteſianos en las converſaciones, para acreditarſe de genios habiles, y curioſos: lo que tal vez conſiguen por la oſſadia de hablar à troche moche de *materia ſutil*, de *bolas de el ſegundo elemento*, de *turbillones*, de *automatos*, de *phenòmenos*, *&c.* no ſabiendo ſiquiera, que ſignifican eſtos terminos, que tan de memoria tienen.

SEGUNDA PARTE DE EL PLAN DE pacificacion entre Ariſtoteles, y Mr. Deſ-Cartes.

DE eſta ſegunda parte ſolo ſe apuntarà lo preciſo por evitar la proligidad. Empieza, pues, aſsi: Siendo el articulo de las formas ſubſtanciales, el que ha ocaſionado mas ruidos, y diviſsion entre los dos partidos, como puede verſe por los regiſtros de las Univerſidades de Utrech, Leyde, Groninga, y Angers, y pudiera verſe tambien por los de las de Parìs, Caen, y de otras, ſi ſe huvieſſe tenido el cuidado de regiſtrar todas ſus Actas, y deliberaciones tocante à eſte particular: tambien debe ſer eſte el punto en que unos, y otros, cada qual de ſu parte han de ceder algo por el bien de la paz.

Hecho eſte exordio, luego ſe quexaba Ariſtoteles de la delicadèz con que los primeros Carteſianos havian querido reparar, y pararſe en la voz miſma *forma ſubſtancial*; porque ſupueſto, decia èl, que por ella no ſe entendia, ſino el principio de las propriedades de cada cuerpo en particular, y lo que hace, que un cuerpo de tal modo ſe diferencie de los otros, que haya podido el comun uſo darle un nombre eſpecial, conſtituyendo una eſpecie diſtinta de las demàs eſpecies de cuerpo; què puede tener dicha voz de extraordinario, y digno de ſer notado, y reprendido? Por lo que toca à la idèa, que la han apropiado los Peripateticos, haciendola ſignificar una *ſubſtancia incompleta*, *diſtinta de la materia*, declaraba Ariſtoteles,

les, que no hallandose semejante difinicion en lugar alguno de todos sus escritos, podria, si quisiesse, no reconocerla, y dexar caer sobre sus Comentadores Arabes, criadores de este medio-ente, todas las chanzas, chistes, pullas, que en este particular han dicho los Modernos. Veràse, añadia, como usa Des-Cartes de esta condescendencia, y què ventajas nos ofrece de su parte. Si concediere alma à los brutos, deliberaràn los Peripateticos condescender aùn algo mas.

Proponia luego algunas razones para persuadirle, que no lo rehusasse tanto. Representabale, que este articulo de su Philosophia havia rebuelto, y enfadado à todo el mundo: Que se le podria perdonar tanta adhesion, como mostraba tener à este sentimiento, si huviesse sido su primer Author. Pero que yà era cosa sabida, que cierto Español, llamado Gomez Pereyra, havia tenido antes el mismo ofrecimiento; y que algunos maliciosos querian decir, que no de sus principios, sino de el libro de el Español lo havia èl tomado: Que esta opinion, si lo es, yà le havia grangeado todo el credito, que de ella podrìa haverse prometido; pues se la miraba en el mundo como una ingeniosissima paradoxa, en que èl, y sus discipulos havian discurrido con mucha subtileza; de suerte, que havian dado bien que hacer à los Philosophos Escolasticos. Pero que yà daban que reir à los hombres de juicio, queriendo sostenerla seriamente, como si fuesse verdad: Que este era el primer efecto, que havia producido en el espiritu de los lectores el prologo de un libro intitulado: *La alma de las bestias*, libro escrito con mucha alma, y en que su Author se propone seriamente el fin de convertir los Philosophos en este punto: Que no se daba siquiera una sola buena razon, para deshacer la preocupacion en que està todo el genero humano, tocante à este particular: Que no puede demostrarse, que sea imposible un entemedio entre la materia, y el espiritu puro: Que la promessa, que hacian los Cartasianos, de explicar por la disposicion de la machina, quanto vemos, y admiramos en los brutos, jamàs se havia puesto por obra, y era una pura baladronada, ò phantasìa: Que, quando

ha-

hablaban en general, y como por mayor de eftas materias, decian algunas cofas muy plaufibles. Pero, que nada havia mas laftimofo, y menos tolerable, que la aplicacion que hacian en particular, y por menudo de fus doctrinas. Que fola la idèa de el modo de obrar feguido, que fe obferva en los brutos en una infinidad de ocafiones, hace que parezca extravagante la paradoxa: Que fi fe refponde, que efte argumento prueba mucho, pues afsi fe podria arguir, que los brutos difcurren; ferà fi, precifo confeffar, que efta inftancia no dexa de dàr que hacer à los Philofophos, y tanto, que apenãs pueden defembarazarfe. Mas, que no por effo pierde fu fuerza el argumento, fino que efta mifma inftancia aumenta infinitamente la dificultad. Porque fi no podemos comprehender, que los brutos no difcurran, viendolos obrar de un modo tan natural, y configuiente, còmo concebirèmos, que ni aún conocen? Y que al fin, el ceder algo en efte punto, no feria retratarfe, haviendo el mifmo Mr. Def-Cartes declarado, que no podia demoftrar, que los brutos dexaffen de tener alma, como ni habria quien pudieffe demoftrarle lo contrario. *Tom. 1. Cart. 67.*

De aqui paffaba Ariftoteles à otro punto, que tiene no poca connexion con el antecedente; efto es, à la effencia de la alma, la qual Mr. Def-Cartes hace confiftir en el penfar actual, como la effencia de el cuerpo en la actual, y determinada extenfion. Deciale, pues, que fin embargo de que tenia fus efcrupulos à cerca de el methodo, y modo con que havia pretendido demoftrar la diftincion, que hay entre alma, y cuerpo; y con todo, que muchos no fe hayan fatisfecho de las refpueftas, que diò à las objecciones, que en efte punto le hicieron MM. Gaffendo, y Arnauld; no queria difputarle la gloria de haver difcurrido en efte particular con novedad, y con ingenio. Y que aùn fe hallaba difpuefto á feguir fu parecer tocante á la effencia de la alma, con tal, que le difolvieffe una dificultad, tomada de la experiencia.

Muchos, le dice, os han objetado, que fi la ef-

effencia de la alma confifte en el penfar, no podria la alma exiftir, fino es penfando. De donde fe figuiria, que el hombre no podria dexar de penfar aún eftando en el vientre de fu madre; fequela, que concedeis fin repugnancia. Y fi fe os añade, que feria impofsible que dexaffemos de acordarnos de algunos penfamientos, fi los huvieffemos tenido en aquel eftado, refpondereis, que no nos acordamos, aunque ciertamente los tuvimos, porque la memoria confifte en ciertos dibujos, ò veftigios, que haviendofe impreffo en el celebro quando penfamos, fe confervan defpues en èl: Pero que el celebro de los niños es muy humedo, y blando para haver de confervar eftas imprefsiones, à lo menos como fe requiere para la memoria: mas fobre efto fe os aprieta otro tanto mas, que en varias partes de vueftros efcritos diftinguis dos efpecies de memoria. Memoria que depende de eftas huellas, ò imagenes impreffas en el celebro, y memoria, que fiendo puramente efpiritual, depende de la alma fola. Tambien diftinguis dos fuertes de conocimientos: unos, que dependen de el organo corporeo, y otros de el todo independentes, y immateriales. Concibefe, pues, muy bien, que de la difpoficion de el celebro de los niños puede depender de algun modo que la alma fe acuerde, ò no fe acuerde de los penfamientos, que dependen de èl. Mas por lo que toca à la memoria puramente intelectual, y à eftos conocimientos immateriales, que fon de el todo independentes de el órgano corporeo, nada hacen la humedad, y la blandura de el celebro: y por configuiente, debieramos acordanos de eftos penfamientos, como tambien de los actos de nueftra voluntad, que tal vez los habràn feguido.

Direis acafo, que el niño en el vientre de fu madre no tiene efte genero de conocimientos immateriales, ni el ufo de la memoria puramente efpiritual; pero de effo mifmo quifiera yo que fe me dieffe una razon convicente. De hecho Mr. Boecio havia dado orden expreffo à fus dos Embiados para que inftaffen à Mr. Def-Cartes, fobre que fe declaraffe ultimamente en efte punto.

De

De la eſſencia de la alma paſſa Ariſtoteles à la de el cuerpo, y dà principio à eſte articulo por la ingenua confeſsion que hace de un error, en que havia eſtado mucho tiempo, advirtiendo con eſta ocaſion a Mr. Deſ-Cartes, que tenga cuenta. Havia yo creido, dice, que el mundo era eterno, ſobre un falſo principio, de que me havia dexado preocupar, es à ſaber, que Dios es ente neceſſario, no menos en obrar, que en exiſtir; pero tambien vos teneis otro principio, de que indiſpenſablemente ſe ſigue el miſmo error, y no ſoy yo el primero, que lo ha notado. No ſolo decis, que la eſſencia de la materia conſiſte en la extenſion, mas tambien, que la extenſion, la materia, y el eſpacio, no ſon ſino tres diferentes nombres de una miſma coſa. De donde, ſegun vos miſmo ſe ſigue, que no puede dèxar de haver materia ſiempre, y donde concebimos eſpacio, y extenſion. Vueſtros contrarios allà en la tierra emprendieron demoſtrar, que por los miſmos principios ſe ſeguiria tambien, que el mundo, ò à lo menos la materia habrà exiſtido, y habrà de exiſtir neceſſariamente ſiempre: porque aſsi como ahora hay materia donde concebimos que hay ahora eſpacio, y extenſion; por la razon miſma habrà havido, y ſuceda lo que ſucediere, habrà de haver ſiempre materia donde concebimos, que huvo, y habrà ſiempre extenſion, y eſpacio: Pero es aſsi, que concebimos, que huvo, y habrà ſiempre en toda providencia, eſpacio, y extenſion donde eſtá ahora el mundo: Luego, &c. Eſte punto no dexa de ſer baſtantemente delicado, y podria juſtificar de algun modo, dice Ariſtoteles à Mr. Deſ-Cartes, la conducta que obſervaron con vos los Doctores, y Magiſtrados de Utrech.

Para mi (proſigue) el diſcurſo, que os mete en tanto embarazo, es un puro ſophiſma. Un atributo real, decis, no puede convenir à la nada; pero el ſer extenſo es atributo real: Luego no puede convenir à la nada. Sin embargo continuais dicho atributo conviene à todo eſpacio, y no dudamos en dar el nombre de eſpacio, al que nos imaginamos fuera, y mas allà de el Firmamento: Luego mas allà de el Firmamento indefinidamen-

te

te hay algo real: Luego materia real indefinida: Luego materia, extension, y espacio son una misma cosa.

Por dos motivos (continùa) debierais conocer, que este vuestro discurso es muy falàz. El primero es, la consequencia que sale de èl à favor de la eternidad de el mundo, consequencia que desde luego, y por sì misma se ofrece al entendimiento. El otro es, que supuesto que el mundo no fuesse, como de hecho no es eterno, podria demostrarse por medio de otro semejante discurso, que habria de convenir à la nada un atributo no menos real, que el que vos llamais asi: porque el ser eterno es atributo no menos real, que el ser extenso: y es claro, que no siendo eterno el mundo, se puede decir, que lo es la nada; pues fuera de Dios, nada huvo de toda la eternidad. Siendo, pues, realmente absurdo el decir, que un atributo real puéda, y haya de convenir à la nada, es preciso que para componerlo todo, convengais con vuestros contrarios, en que los predicados *extenso*, y *eterno*, atribuidos al espacio, y à la nada, suponen en nosotros idèas diferentes de las que tenemos, quando les atribuimos al ente, ò al cuerpo. Quando les atribuimos al ente, ò al cuerpo, significamos algo de positivo; pero atribuidos al espacio, ò à la nada, solo significan algo negativo. En una palabra, quando se dice, que nada es eterno, solo se quiere dàr à entender, que ninguna cosa criada existe desde la eternidad; y quando se dice, que fuera de el firmamento no hay sino un cierto espacio extenso, solo se dà à entender, que no hay cuerpo alguno mas allà de el Firmamento, aunque le puede haver, y le habria, si Dios le criasse para ocupar el vacìo, ò nada de todo cuerpo, que allì concebimos. No podemos hablar de el espacio, ni de la nada, sino diciendo algo, ni podemos declarar lo que de ellos sentimos, sino valiendonos de los terminos que usamos para hablar de los entes verdaderos, y reales. Mas si reflexionassemos sobre nuestras idèas, claramente conoceriamos, que son muy diferentes, y que no se confunden, ni se destruyen, como os lo imaginais unas à otras.

Y esto me trae à la memoria aquella breve, pero fuer-

fuerte instancia, que à este proposito os hizo en otro tiempo Mr. More, aquel Gentil-Hombre Inglès, que tanto os elogia en sus Cartas, que llegò à aplicaros lo que Horacio dixo de Homero: *Qui nil molitur inepte.* La instancia era: Si Dios aniquilasse el mundo, y le reproduxesse un poco despues, no podria decirse, que habria havido, ò à lo menos, que concebimos, que habria havido algun intervalo entre la destruccion, y reproduccion de el mundo, aunque ciertamente no huviesse mediado alguna cosa real? De donde concluìa, que tambien podria decirse, que en un aposento, en que nos imaginassemos, que huviesse Dios aniquilado todos los cuerpos, que havia dentro de sus paredes, no por esso dexaria de haver extension segun todas sus especies, ò dimensiones de longitud, latitud, y profundidad, aunque ciertamente no mediaria, ni habria alli cosa alguna real, y positiva. Suponia Mr. More, que le concederiais la primera proposicion, de que juzgò, que no se puede dudar; y en este supuesto creia, que os embarazaria muchissimo; pero huvo de quedarse muy corrado, al vèr que le negasteis, que pudiessemos concebir en su hypotesi algun intervalo, ò duracion entre la destruccion, y reproducion de el mundo. *Tom. 1. cart. 68.*

El Author de cierta Carta, escrita tiempo ha à un Philosopho Cartesiano, divierte muchissimo à sus lectores con muchas, y muy entretenidas hypothesis, que propone sobre este assumpto: Pero yo que no gusto de chocarrerias, ni las juzgo decentes à un Philosopho de mi character, no quiero para empeñaros, y precisaros à convenir con nosotros, no quiero, digo valerme sino de vuestros mismos principios. Hago, pues, la ordinaria hypothesi, en que se supone, que Dios aniquilò todo el ayre de un aposento, sin producir, ni dexar entrar en èl otro cuerpo. Puesta, y una vez admitida esta hypothesi, no hay duda, que se concibe extension sin cuerpo; y por consiguiente, la essencia de la materia no consiste, como pretendeis, en la extension. No querreis, pues, admitir la hypothesi; pero yo os mostrarè, que no es implicatoria, por un discurso de el todo semejante à *Cart. 69.*

P otro,

otro, què vos mismo formais, y reputais demostrativo, aunque à otro intento.

Porque segun vos, porquè concibo distintamente una cosa que piensa sin concebir extension: y porque al contrario, concibo la extension, sin concebir la cosa que piensa, tengo quanto he menester para concluir, que la cosa que piensa se distingue de la extension, y que la extension se distingue de la cosa que piensa. De este modo dèmostrais, que se distinguen alma, y cuerpo, y que es evidente, que pueden separarse sin repugnancia: Y esto por el gran principio, que la diferencia de las idèas es el unico medio que tenemos para conocer la real distincion de las cosas, como tambien la independencia que entre sì tienen. Discurro, pues, assi sobre este vuestro principio; yo concibo muy distintamente la destruccion, ò aniquilacion de un cuerpo, sin concebir la produccion de otro alguno: Luego no repugna, que un cuerpo sea aniquilado, y falte enteramente sin que se produzga otro: Luego tampoco hay implicacion, en que Dios destruya el ayre de un aposento, sin què ponga algun otro cuerpo en su lugar.

O bien de este modo, que viene à ser lo mismo: Yo concibo muy distintamente una parte de materia sin las otras, como tambien estas sin aquella; v. gr. sin el ayre de el aposento: Luego no hay implicacion en mi hypothesi; y consiguientemente debeis cargar con sus resultas. Si teneis, pues, alguna inclinacion à la paz, basteos decir, que la materia, consideradas las cosas en su estado natural, es inseparable de la extension, y no penseis en serviros mas de una proposicion tan extraña, que tan mal ha sonado en el mundo, como es decir, que *materia, espacio, y extension son una cosa misma.*

Este insulto que hacia Aristoteles à Mr. Des Cartes, sirviendole de parte de sus principios para destruir los otros, apurò la paciencia, y enojò à nuestro anciano; de suerte, que por poco no hizo pedazos el papel, que contenia el proyecto de convencion, y de ajuste: y aùn propuso, que nos fuessemos sin avisar à los

Em-

Embiados de Ariſtoteles, diciendo, que ſemejantes compañeros le deſazonaban muchiſsimo; pero le repreſentamos, que eſſo deſdecia mucho de la crianza, y honra de Mr. Deſ Cartes. Que eſte papel de Ariſtoteles, no tanto era proyecto de paz, quanto cartèl de deſafio, de el qual podria Mr. Deſ-Cartes no hacer caſo, ò reſponder como quiſieſſe: Que eſte gran hombre tenia eſpecial talento, y gracia de perſuadir; y que la produccion de un mundo era por otra parte coſa tan ſuperior que no podria dexar de convencer à dichos dos Embiados, por poco que quiſieſſe explicarles ſu ſyſtema de un modo plauſible. Eſtas razones aplacaron algo à nueſtro anciano; y aſsi pudimos proſeguir la lectura de el papel, mientras bolvian à juntarſenos las dos almas.

De las eſſencias de alma, y cuerpo paſſaba Ariſtoteles à ſu union, y al orden, y proporcion que entre si dicen: y lo primero loaba mucho à Mr. Deſ-Cartes de haver abierto los ojos à los Philoſophos para que vieſſen la inutilidad, y aùn tambien lo abſurdo de ſus eſpecies intencionales en muchas coſas. Declarando aſsimiſmo, que nada hàvia enſeñado Mr. Deſ-Cartes en eſta materia, que pudieſſe haver hecho eſpecial novedad à los Peripateticos, ſi eſtos no huvieſſen abandonado las maximas de ſu Maeſtro, por ſeguir las fantaſias de ſus Comentadores. Yo miſmo, decia, dexè notado en varios lugares de mis obras, que el ſentido de el tacto ſe extiende por todo el cuerpo, haſta tambien en los organos de todos los demàs ſentidos: Que no ſe veia un objecto, ni ſe guſtaba un manjar, ni ſe percibia algun olor, ò ſentido, ſino por el movimiento local de algunos cuerpos, que tocaban, y movian los organos de los ſentidos reſpectivos: Y que ſino baſta eſte movimiento para hacer que la alma perciba los objectos exteriores, de ningun modo podrà hacerſe de eſta percepcion à influxo de dichas eſpecies. Y aùn declaraba, que no reprobaria lo que enſeña Mr. Deſ-Cartes, tocante al aſsiento de la alma en la glandula Pineal, ſi ſe le propuſieſſe como pura hypotheſi; pues nada mejor dicen los demàs en eſte punto; pero que no podia ſufrir que ſe proponga eſte ſyſtema, como verdad

demostrada, y evidente: Y que èl, respecto que Mr. Des-Cartes mostraba tener à la verdad, y á la experiencia, debia hacerle moderar sus sentimientos en este punto.

Pediale tambien, que no maltratasse tanto à los que enseñan, que la alma reside, y como que se difunde en todo el cuerpo. Y añadia esto para mostrar, que los Cartesianos no proceden con equidad en esta materia: porque, decia èl, quando enseñais, que la alma reside en la glandula Pineal, ò quereis decir, que ocupa toda la extension de dicha glandula, ò que esta precisamente en una parte indivisible. Si lo primero, luego la alma es extensa, que es puntualmente la consequencia que objectais à los que dicen, que la alma reside, y como que se difunde en todo el cuerpo. Si lo segundo, luego puede darse alguna parte de materia que no sea extensa, sino indivisible. Y assi, puesta esta disyuntiva, dais à la alma una propriedad, que no reconoceis sino en la materia; esto es, la extension, ó bien concedeis à la materia un atributo, que fuera de esta ocasion le negais siempre, y que assimismo pretendeis no puede ser proprio sino de el puro espiritu; esto es, la indivisibilidad. Fuera de que, ni todos los nervios, ni todos los rayos, ò arroyos de los espiritus animales, que salen, y entran en la glandula Pineal, pueden concurrir en un punto indivisible. Y assi, si la alma no estuviesse sino en este punto, no podria percibir en el todo los objectos.

Y si respondiereis, que la alma no està en la glandula, como en lugar, ni como un cuerpo en otro cuerpo, sino que en qualidad de espiritu està en dicha glandula, porque en ella obra, en ella piensa, en ella quiere, y en ella percibe las sensaciones; y que como las diferentes impressiones de los objectos se terminen à diferentes puntos de la glandula, donde la alma las percibe, puede decirse, que esta està en toda ella; si respondiereis, le decia Aristoteles, lo dicho podràn los Philosophos, que atacais, haceros una fuertissima instancia. Porque si basta, que la alma obre, piense, quiera, y perciba los objectos en la glandula Pineal, para que pueda decirse, que està en toda ella, tambien en su systema podrà de-

cir-

cirse, que està en todo el cuerpo, porque en todo èl obra, y percibe los objectos: Que los vè en los ojos, como decis vos, que los percibe en aquella parte de la glandula donde rematan los nervios opticos, ò bien los arroyuelos, y filas de los espiritus, que corren por estos mismos nervios: Que percibe la voz en el oìdo, como decis, que la percibe en otro punto de la glandula donde vàn à dàr los nervios, y espiritus, que sirven à esta percepcion, &c. Y asi este pretendido monstruo de la Philosophia, quiero decir esta presencia de la alma à todo, y en todo el cuerpo, que hace que la alma sienta en la mano quando se la pica, y que la retire luego que siente la picadura, que la hace mover el pie para caminar, &c. yà no debe parecer, ni llamarse monstruo, ni aùn falsa preocupacion de la puericia, puesto que dicha presencia de la alma à todo el cuerpo no tiene mas dificultad, que la que se le quiere dàr en la glandula, siendo esta, como es extensa, como todo el cuerpo; porque el que no sea de tanta extension, no es de el caso. Sin razon, pues, inferia Aristoteles, se quiere ridiculizar esta virtual extension de la alma, que apenas se diferencia de la que admiten los Cartesianos, y ciertamente es menester muy poco para explicar todas las sensaciones tambien en el systema comun, como en el de la glandula Pineal.

De todo esto concluìa Aristoteles, que Mr. Des-Cartes debia confessar con los mas sabios, y menos encaprichados de los Philosophos, que la relacion, ò dependencia, que la alma tiene de el cuerpo en orden à la percepcion de los objectos, es un mysterio incomprehensible, y sobre todo humano discurso. Que puede, sì, explicarse bien como obran los objectos sobre el sentido, y aùn tambien como se comunica su operacion, ò impression hasta el celebro: Pero que es preciso no passar de aqui, sino se quiere entrar en una obscuridad suma, à riesgo de abanzar proposiciones arriesgadas, ò en sì mismas, ò en sus consequencias.

Todavia alaba en esta parte à Mr. Des-Cartes por la sinceridad con que confessò, que nada hay en la idèa de el alma, ò de el espiritu, de que pueda conven-

cer-

Tom. 1. cart. 69. cerse, que la sea imposible la produccion de el movimiento: y al mismo tiempo reprehende à los Cartesianos, que sin embargo han ossado decir, que ninguna criatura, sea la que fuere, puede producirle. Es verdad, añadia algo maliciosamente, que esta paradoxa, tan profunda como ella es, es una de las principales dependencias de el systema Cartesiano: pues solo asi puede ser cierto, que no puede dexar de haver siempre una igual, y determinada cantidad de movimiento en el mundo, donde hay tantas almas, tantos Angeles, y tantos diablos, que no podrian tener mayor placer, que el de comoverlo todo: pero en esso mismo se hace Mr. Des-Cartes mas digno de alabanza, por preferir asi el interes de la verdad al de un systema, de que fuè tan apasionado.

Seguiasse otro articulo sobre la gran paradoxa de Mr. Des-Cartes, que asi las essencias de las cosas, como las verdades, que se dicen necessarias, dependen de el poder de Dios, de suerte, que no son immudables, y eternas, sino porque su Divina Magestad ha querido que lo fuessen: Que Dios es causa total eficiente de la verdad de las proposiciones: Que fuè tan libre à Dios el hacer, que no fuesse verdad: Que todas las lineas tiradas de el centro à la circunferencia son iguales, como no criar el mundo: y vè aqui extractado lo que muy à la larga decia Aristoteles en este particular.

Decia que no entendia bien, que quieren decir estas palabras: *Dios es la causa total eficiente de la verdad de las proposiciones.* Porque la verdad de las proposiciones, no siendo un ente real Physico, sino solamente un cierto respecto de conformidad, que dicen las proposiciones à sus objectos, no puede tener causa eficiente, hablando con propriedad. Y quando en algun sentido pueda decirse que la tiene, no puede ser sino en la boca de quien las pronuncia. Sobre esto preguntaba Aristoteles, si Mr. Des-Cartes hablaba en general de todas las proposiciones necessarias, ò solamente de algunas. No puede, proseguia, hablar de todas; pues ciertamento no cree, ni puede creer, que Dios haya podido hacer que fuessen falsas es-

tas:

tas : *No hay Dios* : *Dios fuè libre en la creacion de todo: Dios es un sèr necessario.* No puede, pues, hablar sino de las proposiciones que tratan de las criaturas: porque como èl mismo se declara en una de sus Cartas, Dios es Author, no menos de la Essencia, que de la existencia de las cosas; pero puede, añadia reflexionar, que la verdad de las proposiciones, que tratan de la essencia de las criaturas, tiene indispensable connexion con la verdad de las proposiciones, que tocan à la essencia Divina; y por consiguiente, tambien estas podrán ser falsas, si lo pueden ser aquellas. Por exemplo, *la criatura depende de Dios essencialmente*, es una proposicion que toca à la essencia de la criatura; pero si esta pudo ser falsa, tambien lo habrà podido ser esta otra: *Dios es Señor, y causa libre de todo lo criado*; porque no puede ser cierta la una sin la otra, y consiguientemente, ni falsa puede ser alguna de ellas, sin que lo sean entrambas: con cuya ocasion advertia à Mr. Des-Cartes, que mirasse no fuesse acaso, que este profundo respecto que afectaba mostrar al poder de Dios; no solo degenerasse en algun genero de supersticion, sino que tal vez le hiciesse prorrumpir en decir blasphemias.

La cit. ad 69.

Despues de esto Aristoteles reconocia de buena fee, que Mr. Des-Cartes havia explicado mas clara, y exactamente que èl, la naturaleza de las mas de las qualidades sensibles: como la de la dureza de los cuerpos, de su liquidèz, de la virtud de el resorte, de el frio, de el calor, y de otras muchas. Y para mostrar enteramente, que solo ponia la mira en los interesses de la verdad, se retrataba de lo que havia escrito, tocante à la eternidad de el mundo, y à la esphera de el fuego. Pero siendo esta esphera de el fuego una de las principales partes de su systema, y una de las cosas mas bellas de su mundo, pedia en recompensa, que Mr. Des-Cartes abandonasse todos sus turbillones, contra los quales proponia tambien algunos argumentos. Con todo Boecio, haviendo entendido de nosotros, que Des-Cartes estaba trabajando en la execucion de su systema, y que ibamos à ser testigos de esta grande obra, advirtiò à la margen, que

en todo caſo ſe referia à la experiencia : y que caſo que eſta correſpondieſſe à lo que ofrecia Mr. Deſcartes, ſe le admitirian ſus turbillones, como una buena hypoteſi, para explicar los phenomenos de el mundo, que hizo Dios; pero tambien añadia, que caſo que Mr. Deſcartes no pudieſſe ſalirſe con ſu empreſſa, ſeria obligado à reconocer, que ſu Phyſica, que caſi toda eſtriva en los turbillones, es fabrica ſin fundamento, como tambien à contentarſe con el elogio comun à todos los Principes de Secta, es à ſaber, que ſu Philoſophia tiene algo de bueno, y de verdad; y que ademàs de eſſo confeſſaria con todos, que el hacer un mundo, ò un ſyſtema de Philoſophia verdadero, y conforme en todos ſus principios, y concluſiones, es adonde no puede, ni podrà arribar humano eſpiritu.

Finalmente, por lo que mira à las demoſtraciones de la exiſtencia de Dios, à las reglas de el movimiento, y à otras algunas opiniones à que Mr. Deſ-Cartes mueſtra eſtàr muy adherido, y que ſin embargo requieren un examen muy maduro, le proponia Ariſtoteles, que ſe ſeñalaſſe un lugar donde pudieſſen los dos tener una conferencia, en preſencia de Arbitros deſintereſſados, à cuyo juicio habrian de atenerſe.

Concluìa, pues, ofreciendo admitirle à la parte en el imperio de la Philoſophia, con las propueſtas condiciones: y le aconſejaba, que no rehuſaſſe poner limites à ſu ambicion, aſſegurandole, que ſerian vanas ſus eſperanzas, ſi las llevaba mas lexos; pues tenia èl muy eſtablecida ſu authoridad en la Europa, para haver de temer las empreſſas de un moderno, y recien venido al mundo. Que caſi todas las Univerſidades, y los mas de los Colegios havian hecho liga ofenſiva, y defenſiva contra los nuevos Philoſophos, y le havian renovado el juramento de fidelidad: Que ni las damas, ni algunos genios bizarros, que havian moſtrado tomar partido en la nueva Philoſophia, era gente ſobre que pudieſſe hacerſe mucho fondo; pues quando fueſſe moda, duraria entre las damas Franceſas lo miſmo, que las demàs: Que yà el dia de hoy eran poquiſsimas las que hacian gala de eſſo, y

aùn

aún se decia, que despues de la comedia de un cierto Moliere, las mas tenian por una cierta especie de agravio el titulo de *muger sabia*. Y que si al principio no faltaron doctos, en particular Mathematicos, que abrazassen, y aplaudiessen las nuevas idèas, no eran yà sino muy contados los que se hacian honor de el Cartesianismo puro. Haviendo los unos desertado al partido de Gassendo; y fabricadose los otros nuevos peculiares systèmas, tomados, y compuestos de lo mejor que se han imaginado hallar en los modernos, y en los antiguos Philosophos: y afectando casi todos ser originales, y no seguir sino sus proprios pensamientos, sin atenerse à Principe alguno de Secta, moderno, ni antiguo, efecto (ciertamente mas perniciosò de lo que parece) del mal exemplo, que se ha dado por el nuevo scisma, que se ha echo en la Philosophia.

No bien acabamos de leer nuestro papel, quando bolvieron al Mersenno los dos Embiados, diciendo: Que àcia el Poniente se descubria no sè què cosa, y uno como cuerpo opaco, que cortaba la atmosphera con mucha velocidad. Yo apostarè, dixo al instante nuestro anciano, que es alguna Estrella encostrada, y perdida, que và de turbillon, haviendo perdido el suyo en qualidad de cometa. Salimos, pues, à vèr; pero tuvimos bien que reir de la prophecia, y apuesta Cartesiana de el buen viejo, quando passados pocos instantes, descubrimos un hombre montado en una nube muy negra, cuyo aparato tenia todas las apariencias de un Mago, que iba, ò venia de alguna de las Juntas que suelen tener los de esta profesion. De hecho el P. Mersenno, que le conociò nos dixo: Que era cierto Mandarin China, Gefe de los Magos de aquel Paìs, y que yá le havia encontrado en nuestro turbillon muchas veces. Y añadiò, que habria cosa de un año, que havia conferenciado con èl acerca de la existencia de Dios: Que se la havia probado por las demostraciones de Mr. Des Cartes; y que con ser tan determinado Atheista, como le havia parecido serlo desde luego, se havia dexado tocar, y mover de dichas demostraciones; de suerte, que le havia dado palabra de examinarlas despacio. Propusonos, pues, que nos adelantasemos

à encontrarle para saber el successo de dicha conferencia, y si al fin se havia dexado convencer. Asi lo hicimos; pero solo el P. Mersenno se le hizo visible. Saludaronse mutuamente, y despues de haverse hecho reciprocos cumplimientos, le preguntò el P. Mersenno, si dudaba todavia de la existencia de Dios? A que respondiò el Mandarin, que de ningun modo, pues se havia convencido de ella enteramente: y añadiò, que se le reconocia muy obligado, por haverle empeñado en el examen, y discusion de una verdad de que se corria haver dudado siquiera, por no haver hecho algunas reflexiones, que puede ministrar la luz de la razon menos instruida. Alabado sea Dios! Exclamò el P. Mersenno. Què gusto no recibirà Mr. Des-Cartes quando sepa, que sus demostraciones llevaron el conocimiento de Dios hasta la China? Con razon ciertamente me escrivia èl algun tiempo que deliberaba, sobre dàr al publico sus obras de Philosophia; pero que se creia obligado à ello en conciencia, por no privar el mundo de las cinco, ò seis hojas que contienen las demostraciones de la existencia de Dios.

Tom. 2. cart. 37.

Padre mio, replicò el Mandarin, yo no os aconsejaria, que dieffeis parte à Mr. Des-Cartes de el successo, que sus demostraciones tuvieron en la China, donde han passado, y passan por puros paralogismos, particularmente las dos que èl aprecia mas, tomadas de la idèa de el mismo Dios, ò de el sèr soberanamente perfecto: y la obligacion que os tengo, no es de haverme comunicado essas, que llamais demostraciones, sino porque haviendomelas vos comunicado para que las examinasse, y haviendo yo conocido su debilidad, me vino con essa ocasion el pensamiento de examinar tambien las otras, que esse vuestro Philosopho muestra no apreciar en comparacion de las suyas, y que sin embargo me convencieron. La Suma de un cierto Doctor Europeo, llamado Thomàs de Aquino, que han traducido en nuestro idioma los Jesuitas, y he consultado con esta ocasion, como tambien su explicacion por el P. Verbiest, uno de ellos, han hecho mucha mas impression cien veces en mi espiritu, que todas las phantasias Cartesianas, que me han parecido en extremo huecas, y vacias.

Esta respuesta fuè un golpe no esperado, y fatal para el buen P. Mersenno, quien recobrandose como pudo, preguntò con ceño al Mandarin, què vicio hallaba èl en las demostraciones de Mr. Des-Cartes? Y el Mandarin al instante se puso à refutarlas de proposito; de suerte, que tuvimos el placer de vèr en un momento trocadas las cortesias en una reñida disputada.

Para que conozcais, dixo el Mandarin, que no sin conocimiento de causa llamo paralogismo à vuestras demonstraciones, debeis saber, que, despues que me las comunicasteis, vì en manos de un joven Olandès, que viajaba en la China con los Mercaderes de sus Paìs, el libro de las Meditaciones de vuestro Des-Cartes. Y haviendo èl advertido, que yo tenia alguna tal qual noticia de lo que en èl le trataba, pero que deseaba instruirme mas, me le regalò: y asi puede leer de nuevo en èl estas vuestras demonstraciones, como tambien las objeciones, que se han hecho contra ellas, y las respuestas que dà Mr. Des-Cartes. La primera reflexion, que hice en general, despues de mi lectura, fue que estas demonstraciones, y estas respuestas dexaban mi espiritu, quando menos, muy dudoso; y que, aunque no conocia en particular sus defectos, no dexaba sin embargo de sentirlos. Comuniquelas luego à dos de mis amigos, que eran de el Tribunal de las Mathematicas, compuesto siempre de hombres muy habiles, y acostumbrados al methodo geometrico, en particular despues, que vinieron à la China los Mathematicos de Europa. Y haviendolas leido, desde luego, dixo el uno de los dos, sin decir cosa alguna, que estas demonstraciones, si lo fuessen, serìan admirables, pues eran simplicissimas. Pero el otro añadiò, que esta misma simplicidad las hacia sospechosas. Porque quanto mas simples, arguia èl, mas presto debieran tener el efecto proprio de la demostracion. Pero yo no siento en mì este efecto, ni mi entendimiento se siente forzado por su evidencia; antes por el contrario siente no sè què escrupulos, que no solo no le dexan rendirse, sino que tambien le hacen pensar, que estos discursos pueden ser falsos. Y aùn reparo, añadia, que todos, amigos, y

enemigos de este Philosopho, quantos le han escrito su sentir sobre estas demonstraciones, han hecho la misma reflexion, y experimentaron los mismos escrupulos. Pusimonos, pues, prosiguiò el Mandarin, à examinarlas con cuidado; y empezamos por la que propone Mr. Des-Cartes la primera en el Compendio geometrico de sus Meditaciones.

El atributo, que con claridad, y distincion se vè contenido en la idèa de una cosa, puede afirmarse de ella con verdad, y sin recelo. Pero es assi, que en la idèa de Dios, es decir, de el ser soberanamente perfecto, veo clara, y distintamente, que de necessidad se contiene la existencia; pues la existencia es perfeccion, y en la idèa de el ser infinitamente perfecto, se contienen, y descubren todas las perfecciones: luego puedo afirmar la existencia de un sèr soberanamente perfecto, y decir sin recelo, y con verdad, que existe Dios.

Leìda una, y otra vez esta demonstracion, y examinada en particular cada una de sus proposiciones, por mucha apariencia de verdad que tuviessen, no dexaban de renacer nuestros escrupulos. Aplicamonos, pues, à indagar su origen. Reflexionamos sobre nosotros mismos, siguiendo el consejo de el Author de la demonstracion; y examinamos nuestras conciencias, no fuesse acaso que estuviesse de por medio alguna preocupacion, que no dexasse rendirnos à proposiciones, que por otra parte, y à cierta luz no dexaban de parecernos evidentes. Pero no pudimos descubrirla, haviendo estado hasta entonces bastantemente indiferentes à cerca de la conclusion. Y aùn, caso, que no fuesse perfecto el equilibrio, inclinabamos ciertamente mas de el lado de la existencia de Dios. De suerte, que antes debiera recelarse en nosotros alguna prevencion àcia dicha existencia. Por otra parte nos eramos buenos testigos, de que no teniamos interès alguno en la reputacion de Des-Cartes: como tambien de que estabamos enteramente limpios de la envidia, que quiere èl sospechar, que moviò algunos de sus Paysanos á declararse contra sus demonstraciones. Todo esto nos hizo creer, que nuestros escrupulos venian de la misma demons-

monſtracion ; y que eſta por conſiguiente ſolo tenia una pura ſombra de evidencia. Pues la verdadera evidencia de una demonſtracion, ò propoſicion, produce indiſpenſablemente una cierta quietud, y tranquilidad en el entendimiento: que ſe ſiente tan vivamente tocado, y iluſtrado, que le es impoſsible dexar de reconocer ſu verdad. Por eſſo, à peſar de los ſophiſmas de aquellos à quienes llama ſcepticos Mr. Deſ-Cartes, nos es impoſsible tener el mas leve eſcrupulo à cerca de la verdad de los primeros principios: dudar, por exemplo, *ſi el todo es mayor que ſu parte: ſi es poſsible, que una coſa exiſta, y no exiſta al miſmo tiempo, &c* Reflexionando, pues, ſobre eſte diſcurſo, por una parte nos parecia, que debia parecernos evidente; mas por otra experimentabamos por el ſentimiento miſmo de nueſtra razon, que no lo era en efecto. La dificultad eſtaba en deſcubrir la cauſa de eſta falſa aparente luz, que nos deſlumbraba, en vez de iluſtrarnos. Pero al fin hicimos juicio de que podriamos explicarnos, y hacernos entender por las reflexiones ſiguientes.

Aquel axioma, que hace la primera propoſicion, y viene à ſer el cimiento de el diſcurſo de Mr. Deſ-Cartes, *el atributo, que con claridad, y diſtincion ſe vè contenido en la idèa de una coſa, puede afirmarſe de ella con verdad, y ſin recelo*; no es axioma, ni aùn es propoſicion cierta, à menos que ſe ſuponga antes, que no ſolo es real la idèa, de que ſe trata (es decir, que repreſenta un objecto real, à lo menos poſsible) mas tambien la tiene por tal, y lo conoce evidentemente el entendimiento, que la forma. Aſsi, porque la idèa de un triangulo rectilineo, es, y porque ciertamente la reputa tal el geometra; viendo diſtintamente en eſta idèa la igualdad de los tres angulos con dos rectas, puede ſin recelo, y con verdad decir de el triangulo, que tiene ſus tres angulos iguales à dos rectas.

Mas ſi la idèa no es real, ò no me conſta evidentemente que lo es, es falſo, que pueda yo afirmar cierta, y ſeguramente de la coſa el atributo real, que con toda diſtincion veo en ſu idèa. Y ſirva de exemplo eſta idèa chi-

chimerica, *montaña sin valle.* Con la misma claridad, que por ella se me represanta una montaña, se me representa tambien su elevacion, y altura. Mas no por esso podrè decir con verdad, y absolutamente, que una montaña sin valle es alta.

Y si la idèa es real, pero no me consta evidentemente que lo sea, es cierto, que à la cosa le conviene el atributo real, que con toda distincion veo en su idèa; pero es falso, que pueda yo atribuirsele demonstrativamente en virtud de la idèa sola. Por exemplo: supuesto, que sea real esta idèa, *cavallo con conocimiento, y con sentido*, Des-Cartes, que no la reconoce real, no podrà concluir en virtud de ella sola, que el cavallo sea capaz de placer, y de dolor: propriedad, que clara, y distintamente se vè contenida en la idèa de el ente, que tiene conocimiento, y sentido.

Esto supuesto, para que pueda yo demonstrarme la existencia de Dios por medio de la sola idèa de *un sèr soberanamente perfecto*, se requiere no solo, que esta idèa sea real, como de hecho lo es, mas tambien, que esso mismo me sea evidente; esto es, que dicha idèa me represente con evidencia un objecto real, à lo menos possible. Pero con facilidad se le puede mantener à Mr. Des-Cartes, que dicha idèa no nos es evidentemente real, sino por medio, y virtud de las demonstraciones comunes. Porque, ò lo seria por sì misma, ò por el examen, y discussion que hiciessemos de los terminos, ò idèas particulares de que se compone. Por sì misma no lo es. Pues, si lo fuesse, no podria nuestro entendimiento poner en duda, ni preguntarse à sì mismo: *El ser soberanamente perfecto, es ente chimerico, ò real?* Como nunca se propondrà estos poblemas: *El todo es mayor, que su parte? Puede una cosa existir, y no existir à un mismo tiempo?* Y por què? Porque estas idèas por sì mismas le son evidentèmente reales. Pero es assi, que antes de las demonstraciones comunes puede nuestro entendimiento dudar, y preguntar: *un sèr soberanamente perfecto, es real, ò es chimerico?* Y aquel, que no estuviesse aùn convencido de la existencia de Dios, ni estuviesse en los

ar-

argumentos, que la prueban, no quedaria sorprendido, de que le hiciesseis semejante pregunta; como lo quedaría ciertamente, si, como seriamente dudando, le preguntasseis: *El todo es mayor, que su parte?* Luego dicha idèa no nos es evidentemente real por sì misma. Resta, pues, que se nos haga evidente su realidad por el examen, ò discusion, que de ella hicieremos.

Pero se le demuestra tambien à Mr. Des-Cartes, que antes de las demostraciones no puede la realidad de dicha idèa hacersenos evidente por el examen, ò discusion de sus terminos. Lo primero, porque en la idèa de el sujeto no se contiene el atributo; pues de essencia de el sèr, no es sèr soberanamente perfecto. Lo segundo, porque este examen me haria encontrar en dicha idèa algunas contradiciones aparentes de que no podria desembarazarse mi discurso sin el socorro de las demonstraciones; porque para examinar, y desenredar esta idèa tan confusa, y general como ella es, seria preciso proponerse por menudo, y distintamente todas las perfecciones, de las quales ninguna puede faltar à este ser; pero entre estas perfecciones hay algunas que oprimen la razon; de suerte, que ni puede concebirlas. Como por exemplo, el ser, y existir de sì mismo, y por sì mismo; y el ser Omnipotente, y tan independente de todo en el obrar, que pueda hacer las cosas de nada. Hay assimismo otras, que parecen incompatibles en un mismo sugeto. Como por exemplo, la libertad, y la immutabilidad: la immensidad, y la indivisibilidad: las perfecciones de el cuerpo, y las de el espiritu. Vè, pues, la razon que estas, y otras perfecciones, que pueden convenir separadamente à diferentes cosas, deben concurrir en un ser soberanamente perfecto. Y assi concibiendo un ente soberanamente perfecto: debe concebir, que juntamente es immudable, y libre, que siendo su voluntad una sola, y una misma siempre, puede sin embargo querer, ò no querer una cosa misma: que es indivissible, y està en todas partes; y finalmente, que siendo puro Espiritu, tiene tambien las perfecciones de el cuerpo.

Si, bien ossarè decir, que esta idèa, assi desmenu-

zada, respecto de un entendimiento, que no estuviesse convencido de la existencia de Dios, no menos le representaria ente chimerico, que real, pues proponia en èl cosas tan encontradas: Y asi, no supuestas las demostraciones comunes que nos prueban la indispensable existencia de una primera causa de todo este *ser soberanamente perfecto*, no nos pareceria mas possible, que impossible. De donde concluyo, que dicha idèa no puede hacerse, ni ser reputada evidentemente real, sino por medio de las demonstraciones comunes: y consiguientemente no puede demonstrarse la existencia de Dios por sola la idèa de el ser soberanamente perfecto.

Esta, pues, el vicio de el paralogismo, que Mr. Des-Cartes llama demonstracion, en suponer, que la idèa de un sèr soberanamente perfecto es evidentemente real antes de las demostraciones, lo que es evidentemente falso.

Y aqui se descubre el origen de los escrupulos, que todo el mundo ha tenido sobre esta pretendida demonstracion, aùn aquellos mismos, à quienes empeñò en el partido de Des-Cartes la dificultad de disolver un paralogismo tan subtil: y que por poco que tengan de sinceridad, confessarán sin duda, que siempre han sentido algun genero de inquietud en su mente: de suerte, que no sin violencia acostumbraron en fin su entendimiento à reconocer dicha idèa por evidente, y à tener por demonstracion aquel paralogismo. Este mismo vicio, y esta misma violencia no tanto veìan, quanto sentian aquellos, que tomaron el sesgo de negar, que la existencia se incluìa en la idèa de el sèr soberanamente perfecto: porque aunque la existencia sea absolutamente hablando, una de las perfecciones, que debe tener este ente con todo el entendimiento, à quien dicha idèa no era evidentemente real, no lo comprendia. Antes por el mismo caso que ponia en question, y preguntaba: *Existe el sèr soberanamente perfecto?* Excluìa de algun modo la existencia de la idèa de dicho ente, mientras no se resolviesse el problema por otros argumentos.

Ni nos diga Des-Cartes, que no incluyendo dicha

idèa,

idèa, ſino reales, y verdaderas perfecciones, ès claro, que nada contiene, que no ſea real: porque puede muy bien una idèa ſer chimerica, aunque ſe componga ſolo de idèas reales: y vè aqui una may ſemejante à la idèa en queſtion: *Un trianguilo, que tiene todas las perfecciones de todos los triangulos.* Eſta idèa no dexa de ſer chimerica, no obſtante, que no incluya ſino perfecciones reales. Porque por exemplo: el triangulo rectangulo tiene propriedades enteramente opueſtas à las de el triangulo equilatero, y eſta opoſicion las hace incompatibles en un ſolo triangulo. Aſsi, aunque todas las perfecciones ſean reales, no por eſſo debe decirſe, que la idèa de *un ente que tiene todas las perfecciones*, es claro que no puede dexar de ſer idèa real; porque la opoſicion, que parece haver entre algunas de eſtas perfecciones inclina, y lleva naturalmente la razon, que no eſtà prevenida de las demonſtraciones comunes à dudar por lo menos, ſi eſta idèa ſerà chimerica, como la de el triangulo. De donde viene, que deſpues de las demonſtraciones, que me convencen de la exiſtencia de eſte *sèr Soberano*; pero que no por eſſo me hacen conocer clara, y diſtintamente ſu eſſencia; me reduzgo finalmente à decir, que eſſe ente Soberano debe contener todas las perfecciones de todos los demàs *eminentemente*: eſto es, de un modo, que yo no alcanzo, y que acaſo no me huviera venido al penſamiento, ò à lo menos, no me pareciera cierta, y evidentemente poſsible, ſi no me huvieſſe convencido de la exiſtencia de tan Soberano sèr, antes de ponerme à examinar ſu eſſencia.

Eſta ſolucion de el primer paralogiſmo de Deſ-Cartes puede ſervir tambien, proſiguiò el Mandarin, para diſſolver el otro con que quiere concluìr la exiſtencia de Dios por medio de la *realidad objectiva de la idèa*, (eſtas ſon ſus voces) *que tenemos de Dios.* Eſta idèa, dice, que ſin ſaber como, me hallo en mi eſpiritu, tiene una realidad objectiva infinita, pues me repreſenta un sèr infinito: Luego tiene por cauſa un sèr infinito. Luego exiſte, concluye, eſte ſer infinito; porque à no ſer aſsi, tendria el efecto perfecciones, que no habria en ſu cauſa.

Los que han impugnado este discurso, lo han hecho de modo, que dieron à entender, que le reputaban mas falàz, y mas paralogismo, que el primero; y traen sobre esso muy buenas razones, que Mr. Des-Cartes procura descartar lo mas bien que puede. Mi sentimiento es, que Mr. Des-Cartes supone en este, como en el otro, lo que debiera probar; pues supone no solo, que esta idèa tiene una realidad objectiva, mas tambien que puedo conocer que la tiene independentemente, y antes de las demonstraciones comunes; pero yà se ha probado, que independentemente de dichas demostraciones no puedo conocer; pero sì dudar, si el objecto de dicha idèa es real, ò chimerico. Y si puedo dudar, si su objecto es chimerico, es constante que no debo, ni puedo suponer, que tiene una *realidad objectiva*; antes debo temer, que tenga por decirlo asì, una vanidad objectiva. Ni puedo concluìr que sea Dios quien me la puso en la cabeza, ni aunque haya Dios, antes debo suponer, que acaso habrà venido de la nada; (como se explica Mr. Des-Cartes) esto es, de la imperfeccion de el espiritu, que la concibiò, como pudo concibir esta otra, *una montaña infinita sin cuesta, y sin valle.* Y asì es evidente, que dichas dos pretendidas demonstraciones no lo son, sinò puros paralogismos, que flaquean, y claudican de un mismo lado.

Ademàs, que nunca podrà Mr. Des-Cartes demonstrar la verdad de aquella implicita proposicion sobre què apoya todo su discurso; es à saber, que *la causa de la idèa debe contener formal, ò eminentemente todas las perfecciones que resplandecen en la idèa.* Siendo claro, que quando se dice, que la causa contiene todas las perfecciones de el efecto, no se entiende, ni debe entenderse, sino de las perfecciones que realmente possee, y son proprias de el efecto; pero no de las que unicamente representa: pues las perfecciones que representa la idèa, no son suyas, siendo su unica perfeccion el representar agenas perfecciones; qualidad que nada tiene de infinito, y que por consiguiente no supone, ni arguye causa infinita.

Digo, que esta qualidad nada tiene de infinito, por-

porque la perfeccion de una idèa no ſe mide por la nobleza de el objeto, que repreſenta, ſino por el modo, que tiene de repreſentar. Y ſiendo eſte muy imperfecto en la idèa en queſtion, no puede hacerla infinita. Y eſta ſola palabra, que añado à lo que ſobre eſto han dicho los impugnadores de Mr. Deſ-Cartes, hace vèr bien, que la propoſicion, ſobre que funda ſu diſcurſo, no puede fundar demoſtracion alguna.

En fin, añadiò todavia el China, quando los diſcurſos de eſte Philoſopho no fueſſen falſos, ni ſophyſticos, no merecerian ſin embargo el titulo de demoſtraciones en el particular de que ſe trata. Porque no deben llamarſe demonſtraciones de la exiſtencia de Dios, mientras no ſe las reconoce por tales: es decir, mientras no ſe las tenga de comun acuerdo por diſcurſos convincentes, ſin rèplica, y cuya verdad ſe hace ſentir de modo, que deſtruye todas las preocupaciones opueſtas. Mas los eſpiritus groſſeros no alcanzan eſſa ſubtil Metaphyſica. Los medianos ſe hallan embarazadiſsimos, yà ſea por ſus preocupaciones, ò yà por ſu limitado alcance. Y muchos de los de el primer orden hallan, ò ſe imaginan, que hallan en ellas no pocas, ni ligeras dificultades. Todo eſto, pues, hace una general preocupacion, reſpecto de los indiferentes, y que no eſtàn encaprichados por la doctrina de Mr. Deſ-Cartes, que no imprudentemente les harìa concluìr, que no hay Dios, ò à lo menos, que no podria ſaberſe que le hay, ſino huvieſſe otras demonſtraciones. De ſuerte, que aconſejaria yo, concluìa, à eſſe vueſtro gran Philoſopho, y à ſus diſcipulos, que à lo menos ſe abſtuvieſſen de anteponer ſus demonſtraciones à las comunmente recibidas. No ſea que, no ſiendolo, ò no pareciendolo eſtas à viſta de las Carteſianas, reſulten de eſte principio maliſsimas conſequencias contra la exiſtencia de Dios: de que no dexarian de aprovecharſe los libertinos, mayormente ſi ſe hace juicio por los de nueſtro imperio de la China.

Fueſſe, que el eſpiritu, que conducia la nube en que eſtaba montado el Mandarin, no guſtaſſe de eſtos diſcurſos nada ajuſtados à ſus intereſſes: fueſſe, que el

R 2 miſ-

mismo Mandarin llevasse prissa: ò yà finalmente fuesse, que nada esperasse oir de nuevo en este particular; no bien huvo pronunciado estas palabras, quando le vimos arrebatado de nosotros, y marchar àcia el Oriente con una velocidad espantosa.

El P. Mersenno, impaciente yà, y ansiosissimo de responderle, no pudo dexar de seguirle por espacio de mas de treinta grados; y haviendo buelto à nosotros, como cosa de un quarto de hora despues, nos dixo algo aùn metido en colera: verdaderamente es cosa fuerte, que se hayan de venir los enemigos de Mr. Des-Cartes à insultarnos, y à herirnos à traycion, para huirse luego, sin darnos siquiera lugar de responder à las bagatelas, que venden con tanta satisfaccion, como si fuessen Oraculos. Si este Mandarin, y Aristoteles estuviessen seguros de su causa, y reputassen sus argumentos tan fuertes, como quieren dàr à entender, que los reputan, no rehusarian venir à las manos, y aguardarian, quando menos, la respuesta. Pero yà se dexa conocer, que estas son acometidas de aventureros, que haciendolos bravos, salen à disparar su pistola al ayre, mas no ossan aguardar al enemigo mismo, à quien hacen semblante de acometer. Con todo, en breve rato que pude acompañar al aventurero Mandarin, le baraxè bien sus idèas, y diò palabra de concurrir de oy en un año à este mismo lugar, para tener conmigo una formal, y larga conferencia sobre las demonstraciones de Mr. Des-Cartes. Yo os convido à ella, dixo; y sino convenciesse à mi buen hombre hasta hacerle callar, desde luego abandonarè el Cartesianismo, y aùn me harè, y declararè Peripatetico. Dimosle, pues, palabra de assistir. Pero Padre mio, le dixe, yà hay mucho tiempo, que estamos en camino, y à la verdad hemos adelantado muy poco. Yo os ruego, que vamos de aqui, porque quiero, y temo mucho à mi cuerpo, y no quisiera, que estuviesse sin mì mas de veinte y quatro horas. Al instante mirò àcia la tierra para vèr en què hora estabamos, y me dixo: siete horas havrà que salimos de Francia. Con tal, que no nos detengamos, en cinco horas, à mas tardar, nos pondrèmos en el Mundo de Des-Cartes.

De-

Dexamos, pues, el Merſenno, ſalimos de el globo de la Luna por el lado de el Norte, y abanzamos àcia el Cielo de las Eſtrellas con la mayor velocidad: es decir, que en un minuto andabamos muchos millares de leguas. El numero de las Eſtrellas es prodigioſo, y ſon poquiſsimas las que ſe vèn deſde la tierra, en comparacion de las muchas, que ni con los mejores teleſcopios pueden deſcubrirſe. Paſſamos à viſta de el ſigno de Sagitario; y reconocì con guſto ſus principales Eſtrellas; pues hallè, que eſte ſigno ſe parece à un Archero, ni mas, ni menos, que me parezco yo à una caſa, de que ſe imaginaſſe, que mis dos ojos eran las ventanas, y mis dos brazos los flancos de la caſa, repreſentada por lo demàs de mi cuerpo.

Si quiſieſſe divertirme, como hace Ovidio deſcribiendo la carrera de Phaeton, podria hacer mil bellas aluſiones aſtronomicas, y no dexaria de deſcubrir en mi derrota muchos nuevos Zodiacos, en que pudieſſe acomodar una infinidad de animales, cèlebres en las fabulas, para vengarlos de el capricho de Poetas, y Aſtronomos, que les prefirieron otros nada mejores. Pero todo eſto puede el lector imaginarſelo facilmente. Tampoco dirè coſa de las converſaciones, que paſſaron por el camino, y en que yo no hice mas de oìr. Iban diſputando caſi ſiempre los dos Embiados, yá con mi Anciano, yà con el P. Merſenno; pero nada dixeron unos, y otros, que no pueda verſe en el P. La Grange, y en los demàs libros impreſſos à eſte aſſumpto. Mi mayor complacencia era vèr con què calor ſoſtenia cada qual ſu partido, y procuraba empeñarme de ſu parte. Pero yo aplaudia à los unos, y à los otros, ſin declararme mucho, y ſolo me ſervia de la qualidad de arbitro, que todos de comun acuerdo moſtraban deferirme, para moderar ſu ardimiento, y el zelo de la ſecta, que tal vez iba à empeñarlos demaſiado.

Mas, haviendo advertido, que el P. Merſenno torcia el camino de quando en quando, como de propoſito, y afectando querer apartarnos de el cuerpo de las Eſtrellas, ò bien por hablar en Carteſiano de el centro de los turbillo-

billones; le preguntè por què lo hacia? Y aùn le declarè, que una de mis mayores fruiciones feria el vèr de cerca uno de estos Astros, y contemplar el movimiento de la materia subtil en el centro de el turbillon; y que tambien seria este el mejor medio de convencerme, y evidenciarme, que hay turbillones, como los describe Mr. Des-Cartes en sus obras. A esto me respondiò, que seria muy contento de satisfacer mi curiosidad à la buelta, despues que Mr. Des-Cartes me huviesse explicado por sì mismo las varias determinaciones, que dicha materia puede, y debe tener en un turbillon. Que despues de haverle oìdo, comprehenderia mas bien su pensamiento, y esta machina. Pero que antes no serviria esto, sino de embarazarme mas, y dàr nuevos motivos de contienda à los Peripateticos, que iban con nosotros. Fueme preciso passar por ello; pero concebì desde luego no muy buena opinion de los turbillones Cartesianos, de que ni apariencia vi en los movimientos de la materia distante de las Estrellas. Arribamos en fin al tercer Cielo, que era el fin de nuestro viage. Pero lo que passò mientras estuve por allà, serà el sugeto de la tercera parte de mi relacion.

VIAGE



VIAGE DE EL MUNDO DE DES-CARTES.

TERCERA PARTE.



L tercer Cielo, ò el Mundo de Des-Cartes no es ſino lo que los Philoſophos llamaban antes eſpacios imaginarios. Mas como eſta voz *imaginario* pareciesse ſignificar algo chimerico, y que no tiene sèr, ſino en la imaginacion, quiſo mas Mr. Des-Cartes nombrar los *eſpacios indefinidos*. No dexaron algunos de reparar en la nueva voz *indefinito*, que parece quiere Mr. Des-Cartes en varios lugares ſubſtituir à eſta otra, comunmente recibida, *infinito* ſin alguna neceſsidad; pero ſus diſcipulos lograron hacerlo moda, y aſsi la recibiò, y ſe acoſtumbrò à ella todo el mundo. Deſde luego que entrè en eſtos baſtos Paiſes, los reconocì, y tuve por el ſitio mas proprio, y acomodado, que imaginar ſe pueda, para fabricar no digo yà un mundo, ſino millones de millones, y una infinidad

de

de mundos ; pero no veìa que huvieſſe materiales para empezar, ni la menor parte de tanta obra.

Deſpues que anduvimos cinco , ò ſeis mil leguas ſin deſcubrir a Mr. Deſ-Cartes , arbitramos dividirnos para poder hallarle mas facilmente. Echò , pues , el P. Merſenno por un lado ; y mi Anciano , los dos Peripateticos, y yo tomamos por otro ; pero à poco que nos haviamos dividido , diò con èl el P. Merſenno ; y luego los vimos venir à encontrarnos.Recibiòme de un modo tan obligante , que ſe dexaba reconocer bien el buen informe , que el P. Merſenno le havia hecho de mi , como de un hombre , que ſeria algun dia uno de ſus ſequaces mas zeloſos. Aſsimiſmo ſaludò con mucha corteſia à los dos Peripateticos , inſinuandoles ſin embargo , que ſu Viage ſeria inutil , porque noticioſo yà por el P. Merſenno de las propoſiciones que trahian que hacerle , ſabia bien que no podria acomodarſe à las mas de ellas. Con todo ofreciò darles audiencia , y deſde luego les aſſegurò , que nada meditaba contra el Reyno de Ariſtoteles. Deſpues, haviendo ordenado al P. Merſenno , que los entretuvieſſe, nos tomò aparte al Anciano , y à mi.

Aqui fuè el vèr , y oìr las finas , y tiernas expreſsiones de amiſtad , que ſe hicieron , y dixeron reciprocamente mi Anciano , y Mr. Deſ-Cartes , declarando el particulariſsimo gozo que recibian de verſe. Luego mi Anciano ſe puſo muy de propoſito à hacer mi elogio , diciendo mil coſas buenas de mi à Mr. Deſ-Cartes. Ponderòle ſobre todo mi ſincero , y deſintereſſado amor por la verdad : el vivo deſeo de aprender , que ſiempre le havia moſtrado, y la docilidad que havia prometido tener , reſpecto de las doctrinas , que venia à buſcar tan lexos. Procurè eſtorvar lo mas civilmente que pude otros elogios , que iba à añadir ; y declarè, que mi merito, ſi era alguno, yo miſmo me hacia la honra de colocarle en el amor de la verdad, y en el deſeo de ſaber ; pero que la docilidad que havia propueſto obſervar , reſpecto de las inſtrucciones de Mr. Deſ-Cartes , no merecia atencion , ni alabanza : Porque un Maeſtro de ſu character , y un genio tan raro , y tan ſuperior à todos , como lo era el ſuyo , tenia derecho à eſ-

pe-

perar, y à exigir esta sumission de quantos sabios, y personas equitables tiene el mundo.

Algo me adulais, replicò Mr. Des-Cartes, y dudo mucho, que muchos de los que estàn tenidos por sabios, y equitables en el mundo, huviessen de subscribir al rendimiento, que me haceis en su nombre. Dudo assimismo, si atendiendo à las reglas de la phisonomia, de que me pareciò entender un poco, deberè hacer mucho fundamento sobre esta pretendida docilidad, que tanto blasonais: y aùn si no me engaño, descubro yà en el fondo de vuestro espiritu no sè què preocupaciones, que ninguna buena disposicion le dàn para aprender. Decidme sin embargo, prosiguiò, al vèr este bastissimo espacio, que pensais que veis? Monsiur, le respondì, esta pregunta me embaraza mucho. Mas para que veais que hablo con ingenuidad, quando os ofrezco ser docil, responderè como pienso à la question que me haceis. Segun vuestros principios, debria yo decir, que lo mismo es vèr este espacio, que vèr un gran cuerpo, ò una immensa porcion de materias; pero francamente asseguro, que nada veo.

Luego mi Anciano le hizo una seña, que no entendì entonces, nì alcancè su motivo hasta despues. Basta, dixo Mr. Des-Cartes, hablemos de otra cosa. Decidme, os ruego, nuevas si las sabeis de la Philosophia de vuestro mundo; pues ha mucho tiempo que no sè lo que se passa: yà porque desde que dexè mi cuerpo, siento en mi mucho de indiferencia, respecto de los sentimientos de los hombres para haver puesto estudio en inquirirlo: yà tambien, porque este Monsiur, la unica persona que despues acà he visto algunas veces, no ha podido enterarse bien de las particularidades de los sucessos, estando tanto tiempo ha ausente de Parìs. Contentabase, pues, con saber, y assegurarme, que mi Philosophia proseguia siempre en tener muchos sequaces, y muchos contrarios.

Nada mas instruìdo le respondi, estoy de las dependencias de vuestra Secta, no haviendo sino muy poco tiempo, que pude empezar à interessarme en esso, con ocasion de haver logrado la honra de conocer, y

tratar à Monsiur. Direos sin embargo, quanto he podido saber, y vino à mi noticia, sin haver puesto especial cuidado en tenerla. Vuestra Philosophia, como sabeis vos mismo, tuvo desde luego todas las ventajas, y desventajas de la novedad, y experimentò todo lo que suelen las nuevas doctrinas. Recibieronla no pocos particulares con aplauso, y la sostuvieron con empeño. Logrò padrinos, y protectores muy recomendables por su genio, por su capacidad, por su erudicion, y por su character de todos modos distinguido; pero las mas de las Universidades, y casi todos los Gremios Escolasticos la desecharon, y conspiraron contra ella. Cada qual obraba en esto, como se suele en todo lo demas, segun sus intereses. Los unos abrazaban vuestro partido, porque les daba materia, y ocasion de distinguirse: los demàs le condenaban, porque se temian de èl el menoscabo de su credito, y unos, y otros pretextaban el amor de la verdad, y su adhesion à la sana doctrina. Las cosas se hallan todavia casi en el mismo estado. Con todo, si se ha de hacer juicio por los libros, sea de Philosophia, sea de Medicina, que cada dia nos vienen de Inglaterra, de Olanda, y de Alemania, es preciso reconocer, que el Cartesianismo ha hecho grandissimos progressos. Yà no se imprimen cursos de Philosophia, segun el methodo Escolastico, y casi todas las obras de esta especie, que salen oy à luz en la misma Francia, suponen los principios de la nueva Philosophia. Los libros, que tratan de el Universal, de los grados Metaphysicos, del ente de razon, &c. dàn miedo à los Libreros; y no solo no los compran, mas tambien procuran deshacerse à qualquiera precio que se sea, de los que les han quedado, como lo suelen hacer los Mercaderes con los generos, cuya moda se passò. Todas aquellas questiones, antes tan cèlebres, y que por espacio de dos siglos hicieron sudar tantas prensas, y dieron que hacer à tantos hombres, no se tratan yà, ni aùn se nombran, sino en las Escuelas de los Professores publicos. No se habla yà de Thomistas, de Escotistas, ni de Nominales, ò à lo menos no se los distingue unos de otros, fuera de las Aulas. A todos se les mete debaxo de un

nom-

nombre; y en un mismo partido, intitulado de la *antigua Philosophia*: à la qual se opone la Philosophia de Des-Cartes, ò como se suele decir, la *Philosophia nueva.*

Tambien haveis logrado la suerte de obscurecer quantos nuevos Philosophos salieron à luz, quando vos, y despues de vos. Y por servirme de una comparacion, que sin embargo de tomarse de un sugeto muy odioso, y abominable, para vos nada tiene sino de muy glorioso; como en España se llaman Luteranos todos los Hereges de estos tiempos, de qualquiera secta, que sean: assi se llaman Cartesianos, quantos despues de vos han emprehendido tratar materias physicas con delicadèz, y con aliño. A mas de un aventurero he visto en publica disputa poner en el numero de vuestros sequaces à Mr. Gassendo, siendo assi, que floreció antes que vos algunos años. Y sè de un Colegio, donde à qualquiera, que hable de materia insensible, de reglas de el movimiento, ò de la claridad de las idèas, al punto se le acusa, y hace causa de Cartesianismo.

Por lo demàs, quitado tal qual curso de algunos buenos Religiosos, que tienen buena intencion, pero quieren hacerse la honra de impugnaros, sin haver leìdo vuestras obras; yà no es moda trataros de Atheìstas, ni traer à consequencia de vuestra Religion aquella vuestra cèlebre maxima, *que se debe dudar de todo.* Sin embargo, algunos de los mas instruìdos no dexan de afirmar con bastante seriedad, que las conversiones de los Hugonotes, que de poco acà se hacen en Francia, os quitan muchos discipulos. Porque una vez convencidos de la real presencia de el Cuerpo de Christo en la Eucharistìa, creen certificarse tambien de la falsedad de algunos de vuestros principios, que no pueden ajustar con la verdad de el mysterio.

Pero sea lo que fuere, todos quantos juzgan sana, y equitablemente de las cosas, por contrarios que estèn à vuestros sentimientos, no dexan de hacer justicia, y os dán un elogio, que no me parece despreciable. Y es, que confiessan, que haveis abierto los ojos à los Philosophos de estos tiempos, y les hicisteis vèr las faltas; que ha-

havia en el modo de philosophar, reprochandoles con mucha razon, que no pusiessen mas cuidado en profundizar las materias, assi Physicas, como Metaphysicas, que trataban: lo poco, que se aplicaban à formar, para sì, y para sus discipulos, idèas claras, y distintas de las cosas: lo mucho, que abusaban de la subtileza de su discurso, no le ocupando sino en bagatelas, en inventar nuevos equivocos, y entender mas, que en dissolver ciertos nudos, ò questiones abstractas, que se introduxeron en la escuela para excitar los muchachos, y darles alguna conveniente ocasion de emulacion, y disputa, acomodada à su edad, mas no para que de ellas se hiciesse, como se ha hecho (cosa verdaderamente ridicula, y lastimosa!) el fondo, y lo essencial de la Philosophia, que por este medio havia venido à hacerse una facultad vana, compuesta solamente de voces, y terminos sin significado: lo poco, ò nada, que se atendia à la experiencia, y observacion, madre de la verdadera Philosophia: y la ciega dependencia, y adhesion, que se professaba à los sentimientos de algunos particulares, por lo mas comun poco penetrados, y mal entendidos.

Assimismo puedo asseguraros, que estos vuestros reparos, y desengaños, aunque fueron muy mal recibidos al principio, no por esso dexaron de producir buenos efectos. La Philosophia de la Escuela ha mudado yà de semblante en los mas principales Colegios de Francia. Los Professores habiles se precian yà de tratar con mas limpieza, methodo, y solidèz aùn las questiones mas ordinarias, y espinosas; persuadidos à que tambien estas questiones, tratadas de este modo, pueden servir mas de lo que se piensa, para formar el entendimiento de un joven, si es capàz de formarse, para hacerle cabal, y para irle acostumbrando insensiblemente à hacer este genero de precisiones tan utiles, y necessarias en las materias mas importantes: como en la disposicion, y trabazon de un discurso, en el examen de una demonstracion mathematica, en la discusion de una experiencia de Physica, y aùn tal vez tambien en algun negocio, ò interès politico.

Yà no se reputan, ni se llaman demonstraciones, como solia hacerse, las pruebas, que produce cada qual en favor de sus sentimientos. Tampoco se hace guerra tan viva, y declarada como antes, à los que sintiendo por lo mas comun lo mismo, hablan de otro modo, que nosotros. Tambien se ha aprendido à dudar de algunos axiomas, antes sagrados, y inviolables; que examinados, fueron hallados indignos de tan recomendable qualidad. Las qualidades ocultas se han hecho sospechosas, y han perdido mucho de su credito. Yà no hay horror al vacìo, sino en las Escuelas, donde no se quiere hacer el gasto de procurar tubos de vidrio, y ciertas machinas, que evidentemente muestran lo ridiculo de la explicacion, que se daba antes à los mas raros, y curiosos phenomenos de la naturaleza. Hacense observaciones, y experiencias de todos generos. En especial la de el peso de el ayre se hace yà de mil modos diferentes; y no hay Physico tan rudo, que no tenga en la punta de la uña la historia de la experiencia de Mr. Pascal.

Interrumpiòme aqui Mr. Des-Cartes, y me preguntò, què experiencia era esta? Yo le respondì, que era la que se havia hecho el año passado de mil seiscientos y quarenta y ocho, con el tubo de Torricelli en la cima de el Puy de Domme, donde visto, que el Mercurio se hallaba menos alto, que en el medio, y mucho menos, que al pie de la montaña, se diò por demonstrada evidentemente la pesadèz de el ayre. Y es esso, replicò Mr. Des-Cartes, lo que llaman la experiencia de Mr. Pascal? Serà, pues, acaso, porque la executò, ò hizo executar à Mr. Perrier; pero no ciertamente, porque la haya inventado, ò previsto siquiera su successo. Y si esta experiencia huviesse de tomar el nombre de su Author, debria con mas razon llamarse la experiencia de Mr. Des-Cartes. Yo, yo fui quien dos años antes le rogò, que la hiciesse, asseguranдole de el successo, como conforme à mis principios: quando èl no podia tener, ni la ocurrencia, por ser de contraria opinion. Este hombre ha sido verdaderamente feliz en punto de reputacion, y fama. Tiempo huvo, en que se hizo creer à no pocos, (Tom. 3. Cart. 77.)

que

que siendo de solos seis años, havia compuesto, y sacado de solo el fondo de su espiritu un libro de las *Conicas*. Mas como se me huviesse embiado, para que le leyesse, à poco conocì, que se havia tomado mucho de Mr. Des-Argues: lo que èl mismo me confessò despues. Esto què añadìs, repuse, no dexa de hacerme alguna novedad. Porque en el prologo al libro de el *Equilibrio de los licores*, impresso despues que havia muerto Mr. Pascal, se cita vuestro testimonio sobre este mismo articulo; pero nada conforme à lo que ahora decìs. Nada se dice allì de el socorro tomado de Mr. Des-Argues; pero sì, que os pareciò cosa tan prodigiosa, que no quisisteis creer el hecho, dando por supuesto, que Mr. Pascal, el padre, verdadero Author de la obra, havria querido acreditar con ella à su hijo. Yo no sè, me respondiò, què se me havrà hecho pensar, y decir en esse prologo; pero sè muy bien, que nada os digo ahora, que no haya escrito en proprios terminos al P. Mersenno, luego que vì la
Tom. 2. obra.

Cart. 38. Despues de todo, Monsiur, le dixe, no me haria mucha fuerza, que Mr. Pascal hiciesse, siendo de solos seis años, un libro de las *Conicas*, ni que huviesse por ventura tenido los mismos pensamientos, que Mr. Des-Argues: un genio tan singular, que à los doce años, no haviendo visto libro alguno de Geometrìa, se hizo para sì mismo definiciones de las figuras, y luego axiomas, aventajandose tanto en la facultad, que quando se le sorprendiò en estas operaciones, havia llegado yà à la proposicion treinta y dos de el primero libro de Euclides, que nunca havia leìdo.

Y vos creeis esso? me preguntò Mr. Des-Cartes. Pues por què no? le respondi. En el prologo, que os he dicho, se refiere la cosa de un modo tan circunstanciado, que no dexa el menor lugar à la duda. Mr. Pascal, queriendo que su hijo no se empleasse desde luego, sino en el estudio de varias lenguas, que èl mismo le enseñaba, ponia particular cuidado en reservarle hasta tambien los terminos mathematicos: de suerte, que en su presencia, ni aùn à los amigos les permitia hablar de la facultad.

„ Mas

,, Mas sin embargo la pafsion, que tenia el niño à este
,, genero de estudios, junta à su gran penetracion, le
,, sirviò (dice el Author de el prologo) de Maestro, em-
,, pleando quanto podia de las horas, que le dexaban pa-
,, ra alivio, y recreacion (circunstancia muy notable)
,, en estas especulaciones. Fuele preciso, dice, inventarse
,, las difiniciones, y aùn los terminos: y afsi, para signifi-
,, car un circulo, decia *un rond*, por una linea *une barre*,
,, y afsi de lo demàs. Hizose afsimismo axiomas, y como
,, en esta facultad se và procediendo de uno en otro, lle-
,, vò sus investigaciones tan adelante, que llegò con fe-
,, licidad à la proposicion treinta y dos de Euclides. Estan-
,, do en esto, entrò casualmente su padre, y le viò, no
,, sin admiracion tan aplicado, ò por decirlo afsi, tan
,, embebido en su estudio, que se pafsò no poco tiempo
,, antes que pudiesse advertir, quien havia entrado; pero
,, creciò, y fuè mucho mayor su admiracion, quando
,, preguntado el muchacho, què hacia? le respondiò, que
,, estaba buscando tal cosa, puntualmente la yà dicha
,, proposicion treinta y dos de el primer libro de Eucli-
,, des. Preguntòle mas, què cosa le havia hecho pensar
,, en ello? Y respondiò, que el haver hallado tal otra
,, cosa; y afsi retrocediendo, explicandose siempre con
,, los terminos de *barre*, *rond*, *&c.* vino à dàr cuenta de
,, todas las difiniciones, y axiomas, que se havia for-
,, mado. Mr. Pascal quedò tan sorprendido, y atonito
,, de vèr la gran fuerza de el genio de su hijo, que sin
,, poder decirle una palabra, se fuè al instante à casa de
,, Mr. Pailleur su amigo, y muy habil Mathematico; pero
,, tampoco le pudo hablar, quedandose immoble à su
,, vista, como hombre pasmado, y sin sentido. Mr. Pai-
,, lleur que le viò afsi, y advirtiò por otra parte, que
,, derramaba algunas lagrymas, se assustò todo, y le ro-
,, gò encarecidamente, que no le encubriesse mas tiem-
,, po la causa de su dolor. No lloro, le dixo finalmente
,, Mr. Pascal, de pena, sino de gozo. Bien sabeis, pro-
,, siguiò, quanto cuidado puse en recatarle à mi hijo el
,, estudio de las Mathematicas, porque no le fuesse de
,, estorvo para otros exercicios: Pero sabeis lo que èl ha-
,, he-

,, hecho ? Y luego le contò todo lo que acaba de referirles.
,, De alli en adelante Mr. Pascal, siguiendo el consejo de
,, Mr. Pailleur, no hizo mas fuerza al genio de su hijo,
,, antes bien le ayudò, y le entregò un Euclides.

Quereis todavia pensar, dixe à Mr. Des-Cartes, que pudiesse haver hombre que supiesse, y se atreviesse à componer una mentira tan bien forjada, y seguida, còmo lo seria esta ? Puede darse cosa mas verosimil, que estos circulos, llamados, *ruedos*, ò *redondos*; y estas lineas, llamadas *barras* ? No basta esto para que se hayan de creer tambien las *definiciones*, los *axiomas*, y la *proposicion treinta y dos de Euclides* ? Què cosa mas natural, que la sorpressa, y el pasmo de Mr. Pascal, el padre, quitado que fuè algo muy largo, pues pudo tomar su capa, y mandar poner el coche, ir à casa de su amigo, y hallarse aùn despues de todo esto en una immobilidad, tal, que pudo darle susto ? Verdaderamente fuè cosa muy particular, y seria lastima que dexasse de ser cierta.

Pues yo digo, repuso Mr. Des-Cartes, que seria gran lastima que lo fuesse, y seria mucho mayor, que se le diesse credito: porque si una vez se creyesse, que un muchacho de doce años, que no leyò libro alguno de Geometria, ni oyò hablar de esta facultad, cuyo entendimiento se trahia ocupado en estudio muy diferente, y que solo tenia por suyas algunas pocas horas de recreacion, en que por lo mas comun no se le dexaria solo; pudo formarse un methodo de Geometria, hacer definiciones, establecer axiomas, y arribar con consequencia, y con felicidad à la proposicion treinta y dos de Euclides: si una vez se creyesse, digo, semejante cosa, vendria el publico à ser el jugete de quantos Panegyristas quisiessen venderle sus imaginaciones, ò sus mentiras. Este modo de elogiar daña à los mismos que se elogian; porque una cosa tan inverosimil puede hacer sospechosas tambien las verdaderas alabanzas. No puede negarse, que Mr. Pascal tuvo un talento muy distinguido, y singular; pero ciertamente no fuè Angel, ni demonio.

Sobre esto, dixe à Mr. Des Cartes, que me havia hallado casualmente en una conversacion, en que à poco

mas,

mas, ò menos havia oìdo decir lo mismo; pero que un sugeto, afecto à cierta Compañia, que no se reconoce muy obligado à Mr. Pascal, viendo que todos se burlaban de semejante fabula, havia salido con la frescura de decir, que el Author de el Prologo, y los suyos, quando mas, hacian justicia, y que aùn no decian bastante. Y como se le apretasse, sobre que hablasse claro, y explicasse lo que se conocia bien, que no podia decir seriamente, añadiò: que este hyperbole, por muy demasiado que parezca, se puede decir, que todavia es nada, respecto de la obligacion en que estaban por las *Cartas al Provincial*, en las quales Mr. Pascal les havia celebrado, y ponderado tanto en linea de mayor importancia. Con esto todos quedaron de acuerdo, y confessaron, que no se podian pagar en mejor moneda los servicios, que Mr. Pascal havia hecho à estos Monsiures. Es menester sin embargo decirlo todo. Mr. Pascal no trabajò, sino sobre materiales que le ministraban, y que siendo falsos, tuvo por legitimos, por no haver discernido bien el espiritu de el partido, en que se havia empeñado, mas de su parte huvo ciertamente mas de preocupacion, que mala fee: No se hablò mas palabra en esta incidencia, bolviendo Mr. Des-Cartes à renovar la conversacion de el Cartesianismo.

Preguntòme, pues, en què estado se hallaba, y còmo se trataba su Philosophia en las Universidades, y en los principales Colegios de la Francia? Sobre que francamente le dixe quanto sabia. Dixe, pues, que no sabia de Colegio, ni de Universidad alguna que la professasse abiertamente; antes si, que en algunas se havia absolutamente prohibido: Que en la Universidad de Parìs, donde el Cartesianismo no havia dexado de ocasionar varios Claustros, ò Juntas, se cuidaba mucho de què sus Professores no se licenciassen por essa parte: Que assimismo se havia tratado de prohibirle por un Decreto de el Parlamento, y que aùn se le havia llegado à proponer à su primer Presidente el difunto Mr. De-Lamoignon; pero que esto no havia tenido efecto: Que la Universidad de Caen, una de las mas florecientes de el Reyno, por lo que toca à Philosophia, se havia finalmente declarado el año de

mil seiscientos y setenta y tres contra la Philosophia moderna: prescribiendola, como contraria à la mas sana Theologia: desesperanzando à quantos la sostuviessen de ser admitidos a los grados, y fueros de la Universiad; y prohibiendo à los que yà le tenian, el enseñarla, que de viva voz, que por escrito, sopena de perder todos sus grados, y privilegios: Que en esto se havia imitado à la Universidad de Angers, que yà dos años antes havia hecho los mismos estatutos, los quales havian sido confirmados por una Ordenanza de el Rey, dada en Versallas el año de mil seiscientos y setenta y cinco: y ultimamente, que las mas de las Universidades de el Reyno havian tomado à porfia semejantes providencias.

Estas nuevas desazonaron muchissimo à Mr. Des-Cartes, y que me dixo con bastante agrura, no huvo quien sacasse la cara por mi doctrina en alguna de essas ocasiones? No se declarò por mi alguna Universidad, ò algun otro cuerpo respectable? Vense Religiones enteras tomar, y gloriarse de la qualidad de Escotistas, ò de Thomistas, y empeñarse por el Universal *à parte rei, ò à parte mentis*, hasta exceder tal vez los terminos de una loable emulacion; y se abandona assi al capricho de las Universidades una Philosophia tan curiosa, y tan sòlida, como lo es la mia! Facilmente perdonè esta injusta conducta à los Olandeses, que no estaban obligados à tener consideracion con un estrangero. Mas nunca huviera creido, que se me pudiesse tratar assi en Francia, mi patria, cuya gloria tanto promovì. Para què traxeron de Suecia mis huessos, si al tiempo mismo, que los colocaban en Parìs con pompa, y con elogios fùnebres, se havia de axar con la mayor impiedad mi nombre por todo el Reyno? Algo muy temprano dexè el mundo. Mas no por esso dexaba de tener yà en èl bastante estimacion, y sequito. Havia assimismo tomado medidas muy proprias, y indefectibles para la conservacion, y progressos de mi partido; y ciertamente no estarìan mis interesses en la decadencia, que decis, si mis discipulos huviessen caminado sobre mis pisadas, y seguido exactamente mis designios.

Por-

Porque, yà es preciso confessarlo; yo no fui, dixo, essento de la flaqueza comun à todos los Principes, y Gefes de secta. Holgaba, pues, no poco de los progressos de la mia, por mucho, que afectasse mostrarme de el todo indiferente, assi en esto, como en todo lo demàs; y la esperanza, que concebi, de verla ocupar algun dia el primer lugar entre todas, me animaba no poco al trabajo. Concebi, y puse assimismo por obra un systèma de conducta para la execucion de este designio. Bolvime desde luego à los Jesuitas, y los sondè, por vèr, si podria empeñarlos en mis interesses, ò hacerme à lo menos entre ellos algun buen partido. Cosa, que si sucediesse, era para mi un gran triumpho, y mis cosas bogarian despues de esso por sì mismas: teniendo, como tienen, Colegios en las principales Ciudades de el Reyno, y haviendo entre ellos muchos sugetos muy habiles, y capaces de sostener mis maximas, una vez, que las huviessen abrazado. Embieles, pues, mis obras, rogandoles, que las examinassen, y assegurandoles, que las sujetaba desde luego à su censura. Las circunstancias no podian ser mas favorables. Porque el Provincial era Paysano, amigo, y pariente mio; y ademàs de esso vivia aùn mi Maestro de Artes, quien, sobre amarme mucho, tenia la ventaja de ser en mi estimacion algo mas physico, que el comun de los Philosophos de aquel tiempo. Finalmente, yo concebi esperanza de lograr mi designio; pero quedè bien desengañado, quando vi, que el P. Mersenno me escribia de Parìs, que el P. Bourdin, Mathematico de el Colegio de los Jesuitas, me havia combatido en publicas Theses: las primeras, que se publicaron contra mi en Francia. Este golpe me hizo conocer bien los sentimientos de la Compañia, y el poco fundamento, que debia hacer sobre la amistad de algunos particulares. No mucho despues escriviò el mismo Mathematico contra mis Meditaciones en un estilo poco serio, queriendo ridiculizarlas, sobre que le respondi con buen ayre. Quexème ademàs de esso al P. Dinet en una carta, que hice imprimir con las mismas Meditaciones; y en una palabra, rompimos enteramente los Jesuitas, y

Diverf. Cart. del tom. 3.

yo. Por esso encarguè al P. Mersenno, que vigilasse sobre la conducta de estos Padres, respecto de mi persona; y que me informasse de todo; y assimismo tomè la determinacion de impugnar alguno de sus cursos impressos, que fuesse de la mayor reputacion. Pero al fin dexè de hacerlo por ciertos motivos.

Otro recurso tuve despues de esto. Haviase formado por entonces en Francia un nuevo partido, opuesto enteramente à los Jesuitas, compuesto de los que se decian discipulos de San Agustin, y que ciertamente eran jurados sequaces de Mr. Jansenio, Obispo de Ipre. Mr. Arnauld, tan joven Doctor, como era todavia, sobresalia yà extraordinariamente entre todos; y en el comercio, que tuve con èl con ocasion de algunos reparos, que hizo à mis Meditaciones (à los quales respondì, mostrando apreciar, y admirar muchissimo su ingenio) conocì quien era: es decir, un hombre perdidamente enamorado de la novedad, y de la distincion, à quien era facil empeñar en un partido, que tenia estos dos atractivos, y de quien podia tenerse entera seguridad, una vez que se le huviesse empeñado. Asseguréme, pues, de èl; y algo pienso, que conduxo à esso el desagrado, que le testifiquè tener de los Jesuitas. Hizolo tambien, que desde entonces pocos Jansenistas dexaron de mostrarse Cartesianos; y estos mismos Monsiures fueron los que introduxeron la moda de philosophar entre las damas. Tanto, que se me escriviò por entonces de Paris, que nada havia mas comun en los Estados, que los paralelos, ò cotejo entre Mr. De-Ipre, y Molina, y entre Aristoteles, y Mr. Des Cartes.

Me dirè además de esto ganarme alguna Comunidad, en consideracion de lo que otro tiempo decia el difunto Mr. Jansenio; esto es, *que semejantes hombres son extremados, quando se empeñan de veras en una cosa.* Y èl mismo se prometia no poco, *si su Augustino fuesse abrazado por alguna semejante compañia. Porque*, añadia, *una vez que se empeñen, exceden todos los terminos, yà sea en favor, ò yà en contra.* Puse, pues, los ojos en los PP. Minimos, en consideracion de mi intima amistad con el

Cart. de Jansen. à S. Cyr.

P. Mersenno, sugeto de los mas distinguidos, y considerables en la Orden. Pero al fin reflexionè, que estos Religiosos, si bien tenian hombres muy habiles, podian sin embargo servir de poco, respecto de que no enseñan en publico. Despues de que tambien me asegurò el P. Mersenno, que si la cosa llegasse à proponerse en Capitulo, prevaleceria indubitablemente el partido de Aristoteles. Porque los ancianos, que tenian yà de mucho tiempo su provision de Philosophia, no querrian hacer la costa de otra nueva provision.

Hicisteis bien, dixo à esto nuestro Anciano, en no solicitarlos. Pues tengo noticia, de que un Padre de dicha Orden, llamado el P. Maignan, hombre ciertamente sabio, y de talentos, fuè apedreado en un Capitulo, por haverse apartado de el camino comun, tomando un nuevo rumbo, aunque diferente de el vuestro. Y en el mismo Capitulo General se prohibiò generalmente à todos el seguirle. Y es, que el Capital entre estos Padres, como tambien entre todos los demàs Religiosos, es la Metaphysica, y la Theologia: por esso apenas hacen caso de lo que propriamente es, y se llama Physica. La liga ofensiva, y defensiva, hecha entre muchas Religiones, por la Physica Predeterminacion, contra la Ciencia Media, es la gran dependencia, y el mayor interes, que los ocupa de cerca de cien años à esta parte.

Todavia les ocuparà mucho tiempo, repuso Mr. Des-Cartes, por la misma razon, que me hizo tomar las medidas, que os dixe. Y es, que la Predeterminacion, y la Ciencia Media, se han hecho general sentimiento de Comunidad: qualidad, que yo tambien queria dàr à mi Philosophia, para assegurarla, y hacerla eterna. Y no tenia las cosas muy mal puestas, quando sali de el mundo; pues dexè un partido bastantemente considerable en la Congregacion de los Padres de el Oratorio: cuerpo, como sabeis, muy venerado, y acreditado en Francia por su piedad, por sus estudios, y por los muchos sugetos, que ha producido, cèlebres en letras. La emulacion, que reynaba entre ellos, y los Jesuitas, no hi-

zo poco al caso, para que me diessen oidos. Por ventura me han abandonado tambien estos Padres.

Acordarmehaceis, le dixe, de ciertas particularidades, que en este particular han passado, y de que es bien tengais noticia. No sè si debereis daros por contento, ò por descontento de estos Padres: vos mismo lo juzgareis, Monsiur. Havrà como diez, ò once años, que huvo ciertos encuentros en Angers con ocasion de ciertas Theses, propuestas por los Padres del Oratorio, en que havia mucho de Philosophia nueva, parte segun vuestros principios, y parte tambien segun particulares idèas de los mismos Professores. La Universidad, à vista de estas novedades, se puso en armas, y no quiso dexar correr las Theses; y, ademàs de esso escriviò al P. General, y à la Corte. Esta favorecciò à la Universidad, y en esta consideracion el P. General tuvo por preciso el mandar à todos sus subditos, que se atuviessen à las opiniones antiguas, y que nadie ossasse mas sostener la Philosophia moderna; pero vè aqui una cosa, que os puede ser de un gran consuelo en esta desazon. Luego se viò salir à luz una bella Carta latina, dirigida al P. General, con este titulo: *Epistola eorum, quotquot in Oratoriana Congregatione Cartesianam doctrinam amant.* Y en ella, despues de haversele expuesto los motivos que havia para que no se hiciesse violencia à los entendimientos en este particular, se le dice lo siguiente: *Ut noris, quam late Cartesiana hæc labes.... (si labes est) grassetur, plusquam ducenti numero sumus, quos pestis ista in fecit.*

Por esto solo podreis comprender quan poderoso erais en esta Congregacion por aquel tiempo; con todo no pudo esto impedir, que en la Assamblea General de el año de mil seiscientos y setenta y ocho se hiciesse un Decreto; por el qual se declara, que la Congregacion no quiere abrazar partido alguno: Que estuvo, y quiere estàr siempre en la libertad de poder tener toda buena, y sana doctrina: Y que no prohibe enseñar, sino las que estàn condenadas por la Iglesia, ò pudieren ser sospechosas de los sentimientos de Jansenio, y Bayo, por lo

que

que toca à la Theologia, y de los Def-Cartès, tocante à la Philofophia.

Ha cobardes! exclamò aqui Mr. Def-Cartes, todo alterado: Poco à poco, Monfiur, repliquè yo. Si os hallàrais à la frente de un cuerpo, cuyos effenciales intereffes debieffeis confervar, à buen feguro, que tendrias vos mifmo fentimientos muy diverfos de los que ahora teneis en qualidad de Gefe de Secta. Ni la conciencia, ni la prudencia pueden obligar à fer martyr de un Philofopho: ni las cofas de la Philofophia deben igualarfe, ò tomarfe tan à pechos como las de la Religion. Pueden muy bien las opiniones de un Philofopho fer en sì mifmas dignas de reprobarfe; y pueden fin embargo fer tales las circunftancias, que obligue la prudencia à difsimularlo, y aùn à mas.

Pero yà os dì à entender dos cofas, cuya confideracion puede, y debe haceros defpreciar eftas ligeras defgracias de vueftra Philofophia. La primera es, que una buena parte de lo que ella tiene de bueno, empieza yà à fer authorizada en las Efcuelas por los mifmos Peripateticos mas zelofos: quienes no offan yà oponerfe à la verdad, que les hicifteis comprender, y folo trabajan por mantener el credito de Ariftoteles, no fea que fe diga, que algun otro Philofopho tuvo mas entendimiento, ò fupo mas. Yà fabeis lo que fucediò en Francia el figlo paffado: los mas fabios, y bien intencionados de el Reyno no podian dexar de aprobar la mayor parte de los reglamentos, y difpoficiones que havia hecho el Concilio Tridentino. No obftante havia algunas razones politicas, que no permitian, que fe le admitieffe. Què penfais, pues, que fe hizo? Hicieron los Eftados de Bles Ordenanzas muy conformes à una gran parte de dichos reglamentos, y afsi fe figuiò de hecho el Concilio, fin admitirle. Nueftros Peripateticos en alguna manera imitan la conducta de eftos Sabios politicos: Tienen à mengua, y aùn tambien por delito el moftrarfe Cartefianos; pero reputan no folamente util, mas tambien honrofo el fervirfe bien de lo que hallan bueno en las obras de Def-Cartes. Y para comparar la fortuna de vueftra doctrina à la de otra,

que

que hizo mucho ruido en el Reyno: antes què aquellas cèlebres proposiciones de Jansenio huviessen sido condenadas en Roma, todos sus sequaces las atribuìan con gloria, y aùn tambien con vanidad à su Maestro. Era esta doctrina sanissima, y purissima, como la que se havia bebido, y apurado en el grande Augustino; pero no bien dichas proposiciones fueron censuradas como hereticas, al punto se desaparecieron, y no se hallaron mas en el libro de Jansenio. Yà no se podia decir, ni creer en conciencia, que estuviessen alli; y à pesar de los mandamientos de los Obispos, y de las Bulas de los Papas, se pecaba mortalmente en firmar su condenacion, y el formulario de la Fè, sin la distincion de el *hecho*, y de el *derecho*. Todo lo contrario, pues, ha sucedido en el particular de que os hablo.

Luego que los Cartesianos empezaron à hablar de la materia subtil, de la elasticidad de el ayre, de la pesadèz de sus columnas, à explicar, como se hace la impression de los objectos sobre los sentidos, y à burlarse de el horror, que se suponia tener la naturaleza al vacìo, se les opuso la authoridad de Aristoteles, y nada decian, que no se opusiesse expressamente à la doctrina de el Principe de los Philosophos. Mas despues, examinadas de espacio las razones de estas vuestras doctrinas, y visto que teneis razon en muchas cosas, no por esso se quiere confessar que la teneis, sino que muchos han echado por el sesgo de decir, que yà antes que vos pudiessеis soñar en ello, lo havia enseñado Aristoteles. Yà se encuentra en sus obras la materia subtil, la demostracion de la gravedad de el ayre, y las mas bellas verdades, tocante al Equilibrio de los licores, &c. Assi en vez que los Jansenistas abandonaban, ò mostraban abandonar el derecho, y se atenian al hecho solamente, quieren los Peripateticos ponerse en possession de el derecho por el hecho mismo. Es decir, que los Peripateticos hallan ahora en los libros de Aristoteles, lo que segun ellos mismos, no se hallaba treinta años ha; y al contrario, los Jansenistas no vèn yà en el libro de Jansenio las proposiciones, que ellos mismos nos mostraban como con el dedo antes de su

proscripcion. De manera, que por poco què querais condescender con Aristoteles (como yo os ruego que lo hagais, por desempeñarme de la palabra que dì à Boecio, aquel vuestro antiguo Antagonista en Olanda) se veràn antes de mucho Mr. Des-Cartes hecho Aristotelico, y à Aristoteles hecho Cartesiano.

La otra cosa que debe consolaros, y que sin embargo de todos los esfuerzos de vuestros enemigos, puede haceros esperar la inmortalidad de vuestra Philosophia, es, que siempre huvo, y hay bastante libertad para escribir en pro, y contra. Y el dia de oy corren con gran credito las obras de un cèlebre Padre del Oratorio, el mas fuerte, y habil defensor de la nueva Philosophia: luego me preguntò, quièn era, y còmo se llamaba. Llamase, le respondì, el P. Malbranche; y es hombre de extraordinaria penetracion, y de una meditacion profunda: tiene talento para disponer, y ordenar bien sus reflexiones, como tambien para explicarlas de un modo vivo, claro, y plausible: sabe dàr un cierto ayre de probabilidad aùn à las cosas menos comunes, y mas abstractas; y possee con perfeccion la arte de disponer, y ganar el espiritu de sus lectores, para hacerles entrar en sus pensamientos. El es, por decirlo en una palabra, el Cartesiano mas persuasivo, y demàs atractivo que conozco: aunque suele tal vez no sujetar, ni conformar sus idèas à las vuestras. Su obra principal tiene por objecto, y titulo: *La inquisicion de la verdad*; y esta es por donde principalmente se le reconoce tal, qual os le he pintado. Con todo no puedo dexar de daros tambien noticia de un ligero incidente, que puede aumentar algo el gusto, que acabais de recibir: y es, que este tan esclarecido alumno de vuestra Philosophia se ha encontrado de algun tiempo acà con Mr. Arnauld, cuyo amigo era antes; y este encuentro ha producido, y hace ahora una especie de guerra civil. De una, y otra parte se ataca, y se defiende con vigor, combatiendo cada qual à su modo. Mr. Arnauld saca à luz en menos de nada volumenes de quinientas, y seiscientas paginas; pero el P. Malbranche, aunque menos fecundo, es mas preciso. En

fin imita à los Capitanes, que no fe embarazan con el mucho numero, y empeñan folo las tropas neceffarias, que pueden, y faben caminar fiempre cerradas, y en buen orden: que dexan efcaramuzar al enemigo, y que no por effo dexan de oprimirle fiempre que fe les prefenta la ocafion. De los motivos de efta guerra, en que es agreffor Mr. Arnauld, fe habla con mucha variedad, ni yo puedo pronofticar el exito.

Pero vamos, replicò Mr. Def-Cartes, qual es el fugeto de tan reñida pendencia? Porque ciertamente no puedo dexar de intereffarme mucho en cofa, que tan à pechos han tomado effos dos famofos combatientes. Tratafe, le refpondi, de la naturaleza de las idèas, y de como fe conocen los objectos externos. Mr. Arnauld, dice, que nueftras idèas fon unas ciertas modalidades de nueftras almas. Mas el P. Malbranche, pretende no folo, que efta opinion no es foftenible, mas tambien, que conocemos los objectos en Dios: que no pudiendo dexar de eftàr en todo quanto hay, eftà intimamente unido al entendimiento de cada uno; y figuiendo las leyes generales de la union de la alma al cuerpo, nos comunica la idèa, que èl mifmo tiene de el objecto, que nos quiere hacer conocer, haciendonos fentir al mifmo tiempo fu imprefsion. El uno, y el otro procura teneros de fu parte, ò mas bien moftrar, que nada dice contrario à vueftra doctrina, tocante à las idèas. Pero hago juicio de que no ahondafteis tanto la materia, ò que à lo menos no os declarafteis de fuerte, que pueda alguno de ellos vanagloriarfe de vueftra authoridad.

Afsi es, refpondiò Mr. Def-Cartes. Pero quien de los dos, profiguiò preguntando, prevalece? A que refpondì, que no era yo tan temerario, que offaffe decidir de la diferencia, y ventajas entre dos heroes, como eftos, y que folo le podria affegurar, que lo havian tomado entrambos muy de veras. Que Mr. Arnauld, fi bien fe havia propuefto atacar al P. Malebranche en el tratado *de la naturaleza, y de la gracia*; havia creido conveniente impugnarle antes quanto havia efcrito de las idèas en aquella fu otra obra *de la Inquificion de la verdad*: con-

fi-

ſiderando eſta parte, por ſervirme de ſus miſmos penſamientos, y terminos, como los reparos, y obras exteriores de la Plaza, que meditaba arruinar. Que ſiendo la materia muy metaphyſica, muy abſtracta, y muy ſobre la inteligencia de el comun de los hombres, y pidiendo el ſyſtèma de el P. Malbranche en eſte particular una particular atencion para ſer comprehendido; me parecia, que Mr. Arnauld havia tomado acertadamente eſte memethodo de combatir, para hacerlo con ventaja. Pero que el P. Malbranche, ſin abandonarle dichas obras exteriores, donde ſe defendia muy bien, le havia atrahido dieſtramente al cuerpo de la Plaza. Es decir, que le havia empeñado en las materias de la gracia: terreno muy ventajoſo para èl; como aſsimiſmo deſigual para Mr. Arnauld, quien por eſſo ſe ſentia apretar muy de cerca. Mas ſin embargo, que no por eſſo me atrevia à ſalir por fiador de el ſuceſſo en favor de el P. Malbranche, à cauſa de la mucha experiencia de Mr. Arnauld en eſte genero de combates, en que ciertamente merece el elogio, que ſe daba à sì miſmo el Almirante de Chatillon: es á ſaber, que ſe diſtinguia de todos los cèlebres Capitanes, que le havian precedido, en que, ſin embargo de haver perdido quantas batallas havia dado, y de haver ſido vencido caſi ſiempre, ſe hallaba deſpues de todo ſobre ſus pies, y en eſtado de renovar ſu partido, y dàr inquietud à los miſmos, que le havian echado por tierra. Y ultimamente dixe, que ſin agraviar al P. Malbranche, podria añadir, que yà ſiente las pèrdidas, que hà hecho deſpues de eſte rompimiento. Porque antes que huvieſſe caido de la gracia de Mr. Arnauld, era (aſsi ſe decia) un eſpiritu ſublime, y infinitamente penetrante. Pero ahora no dice (ſegun ſe dice) ſino coſas de poca ſubſtancia, y palpables contradicciones, que no pueden comprehenderſe, ni ſeguirſe, ſino errando, ò à rieſgo de ello. Tan cierto como todo eſto es, que el favor de Mr. Arnauld es todavia el dia de oy, como lo fuè ſiempre, un gran fondo de el merito de aquellos, que le logran, y conſervan. Y ni los particulares lo paſſaràn con èl mas

bien, que las Comunidades, ò Sociedades, en punto de reputacion, si les falta esta ventaja.

Estando en esto, sentì, que se hacia en mi no sè què genero de mudanza repentina, y que tenia algo de semejante à lo que se experimenta en algunos pasmos, ò desmayos repentinos, en que parece que todo muda de color, y se muda. Nunca huviera creido, que una alma separada de su cuerpo fuesse capàz de un tal accidente. Pero Mr. Des-Cartes, que lo advirtiò, y sabia muy bien lo que era, me dexò por un rato, con el pretexto de ir à tratar con los Embiados de Aristoteles. De lo que entre ellos se passò, nada supone por entonces; ni despues supe sino lo que me contò mi Anciano, de camino, que nos bolviamos al mundo. Contòme, pues, que Mr. Des-Cartes no havia querido entrar en negociacion con ellos; y que solo les havia assegurado, que no meditaba, ni tenia designio de molestar à Aristoteles sobre el imperio de la Philosophia. Declarando assimismo, que era dificil, por no decir impossible, que pudiessen acomodarse; y que assi seria mejor, que cada qual perseverasse libremente en sus sentimientos, como antes, sin matarse mucho por hacer entrar en ellos à los demàs. Y que al fin, porque su viage no fuesse enteramente infructuoso, les diò palabra de hacer, que los Cartesianos hablassen con mas respeto, y estimacion de Aristoteles: con tal, que Aristoteles hiciesse de su parte, que sus Peripateticos no se desvergonzassen, como solian, contra el Cartesianismo.

Pero bolviendo à mi deliquio espiritual, tampoco supe lo que fuè hasta la buelta. Mas para dàr noticia, y alguna idèa de lo que fuè, conviene suponer, que mientras nuestra alma està unida al cuerpo, sus idèas, y juicios por la mayor parte dependen de la disposicion de nuestro celebro. La diversidad de esta disposicion consiste, segun los Peripateticos, en la diferencia de las especies, de los phantasmas, y de las de los objectos, que se guardan en las cavidades del celebro, ò se hallan impressas en su misma substancia.

Los

Los nuevos Philosophos dicen con mas apariencia de verdad, que estas imaginaciones, ò especies no son otra cosa, que unos ciertos dibuxos, ò vestigios impressos en el celebro por el curso ordinario de los espiritus animales, que entran, ò salen por èl, como arroyuelos, y se hacen un genero de madre por donde fluyen. De qualquiera modo, que està diversa disposicion cause, ò ocasione las diferentes idèas, y juicios de el alma (porque realmente hablando es un mysterio impenetrable) es cierto, que es àsi, y que diferentes idèas suponen diferentes impressiones, ò dibuxos en el celebro. De suerte, que si se hiciesse la disseccion anatomica de un celebro Peripatetico, y luego la de otro Cartesiano: y huviesse buenos microscopios para poder discernir dibuxos tan delicados, y tenues; no podria dexar de observarse una prodigiosa diferencia entre dichos dos celebros. No dudaba yo de esta verdad; pero daba por supuesto, que la alma solo en el estádo de su union al cuerpo tenia esta dependencia; y que una vez separada, se hacia enteramente essempta, libre, y independente de èl. Mas no solo mi experiencia me enseñò lo contrario, sino que tambien me asseguraron mis compañeros de viage, que la alma mientras su cuerpo conserve sus organos sanos, y desembarazados, no dexa de recibir, por separada, y apartada que estè, las mismas impressiones, que recibiria estando unida. Y que, si el tabaco de Mr. Des-Cartes no me huviesse relaxado los nervios, que sirven al sentido, mi alma, estando en el mundo de Des-Cartes, huviera visto quanto se passaba delante, y à vista de mi cuerpo en nuestro mundo: huviera percibido todos los rumores, y sonidos, que llegassen, y tocassen en el organo de mi oìdo, y asi de los demàs.

Este phenomeno, tan raro, y tan admirable como es, no debe embarazar à los Philosophos. Porque si son Peripateticos, lo pueden explicar por la sympathia, que suponen entre cuerpo, y alma de cada individuo. Y si son Cartesianos, lo explicaràn por las leyes generales de la union, en virtud de que Dios, segun ellos en ocasion, y en vista de estos, ò de

los

los otros movimientos, que se hacen en el cuerpo humano, produce en su alma estos, ò los otros pensamientos; estas, ò las otras percepciones correspondientes: en cuya consequencia podràn decir, que una de las leyes de la union es, que mientras los organos de el cuerpo estuvieren en estado de servir, reciba, ò perciba la alma, estè donde estuviere, las impressiones, que en ellos hagan los objectos, no siendo mas dificil à Dios hacer sentir qualquiera impression à la alma, estando ausente de el cuerpo, que quando està en èl: Pues ni la distancia de los lugares embaraza, ni su indistancia es de el caso, no siendo el movimiento de dichos organos la verdadera causa de las sensaciones, sino una mera, y no indispensable ocasion, y condicion para que Dios las produzga por sì mismo en la alma.

Descubriòme, pues, mi Anciano à la vuelta la pieza, que me havia jugado de concierto con el P. Mersenno; y es, que antes de partirnos, havian dado sus instrucciones, y ordenes al Negrillo, que quedò en guarda de mi cuerpo, para que à tal hora en que previan bien, que estariamos yà en el mundo de Des-Cartes, procurasse mudar el curso de los espiritus animales en mi celebro: de suerte, que no tocassen mas en los dibuxos, donde solian excitar idèas peripateticas; y solo los hicisse colar como se requeria, y le havian enseñado, para hacer nacer en mi idèas Cartesianas. El Negro tomò las instrucciones, y executò sus ordenes tan bien, y con tanta puntualidad, que, ò fuesse en virtud de la simpatia, ò yà en fuerza de las leyes de la union, mis idèas se trocaron de el todo en un instante; y yo que nada veìa antes en aquel inmenso espacio, empecè à vèr materia, como tambien à persuadirme, que la extension, la materia, y el espacio son una misma cosa. Despues de lo qual, no bien Mr. Des-Cartes nos mandaba pensar, que se hacian tales, ò tales movimientos en la materia, los veìa yo tan clara, y distintamente, como pueden los mas finos Cartesianos vèr las partes acanaladas de la materia (torneadas, y hechas à modo de pequeños caracoles, por el esfuerzo que hicieron para passar por entre las bolas de el segundo elemento) con po-

ner

ner un pequeño torbillon al rededor de un imán, y ocasionar todas las admirables correſpondencias, que eſta piedra tiene con los polos de el mundo, y con el hierro.

Es conſtante, que no puede hacerſe en la alma un general traſtorno de idèas tan repentino como eſte, ſin que induzga una extraordinaria comocion, y novedad en ella: como, ni ſe hace en el cuerpo una gran revolucion de humores, ſin que ſe altere mucho ſu temperamento. Quedè, pues, infinitamente ſorprendido de vèr en mi mudanza tan prodigioſa, de que no me detuve en indagar, ni en adivinar la cauſa, atribuyendola deſde luego à algun particular ſecreto de la Philoſophia de Mr. Deſ-Cartes: quien bolviendo finalmente à mi deſpues de un rato, me dixo con tono, y ſemblante mas abierto aùn, que aquel con que me havia recibido: y bien, no quereis, que empecemos à trabajar nueſtro mundo? Yà os contemplo no ſolamente capàz, mas tambien digno de que ſe os haga gozar de tan raro, y nunca viſto eſpectaculo. Monſiur, le reſpondi, yo no sè donde eſtoy, ni lo que deba penſar de mi miſmo. Pero nada me diſpone mas à creeros capàz de fabricar un nuevo mundo, que eſte admirable poder, que ſegun yo miſmo experimento, teneis, y exercitais ſobre los eſpiritus. Sì, Monſiur, yà eſtoy de acuerdo con vos, ſobre que la extenſion, la materia, y el eſpacio no ſon ſino una miſma coſa. Veo tambien, que en eſte eſpacio hay material baſtante para fabricar un mundo nuevo; y como vengais al cabo de tan admirable obra, deſde aqui renuncio á mi cuerpo, por quedarme con vos haſta el dia de el juicio; pues nada puede haver, que pueda preferir à la dicha de vivir en compañia de la alma mas ſabia, y poderoſa, que puede haver ſalido de las manos de Dios.

Eſſo no, replicò Mr. Deſ-Cartes. En todo caſo conviene, y es preciſo aguardar los ordenes de la Divina Providencia, para haver de ſepararos abſolutamente de vueſtro cuerpo. Pero ni es meneſter eſſo para que podais conſeguir la ſatisfaccion, que deſeais, pues en menos de dos horas os harè, y pondrè delante un mundo en que ha-

habrà un Sol , una tierra, Planetas , Cometas , y quanto de admirable , y notable tiene el vuestro. Mas , como este mundo, que voy à executar en vuestra presencia, no es estable , ni para que dure , sino solamente un ensayo , ò bosquexo de otro mas perfecto, y mucho mayor, que medito fabricar de espacio ; interrumpirè , y abreviarè oportunamente los movimientos , para que en poco tiempo podais vèr muchas , y diferentes mudanzas , que no se vèn , ni se hacen en el mundo grande , sino en una muy larga serie , ò succesion de años.

Comencèmos , pues , dixo ; pero seguidme atenta , y exactamente en los principios , que voy à poner antes , y en todas las reflexiones , que os harè hacer de passo : sobre todo no me interrumpais. Dicho esto , se dispuso Mr. Des Cartes para la execucion de su designio , ò diseño de su gran mundo , para cuya inteligencia tuvo por conveniente prepararnos por la suposicion de sus principios mas importantes.

Pensad lo primero , dixo , que todo este vastissimo espacio es material ; porque este espacio es extenso , la extension no puede convenir à la nada : luego este espacio es una cosa , ò substancia extensa ; esto es , material. Quien pudiesse , prosiguiò , dudar de esta verdad , podrà dudar tambien , si es possible una montaña sin valle , ò sin caìda.

Pensad lo segundo , que hay en la naturaleza dos leyes inviolables : La primera es , que qualquiera cuerpo que se sea , haya de perseverar siempre en el estado en que una vez se halla , à menos que alguna causa , ò ocasion extrinseca se le haga mudar. Si està en reposo , reposarà enteramente ; si està en movimiento , se moverà enteramente : y si es de figura quadrada , siempre serà de essa figura.

La otra ley , igualmente inviolable , es , que el cuerpo , una vez puesto en movimiento , haya de continuarle por linea recta , à menos que el encuentro de otros cuerpos le obligue , como sucede muchissimas veces à ladearse. Y de aqui se deduce un principio innegable, confirmado por una infinidad de experiencias : es à saber , que un cuerpo que se mueve al rededor , ò en circulo , hace

quanto esfuerzo puede por apartarse de el centro de su movimiento. Y si por ventura sucede, que pueda desprenderse de el cuerpo, ò cuerpos que le obligaban al movimiento circular, nunca dexa de escapar por la tangente de el circulo, que en su movimiento describia, como se vè claro en la piedra disparada de la honda.

Estos principios son fuentes fecundas de una infinidad de bellas, y utiles verdades en la verdadera Philosophia; y estas solas reglas debo, y quiero seguir en la formacion de el mundo, que voy à hacer en vuestra presencia. Despues de este breve discurso, fuì sobremanera edificado, viendo à Mr. Des-Cartes ponerse en oracion, y dàr gracias à Dios por todas las particularissimas luces con que havia ilustrado su espiritu.

Soberano sèr, y Señor, dixo: Vos mismo sabeis bien, que nunca mortal alguno reconociò con mas respeto, y sumission que yo, vuestro absoluto poder, y dominio sobre todas las cosas. Mientras vivì con los hombres me apliquè muy de veras à convencerlos de la total dependencia, que tienen de Vos; y de hecho persuadì à muchos esta importantissima verdad, *que solo Vos podeis producir algo en el mundo.* Y que por consiguiente, es un cierto orgullo, muy digno de reprension, y aùn tambien de castigo, el creer los hombres, que son capaces de producir algun movimiento, por poco que sea, en la materia. Pues aùn aquel, que la alma se imagina imprimir al cuerpo que anìma, no es efecto sino de vuestra Omnipotencia: la qual por acordarse à las leyes que vuestra Sabiduria, y vuestra voluntad se impusieron, mueve los miembros de este cuerpo tan prompta, precisa, y cabalmente al tiempo mismo, que lo quiere la alma, que esta se persuade à que ella misma es quien hace que se mueva, y le mueve, si bien reconoce con ingenuidad, que ignora el como. Estas son, Señor, las vivas luces que me disteis; y estas mismas me libraron de una ilusion tan comun, y me mostraron el camino, y el methodo, que debia segur, y seguir en el estudio, y en la contemplacion de vuestras admirables obras. Si emprendo, pues, trabajar sobre esta inmensa materia, que vuestra summa bon-

dad parece ha querido entregar à mi disposicion ; y arbitrio : y si me tomè la libertad de prometer à mis discipulos la formacion de un mundo, muy semejante al que Vos mismo haveis criado, no es sin dependencia de Vos, ni me fundo en mi poder, sino en el vuestro. Si, Señor, yo no contribuirè à esta obra, sino con los deseos de mi reconocida, y rendida voluntad, los que os ruego tengais à bien seguir, imprimiendo en la materia los movimientos que ellos exigieren, y dando à dichos movimientos todas las determinaciones conducentes al fin, que me propongo, persuadido por la razon, y por la experiencia, à que en virtud de una de las leyes generales, segun las quales obrais quanto obrais *ad extra*, todo por espiritu, como yo, tiene derecho, y puede exigir mucho mas movimiento, que el que se requiere para mover la materia de todo un mundo. No dexeis, pues, Señor, de manifestar, y ostentar aqui vuestro Poder à ruego de un espiritu, hechura de vuestras manos, que os hace este humilde reconocimiento de su flaqueza ; y dadnos todavia esta ocasion de poder loar, y glorificar mas vuestro nombre.

2 Despues de haver hecho esta oracion, delineò Mr. Des-Cartes en redondo un espacio de hasta quinientras leguas de diametro, y nos hablò de esta manera : Por ahora no os representarè, sino el turbillon solar de vuestro mundo con todo quanto en èl se incluye, que es decir Sol, Tierra, Planetas, Cometas, y Elementos ; como tambien la disposicion de estas principales partes, y sus diferentes proporciones, ò correspondencias. Si quisiereis hacerme la honra de volver à verme, passados algunos años, hallareis acabado el mundo grande.

Lo primero, pues, que voy à hacer, es dividir en partes iguales, à poco mas, ò menos, toda la materia, que se contiene en este espacio, que señalè. Todas estas partes seràn desde luego muy menudas, pero aùn se haràn mucho mas menudas despues. No seràn todas de figura orbicular ; porque, si lo fuessen, indispensablemente havria vacio entre ellas, lo qual es impossible. Con que habràn de ser de todo genero de figuras, y por la mayor parte angulares.

Lo segundo, como la union de las partes de la materia entre sì no consiste, sino en que todas ellas estèn en quietud, unas junto a otras; la division que voy à hacer, se harà infaliblemente, agitandolas en diversos sentidos, de suerte, que se muevan àcia diferentes lados.

Lo tercero, como la fluidèz de la materia no es otra cosa, que el movimiento de sus tenuissimas partes, agitadas en diversos sentidos; luego que agite, y divida dicha materia, como he dicho, la harè fluida, no obstante toda la dureza, y solidèz que ahora tiene.

Despues de hecho fluido todo este espacio orbicular, que delineè, para formar en èl mi mundo, le dividirè en veinte partes, ò por hablar en terminos proprios, en veinte turbillones; cada uno de los quales se compondrà de una infinidad de insensibles, y menudissimas partes de materia.

Para comprehender lo que quiero significar por esta voz *turbillon*, imaginad os un orbicular, ò ovalado volumen de materia, el qual divido, y compongo de mil, ò diez mil, ò mas partes insensibles; y que estas pequeñas partes de materia son como otros tantos torteros, que hago rodar cada qual sobre su exe, y assimismo al rededor de el centro de dicho volumen. Pues esto, y no otra cosa es lo que entiendo, y doy à entender por esta voz *turbillon*.

Ultimamente es menester, que concibais cada turbillon como una cierta especie de Cielo, en cuyo centro se formarà una estrella fixa. Y assi, haciendo desde luego veinte turbillones en el espacio, que, como visteis, me señalè, y delineè, vendrè à hacer otras tantas estrellas fixas. Pero luego tendreis la admiracion, y el gusto de vèr, que de todos estos veinte Astros, no queda sino uno, que representarà vuestro Sol, convirtiendose los demàs parte en Planetas, y parte en Cometas; y assimismo vereis, que de dichos veinte turbillones se formarà uno grande, que assimismo serà el Solar: dentro de el qual se formaràn de nuevo otros dos pequeños, que representaràn el uno el de vuestra tierra, y el otro el de Jupiter. Esto basta, Monsiur, dixo, hablando conmigo, para dis-

poneros à comprehender la obra, que yà voy à executar. Los demàs principios, y conclusiones que havreis visto, y notado en mi physica, commodamente os los irè explicando de passo en la execucion misma, segun se presentare la ocasion.

A un mismo tiempo, pues, Mr. Des-Cartes, el P. Mersenno, y mi Anciano, puestos en distintos lugares de el espacio señalado, empezaron à agitar la materia, cada qual de su parte, con una actividad prodigiosa. De suerte, que en un instante, y sin saber como, vi formados los veinte turbillones, cuyas partes insensibles se movian en diversos sentidos, pero siempre sobre su exe, como tambien al rededor de el centro de su respectivo turbillon. Y assimismo observè, que quedaron en tal disposicion, que los polos de los unos correspondian à las eclipticas de los otros: nombre, que dà Mr. Des-Cartes en cada turbillon al circulo, que mas dista de sus polos.

Mas como al principio la mayor parte de las partes de cada turbillon fuessen angulares, y huviessen de moverse cada qual sobre su exe; resultò de aqui un gran fracaso, y ruido, al romperse los angulos, que era preciso se quebrassen por el grande esfuerzo que cada parte hacia para moverse, y rodar su exe. Y esta fuè la primera reflexion que me hizo hacer Mr. Des-Cartes, para explicarme el origen, y la produccion de los tres elementos, que introduce en su Physica. Observad, me dixo, como de la agitacion de la materia nacen mis tres elementos, de que tanto se han escandalizado los Philosophos de vuestro mundo. Para hacer de un cubo, ò de otro qualquiera cuerpo angular una bola, ò cuerpo esphérico, què es menester mas, que quitarle las esquinas, y todas las prominencias de su superficie? Y no es esso lo que veis, que se hace en la agitacion, ò movimiento, que imprimi à todas las particulas, que componen essos turbillones? Pueden ellas por ventura rodar sobre su exe, sin que se rocen, y despunten mutuamente las unas à las otras? Este mutuo, y continuado rozarse unas con otras, no las labrarà, y pulirà mas bien, que si fuessen hechas à torno? Estas bolas, pues, assi formadas

3. part. de los Princ.

3. part. num. 52.

son

ſon las que forman el que llamo yo ſegundo elemento.

Pero al miſmo tiempo, que ſe quiebran, y gaſtan las eſquinas, y dèmàs prominencias de dichas partes, bien veis, que ſe hace (y es impoſsible que no ſe haga) una infinidad de menudiſsimo polvo, mucho mas tenue, y ſubtil, que las bolas, ò globulos de el ſegundo elemento. Eſſe polvillo, pues, es lo que llamo yo materia de el primer elemento. Veis aſsimiſmo ultimamente, que entre eſtas partes de el primer elemento, tan menudas, y ſubtiles como ſon, hay algunas no tan pequeñas como las demàs. Y como no ſon, ſino las raſuras de las bolas, ò globulos de el ſegundo elemento, no dexan de tener ſus angulos, y varias deſigualdades, y por conſiguiente ſon de irregulares, y muy diferentes figuras: de que proviene, que embarazandoſe, y enredandoſe al fin entre sì, formen, como veis, ciertas maſſas ramoſas, y groſſeras, que nombro yo materia de el tercer elemento. Y vè aqui mis tres elementos, de los quales eſtoy cierto, que nada ſe puede reprehender.

Quedòſe luego Mr. Deſ-Cartes ſin hablar palabra por un breve rato, haviendoſe aplicado muy de veras à la conducta de ſu obra, y à reglar bien los primeros movimientos de ſus turbillones. Mientras tanto las particulas de la materia, á fuerza de rodar ſobre ſus exes, y de rozarſe las unas con las otras, ſe pulian mas, y mas; y à medida, que ſe iban puliendo, y ſe hacian perfectamente globulos, ò bolillas, perdian tambien de ſu tamaño. Y aqui fuè quando empecè à vèr executadas las reglas de el movimiento, que Mr. Deſ-Cartes havia ſupueſto deſde el principio. Porque, como dichas bolas ſe movieſſen en circulo, y aſsi por ſu figura orbicular, como por ſu poco volumen fueſſen muy proprias, y aptas à moverſe con la mayor rapidèz; luego las vi apartarſe de el centro de el turbillon, y no parar haſta apoderarſe de ſu circunferencia: obligando aſsi à la materia de el primer elemento, que eſtaba diſperſa por todo el turbillon, à ceder ſu lugar, à retirarſe al centro, y à formar alli un globo, ò por decirlo aſsi, un genero de amaſſo de polvo ſumamente ſubtil, y tenue: el qual, agyrado, y mo-

moviendose tambien siempre en circulo, no dexaba de hacer todo esfuerzo por salir à ganar la circunferencia de donde le havian arrojado las bolas de el segundo elemento; pero en vano, porque la figura orbicular, como mas propria al movimiento, mantenia siempre à las bolas en su ventaja: y lo mas, que dicha materia subtil, ò de el primer elemento podia lograr, era insinuarse, y colarse oportunamente por los intersticios, que tal vez dexaban entre si las bolas.

El placer, que advirtiò Mr. Des-Cartes tomaba yo de vèr esto, y la facilidad con que veia, ò pensaba vèr quanto queria èl ordenarme, le dieron una total complacencia, y satisfaccion; y assimismo le induxeron à explicarme uno de los mas curiosos mysterios de su Philosophia. Queria yo, me dixo, que tuvierais aqui vuestro cuerpo, para que pudierais gozar mas bien de las admirables consequencias de mis principios. Porque ahora no veis en el centro de cada turbillon, sino el amasso de la materia subtil, ò de el primer elemento; mas si tuvierais cuerpo, y organos capaces de recibir, y percibir las impressiones de dicho amasso de materia subtil, infaliblemente veriais un Sol en el centro de cada uno de los turbillones. Sì, Monsiur, prosiguiò; esse Sol, cuyo resplandor, y belleza tanto admirabais en vuestro mundo, no es ciertamente otra cosa, que un amasso de esta materia subtil, agitada, y movida de el modo, que lo expliquè en mi physica, y veis ahora.

Para haceros comprehender este punto, no he menester mas, que suponer una cosa, que vos mismo no querreis negarme, y que quando fuesse necessario, se os podria mostrar tambien en Aristoteles; y ès, que la vision no se hace sino por un cierto movimiento de los hilos, ò cuerdecillas de que està texido el nervio optico. Y en este mismo movimiento consiste, que quando se cae de golpe sobre la cabeza, ò caminando à obscuras, se dà con ella contra alguna pared, se vea luego un genero de luz, y unas como chispas, ò candelas encendidas. La gran dificultad de los Philosophos està en explicar como se hace este movimiento, que nos hace percibir los objectos visi-

visibles, yà sean luminosos, ò yà iluminados. En qualquiera systèma, que se formen, se encuentran dificultades invencibles; mas al cabo, y à la verdad se hace del modo, que os voy à explicar ahora.

Bien veis essa materia de el primer elemento: ella se mueve, y anda al rededor con violencia; y consiguientemente hace esfuerzo por apartarse de el centro de el turbillon donde gira. Haciendo este esfuerzo para salirse de el centro de el turbillon, impele en su giro la materia de el segundo elemento, que ocupa la circunferencia, y la impele por lìnea recta àcia todos los puntos de dicha circunferencia. Porque no hay punto en el circulo, que girando, forma dicha materia subtil, donde esta no haga esfuerzo para escapar por linea recta del centro del turbillon, y donde por consiguiente no impela las bolas, ò materia de el segundo elemento. Imaginad-os, pues, que estais con vuestro cuerpo en alguna parte de la circunferencia de este turbillon, y que mirais àcia su centro: yà concebis, y no podeis dexar de concebir, que muchas lineas de la materia de el segundo elemento vàn à dar, y de hecho dan, ò se terminan en el fondo de vuestros ojos. Què sucede, pues? Las bolas de estas lineas son impelidas àcia la misma circunferencia, y consiguientemente contra el fondo de vuestros ojos por la materia subtil, que gira en el centro de el turbillon, y girando, quiere escapar àcia la circunferencia: dichas bolas, assi impelidas, tocan, pulsan, y aprietan el fondo de vuestros ojos: apretandole, mueven los hilos de que està texido el nervio optico; y de este movimiento resulta finalmente la sensacion, por la qual percibimos la luz. Es este uno de los mas delicados, y mas bellos puntos de mi Physica, donde pretendo, que la naturaleza de la luz consiste, ò à lo menos depende muchissimo de este esfuerzo, que hace la materia subtil, para apartarse de el centro de el turbillon, impeliendo assi las bolas de el segundo elemento, y ocasionando, que estas hagan en el fondo de nuestros ojos un cierto genero de pression, ò impulso, de que resulta la mas delicada, y mas admirable de nuestras sensaciones.

Pro-

Prosiguiò luego, sin cessar, explicandome todas las propriedades de la luz, y las observaciones, y demonstraciones, que havia hecho, tocante à la reflexion, y à la refraccion de sus rayos. Explayòse muchissimo en este particular; porque esta parte de su Philosophia, y aquella, donde explica los phenomenos de el imàn, son las que llevaron, y desempeñaron mas su atencion, y su estudio. Pero no expondrè por menudo todas estas cosas, por no molestar à mis lectores; y mas por no espantar à algunos, á quienes las figuras, y las lineas, cortadas las unas por las otras, y tiradas desde A, desde B, desde C, &c. dan un genero de horror, y sola su vista les haria cerrar el libro para siempre. Por esso no las usarè, sino lo menos que pueda.

Sobre todo puso particularissimo cuidado en hacerme notar, de què modo se forman las *particulas acanaladas*, de que tanto suele servirse. Para cuya inteligencia se debe suponer, que entre las partes de el primer elemento (las quales se formaron, como yà se viò, de las rasuras de el segundo) hay algunas, que à causa de su figura irregular, tienen el movimiento muy tardo. Estas, pues, se assen con facilidad entre sì, y forman ciertas pequeñas massas, mayores, sin embargo, que las otras partes de el mismo primer elemento. Y como muchas veces sea preciso, que dichas massas passen por entre tres bolas de el segundo elemento, se acomodan à la disposicion de semejante passo; y salen con la figura de ciertos caracolillos, ò de pequeñas columnas, abiertas à tres sulcos, ò rayas. Hallanse por la mayor parte àcia los po-
Num. 90. los del turbillon, y tienen su determinacion àcia el centro de èl mismo. Mas, como las unas entran por el polo Austral, y las otras por el Septentrional, mientras que el turbillon no cessa de rodar sobre su exe; es constante à todo Cartesiano, que las que entran por aquel, adquieren la figura de caracol en sentido, y modo contrario al sentido, y modo de las que entran por este: particularidad, que Mr. Des-Cartes me hizo notar mucho, por-
Num. 91. que de ella principalmente depende la fuerza, y la virtud de el imàn. Pero no se passarà, me dixo, mucho tiem-

po,

po, sin que echeis de vèr algun particular efecto de estas particulas acanaladas.

Mirad, prosiguiò, lo que se passa en el Astro mas vecino, y vereis, que algunas de estas partes acanaladas, que entran por los polos de el turbillon, mezclandose con la materia de su Astro, y no pudiendo seguir, ni acomodarse con el movimiento de dicha materia, son arrojadas fuera de el Astro, al modo que algunas de las partes de la hez de un licor, que và à acabarse, suelen separarse de las otras, y sobreponerse, ò sobrenadar en el licor. Assimismo vereis, que encontrandose dichas partes, se traban, y adhieren unas à otras; y que por esta adhesion pierden la forma, ò la qualidad de primer elemento, y toman la de el tercero. Si sucediere, pues, que concurran, y se unan en gran cantidad, es constante, que impediràn la accion, y el impulso de el primer elemento sobre las bolas de el segundo; y consiguientemente quebraràn, y cortaràn la linea de el movimiento en que consiste la luz. Y en esto cabalmente consisten las maculas, ò sombras, que habreis visto muchas veces en el disco de el Sol de vuestro mundo: pues no son sino cierto genero de nubes, ò massas, formadas de parte de el tercer elemento, y esparcidas por la superficie de dicho disco Solar.

Ultimamente el ripio, y deshecho de estas maculas, que continuamente se estàn formando, pero que tambien se dissipan con la misma facilidad con que se forman, apartandose de el turbillon, y esparciendose por todo al rededor de su circunferencia, le serviràn de atmosphera, formando en sus contornos un cuerpo muy raro, y tenue, muy semejante al ayre, que circunda vuestra tierra, por lo menos al mas puro. Y he notado, añadiò en otro tiempo, que la de vuestro Sol se extiende, y alcanza, no menos que hasta la esphera de Mercurio.

Mientras Mr. Des-Cartes me revelaba assi todos los mysterios de su Philosophia, el Padre Mersonno, y mi Anciano no cessaban de andar de turbillon en turbillon, y no hacian la mejor compañia de el mundo à los *Num. 92.*

embiados de Aristoteles. Los quales estaban como atónitos, viendo que yà se les juntaban, yà los dexaban, y se venian àcia donde estabamos nosotros, yà bolvian àcia otra parte; y no comprehendiendo cosa alguna en toda esta machina, ò confusion de *turbillones*, de *primero*, *segundo*, y *tercer elemento*, de *partes ramosas*, ò *acanaladas*, y de otros terminos semejantes, porque como no tenian sino idèas Peripateticas, nada veìan en este grande espacio; y estaban como admirados de oirnos tratar seriamente de todas estas phantasìas, y chimeras, pues por tal tenian quanto deciamos, hasta llegar tambien à pensar, que nos burlabamos de ellos. Y sin duda se huvieran sentido, y alterado mucho, si Mr. Des-Cartes no huviesse tomado la precaucion de declararles, que las almas separadas no conciben las cosas, sino conforme à ciertas idèas capitales de que fueron imbuidas antes de su separacion. Añadiendo, que si ellos no veìan materia alguna en el espacio, donde nosotros la veìamos con toda claridad, tampoco èl havia visto, ni podido vèr las formas substanciales, ni los accidentes absolutos, ni las especies intencionales, de que sin embargo hablaban los Peripateticos con tanta satisfaccion, como si las tuviessen delante, y las viessen de sus proprios ojos.

A este tiempo advirtiò mi Anciano à Mr. Des-Cartes, que àcia el parage donde se hallaba, empezaban à confundirse dos, ò tres turbillones; y que, sino se remediaba luego este desorden, era de temer, que se barajasse, y desbaratasse toda la machina de su mundo.

Es un pobre hombre este buen viejo, dixo, bolviendose para mi Mr. Des-Cartes. Lo que tanto le assusta, y mete en cuidado, es uno de los mas bellos phenomenos, que pueden darse; y por medio de èl comprehendereis como se forman los cometas en vuestro mundo, y como con el discurso de el tiempo puede una Estrella fixa hacerse cometa. Vamos à sacarle de cuidado.

De hecho, haviendonos acercado un poco, vimos dos Estrellas, cuya superficie estaba yà casi enteramente cubierta de costras, o maculas, y que sus turbillones, desconcertandose, empezaban à ser la presa de los mas

vecinos. Si haveis leìdo mi libro de *los Principios*, y mi tratado *de la Luz*, bien podreis adivinar, me dixo entonces Mr. Des-Cartes, en que debe parar, y pararà este pequeño desorden. Y me maravillo mucho, añadiò, bolviendose al Anciano, de que una cosa tan natural, como lo es esta, haya podido haceros tanta novedad. Acordad-os, pues, de que en dichos dos escritos enseño, que lo que conserva un turbillon en medio de otros, es el esfuerzo, que hace la materia de su Astro para salirse de el centro à la circunferencia, porque por razon de dicho esfuerzo impele, y sostiene el Astro la materia de su turbillon; y sosteniendo la materia de su turbillon, no dà lugar à que los otros turbillones contiguos passen sus limites à emprehender algo sobre èl. Pues tiene iguales fuerzas para rechazarlos, y consiguientemente para mantenerse en la possession de todo su distrito. Deben, pues, considerarse estos turbillones, como otros tantos enemigos, que se disputan el terreno, pero sin ventaja, mientras las fuerzas de todos estan en equilibrio. Mas no bien empieza à flaquear, y à doblar alguno de ellos, se hace luego el despojo de los demàs, extendiendo, y llevando cada qual de su parte sus conquistas, hasta deshacer enteramente al vencido, y usurparle todo su espacio.

Y esto es lo que sucede luego que un Astro empieza à cubrirse de costras, ò maculas, por el amasso de muchas partes de el tercer elemento, porque dichas maculas cortan, ò à lo menos, debilitan el impulso con que la materia de el Astro sostenia, y aùn impelia la materia de su turbillon àcia la circunferencia, defendiendose assi de los ataques de los otros. De que proviene, que estos, no hallando yà tanta resistencia, se echan con todo su poder sobre el turbillon yà enflaquecido; y apoderandose de quanto encuentra por delante, fuerzan la materia de el pobre turbillon à seguir las leyes, y derrota, ò curso mismo que la suya; de suerte, que le vàn gastando, y como engullendosele poco à poco hasta acabar con èl, y hasta llegar à tocar en el Astro, el qual tambien finalmente vendrà a ser despojo, y juguete suyo. Es decir, que entrarà que quiera, que no, en alguno de los turbillones

mas poderosos para girar en èl, y con èl al rededor de su Astro en qualidad de Planeta, ò que tal vez serà forzado por el violentissimo movimiento, que se le imprimirà, à saltar de turbillon en turbillon, y a andar assi mucho tiempo en qualidad de cometa, hasta tanto, que se dissipen sus costras, ò maculas. Que en esse caso puede ser, que restituyendose à su primera qualidad de Astro, recobre su turbillon, ò se apodere, y apropie algun otro.

Aguardamos, pues, algunos instantes, y vimos suceder quanto Mr. Des-Cartes havia pronosticado, porque deshecho el turbillon, que teniamos à la vista, la materia de uno de los turbillones vencedores se apoderò de el Astro despojado, y haviendole impresso un gran movimiento, desde luego se le arrebatò, y llevò consigo. Mas como este Astro, à causa de su mucha solidèz, que consistia en que las partes de el tercer elemento, que havian formado sus costras, ò maculas, estaban muy compactas, apretadas, y unidas entre sì; de suerte, que eran muy pocos, y muy poco capaces los poros, que dexaban en la superficie; como este Astro, dixe, à causa de su solidèz fuesse capaz de recibir mas impulso, y consiguientemente de moverse mas que la materia misma, que le arrebataba, y hacia girar en el turbillon vencedor; fuè adquiriendo poco à poco un movimiento rapidissimo, y haviendo ganado al fin la orilla, ò extremidad externa de dicho turbillon, se desprendiò, y disparò de èl violentissimamente; y continuando su movimiento por la tangente de el circulo, que havia empezado à describir, se entrò en otro turbillon, y de este passò à otro, sin que pudiesse yo advertir, que se hizo de èl finalmente, porque interrumpiò Mr. Des-Cartes mi atencion, para decirme, que lo mismo que acabamos de vèr, havia sucedido, y sucederia muchas veces en nuestro mundo. Pues no es otra cosa, dixo, lo que allà se llama cometa, sino un Astro que và errante de turbillon en turbillon, despues de haver perdido el suyo, y su luz, dexandose vèr de los que habitan vuestra tierra, quando passa por el turbillon Solar; y ocultandoseles, luego que

sale

ſale de el ; y entra en alguno de los otros.

Luego deſpues que ſe deshizo eſte turbillon, corrieron la miſma borraſca, y fortuna otros ſiete, convirtiendoſe en otros tantos cometas. Y eſto viſto, nos dixo Mr. Deſ-Cartes: para que podais comprehender mas bien lo que ſe ſigue, conviene mucho que dèmos, ò pongamos nombre à los principales Aſtros, que reſtan. Doce nos han quedado todavia; mas por ahora no harèmos caſo, ſino de ocho. Eſte, pues, proſiguiò, moſtrandonos el mayor de todos, y ſe llamarà *Sol.* Eſte otro ſe llamarà *Saturno.* El de la izquierda ſe llamarà *Jupiter.* El que eſtà à la derecha, ſe nombrarà *Marte.* Aquel otro ſe llamarà *Tierra.* Al que le eſtà mas vecino nombrarèmos *Luna.* Y à eſſotros dos les llamarèmos à eſte *Venus*, y al otro *Mercurio.* A los quatro reſtantes les pondrèmos nombre deſpues.

Deſpues de haver conſiderado por algun tiempo la admirable diſpoſicion de eſtos turbillones, y viſto, no ſin aſſombro, que à peſar de ſu fluidèz no ſe havian confundido, ni mezclado: coſa, que no ſe puede creer, ſinò ſe vè, ni ha podido ſiquiera concebirſe por entendimiento alguno, por Philoſopho que fueſſe, no ſiendo Carteſiano; deſpues, digo de haver conſiderado todo eſto, vimos, que Mercurio, y Venus ſe iban cubriendo de maculas. De que reſultò, que el turbillon de el Sol, y los otros à ellos mas vecinos emprehendieron, y hicieron grandes conquiſtas ſobre los turbillones de dichos dos Aſtros: tanto, que ſe vieron forzados à entrar tambien ellos miſmos en el turbillon de el Sol, haſta bien cerca de ſu centro, al rededor de el qual empezaron luego à girar, agitados, y arrebatados por la materia de el miſmo turbillon. Lo miſmo ſucediò poco deſpues à los quatro Aſtros, que aùn no tenian nombre, y cuyos turbillones confinaban con el de Jupiter; en el qual fueron forzados à entrar, y à correr allì la miſma fortuna que corrian Venus, y Mercurio en el de el Sol. Por eſſo los llamò Mr. Deſ-Cartes *Satellites de Jupiter*, pues nos repreſentaban los quatro Planetas, que giran en torno de el Jupiter de nueſ-

nuestro mundo. Y al fin tambien la tierra se apoderò de la Luna, obligandola à ser su Planeta.

Este es el titulo, que se dà à los Astros degradados, en atencion al empleo, ò unico exercicio que les queda de tener lugar en el Zodiaco, y girar perpetuamente al rededor de aquellos, que les despojaron de sus turbillones, ni se diferencian de los cometas, sino por ser menos sòlidos que ellos. De que proviene, que entrados en el turbillon vencedor, no pueden adquirir movimierto tan fuerte, como era necessario para poder ganar la extremidad de su circunferencia, y salir disparados en qualidad de cometas à otros turbillones. Con que se hallan precisados à obedecer, y seguir la corriente de la materia de el turbillon en que una vez se hallan. Proviene assimismo de la mayor, ò menor solidèz, que respectivamente entre sì tienen los Planetas, que giran en un mismo turbillon, el que se muevan, y giren à mayor, ò menor distancia de el Astro, que es su centro; porque un Planeta tanto mas se acercarà al Astro, cuyo Planeta es, quanta mas fuerza tenga para apartarse, y quanto mas de hecho se aparte de el centro la materia de el turbillon en que gira, debiendo seguirse indispensablemente lo uno de lo otro, segun las leyes que impuso naturaleza (en sentir de Mr. Des-Cartes) al movimiento, y à los mobles. Assi Mercurio, por ser menos solido que Venus, se acercò mas que Venus al Sol, haviendole obligado la materia celeste à baxar tanto àcia el centro, porque tenia mas fuerza, que èl para apartarse, lo que no pudo executar, ni conseguir respecto de Venus, que por razon de su mayor solidèz resistiò mas, y pudo mantenerse en hacer su giro à mayor distancia de el Astro.

Mas como en el mundo politico suele acaecer, que traigan guerra entre sì algunos pequeños Soberanos, hasta que consumidos, y exaustos de dinero, y de hombres, vienen tanto los vencedores como los vencidos à caer en las manos, y à ser la pressa de algun otro Soberano mas poderoso que los destruye, y se apodera enteramente de todos sus dominios, y aùn tambien de sus personas: assi sobrevino en el mundo de Des-Cartes una repentina re-

volucion, que reduxo à Jupiter, y à la tierra al mismo estado, en que ellos havian puesto antes à los Astros sus vecinos, cuyos turbillones havian desbaratado, y usurpado. De suerte, que fueron precisados à entrar en el turbillon de el Sol, en qualidad de Planetas suyos, como lo hicieron tambien poco despues Saturno, y Marte; y el Sol solo, y unico vencedor de todo, ensanchò, y extendiò su turbillon por todo el espacio, que todos los demas havian ocupado desde el principio, constriñendolos ademàs de esso à girar, y andar siempre dando vueltas al rededor de sì.

Explicònos Mr. Des-Cartes como se hacia esto, por el exemplo de ciertos remolinos, que en los Rios suelen verse: porque el remolino grande que encierra, y hace girar dentro de su circunferencia otros pequeños, representa el gran turbillon Solar, como tambien dichos remolinos pequeños representan los turbillones de Jupiter, y de la tierra: y assi como dichos remolinos pequeños son agitados, y arrebatados por el movimiento de el mayor: de suerte, que giran al rededor de su centro, al tiempo que tambien ellos mismos hacen rodar, y girar cada qual al rededor de el suyo pajas, palitos, y otras cosas, que se hallan dentro de su circunferencia: tambien la tierra hace girar la Luna en su turbillon, y Jupiter sus satellites en el suyo.

Despues de haver visto tan buenas, y bellas cosas, y de haver assimismo observado la gran semejanza que tenia este pequeño mundo con el nuestro, todavia nos llevò la curiosidad à querernos instruir en particular de todo quanto tocaba al Planeta, que representaba nuestra tierra: Pero Mr. Des-Cartes nos respondiò, que seria obra de mucho tiempo el haver de representar successivamente en dicho Planeta quanto havia passado desde el principio de el mundo, y era preciso para ponerle en estado de poder representar perfectamente nuestra tierra, como se halla el dia de oy. Añadiendo, que al fin nada veriamos suceder en esse caso, sino lo que yà èl havia notado en la quarta parte de el libro de los Principios, describiendo la formacion de la tierra, segun se la havia con ce-

cebido entonces, ſobre lo qual ſe declarò de eſte modo.

Ademàs de la materia ſubtil, de que ſe componia la tierra, quando todavia era Aſtro, y que ſe quedò encerrada en el centro, y ſobre una cierta coſtra, infinitamente dura, que ſe formò quando dexò de ſerlo, y que tiene alli cerrada, y como preſa dicha materia ſubtil: concebia yo, dixo, como una tercera region formada de partes de el tercer elemento, no tan eſtrechamente trabadas, y unidas; y aùn dividia, ò concebia divida eſta tercera region en tres como regiones, ò eſtancias diferentes antes de imaginarme la tierra en el eſtado en que ahora ſe halla.

La mas baxa, ò profunda de eſtas eſtancias era, ſegun yo concebia, de una cierta materia muy ſolida, y muy grave; y de eſta pretendia yo, que ſe hayan formado, y formen los metales. La ſegunda eſtancia, que me imaginaba ſobre la antecedente, venia à ſer de un cuerpo liquido, compueſto de ciertas partes de el tercer elemento, baſtantemente largas, y muy flexibles, à modo de anguilas, pero mezcladas con una cierta correſpondiente cantidad de partes de el ſegundo elemento; y eſta es la idèa, que me formaba yo de el agua. Ultimamente ſobre dichas dos eſtancias me imaginaba otra tercera, à modo de una bobeda, hecha tambien de partes de el tercer elemento, pero las mas ramoſas, y embarazantes, cuyos particulares amaſſos, ò partes ſenſibles eran piedras, arena, greda, polvo, y entre las quales materias concebia yo muchos, y muy capaces poros; y aſsi me concebia finalmente la ſuperficie de la tierra, ſobre que viven, y ſe mueven los hombres, y los brutos.

Concebi, y aſsimiſmo expliquè deſpues, como en eſta bobeda, ò ſuperficie de la tierra (à fuerza de ſer batida continuamente por las partes de la materia de los dos primeros elementos, que ſe inſinuaban, y entraban con violencia por ſus poros) ſe fueron haciendo poco à poco muchas griecas, y roturas, por donde, haviendoſe hecho grandes con el tiempo, flaqueò, y reventò finalmente. De manera, que haviendo caìdo, y ſumergido

ſe

ſe mucha parte de ſus ruinas en la agua, que eſtaba debaxo, eſta, como menos peſada, ſubiò, y montò ſobre ellas, y aſsi ſe formaron los mares. Otras muchas partes de dicha bobeda no ſe hundieron, antes ſe quedaron immobiles, como ſuele ſuceder quando ſe arruìnan los grandes edificios; y eſtas ſon las llanuras, y campañas de la tierra. Finalmente, otros muchos pedazos, apoyandoſe, al tiempo que iban à caer, y arrimandoſe, y aùn tambien ſobreponiendoſe los unos à los otros, ſe elevaron, ò quedaron mas elevados, que lo reſtante; y eſtas deſigualdades, ò eminencias ſon las que llamamos montes.

Yà podeis, pues, comprehender, proſiguiò Mr. Deſ-Cartes, que era meneſter no poco tiempo para repreſentaros la ſuccesſion, y ſerie de todas eſtas coſas. Pero vaſe acercando yà la hora de vueſtra partida; y aſsi havrè de contentarme con remitiros à mi libro, donde podreis verlas de eſpacio, y por menudo. Mas, por no omitirlo todo, quiero abreviar todos eſtos movimientos, y repreſentaros en un inſtante eſta tierra muy parecida à la vueſtra en montes, llanuras, y mares. Dicho, y hecho. No hizo mas que determinar el movimiento de una infinidad de aquellas partes largas, y flexibles de el tercer elemento; y haciendolas agitar por otras partes de el ſegundo en diverſos parages, donde las havia conglomerado, luego vimos derramarſe ſobre la tierra una eſpecie de mar, que la inundaba toda. Y aùn le fuè mucho mas facil el formar montañas, y valles, amontonando, y trabando entre sì cantidad de partes ramoſas de el tercer elemento, cuyos rimeros, encadenados, y eſparcidos por la ſuperficie de aquella tierra, en nada ſe diferenciaban de nueſtros montes. Eſta tierra eſtaba inculta, ſin hiervas, ſin flores, y ſin arboles. Pero el producirla eſtos adornos era obra de mas tiempo.

El poco qne faltaba, y pudimos detenernos todavìa por allà, le empleò Mr. Deſ-Cartes en hacernos conſiderar particularmente dos coſas. Lo primero, la cauſa de la peſadèz, ò por mejor decir, de el movimiento de los cuerpos, llamados *graves*, àcia el centro de la tier-

ra; y lo fegundo, el por què, y como fe hace el fluxo, y refluxo de el mar. Empezò, pues, por lo primero, y fe explicò afsi: Notad, nos dixo, que efta tierra rueda en fu turbillon fobre fu exe. Mas no tiene ella por sì efte movimieuto, fino que es agitada, y arrebatada por el Ether, ò materia celefte, que la circunda. Y como efta materia celefte gire con mucha mayor rapidèz, y fuerza, emplea la que le fobra en hacer otros movimientos de todos lados; y fobre todo en impeler, y apretar los cuerpos terreftres contra la tierra mifma: prefsion tan indifpenfablemente neceffaria, que fi faltaffe, toda la tierra fe desharia en pedazos, y todos los hombres, todos los brutos, y todo quanto fe hallaffe en fu fuperficie, ferìan lanzados por los ayres, en fuerza de aquel gran principio de el movimiento: *todo cuerpo agitado, y movido en circulo* (como veis, que lo es la tierra con todo quanto à ella pertenece) *fe aparta, y huye de el centro de fu movimiento, à menos que otros cuerpos lo detengan* (como veis tambien, que lo hace aqui la materia celefte por medio de fu impulfo, y prefsion) *y lo impidan.*

Por efta mifma razon qualquiera cuerpo terreftre, alzado, y dexado en el ayre, es forzado à baxar àcia el centro de la tierra. Pues tiene menos fuerza para apartarfe de el centro, que el volumen de ayre de igual tamaño, que deberia hacer baxar, para obtener, y mantenerfe en fu plaza. Y tiene menos fuerza para apartarfe de el centro, porque contiene mucha mas materia de el tercer elemento, y mucha menos de el fegundo, que el volumen de ayre de igual tamaño. Pero es afsi, que la materia de el tercer elemento es poco apta, y tiene poca fuerza para apartarfe de el centro; y al contrario la de èl fegundo tiene mucha mas fuerza, y es mucho mas apta: luego no puede dicho cuerpo terreftre mantenerfe en el ayre, ni puede dexar de baxar àcia el centro. No hay, añadiò Mr. Def-Cartes, qualidades Peripateticas, ni cadenas de atomos, forxadas por Democrito, y por Gaffendo, que valgan, y puedan hacer lo que os digo; y al mifmo tiempo arrojò una piedra en alto, para moftrarnos por la experiencia, que tenia razon en quanto havia dicho.

De aqui pafsò à explicarnos el fluxo, y refluxo de el mar; y para hacernos formar una jufta idèa de lo que podia fer, nos hizo concebir. 1. Que el turbillon de la tierra no era perfectamente efpherico, fino ovalado. 2. Que la Luna, quando era nueva, ò eftaba llena, fe hallaba en el mas corto de los diametros de dicho turbillon terreftre. 3. Que el centro de la tierra no era el centro de fu turbillon, fino que diftaba algo de èl por caufa de la Luna: la qual, en qualquiera parte de la circunferencia de el turbillon, que fe halle, hace que fea mas eftrecho el efpacio, y paffo, que queda entre ella mifma, y la tierra; y configuientemente yà la materia fubtil, ò celefte no puede moverfe, y paffar por alli con tanta libertad, y facilidad como antes. De donde tambien fe figue, que la tierra, cuyo lugar no fe determina, fino por la igualdad de las fuerzas, que la impelen de todos lados, haya de ceder, y dexarfe llevar àcia la parte de el turbillon opuefta à la en que fe hallare la Luna. 4. Que girando como gira la materia celefte con mucha mayor fuerza, y rapidèz, que la Tierra, y la Luna: y hallando, como hallaba el paffo entre ellas mas eftrecho, y no tan libre como havia menefter; tomaba, digamoslo afsi, corage de el eftorvo, y aumentandofe fu impetu, era precifo, que hicieffe mayor imprefsion, y apretaffe mas fuertemente que antes las fuperficies de el ayre, y de la agua: como tambien, que por configuiente refultaffe otra prefsion igual en la parte opuefta de el turbillon, à caufa de el retiro, que àcia alli hacia, y no podia dexar de hacer la tierra.

Luego nos hizo reconocer por la experiencia la verdad de todos eftos principios en los efectos, que de ellos fe feguian naturalmente. Porque haviendo colocado la Luna en un fitio perpendicular al Equador de la tierra, al inftante nos hizo vèr. 1. Abatirfe, y como hundirfe el mar, oprimido de el mucho pefo, que mediante el ayre, hacia fobre èl el gran cuerpo de la Luna; tomando fus aguas, afsi oprimidas, un curfo muy rapido àcia los polos, y echandofe fuccefsivamente fobre las riberas, por huir de el Equador. 2. Como el globo de la tierra

rodasse sobre su exe de Occidente, à Oriente, veiamos, que la presion de la Luna se iba haciendo successivamente en diversas partes de el mar, segun el orden de los Meridianos. 3. Esta succesiva presion de diversas partes de el mar, tenia un efecto indispensable, y necessario, que era hacerle baxar, y subir conforme à las evidentes reglas de la Estatica. Y todo esto nos daba una muy natural, y justa idèa de el fluxo, y refluxo de el mar; el qual, como todos saben, consiste en que el mar yà sube, yà baxa, baxando en una parte, quando sube en otra: y al contrario, sucediendose estos movimientos unos à otros con orden, y de tiempos à tiempos iguales, y reglados.

Ademàs de esto, como el diametro, en que debia hallarse la Luna al tiempo de las conjunciones, y oposiciones, era el mas corto de todos los diametros de el turbillon: y al contrario al tiempo de las quadraturas debiesse hallarse en el mayor de todos; se nos hacia evidente, que la depresion de las aguas de el mar deberia ser mayor en las conjunciones, y oposiciones, que en las quadraturas; y que por consiguiente deberia el mar ensancharse mas entonces, crecer, y derramarse mas sobre sus riberas. Es decir, que en los plenilunios, y novilunios havria marèas mayores, que en los otros tiempos; y lo mismo en los Equinoccios, respecto de los Solsticios: como de hecho sucede en los mares de nuestro mundo.

Prosiguiò despues, haciendonos vèr, y explicandonos todos los phenomenos de el fluxo, y refluxo, fundado en los mismos principios. Mas sobre todo nos hizo notar la razon, porque no hay, ni debe haver fluxo, refluxo en los Estanques, ni en los lagos, por grandes que sean, à menos que se comuniquen con el mar. Porque decia Mr. Des-Cartes: Si estàn situados mas allà de los tropicos, nunca los oprime la Luna, pues nunca sale fuera de los tropicos. Y aùn aquellos, cuya situacion corresponde dentro de los tropicos, y debaxo de la torrida zona, nunca cubren tanto espacio de tierra, ni son de tanta extension, que pueda la Luna cargarlos, ò opri-

mir-

mirlos mas de un lado, que de los otros: siendo assi, que esta diversidad de movimientos, que llaman fluxo, y refluxo, no proviene, sino de la diversidad, ò desigualdad de dicha pression, ò opression de la Luna sobre las aguas.

Esta explicacion tan clara, y plausible me enamorò muchissimo; y este modo de dàr razon de el fluxo, y refluxo de el mar es tan proprio, y està tan bien pensado, que aùn aquellos que demuestran à Mr. Des-Cartes, que la tierra no puede tener turbillon, à lo menos ovalado, podrian, y deberian serle algo indulgentes en su consideracion. Pero los Philosophos son hombres raros, y una vez entrados en accion, no saben què cosa es dàr quartèl à sus enemigos.

Todos los demàs movimientos de las partes, que componian este pequeño mundo, se hacian en èl con el debido orden, y con toda proporcion, como en el nuestro. Mercurio, Venus, Marte, y los demàs Planetas, una vez tomado, y assentado su lugar correspondiente en el turbillon Solar, seguian exactamente sus derrotas. Assimismo se iban levantando vapores, y empezaban yà à formarse nubes sobre la pequeña tierra; y à poco que huvieramos aguardado, no dudo que habriamos visto llover, nevar: y por decirlo en una palabra, todo quanto vèmos, que sucede naturalmente en nuestro mundo. A la verdad, yo estaba como encantado, viendo todos estos prodigios: mas al fin fuè forzoso resolvernos à la partida, porque instaba yà el tiempo. No menos que cerca de veinte y quatro horas havia, que haviamos dexado nuestros cuerpos; y el mismo Mr. Des-Cartes (quien como yà he dicho, nunca aprobò la conducta de aquellos, que no aguardan los ordenes de el Soberano Señor de todo para abandonar sus cuerpos absolutamente, y para siempre) nos aconsejò, que difiriessemos para otra ocasion el gusto de vèr cumplidamente satisfecha nuestra curiosidad. Testifiquèle, pues, mi reconocimiento debido à sus bondades, como tambien el gran concepto, y aprecio, que hacia de su persona, y doctrina; y le pedì licencia para proponerle, quando tuviesse ocasion de dirigirle mis cartas,

todos los escrupulos, que en lo adelante podrian tal vez sobrevenirme acerca de su Philosophia.

Correspondiò èl de su parte con mil amigables expressiones: y ultimamente, despues de haverme exhortado à no amar cosa alguna tanto como la verdad, me regalò dos vidrios hyperbolicos para un catalexos, con el qual me asegurò, que podria yo vèr desde la tierra quanto se passasse en el globo de la Luna, hasta tambien los animales, si los huviesse alli. Yà en su Dioptrica havia èl demostrado la excelencia, y ventajas de esta figura, sobre todas las demàs, respecto de semejantes vidrios. Havia asimismo emprendido hacerlos trabajar en Olanda, y aùn havia inventado cierta machina muy particular, y propria para este efecto; pero no fuè possible encontrar Artifices capaces de executar su idèa con toda la exactitud precisa. Conduxonos, pues, hasta el segundo Cielo, que es como yà se dixo, el de las Estrellas: y haviendonos entregado, y encomendado al P. Mersenno, para que nos guiasse, nos despidiò con la mayor ternura.

Los dos embiados de Aristoteles, haviendo encontrado à poco rato de camino dos Philosophos, conocidos, y paisanos suyos, nos pidieron que tuviessemos à bien, que se fuessen en su compañia, y se despidieron de nosotros nada satisfechos de su Viage, y negociacion. Nosotros proseguimos nuestra derrota à toda diligencia, y como andabamos alcanzados de tiempo, no nos detuvimos ni un instante, ni hablamos palabra á espiritu viviente de los muchos que encontrabamos, y mostraban deseo de trabar conversacion con nosotros. Bien es verdad, que no por esso dexò el P. Mersenno de hacerme notar de passo la disposicion, y orden que tienen entre sì los turbillones: como tambien la situacion, que tienen en los mismos los elementos de que se componen; y muy en particular las bolas de el segundo elemento, que yo no percibia antes, quando no tenia sino idèas Peripateticas; pero ahora, hecho Cartesiano las percibia, y veìa con toda claridad, y distincion. Dimonos tanta prisa à caminar, que en menos de seis horas llegamos a mi casa; pero yo con el disgusto de no haber de poder servirme de las lunetas, que

me

me havia regalado Mr. Des-Cartes: porque yendo à entrarme en mi aposento por lo mazizo de la pared (tanta era mi prisa) sin acordarme de que las traìa cònmigo, no bien dì con ellas en las piedras, se hicieron mil pedazos: desgracia que sentì en extremo, considerandome privado de la fruicion, que me havia prometido tener, quando viesse desde la tierra, como me lo havia assegurado Mr. Des-Cartes, lo que se passaba en la Luna; y esto con tanta claridad, y distincion, como si me hallasse allà en persona.

Encontrè mi cuerpo bastantemente alterado, y debil, por razon de un ayuno de mas de treinta horas; pero antes de entrar en èl, recelando que el Negrillo huviesse desmontado alguno de los resortes de mi celebro, quise obligarle à que me le restituyesse à su antiguo estado: porque en esta parte de nuestra machina, poco que se mude, puede ocasionar grandes mudanzas en nuestro entendimiento, y ciertamente no gustaria de hallarme loco de vuelta, y resulta de un tal Viage. Mas el maligno espirituelo, por mas que se lo roguè, no quiso condescender à mis instancias, diciendo, que antes debia yo reconocermele muy obligado, pues me havia rectificado las idèas, bolviendome el celebro à la Cartesiana. Fueme, pues, preciso passar por ello, y despues de haver agradecido al P. Mersenno, y à mi Anciano el haverme llevado, y trahido en su compañia, y con tanto amor en un Viage como este, se entrò mi alma en su cuerpo; y en qualidad de alma Cartesiana, tomò su asiento en la glandula Pineal.

VIAGE



VIAGE DE EL MUNDO DE DES-CARTES.

QUARTA PARTE.



HAVIA yo rogado al P. Mersenno, quando se despidiò de mi, que me hiciesse la honra de verse conmigo, quando huviesse de bolverse al mundo de Des-Cartes, à fin de darle una carta para tan gran Philosopho, testificandole de nuevo mi lealtad, y mi vivo reconocimiento à la suma cortesìa, y bondad con que me havia tratado. El P. Mersenno, haviendome dado palabra de darme gusto, la cumpliò al cabo de un mes, el qual havia gastado parte en executar varias comissiones, que traìa de Mr. Des-Cartes para nuestro mundo; y parte en diversos Planetas, y en otros lugares, que corriò de orden de el mismo Philosopho en busca de algunos de sus primeros, y mas amados discipulos, para darles noticia de su Maestro, de el lugar de su residencia, y de la gran-

de

de obra, que traìa entre manos. Dilé, pues, la carta que tuve por conveniente añadir, y añadirè luego à esta relacion de mi Viage.

Mi alma, viendose colocada en la glandula pineal de mi celebro, como una Reyna en su Trono, para reglar desde alli todos los movimientos de la machina de mi cuerpo, se holgaba muchissimo de la mudanza, y novedad de sus idèas, y se aplaudia à sì misma, dandose la enhorabuena de la nueva qualidad de Cartesiano, en que yo iba à empezar à mostrarme, ò darme à conocer, y à sobresalir entre los eruditos. Luego me sentì inclinado, y dispuesto à tomar, y revestirme todos los ayres, y modos de los Professores de esta nueva Secta. Yà no hablaba, ni podia sufrir, que se hablasse, sino con desprecio de la Philosophia de la Escuela: la qual no sirve, decia yo, sino para viciar, y perder el entendimiento, llenandole de idèas confusas, y vacìas, proprias unicamente para entretener una vanidad pedantesca. Mr. Des-Cartes era en mi estimacion el primero, y aùn el unico Philosopho. Los demàs no eran, comparados con èl, sino unos mocosos, es decir, unos muchachos amigos de porfiar sobre cosas de poquissima, y tal vez de ninguna monta, y empleados en contar cuentos. Pocos dìas despues, haviendo sido combidado à un acto de Philosophia, à penas despues de muchissima repugnancia pude reducirme à assistir, y estuve en èl desazonadissimo, oyendo con tedio, ò con lastima quanto alli se decia. Una de mis primeras diligencias fuè degradar en mi Biblioteca los Suarez, los Fonsecas, los Esmiglesios, y otros tales, deponiendolos de el considerable lugar, que en ella obtenian, y tirandolos à un rincon encomendados à la polilla, y al polvo: para colocar, como coloquè en su lugar à Mr. Des-Cartes, forrado en rico cordoban ultramarino, y con èl à sus discipulos mas ilustres.

Quando todavia no era Cartesiano, era yo tan tierno, y compassivo, que no tenia valor para vèr matar un pollo. Mas una vez yà persuadido à que los brutos no tienen alma, ni sienten, huve de despoblar de perros la

Ciudad con tantas dissecciones anatomicas, como hize por mi propria mano; sin el menor assomo de lastima. Y aùn tambien en la ocasion de abrir por la primera vez las conferencias, y assambléas de sabios, y curiosos, que determinè tener en mi casa, para dàr credito, y boga à à la Philosophia de Mr. Des-Cartes, mi Maestro; hice una harenga, ò por decir mas bien, una invectiva contra la injusticia, y la ignorancia de aquel Areopagita, que hizo declarar incapàz de la administracion de las cosas publicas à un niño de alto, y distinguido nacimiento, por solo el movimionto de haverle visto tomar placer en picar los ojos à unas cornejas, que se le havian dado por juguete.

Con todo, es preciso confessar, y confiesso de buena fee, que por muy determinado Cartesiano, que me hallasse, no dexaba de sentir muchos, y muy fuertes escrupulos, motivados de las razones, que hombres muy habiles me proponian, y oponian en nuestras conferencias. Y si Mr. Des Cartes no apacigua los remordimientos de mi conciencia, dando una respuesta precisa, y caval à las dificultades, que le propuse en la Carta, que en este particular le he escrito; temo mucho, y es muy natural, que se muden, ò borren de mi celebro todos los dibuxos, ò imagenes Cartesianas, bolviendo mis espiritus animales à tomar, y seguir la corriente, que antes tenian. Vè aqui una copia de dicha mi Carta, que contiene las principales dificultades, y que juzgo no indigna de comunicarse al publico.

Carta de N. à Mr. Des-Cartes.

MONSIUR,

NUNCA podrè manifestar-os bastantemente el reconocimiento, que debo, y tengo à las excessivas honras, que me hicisteis en el breve rato, que tuve de dicha de estàr con vos en vuestro tercer Cielo. Sin embargo de la pocas, ò ningunas prendas, que pudisteis reconocer en mi, me tratasteis con tanta distincion, como pudierais à un personage de el mayor merito. Fabricar un mundo entero en mi presencia, y consideracion, aplicando-os, y empleando-os vos mismo en persona en explicarme, y hacerme comprehender todo el artificio de tan prodigiosa machina, fuè honrarme de un modo infinitamente excessivo, en su genero, al que suele practicar el Rey con los Principes, con los Embaxadores, y con los Grandes Señores Estrangeros, quando por honrarlos manda, que se suelten, y hagan jugar en su presencia todas las fuentes de Vesallas. En consequencia, pues, de tanto favor como me hicisteis, podeis seguramente contar sobre mi lealtad, y tenerme por vuestro en todo: seguro de que haviendo-os hecho dueño de mi entendimiento, por las sublimes luces, que me comunicasteis, aùn rendisteis, y prendasteis mas estrechamente mi corazon por la extraordinaria bondad de que usasteis conmigo.

El R. P. Mersenno, quien se ha dignado de conducirme esta carta, podrà informaros mas bien de mis sentimientos, yà por lo que à vuestra persona se debe, yà tambien por lo que toca à vuestras doctrinas. La conducta, que sabe, que observè despues, que vine de vuestro mundo, ha podido persuadirle bien, que no haveis tenido hasta ahora discipulo mas zeloso, que yo de el honor, y medras de la Secta. Y si no diganlo los efectos, pues en menos de un mes, que ha que vine, tengo aterra-

rado à todo el Peripatetismo de este Païs, y he dado brios à los pocos Cartesianos, que havian quedado, y andaban como à sombra de texados, sin hacer sombra, ni figura: contentandose de gozar de la verdad para sì solos, y sin hacer otro esfuerzo, ni tener cuidado de hacerla reconocer de aquellos, que desde luego la havian recibido mal. Cada semana tengo dos conferencias en mi casa, y en ellas procuro dàr quanta boga puedo à vuestra Philosophia. He podido asimismo conquistar algunos de los muchos Peripateticos, que asisten à dichas conferencias; y aùn espero, que todos ellos, fuera de dos, ò tres, cuyo encaprichamiento parece invencible, se reduciràn, y seran bien presto mios. Pero es menester, y exigen como condicion precisa, que seles dissuelvan antes algunas dificultades, que me han propuesto sobre diferentes puntos de vuestra Philosophia. Las principales son, ò se forman sobre, y en orden à la constitucion de vuestro mundo. Mas, como en este particular intenten destruìr vuestras conclusiones por vuestros mismos principios, y algunos de ellos, que son muy habiles, dèn un cierto ayre de especiosidad à sus discursos: de suerte, que algunas veces no puedo descubrir vicio alguno en sus argumentos; he creido, que en tan critica constitucion debia recurrir al Oraculo, y que nada podia hacer mejor, que consultaros, conforme al permisso, que me disteis, y rogaros, como lo hago con las mayores veras, que me deis luz; ò mas bien me comuniqueis vuestros mismos pensamientos tocante à esto, lo mas presto, que os sea posible. Un viage desde el tercer Cielo à mi casa no es cosa para vuestro Negrillo. Vè aqui, pues, à poco mas, ò menos, como lo toman estos Monsiures.

Propusieronme al principio dos, ò tres argumentos triviales de aquellos, de que suelen servirse cada dia los Philosophos Escolasticos, para impugnar vuestro systèma mundial, pretendiendo no solamente, que es chimerico, mas tambien, que ni aùn se puede proponer como pura hypotesi, una vez supuestos vuestros principios. Mr. Des-Cartes, dicen los Escolasticos, supone en primer lugar, que Dios cria la materia. Supone ademàs de

esso,

esso, que la divide en una infinidad de partecillas cubicas. Y ultimamente supone, que determinando diversas grandes porciones, ò volumenes de esta materia assi dividida, las agita, y hace mover al rededor de su centro: haciendo assimismo, que dichas partecillas cubicas, de que se componen estos grandes volumenes de materia, llamados por Mr. Des-Cartes *turbillones*, ruedeu tambien cada qual sobre su exe, ò al rededor de su proprio centro. Pero es impossible, añaden, concebir division, y movimiento de materia en estos principios.

Porque por lo que toca à la division, no puede concebirse, arguyen, sino en uno de dos sentidos: ò bien imaginandose algunos huecos, ò intervalos vacios de toda materia entre dichas partes cubicas divididas; ó bien concibiendose estos intervalos, no vacìos, sino llenos, y ocupados por algun otro cuerpo diferente de dichas partes. Assi es como, aunque no haya vacìo alguno en el mundo, concebimos quatro dados (por exemplo) contiguos, y arrimados los unos à los otros, como otros tantos cuerpos cubicos distintos. Porque, aunque entre ellos no haya vacìo alguno, no dexa de concebirse un cierto brevissimo intervalo, ocupado por el ayre, que impide que podamos concebirlos como un solo cuerpo. Mas en los principios de Des-Cartes, ni en uno, ni en otro sentido puede concebirse la division. Porque por una parte no puede suponerse vacìo alguno entre las partes divididas, pues en este systèma repugna absolutamente todo vacìo. Ni puede por otra parte concebirse cuerpo alguno diferente de dichas partes cubicas, que pueda ocupar sus intermedios antes de la agitacion de la materia, pues la diferencia de los cuerpos proviene, y es efecto de dicha agitacion, segun el Author de el systèma. Luego en principios Cartesianos infieren, no puede concebirse possible la division de la materia.

Pero aùn es peor, prosiguen, por lo que toca al movimiento; porque no puede concebirse, que todas estas partecillas cubicas, siendo como debe suponerse que son durissimas, impenetrables, y incapaces de compression, puedan rodar sobre su exe, rozandose, y quebrando-

dose mutuamente unas à otras sus angulos, sin que haya algun vacìo entre ellas: porque su pequeñèz no es de el caso, pues por muy pequeñas que sean, no dexan de ser impenetrables, como ni de concurrir todas juntas à resistir el esfuerco, y movimiento de cada una en particular: Luego esta hypotesi, concluyen los Escolasticos, no puede sostenerse, y asi se le hace atascar à Mr. Des-Cartes en su primera proposicion.

Estos fueron, Monsiur, los primeros golpes que se me tiraron, y estas las primeras dificultades que se me opusieron sobre vuestro systèma mundial. Haviaselas tomado de los escritos de hombres muy acreditados de habiles: y como por otra parte vuestros discipulos afectan tener por maxima en su methodo de disputar el ir siempre adelante; esto es, dàr solamente la exposicion, y las pruebas de su doctrina, sin pararse mucho en prevenir respuestas à las objecciones, que tal vez podrian hacerseles, ni en disolver las que de hecho se les hacen (ventaja en que con facilidad se asseguran, los que solo disputan por escrito, y nunca se ponen en la precision de haver de responder sobre el campo à quanto se oponga) como vuestros discipulos, digo, no se paran mucho en responder à los argumentos de sus contrarios: estaban estos persuadidos à que dichas dificultades eran tan fuertes, que no tenian solucion, y que concluirian à todo Cartesiano desde el principio de la disputa; pero quanto mas se jactaban de invencibles con tales armas, tanto mas los confundì, y me acreditè, desarmandolos, y echandolos por tierra.

Como yo havia leìdo, y estaba bien en vuestras obras, sobre todo en el libro *de los principios*, y en el otro intitulado, *tratado de la Luz*, ò *el Mundo de Mr. Des-Cartes*; respondì à la primera objeccion, negando el supuesto de aquella distincion de instantes, que al parecer se introducia entre la division de las partecillas cubicas, y su movimiento, dandose à entender, que suponiais, que Dios no havia movido la materia en el instante en que la havia dividido, sino en otro siguiente. Dixe, pues, que nunca haviais enseñado, ni supuesto, que yà

antes de moverse debia estàr dividida la materia:pues en la tercera parte *de los Principios*,donde proponeis vuestro systèma mundial, lo haceis de modo, que nada dais à entender de dicha distincion de instantes; y antes bien decis possitivamente lo contrario en el *cap. 6. de el tratado de la Luz*, donde describis la formacion de el mundo. Advirtiendo, como advertis en este lugar à vuestros lectores, que la division de la materia no consistiò en que Dios huviesse separado sus partes de modo, que quedasse algun vaciò entre ellas. Y que toda la distincion, ò diferencia, que suponiais, consistia en la diversidad de los movimientos, que Dios havia dado à dichas partes desde el principio, haciendo, que desde el primer instante en que las formò, empezassen á moverse unas de un lado, y otras de otro: de manera, que la division,y el movimiento en esta hypotesi, sino son una misma cosa, son à lo menos inseparables; de donde deducia, y añadia yo, que vos mismo seriais el primero à confessar, que nada puede decirse, ò concebirse mas absurdo, segun vuestros principios, que suponer quietas las partes de la materia yà divididas: pues segun vos, la union de las partes de un cuerpo sòlido, qual debe concebirse la materia antes de el movimiento de sus partes, no consiste sino en estàr quietas unas junto à otras: Y para explicarme, y explicarlo mas, le dixe finalmente, que no era mas dificil concebir, que se haga la division de las partes de la materia por el movimiento de las mismas, y al tiempo mismo que se ponen en movimiento: que el entender como puedo yo rasgar una hoja de papel, dividiendola en dos partes,de las quales al mismo tiempo tire la una àciaOriente, y la otra àcia el Poniente. Abrì luego los libros, que les havia citado de vuestras obras; y haviendoles mostrado los passages, que eran de el caso, convinieron con migo en el hecho, y no replicaron, ni hablaron mas palabra en este particular.

Mas no bien se ajustò esta diferencia, movieron otra, y fuè preciso entrar en dispusta (sin colera, sin embargo, y sin terquedad; porque los mas de los concurrentes eran hombres de espiritu, y de bien, que sabian

de-

dexarse persuadir, y rendir de la razon) sobre como pueden passar de el estado de quietud al de el movimiento las partes de la materia: suponiendose como se suponen durissimas, y tan unidas, y apretadas, por decirlo assi, las unas à las otras, que ni el mas minimo vacio se puede concebir entre ellas.

En cuyo particular, despues de haver oìdo à estos Monsiures, dexandoles explayarse quanto quisieron, les preguntè, si jurados Peripateticos quales eran, estaban persuadidos, y ciertos, de que la fluidèz de la agua, por exemplo, no podian dexar de ser un accidente absoluto? Y de que assimismo la agua quando se hiela, se pone en esse estado por un accidente absoluto, llamado *rigidèz*, ò *dureza*; y luego deshelandose, se liquide por otro accidente absoluto, nombrado *liquidèz*? De que uno de estos accidentes derritiesse el plomo quando se le aplica al fuego; y de que acudiesse otro à fixarle, luego que se le aparta, y resfria? Y al contrario: insisti, y proseguì, preguntandoles, si haviendo como havian visto la explicacion natural, clara, inteligible que hace Mr. Des-Cartes de todos estos phenomenos, y en particular de la naturaleza, y de las propriedades de los licores, por el movimiento de las partes insensibles de los liquidos: (movimiento que se demuestra con evidencia por la disolucion que se hace todos los dias, de las sales en la agua comun, y de los metales en la agua fuerte) proseguì digo, preguntandoles, sino se havian convertido yà en este punto? A que respondieron los mas, confessando de buena fee, que no dexaban de estàr persuadidos, à que podian explicarse muy bien muchos phenomenos, y muchas cosas naturales sin intervencion de los accidentes absolutos. Y añadieron, que en esta persuasion en que estaban, uno de los accidentes que abandonarian con menos repugnancia, era la fluidèz; y que assi podia yo proseguir, sin detenerme, pues no querian porfiar, ni altercar sobre el punto.

Pues esso supuesto, dixe, bien presto os vereis, Monsiures, ò satisfechos de el todo, ò mucho mas embarazados, que Mr. Des-Cartes, cuyo systèma tanto repudias, y

atacais. Porque tambien en vuestro syftèma se supone el mundo todo lleno: de suerte, que no quede, ni se conciba en el vacio alguno. Mas no por esso dexan de moverse en èl los cuerpos; ni la dureza, y la impenetrabilidad de sus partes sensibles, è insensibles, son parte para impedir dicho movimiento. Por què razon, pues, no podrà gozar de los mismos fueros la materia de Mr. Descartes, no siendo, como ciertamente no es, mas sòlida, ni mas impenetrable, que la vuestra? Por què havrà de ser mas imposible el movimiento de las partes de la materia Cartesiana, que el de los cuerpos Aristotelicos, estando, como se supone, el espacio igualmente lleno, y embarazado en uno, y en otro systèma? Vosotros, y nosotros, prosegui, suponemos lo mismo, de lo mismo nos asimos, y de una misma doctrina usamos contra los Epicureos, quando de el movimiento quieren arguìr, ò demonstrar, como ellas hablan, la indispensable necessidad de sus insensibles vacìos, esparcidos por todo el mundo, y en todos los cuerpos. Su pretendida demostracion se reduce à esta forma. Para que salga de su lugar, y se mueva un cuerpo, es menester, que otro salga, y dexe el suyo: este otro no puede salir de su lugar, porque si todo el espacio està, como se supone, lleno, no tiene adonde: luego no puede haver movimiento, à menos, que se suponga algun vacio. Y al contrario, supuestos varios vacìos, aunque insensibles, en los cuerpos, se concibe bien, que podràn estos moverse con facilidad, comprimiendose los mas flexibles, y dando assi lugar al impulso, y al movimiento de los otros. Pero este discurso es un puro sophysma, cuya solucion vosotros, y nosotros darèmos con solo decir, que para concebir bien, como puede hacerse con facilidad el movimiento, aunque no haya vacìo alguno, bastarà suponer, y entender, que nunca se mueve un cuerpo solo, sino que es preciso, que al mismo tiempo que un cuerpo dexa su lugar, entre otro à ocuparle. Y una vez, que se conciba, que puede un cuerpo entrar à ocupar el lugar de otro en el mismo instante en que este le dexa, yà no hay dificultad en concebir, como se hace, ò puede hacerse el movimiento.

Moſtraron mis Peripateticos ſorprenderſe al vèr, que de un principio, ò ſupoſicion, que con tanta liberalidad me havian dado, ò permitido, deducia yo una conſequencia tan inmediata, y tan clara contra ſus pretenſiones; y pienſo, que ſe arrepintieron bien de ſu demaſiada condeſcendencia. Viendolos, pues, en eſte embarazo, me adelantè à decirles, que no queria aprovecharme de la ventaja, que ellos me havian dado, no obſtante eſtàr perſuadido à que lo havian hecho forzados por la evidencia de la verdad. Que no queria que me acuſaſſen, como acaſo lo harian yà algunos de ellos allà para conſigo., de haver uſado de ſorpreſſa, y abuſado de ſu confianza, y bondad, para hacerles dàr, y caer en la red, que les havia prevenido de ante mano. Y ultimamente, que (para que conocieſſen lo mucho, que podia fundar, no yà en ſu bondad, ſi no en la de la cauſa, que ſe ſeguia) en ſus miſmos principios podia, y queria hacerles probable, à lo menos, la verdad en queſtion.

Hay, Monſiures, les dixe, en el ſugeto, que tratamos, algunas prevenciones, hijas mas de nueſtra imaginacion, que de otra coſa. Imaginaſe lo primero, que un cuerpo, rodeado de materia, eſtà mucho mas apretado, y no tan holgado, digamoslo aſsi, en medio de dicha materia, ſi es sòlida, como lo eſtaria, ſi la materia que le rodea fueſſe liquida. Pero eſto yà ſe vè, que es evidentemente falſo. Porque ſi el mundo eſtà como ſe ſupone, enteramente lleno, no cabe mas, ni menos materia en eſte, que en el otro lugar de igual capacidad; y por conſiguiente, qual ſe la ſuponga liquida, qual sòlida, igual apretura, ò holgura, por decirlo aſsi, tendràn ſus partes, y quanto ſe halle, ò ſe ſuponga en medio de ella.

Imaginaſe lo ſegundo, que el cuerpo liquido, por razon de tal, eſtà diſpueſto ſiempre à ceder à otro qualquiera cuerpo; y al contrario, que una vez que el cuerpo ſea sòlido, nada le puede hacer ceder, eſtando en medio, y rodeado de otros cuerpos sòlidos. Pero ni lo uno, ni lo otro debe ſuponerſe por cierto. La falſedad de lo primero ſe demueſtra por una experiencia bien comun.

Lle-

Llenese de agua una botella de vidrio, que tenga el cuello algo estrecho, y largo, y buelvasela perpendicularmente àcia la tierra. No hay duda, que la agua por sì misma inclinarà, y por su proprio peso serà impelida àcia baxo. Assimismo no encontrarà, ni se le pondrà al passo cuerpo alguno, sino el ayre, el qual ciertamente es mucho mas fluìdo, que la agua. Mas con todo esso no podrà moverse la agua, mientras se mantenga la botella en dicha positura perpendicular; y solo el ayre le harà tanta resistencia, quanta podria hacerle un cuerpo sòlido, con que se huviesse tapado fuertemente la botella. Què cosa, pues, impide el movimiento de la agua en este caso? El Peripatetico no duda responder, que esto consiste en que el ayre, y la agua se hallan en tal situacion, que por mucho que se esfuerce la agua à moverse, y à salir de la botella, no puede determinar, ni aùn dàr lugar al ayre para que entre à ocupar el que ella dexaria al tiempo mismo en que ella le dexasse: sin lo qual no puede salir, ni moverse. Si bien, luego que se mude de situacion, y se incline algo la botella, de suerte, que pueda insinuarse por entre la agua, y el vidrio algun poco de ayre, por muy poco que sea se moverà, y irà saliendo la agua à proporcion de el espacio que pueda ir ocupando el ayre. No debe, pues, suponerse absolutamente, que el cuerpo liquido està siempre dispuesto à ceder à otros cuerpos.

Tampoco debe suponerse, proseguì, que no pueda moverse, ni ceder el cuerpo sòlido, rodeado de otros; y lo pruebo assi. Supongamos la misma botella llena perfectamente, parte de agua, y parte de cantidad de pequeños cuerpos sòlidos, de todo genero de figuras, y esparcidos por toda esta massa de agua. Imaginemos tambien, que todos estos cuerpos estàn en una perfecta, y absoluta quietud. Como la agua llene exactamente todos los espacios que hay, ò se concibe, que hay entre dichos cuerpos, es preciso que concibamos tambien todo genero de figuras en ella; pues es preciso concebirla acomodada al buque de dichos espacios intermedios, los quales no pueden dexar de ser de todo genero de figuras, sien-

dolo como se supone, los cuerpos que los forman. Concebirèmos, pues, que en dichos espacios intermedios hay pequeños globos de agua, pequeños triangulos, exagonos, cubos, &c. Supongamos ahora, que se agiten, y pongan en movimiento esta agua, y estos cuerpos incluidos en la botella. Yà es preciso concebir, que moviendose, y mudandose todas las partes de la agua, no pueden dexar de mudarse al mismo tiempo todas sus figuras. Es decir, que los pequeños globos de agua se dividiràn, por exemplo, en pequeños hemispherios, los cubos perderàn sus esquinas, y se haràn globos, &c. Concibese tambien, que estos pequeños cuerpos, como tambien las partes de la agua, reciben unos mas, y otros menos movimientos. Que afsimismo todos, y todas se mueven, de suerte, que no por esso haya de resultar el mas minimo vacìo, entrando los unos, ò las unas à ocupar en el mismo instante el lugar que dexan las otras, ò los otros. Y ultimamente, que todo esto se executa con la misma facilidad con que se dividen, y apartan las partes de la agua.

En suma concebimos, que en el primer instante de el movimiento se hace una grandissima mudanza de figuras: Que esta mudanza se hace por la fraccion, y separacion de las partes: Que esta division se hace por el movimiento de las mismas, y que este movimiento no puede hacerse sin esta division: Que assi el movimiento, como la division de dichas partes proviene de el esfuerzo que se hace para mover todo lo incluìdo en la botella: Que una parte no se divide en dos, à menos que se insinùe entre ellas alguno de dichos cuerpos sòlidos, ò alguna otra parte de agua. Por exemplo, que no pierde un cubo alguna de sus esquinas, sin que se insinùe, y entre en su lugar alguna otra porcion de agua, ò algun otro cuerpo, ò cuerpos que le ocupen, y llenen exactamente. Y ultimamente concebimos, que sola una cosa puede impedir la division, y el movimiento de dichas partes; es à saber, si es tal su disposicion, que dexando su lugar las unas, no puedan las otras tomarle al mismo tiempo: porque

que no haviendo vacìo alguno antes de el movimiento, como se supone, tampoco puede haverle al tiempo de el movimiento mismo.

Supongamos yà, que toda esta agua, y todos estos cuerpos se han restituìdo al estado de quietud que tenian antes, y luego concibamos, que en lugar de las partes de la agua, que ocupaba todos los intersticios que havia entre los cuerpos sòlidos, se introducen, y colocan otros cuerpos sòlidos, que llenen exacta, y precisamente dichos intersticios: ò bien supongamos, que se hiele toda la agua sin aumento, ni diminucion de su volumen. Supongamos mas, que Dios hace esfuerzo para mover toda esta materia incluìda en la botella; y que procura dividir al mismo tiempo todas sus partes en el mismo sentido, y de el mismo modo precisamente, que se dividirian, y moverian las partes de la agua, cuyo lugar ocupan. Todavia no supongo movimiento, sino solo el impulso, ó esfuerzo para producirle: suposicion que ninguna implicacion embuelve en sus terminos; pero defiendo, que de el impulso deben seguirse indispensablemente la division, y el movimiento, y discurro asi.

De dicho impulso deben seguirse la division, y el movimiento, si nada hay que lo impida; pero es asi, que nada hay en esta hypotesi, que pueda impedirlo: porque la disposicion de las partes à la division, y al movimiento la misma es (à lo menos respecto de Dios) en esta hypotesi, en que se supone toda la materia sòlida, que en la antecedente de los cuerpos sòlidos mezclados, y incorporados con la materia liquida. Y si fuesse invencible la oposicion à la division, y al movimiento que se imaginan algunos en las partes de la materia toda sòlida, sin duda lo serìa tambien en la hypotesi de los sòlidos mezclados con los liquidos. Pues si concibieramos, que en esta era tal la disposicion de las partes de la agua, que yendo una à moverse no podria otra, ni otro cuerpo tomar su lugar en el mismo instante, serìa preciso concebir tambien, que nunca se podria hacer el movimiento, ni la division de dichas partes: como sucede, y se vè en

la

la experiencia, de que hablè al principio, en que ninguna parte se cae de la botella, buelta perpendicularmente boca à baxo; porque estando todo el espacio lleno, todas las partes resisten unidas, y en comun el esfuerzo, y movimiento de cada una en particular. Mas una vez que concibamos, que las partes de esta materia, mezclada de sòlidos, y liquidos, estàn dispuestas de suerte, que caso que se mueva una, haya de tomar otra al mismo tiempo su lugar, y el que esta dexa, otra, &c. es preciso concebir tambien, que al impulso, ò esfuerzo que se haga para dividir, y mover dichas partes, no pueden dexar de seguirse su division, y movimiento. Assi, pues, tambien en la segunda hypotesi de la materia toda sòlida, supuesto que Dios impeliesse, y determinasse sus partes al movimiento de el mismo modo, y en el mismo sentido, que huvieran sido impelidas las partes de la agua en la primera hypotesi, se hace claro, que al moverse una de dichas partes sòlidas, entraria otra à ocupar su lugar en el mismo instante; pues seria impelida, y determinada, como la parte de agua, que debiera ocuparle en la primera hypotesi. Luego en la segunda hypotesi deben seguirse al impulso la division, y el movimiento de las partes, como en la primera; y consiguientemente no debe suponerse, como indubitable, que un cuerpo sòlido, rodeado de otros, no puede moverse, ni ceder al impulso de otros cuerpos.

Toda la diferencia, que hay de una à otra hypotesi, es, que las partes de los sòlidos no se dividen unas de otras con tanta facilidad, como las de los liquidos; y assi pueden exigir para dividirse, y moverse mayor impulso, ò esfuerzo. Pero quièn le quitarà à Mr. Des Cartes, que suponga, si quisiere, que Dios impele la materia con un esfuerzo infinito? Con advertencia, que la oposicion, ò resistencia, que en este caso harian las partes de la materia à su division, y movimiento, no seria de todas juntas, y en comun contra cada una en particular. Ni habria mas resistencia, que la que cada una de las partes haria, ò podria hacer en particular à su propria division; pero esta clarissimamente se concibe, que no es invencible.

En

En una palabra : Es posible la division , y el movimiento de los sòlidos en qualquiera espacio , una vez que las partes de dichos cuerpos se conciban impelidas àcia todas las partes de el espacio , y determinadas , de suerte , que al moverse cada una de ellas , inmediatamente entre otra à ocupar su lugar. Sin esta condicion es impossible el movimiento aùn en los liquidos : con ella es necessario , hasta en los sòlidos.

Esta explicacion , les dixe , me parece una demostracion legitima , mas no por esso pretendo , que la recibais , y reconozcais por tal. Por ahora me darè por contento, de que siquiera os haga tener por sospechosos los argumentos contrarios , que hasta aqui se hacian , y reputabais indisolubles en este sugeto. Si quisiereis reflexionarla , y examinarla despacio , espero , que me concedereis algo mas.

De hecho , Monsiur , mis Peripateticos se dieron , ò mostraron darse por satisfechos de mi respuesta. Solo les quedò un ligero escrupulo , motivado de que suponian, que dabais figura cubica à todas las partes de la materia en el instante de su primera division : circunstancia , que les daba siempre alguna inquietud. Pero à esto les dixe, que por poco que quisiessen reflexionar sobre lo que yo acababa de explicarles , claramente conocerian , que dicha circunstancia no añadia especial dificultad. Y que, quando la añadiesse , no estaba à vuestro cargo , pues nunca haviais hecho semejante suposicion , como yo podia bien assegurarles , y ellos podian convencerse , leyendo vuestros escritos. Que en el libro *de los Principios* solo suponiais , que no todas las partes de la materia havian sido redondas ; y que en el tratado *de la Luz* expressamente las atribuiais todo genero de figuras imaginables. Mostrèles los lugares mismos , y les hice leer en ellos vuestras mismas palabras , para que saliessen enteramente de el escrupulo ; y con esta ocasion les hice notar , y reconocer de passo la infidelidad , ò poca axactitud de algunos Authores , que havian expuesto assi vuestra doctrina à su antojo , y como les estaba mas à cuento para impugnaros con ventaja.

En

En fin resumì, y les expliquè en dos palabras todo vuestro pensamiento, el qual entendì siempre en esta forma: es à saber, que Dios en la primera agitacion, y division de la materia, havia hecho partes de todo genero de figuras; y que las havia impelido, y determinado à moverse de todos lados, y modos. Que haciendolas moverse asi, havia hecho de ellas un cuerpo fluido, de el qual havia tomado despues ciertas grandes porciones, ò volumenes, para agitarlos en circulo, y formar de este modo los turbillones: de modo, que todas las partes insensibles girassen cada qual respectivamente al rededor de el centro de su turbillon, y ademàs de esso muchas, ò las mas de ellas rodassen tambien cada qual sobre su proprio exe. Que por este movimiento, y tumulto se hacia una gran mudanza en las partes de la materia, perdiendo las unas sus pequeñas puntas; y uniendose entre sì, para formar ciertas partes algo mayores, las otras. Que yo mismo despues de vos estaba persuadido à que cada instante estaba sucediendo esto, ò algo muy semejante, entre las partes insensibles de los liquidos. Y ultimamente, que de la mudanza que sobrevenia en las partes de la materia, deduciais la existencia, y diferencia de vuestros tres elementos. Ossarè, Monsiur, prometerme, que no os desagradaràn mucho mis respuestas; y que asimismo reconocereis, que si soy inferior à muchos de vuestros antiguos discipulos en ingenio, y capacidad, à nadie cedo en la aplicacion, que deseais, y decis, que debe darse al estudio de vuestros escritos antes de hacer crisis, mayormente por aquellos, que quieran empeñarse en combatirlos, ò en defenderlos.

Continuando, pues, en daros cuenta de mis conferencias, esta de que acabo de tratar, tuvo dos efectos. El primero fuè hacer, que dichos Peripateticos corrigiessen algo la mala opinion en que estaban, à cerca de vuestra doctrina; y que no la reputassen yà como hacian antes, absolutamente improbable, expuesta à mil absurdos, toda llena de contradicciones, y un systema en fin todo chimerico, que se destruia à sì mismo. El otro efecto, no tan favorable, fuè, que dos, ò tres de ellos, los mas

has

habiles, y penetrantes, haviendo con esta ocasion entrado en cuidado, se aplicaron muy de veras al estudio, y examen de vuestros escritos, donde pretenden haver descubierto invencibles dificultades; sobre que, como yà os lo dixe al principio, me contemplè obligado à consultaros, porque à la verdad, por muy determinado Cartesiano que yo me reconozca, y por mas que me haya animado el primer sucesso, no dexo de conocer, que son embarazantes. En suma, yo me hallo sobremanera embarazado, y para salir de tanta dificultad, he menester luces tan vivas como las vuestras.

Quince dias se estuvieron dichos Monsiures sin proponerme reparo considerable contra vuestra doctrina; y tres, ò quatro conferencias, que en este tiempo tuvimos, se passaron en apurar vuestros sentimientos, y en liquidar, ò aclarar ciertos passages, y clausulas de vuestras obras, cuyo sentido creìan, ò afectaban creer, que no alcanzaban. En mi sentir era este un estratagema, de que usaban, yà para ganar tiempo, yà tambien para irme empeñando poco à poco en algun mal passo, pero me reparè muy bien contra sus ardides, advertido de que las havia con tres combatientes muy habiles, y experimendos. Es verdad tambien, que la bondad de la causa que sostenìa, me alentaba, y asseguraba muchissimo. En fin, dos dias ha que se declararon altamente; y ofreciendo, ò mas bien amenazando impugnar antes de mucho lo mas de vuestra Metaphisica, y de vuestra Phisica, me dixeron, que querian atacar desde luego el systèma de vuestros turbillones (que es lo mismo, que acometeros por la frente) y que esperaban trastornar, y echar por tierra toda vuestra doctrina en este punto.

Con todo, como son no menos bien criados, y atentos, que penetrantes, y capaces: y estando por otra parte, como estaban, muy satisfechos de la bondad, y eficacia de sus discursos, no quisieron obligarme à responder de repente, por ahorrarme el embarazo, y la confusion, que previeron bien no podria yo dexar de tener, si huviesse de responder desprevenido, y sobre los bancos, como suele decirse, à tan fuertes argumentos. Die-

ronmelos, pues, por escrito, para que los examinasse despacio, y à mis solas, contentandose por entonces con leermelos una sola vez, por vèr si comprehendia yo bien sus pensamientos. Y debo confessar, que aunque procurè hacer bien el bravo, y no mostrar flaqueza, interiormente les agradeci muy de corazon la atencion que usaban conmigo. Porque no arguïan sino con los mismos hechos, ò con principios, tomados palabra por palabra de vuestras obras, oponiendo los unos à los otros, y mostrando, ò intentando demostrar, que se destruyen mutuamente, y todo esto de un modo tan plausible, y verosimil, que es preciso ser Mr. Des-Cartes, ò à lo menos mucho mas habil que yo para poder darles respuesta que satisfaga. Voy, pues, à trasladar en proprios terminos lo mas principal de su memoria, cuyo titulo es:

DIFICULTADES, QUE CIERTOS Peripateticos propusieron à un Cartesiano, contra el general systèma de el Mundo de Mr. Des-Cartes.

MOstraràse lo primero, dice, que el orden, ò disposicion que dà Mr. Des-Cartes à la materia, ò mas bien à sus tres elementos en los turbillones, no puede conformarse à las principales reglas de el movimiento, que èl mismo estableciò, ni se aviene con las propriedades, que atribuye à dichos elementos. De donde saldràn consequencias, que destruyan enteramente su doctrina, tocante à la naturaleza de la luz.

Mostraràse lo segundo, que su explicacion de la naturaleza, y phenomenos de la luz no se acomoda, ni puede subsistir con la disposicion, que dà à dichos elementos en los turbillones: como ni con la disposicion, que dà à los mismos turbillones respectivamente entre sì mismos.

Lo tercero, y ultimo se mostrarà, que en los mismos principios de Mr. Des-Cartes, no puede la tierra,

co-

como ni otro alguno de los Planetas, tener proprio turbillon en el turbillon Solar. Y si esto se demostrasse, se trastornarà, y echarà por tierra, no solo la Astronomìa de Mr. Des-Cartes, mas tambien toda la fabrica, y economia de su mundo.

Primer Argumento.

1 SUponese desde luego el gran principio de Mr. Des-Cartes; esto es, que *todo cuerpo, agitado en circulo, hace quanto puede por apartarse de el centro de el circulo, que describe en su movimiento.*

2 De este principio general se sigue luego, como consequencia inmediata, esta proposicion particular; es à saber, que *en un turbillon, en que se agiten en circulo las materias de el primero, de el segundo, y de el tercer elemento, todas tres materias procuraràn apartarse, como à porfia, de el centro de el turbillon.*

3 Sale tambien de el mismo principio otra conclusion no menos cierta, y es, que *en el esfuerzo, y lucha comun, que hacen diversos cuerpos, assi mezclados, y agitados, para apartarse de el centro de su movimiento, prevalecen aquellos, que son mas proprios à moverse, y obtienen mayor agitacion*: de manera, que al fin havràn de montar sobre los otros, constriñendolos à retirarse àcia el centro de el turbillon, y quedandose ellos dueños de la circunferencia.

Quando esta conclusion no tuviesse una indispensable dependencia, y una visible conexion con dicho principio, como realmente la tiene, bastaria que fuesse, como es, expressa de Mr. Des-Cartes en diversos lugares de sus obras; y mas en particular en la quarta de el libro *de los Principios*, donde por esta misma proposicion dà *Num. 23?* razon de el movimiento de los graves àcia el centro de la tierra: declarando assimismo, que no por otra razon se mantiene la tierra debaxo de el ayre, y el ayre debaxo del Æther.

4 Todavia se añade otra proposicion, que assienta, y repite muchas veces Mr. Des-Cartes, sobre todo en la

tercera, y en la quarta parte *de los Principios*, como tambien en el capitulo 8. de el libro *de la Luz*; es à saber, *que el primero, y el segundo elemento son mucho mas aptos à moverse, y tienen mucho mayor agitacion, que el tercero*; cuyas partes, por ser de muy varias, y irregulares figuras, y assimismo de algo mayor volumen, que las de los otros, son mas embarazantes, y pesadas.

Esto supuesto, dicen, desde luego admitimos à Mr. Des-Cartes, que haviendo sido criada la materia, como èl se lo imagina, no solo haya podido Dios dividirla, y moverla, mas tambien, que de hecho la haya dividido, y movido, como nos Propone. Pero hagamos alto aquì, y fixemos nuestra consideracion en este gran volumen de materia, en cuyo centro se coloca, por exemplo, el Sol. Concibamos además de esso, que este turbillon, ò gran volumen de materia, compuesto de una infinidad de partecillas insensibles, se mueve todo en circulo, rodando, y girando dichas partecillas al rededor de su centro.

De este movimiento deben nacer, segun Mr. Des-Cartes, sus tres elementos: es à saber, el polvillo, ò materia subtil de el primero, los globulos, ò bolillas de el segundo, y las partes ramosas de el tercero: todos los quales son partes de la materia, y solo se diferencian por sus diferentes figuras, y por su mayor, ò menor tamaño.

Sea, que el tercer elemento se formasse quando se formaron los otros dos, como parece, que lo supone Mr. Des-Cartes en su tratado *de la Luz*: ò yà sea, que se formasse despues por el amasso de muchas de las partes de el primero, como parece que lo enseña en el libro *de los Principios*; pretende este Philosopho, que en dicho tumulto, y despues que la agitacion de la materia haya durado lo bastante para que se quiebren, y gasten las esquinas de las partes del segundo elemento, deben las de el primero obtener particular, y principalmente dos lugares. El primero en todo el espacio de el turbillon, por todo el qual deben estàr esparcidas para llenar, y ocupar exactamente todos los intersticios, que haya entre todas las demàs partes de la materia. Y el otro en el centro de

el

el turbillon; adonde las haràn baxar las bolas de el segundo elemento, y en donde formaràn un grande amasso, ò cuerpo espherico, y fluido, que no es otra cosa, que el mismo Sol; el qual, por razon de la agitacion circular de sus partes, y de el esfuerzo, que dichas partes hacen para apartarse de el centro de su movimiento, impele los globulos de el segundo elemento en todos los puntos, y por todas las lineas imaginables; de manera, que comunicando por su medio este mismo impulso à nuestros ojos, hace en ellos una cierta impression, de que proviene la sensacion de la luz.

A esto se reduce, prosiguen, toda la bella doctrina de Mr. Des-Cartes en este particular. Pero por los mismos principios, y por sus mismas proposiciones se le mostrarà, que no la materia de el primer elemento, sino antes bien la de el tercero debe obtener el centro de el turbillon. De donde se seguirà, que los Astros, incluìdo tambien el Sol, bien lexos de ser luminosos, no serìan sino cuerpos opacos, como la tierra; pues vendrìan à ser unas ciertas massas, ò cuerpos sòlidos, compuestos de partes de el tercer elemento, acinadas, y trabadas entre sì sin orden, y no solo privadas, mas tambien incapaces de el movimiento, que requiere la luz.

Demostracion.

DE muchos cuerpos, que se muevan juntos circularmente, aquellos se apartan menos de el centro de el movimiento, que tienen menos fuerza, y connato para apartarse; y aquellos tienen menos fuerza, y connato, que son menos proprios al movimiento, y reciben menos impulso: como tambien por el contrario lòs que son mas bien dispuestos à moverse, y reciben mas fuerte agitacion, se apartan mas de dicho centro, y fuerzan los demàs à arrimarse, y aùn à entrar en èl. Esta es la tercera proposicion, que se supuso, tomada de Mr. Des-Cartes.

Pero es assi, que la materia de el tercer elemento es mucho menos propria à moverse, y no es capàz de tanta agi-

agitacion, como la de el primero. Esta es la quarta proposicion, que tambien se supuso, como doctrina de Mr. Des-Cartes.

Luego no la materia de el primer elemento, sino antes la de el tercero debe obtener el centro de el turbillon. Que es la proposicion, que se propuso, y se ofreciò dàr demostrada, contraditoria de aquella en que funda Mr. Des-Cartes todo su bello systèma de la luz. Luego el Sol, y las Estrellas no son cuerpos luminosos, sino opacos.

Nada se le atribuye, nada se le supone à Mr. Des-Cartes, que no sea suyo. Preguntasele, pues, ahora, por què principio, no sabiendo què hacerse de los fragmentos, ò partes de que se forman las maculas de el Sol, ni que uso darles en el centro, ni aùn en las cercanìas de el centro de el turbillon, en donde supone èl mismo que se forman: se le pregunta, dicen, por què principio hace salir àcia la circunferencia dichas partes, tan ramosas, y tan poco proprias al movimiento, como las supone; y no contento con esso, despues de haverlas arrojado fuera de el Sol, las hace formar en su contorno una especie de ayre, ò atmosphera, que se estienda hasta la esphera de Mercurio, y aún mas allà? Còmo, y por què razon las partes de el primer elemento, y las de el segundo, quedandose en el centro, ò cerca de èl, y en todo caso debaxo de dichas partes ramosas, las ceden con tanta facilidad el derecho, que en virtud de su mayor agitacion, y mayor disposicion al movimiento, tienen para moverse mas, para aspirar, y para obtener la circunferencia, y sus inmediaciones? Y si una vez se tolera, respecto de el Sol, este desorden, y la fractura de las leyes establecidas por Mr. Des-Cartes en su mundo; por què, respecto de nuestra tierra, una piedra, que yo arroje al ayre, havrà de ser forzada à baxar àcia el centro por la materia de el segundo elemento; debaxo de el pretexto, que no es suyo, ni le es debido el lugar que se havia hecho en el ayre, y que antes bien [illegible] debido à dicha materia, la qual no hace mas, que re[illegible]brar lo que havia cedido à la fuerza de el impulso que [illegible]via comunicado à la piedra?

Assi

Asſi ſe concuerdan, y aſsi ſe acomodan entre sì los principios de Mr. Deſ-Cartes! Aſsi, no obſtante, que de ellos ſe ſigan concluſiones contradictorias, les intitula, y les vende por principios, à las ſombra de tales quales exemplos, de que ſabe ſervirſe a tiempo, y con arte para alucinar à quien lea ſus obras ſin reflexion: disfrazando aſsi ſus paralogiſmos, y haciendo paſſar à bueltas de tal qual bella explicacion que dà de eſte, ò de el otro particular phenomeno, propoſiciones que ningun buen entendimiento, no eſtando preocupado, pudiera admitir!

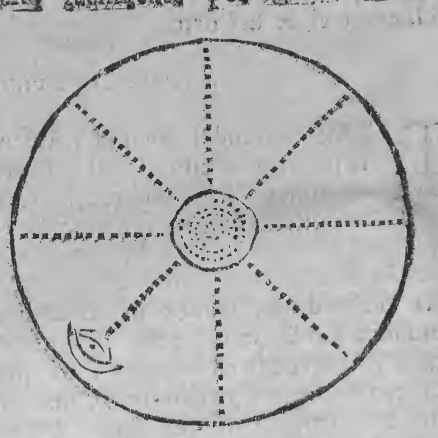
Eſte es, Monſiur, el primer argumento de los que dieron los Peripateticos en ſu memoria; cuya concluſion pudiera enojaros mucho, ſino ſupierais, como ſabeis muy bien, que el eſtilo Eſcolaſtico no es tan culto, ni tan civil como el de la Corte.

Segundo Argumento.

PARA comprender bien eſta dificultad, debe ſuponerſe lo primero con Mr. Deſ Cartes, que las Eſtrellas fixas no eſtàn en la circunferencia de una miſma eſphera, ni diſtan igualmente de el centro de eſte nueſtro mundo viſible, ſino que las unas eſtàn como ſumergidas à mas diſtancia en eſſos baſtiſsimos eſpacios de el Firmamento; y las otras diſtan menos de el centro de dicho nueſtro mundo. Lo ſegundo, debe ſuponerſe con el miſmo Author, que todas ellas tienen cada qual ſu turbillon, cuyo centro ocupan: y aſsimiſmo, que eſtos turbillones vienen à ſer otras tantas eſpheras, ò elypſes, ſituadas debaxo, encima, y à los lados las unas de las otras. De ſuerte, que podemos, y debemos concebir el turbillon de el Sol, (por exemplo) en el qual ſe hallan nueſtra tierra, y los demàs Planetas, como una eſphera de materia fluida, rodeada de otras ſemejantes, que la tocan cada qual en un punto de ſu ſuperficie: Al modo que una bola, rodeada por todas partes de otras bolas, las toca, y es tocada de cada una de ellas en algun punto de ſu ſuperficie.

Debe en tercer lugar traherse à la memoria, como explica Mr. Des-Cartes la luz. Y es, dice èl: Que las partes de el primer elemento, que se hallan como arrinconadas, y encarceladas en el centro de el turbillon, no cessan de hacer todo el esfuerzo possible para salir de alli à la circunferencia. De donde proviene, que impeliendo continuamente la materia de el segundo elemento, que las rodèa en todos los puntos imaginables, este impulso se comunica, y propaga por todas las lineas imaginables hasta la circunferencia; y no pudiendo dexar de encontrarse alguna de dichas lineas con nuestros ojos, si estàn bueltos àzia el Sol, (ò yà sea otro qualquiera Astro) les pulsan, y aprietan de suerte, que determinan nuestra alma à la sensacion, ò percepcion, que llamamos *vèr*.

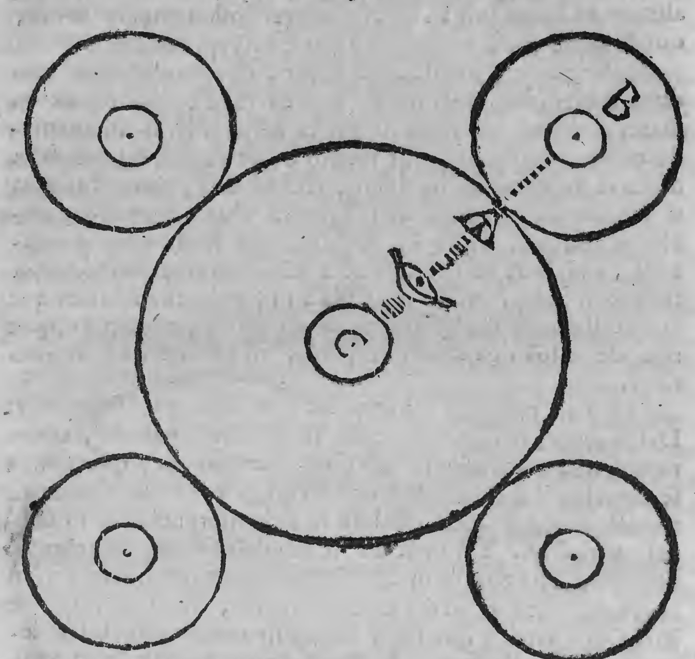
Comprenderàse esto facilmente por medio de la siguiente figura, en la qual los puntos, que se vèn conglobados en el centro, y dentro de el circulo interior, representan la materia del primer elemento, ò por decirlo mas bien, el Astro; y las lineas tiradas à la circunferencia, representan los rayos de la materia de el segundo elemento, que impelida por las partes de el Astro, pulsa el ojo, que se halla en el ambito de el turbillon.



Sì, bien se puede assegurar, que en esta disposicion de turbillones no podriamos nosotros vèr las Estrellas, hallandonos, como supone Mr. Des-Cartes, que nos hallamos en el de el Sol; y esto por sus mismos principios.

Añadanse al turbillon, representado en la precedente

te figura otros quatro, los quales se imaginen ser los turbillones de quatro Estrellas, las mas inmediatas al turbillon de el Sol; y el ojo, que en la figura antecedente



estaba mirando al Sol; buelvase en esta àzia uno de los quatro turbillones, à mirar (por exemplo) la Estrella B. Yà es facil demostrar, que no podrà el ojo, estando en esta positura, vèr dicha Estrella.

Demostracion.

EL ojo no puede vèr la Estrella B. sino por medio de los rayos, que àzia èl mismo impela dicha Estrella por razon de el esfuerzo, que continuamente hacen sus partes, para apartarse de el centro de sus turbillones: comunicando, y propagando assi su impulso hasta

el ojo, y haciendo por consiguiente en èl, ò en el nervio optico la impressiòn que se requiere para que la perciba: Pero es assi, que la Estrella B. no puede impeler rayo alguno, ni hacer por su medio impressiòn alguna en el ojo, que se halla en el turbillon Solar, y se prueba.

Porque no puede hacerse sino de uno de dos modos: ò bien inmediatamente por un rayo, ò linea de la materia de el turbillòn de dicha Estrella B. ò bien mediatamente; esto es, por medio de un rayo, ò linea de la materia de el turbillon Solar, rechazada, y impelida àcia el ojo por el turbillon de la Estrella. Como si (por exemplo) la linea A. B. de el turbillon de la Estrella rechazasse, y hiciesse retroceder àcia el ojo la linea A. C. de el turbillon Solar. No es possible, ni puede concebirse, que la Estrella haga pression alguna en el ojo, no siendo por uno de estos dos medios; pero, ni el uno, ni el otro sirve.

No el primero, porque los turbillones, segun Mr. Des-Cartes, tienen cada qual su distrito separado, como tambien su movimiento diverso: De manera, que nunca se mezclan las lineas de uno con las de otro; sino, que se terminan todas cada qual en la circunferencia de su proprio turbillòn. Y si una vez se admitiesse esta mezcla, ò mas bien esta confusion de lineas, bien presto bolverian lòs turbillones al desordenado chaos, de donde quiere Mr. Des-Cartes, que haya salido su mundo por solas leyes de el movimiento. Despues de que no haviendo punto alguno en todo el turbillon Solar, de donde la Estrella no pueda ser vista, serìa preciso que la materia de el turbillon de la Estrella se extendiesse, y ocupasse todo el espacio de dicho turbillon Solar: cosa de suyo obscurissima, y que no dice, ni puede decir Mr. Des-Cartes.

Resta, pues, y es preciso recurrir al segundo medio; pero ni este puede servirle, atento sus principios, uno de los quales es, que los turbillones, aùn quando sean desiguales en el tamaño, deben ser iguales en la fuerza: porque dice el mismo, si les faltasse essa igualdad de fuerzas, no podrìan mantenerse, debiendo en esse caso los mas debiles ser el despojo de los mas poderosos. Y esta igueldad

Tratad. de la Luz. c. 15.

està

està en que moviendose la materia de la Estrella de cada turbillon siempre uniformemente en circulo, impele continuamente la materia de su Cielo àzia la circunferencia, y contra los turbillones vecinos con otro tanto impetu precisamente, quanto es el que emplean los Astros de dichos turbillones vecinos en impeler tambien respectivamente cada qual de su parte la materia de sus Cielos. De donde se sigue, segun Mr. Des-Cartes, que se hayan de sostener unos contra otros, en un perfecto equilibrio: Pero quièn no vè, que asimismo se sigue de este principio, que la materia de un turbillon no puede rechazar la de otro, haciendola retroceder àcia el centro de donde se aparta, y huye con el mayor impetu, que puede comunicarle todo el esfuerzo de su respectivo Astro, que la impele? Y consiguientemente, ni el esfuerzo que hace la materia de la Estrella B. para apartarse de su centro, podrà hacerse sentir en el ojo, que se halla en el turbillon Solar, por medio de la linea A. C. rechazada, y hecha retroceder àcia el centro de dicho turbillon. Supuesto, que tambien la materia de dicha linea A. C. es impelida àcia la circunferencia, y và à encontrarse con la de la linea B. A. con tanta fuerza, como esta puede traer.

Mas, para explicarnos con un exemplo, de que suele servirse mucho Mr. Des-Cartes, supongamos, que un ciego llega su mano à la punta de un baston; pero ni aprieta su mano contra ella, sino que la pone contigua. Supongamos lo segundo, que para que esta mano perciba el bastòn, no basta que le estè contigua, y le toque, sino que ademàs de esso se requiere algun genero de presion de el bastòn contra la mano. Supongamos lo tercero, que una segunda mano agena toma el bastòn por la otra punta, y le impele con quanta fuerza puede contra la mano de el ciego. Y ultimamente, supongamos, que otra tercera persona, tomando por medio el bastòn, hace todo el esfuerzo possible por apartarle de la mano de el ciego; y no esfuerzo como quiera, sino precisamente igual al que hace la segunda mano. En este caso es evidente, que el bastòn no yendo adelante, ni atràs, no harà presion alguna en la mano de el ciego; y por consiguiente, este

te no le percibirà, conforme à la segunda suposicion.

Apliquemos, pues, esto à nuestro caso. Imaginèmonos la linea representada en la figura, y tirada desde la Estrella B. hasta el ojo, como el bastòn contiguo à la mano de el ciego. Que dicha linea llegue, y toque en el ojo, no basta para que este lo sienta, y perciba la luz de la Estrella. Es menester, pues, añadir algo mas; esto es, la pressión de la linea contra el ojo, para que este pueda vèr, assi lo enseña Mr. Des-Cartes. Y de donde vendrà esta pression en la hypotesi de que hablamos? La linea A C. no exige por sì misma que se haga pression alguna en el ojo; antes bien se aparta de èl con todo su connato. Tampoco puede venir de la linea B. A. de el turbillon de la Estrella, porque por mas que esta impela dicha linea àcia el ojo su impulso, ò no alcanza fuera de la esphera de su turbillon, ò (dado caso que alcanzàra) serìa interrumpido, y cortado en esta hypotesi por el igual contrario impulso con que la linea A. C. porfia en apartarse de el ojo. Y assi este, no recibiendo impression, ni pression alguna de el rayo de la Estrella, (como ni la mano de el ciego la recibe de el bastòn) no sentiria, ni percibiria la Estrella, como ni el ciego de el exemplo percibe el bastòn: Luego el ojo que se halle en el turbillon Solar, no puede vèr la Estrella B. ni otra alguna.

Confirmase, y se declara mas el assumpto, si se trae à la memoria, que en principios de Mr. Des-Cartes, no yà unicamente lo que interrumpe, y quebranta de el todo el impulso de los rayos, mas aùn tambien lo que debilita, y disminuye su movimiento, impide la pression, y efectos de el objecto luminoso en los organos de nuestra vista Maxima, de que se sirve para explicar las maculas de el Sol; esto es, aquel genero de sombras, ò partes menos lucidas, que se descubren en el disco Solar. Porque dice èl, las partes de el tercer elemento, haviendose trabado, y unido en bastante cantidad, forman un genero de massas, ò costras, que interpuestas entre nosotros, y el Sol, impiden, que este impela la materia celeste àcia nuestros ojos, con tanto impetu, y tan vivamente como la impelia antes que se formassen dichas

cos-

costras. De que proviene, que las lineas de materia celeste, que hay, ò se concibe que hay desde dichas costras à nuestra vista, dexan de ser rayos de luz respecto de nosotros; pues yà no nos hacen percibir lucidas aquellas partes de el Sol que estàn cubiertas con las costras, como percibimos las partes, que quedan despejadas. De suerte, que esta misma luz, que percibimos en todo lo restante de el disco Solar, nos hace percibir en las partes correspondientes à dichas costras una cierta falta de luz, que llaman *macula*. Esta es la doctrina de Mr. Des-Cartes en este particular; pero es evidente, que la mayor, y mas espesa costra, ò porcion de materia de el tercer elemento, que no haga mas que nadar, como una nube, en la superficie de el cuerpo luminoso, estorbarà menos la accion de sus rayos sobre el organo de nuestra vista, que si otra fuerza igual à la de dichos rayos, los detuviesse, y rechazasse, como sucede en nuestra hypotesi, en que la materia de el turbillon Solar; esto es, la linea A. C. se opone con igual esfuerzo à la linea, ò rayo B. A. de el turbillon de la Estrella; y por consiguiente esta no puede ser vista de quien se halle en el turbillon de el Sol.

Diga, y haga aqui Mr. Des-Cartes lo que quisiere: por mas que trabaje, y procure eludir la atencion de sus lectores con explicarles la refraccion, que dice, que padicen los rayos de las Estrellas, quando entran en el turbillon solar; no dexaràn de conocer, que todo su trabajo se reduce, hablando en proprios terminos, à añadir à la dificultad nuevas tinieblas para huirla. Diganos siquiera si puede, què quiere decirnos por estos rayos de la Estrella, que dice, que se entran, y atraviessan por el turbillon de el Sol? Pero estamos convencidos, por lo que dexamos declarado, que nada puede responder, que sea tolerable.

Y si no puede concebirse bien, que una Estrella, cuyo turbillon toque inmediatamente; y se roce con el de el Sol (en el qual nos coloca Mr. Des-Cartes) pueda propagar su impulso hasta nosotros; què dirèmos de las Estrellas, cuyos turbillones distan muchissimo de el nues-

tro,

tro, y cuyos rayos no podrian hacer impresion en nuestra vista, sino atravesando otros muchos turbillones: los quales, debiendo moverse en muy diversos sentidos, serian otros tantos estorvos à la propagacion de dichos rayos, y de su impulso? Ciertamente, quando lo que acabamos de exponer, no fuesse de todo punto demostrativo, respecto de las Estrellas inmediatas al Sol, lo seria respecto de las distantes. Y assi en vez de una infinidad de Estrellas, que cada noche vemos brillar en el Cielo, ni un ciento de ellas podriamos descubrir con los mejores telescopios.

Y si añadieremos, que ni aùn se podria vèr el Sol en la hypotesi de Mr. Des-Cartes? Pues esto mismo por paradoxo, que parezca se le puede probar tambien por sus principios. Porque para esto no es menester mas, que darle à la tierra un particular turbillon, que se mueva con igual impetu, pero en sentido opuesto al movimiento de la materia celeste, que el Sol impele àcia nuestros ojos. Mas esto yá lo tiene la tierra por concession de el mismo Mr. Des-Cartes: quien enseña, y supone expressamente, que la tierra tiene su turbillon particular, cuya materia hace continuo esfuerzo para apartarse de el centro de su movimiento. Este moviento debe ser igualmente impetuoso, y fuerte, que el de la materia de el turbillon Solar; pues solo en essa suposicion puede conservarse el turbillon terrestre. Luego no puede llegar à nuestros ojos el impulso de los rayos de el Sol, à lo menos con la viveza, que se requiere, para hacernosle vèr tan luminoso, como le vèmos.

Què dirèmos al fin de los Planetas, y de los Cometas, los quales no se vèn sino por medio de los rayos de el Sol, yà reflexos, y que por consiguiente no pueden ser tan fuertes, como los directos? Si el turbillon de la tierra, supuestos los principios de Mr. Des-Cartes, no podria dexar de detener, ò à lo menos debilitaria mucho los rayos directos de el Sol; con mucha mas razon debilitaria, y aùn detendria los reflexos, estorvandonos por consiguiente la vista de estos Astros, que solo por su medio pueden verse.

To-

Todo esto nos parece muy dificil, y no quisieramos declararnos Cartesianos, sin estàr antes bien instruidos. Pero aùn hay mas, y acaso falta lo mejor de este turbillon terrestre, sobre què tenemos, y añadimos otra tercera no inferior dificultad.

Tercer Argumento.

ESTA dificultad, sobre fundarse tambien en los principios de Mr. Des-Cartes, tiene tan malas resultas contra su systèma mundial, que quando todas las demàs nada valiessen, sola ella podria desconcertarle, y trastornar quanto en el parece estàr mas bien dispuesto, y establecido. Supone Mr. Des-Cartes, que la tierra tiene un proprio, y particular turbillon en el gran turbillon Solar: privilegio, que concede tambien à Jupiter, pero no à la Luna. Explica luego esta suposicion de un modo naturalissimo, y muy simple, con el exemplo de aquellos remolinos de agua, que suelen verse en algunos rios, y dentro de cuya esphera se vèn otros remolinos pequeños; los quales, obedeciendo, y siguiendo el movimiento de los grandes, giran al rededor de su centro; pero hacen girar tambien cada qual al rededor de el suyo proprio hojas, pajuelas, y otras cosas. Nada pudo imaginarse mas bien, ni mas proprio para hacer percibir, como pueden Jupiter, y la tierra, al mismo tiempo, que son arrebatados, y llevados al rededor de el Sol por la materia de el turbillon solar, hacer girar sin embargo en sus proprios turbillones otros Planetas, como Mr. Des-Cartes supone, que giran la Luna en el turbillon de la tierra, y en el de Jupiter sus Satelites. Mas por desgracia, haviendo examinado esta hypothesi sobre nuestros principios, nos ha parecido chimerica; y aùn en principios Cartesianos mantendrèmos, que no puede la tierra tener proprio, y particular turbillon.

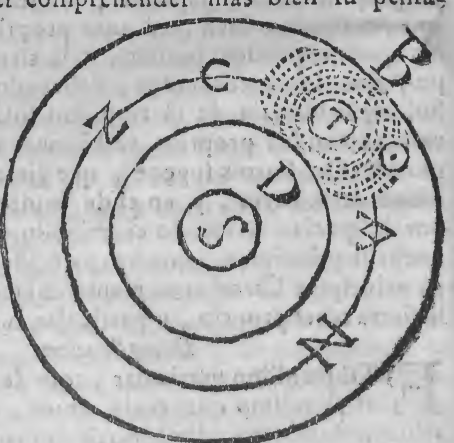
Demostracion.

ESTE turbillon particular, que se le dà à la tierra, ò es el mismo que tenia antes, quando todavia era Astro, ò es otro adquirido de nuevo. Pero es assi, que no puede ser uno, ni otro. Luego no le puede tener.

No puede ser el que tenia antes; porque segun Mr. Des-

Des-Cartes, no puede un Astro hacerse Cometa, ò Planeta (como segun el mismo lo es la tierra) sin que pierda su turbillon. Sobre que conviene traer à la memoria, que en principios Cartesianos no se conserva un turbillon, sino porque, y mientras su materia tiene tanto impulso, y se mueve con tanto impetu, como la materia de los otros turbillones sus vecinos. Mas, no bien se cubre de maculas algun Astro, de suerte, que yà no pueda mover la materia de su turbillon con la misma fuerza que antes, se pierde el equilibrio, y es preciso consiguientemente, que el Astro pierda su turbillon. Pero es assi, que la tierra es Astro cubierto, no de maculas como quiera, sino de muchas, y muy gruessas costras, por no decir, que toda ella es una costra de una profundidad inmensa. Luego no pudo conservarse su turbillon; y consiguientemente debiò ser destruìdo, y engullido (por servirnos de la expression, que corresponde al verbo latino, de que usa Mr. Des-Cartes) por el turbillon solar. Resta, pues, ahora saber, si pudo la tierra adquirirse otro nuevo, despues que entrò en dicho turbillon solar.

De hecho Mr. Des Cartes toma este partido; y para declararse, y hacer comprehender mas bien su pensamiento, propone la siguiente figura, que representa el turbillon solar. El centro, y pequeño circulo interior S. representa el Sol. La elypse puntuada A. B. C. D. representa el pequeño turbillon de la tierra T. en el qual se vè girar un pequeño globo, que representa la Luna. El circulo N. A. C. Z. representa el que describe la tierra al rededor de el Sol en espacio de un año. Y finalmente los circulos B. y D. re-



presentan los que terminan el mas corto diametro de el turbillon oval de la tierra.

Supone además de esso Mr. Des-Cartes, que sin embargo de que assi la tierra, como los demàs Planetas sean arrebatados, y llevados al rededor de el Sol por la materia de este turbillon, esta materia se mueve con mucho mas impetu, y velocidad, que dichos Planetas. Al modo que vemos, que la agua de un rio corre, y và mucho mas rapida, que los barcos, ò leños, que se dexan llevar de su corriente.

De esta suposicion infiere lo primero, que la materia celeste debe hacer rodar los Planetas, no solo al rededor de el Sol, mas tambien sobre sus proprios centros respectivamente: y formar assimismo en el contorno de cada qual un pequeño Cielo, que se mueva en el mismo sentido en que se mueve el grande.

Infiere lo segundo, que en caso que se encuentren en un mismo giro dos Planetas, uno de los quales sea mas pequeño, y por consiguiente vaya mas rapido, que el otro; debe el mas pequeño entrarse en el cielo del otro, con que encuentra, y girar perpetuamente con èl, y en èl, en qualidad de Planeta suyo. Y esto es, añade, lo que sucede à la Luna, respecto de la tierra.

Haviendo Mr. Des-Cartes hecho depender casi toda su Physica de el particular turbillon, que le señalò à la tierra; y siendo esta, por decirlo assi, la rueda, y pieza mas principal de toda su machina; debiò establecer quanto à ella pertenece: de modo, que nada se le pudiesse reprochar. Ni debiò suponer cosa, que pudiesse no sin razon ponerse en duda, ò caso que se pusiesse, que no pudiesse defenderse con toda solidèz. Veamos, pues, como lo hace.

Explica su primera proposicion, sobre que apoya toda su machina; es à saber, *que la materia celeste, que lleva al Planeta al rededor de el Sol, gira con mas rapidèz, que el Planeta mismo*; explica, dicen, esta proposicion con el exemplo de un barco, que se dexa arrebatar de la corriente de un rio, y con todo no và con la misma rapidèz, que la agua. Comparacion especiosa, y

plausible, pero cosa alguna tiene de sòlido, pues no concurre en el Planeta, que nada en la materia celeste, la razon, ò causa en virtud de que el barquillo dexa de ir con la misma rapidèz que và la corriente, que le lleva. Y es, que la parte de el barco, que sobresale de la agua, encuentra oposicion en el ayre: el qual no suele llevar el mismo curso, y por consiguiente, resistiendo al impulso, que la agua imprime al barco, retarda su movimieuto. De manera, que quanto mayor fuere esta resistència (como en caso de viento contrario) tanto mas lentamente se moverà el barco, en comparacion de la corriente, que le llevare: como tambien irà mas velòz a proporcion de la menor resistencia, y mas todavia à proporcion de lo que tal vez puede ayudarle el ambiente, en caso de viento favorable. Mas no sucede assi, respecto de el Planeta, que fluctùa en la corriente de la materia celeste; pues nada hay, que se oponga, y pueda retardar el movimiento, que esta puede, y debe imprimirle. Ni por sì mismo puede el Planeta resistir à la materia de el Cielo, como habla Mr. Des-Cartes; pues le supone indiferente (quanto es por sì) no solo à la quietud, y al movimiento, sino tambien à tal, ò tal determinacion, y à tal, ò à *tal* grado de movimiento.

Despues de esto passa Mr. Des-Cartes à dár la razon de la desigualdad, que quiere que haya entre el movimiento de el Planeta, y el de la materia celeste, que le arrebata; y es, dice, que si bien muchos cuerpecillos (quales son las partes insensibles de dicha materia) pueden, si conspiran à obrar juntos contra un cuerpo mucho mas guesso (como lo es el Planeta) tener tanta, y aùn mas fuerzas que èl; con todo nunca podràn moverle en tantos sentidos, ni tan aprissa, como se mueven ellos. Porque, por mas que convengan entre sì en algunos movimientos (los quales podràn comunicarle) infaliblemente havràn de diferenciarse en otros, respecto de cuya comunicacion, divididas las fuerzas, no la tienen.

O nosotros nos engañamos mucho, ò esta razon, para el caso en que estamos, no es mas que un puro en-

re-

gedo, y una de estas bueltas mañosas, que como yà hemos advertido, suele emplear Mr. Des-Cartes, para eludir la atencion de su lector, y ocultarle por este medio la debilidad, ò falsedad (que èl conoce muy bien, pero no quiere que se conozca) de alguna proposicion necessaria à su intento. Porque en semejantes casos lo que hace es echar mano de alguna bella, y aparente comparacion, para llamar, y divertir la atencion de sus lectores, captar su benevolencia, prevenir su imaginacion, y irse ganando, y domesticando poco à poco el entendimiento mismo: aunque tal vez la comparacion no haga al caso de la dificultad, que se trata. Y luego añade alguna tal qual razon abstracta, que pocos puedan, y quieran examinar despacio: previendo bien, que estando yà medio ganados por la belleza de el simil, se rendiràn facilmente à qualquiera apariencia de verdad, que se les muestre en alguna pretendida razon, aunque no sea sino un puro, y claro paralogismo. Por lo que toca, pues, à esta, en que estamos, què importarà, que los cuerpecillos, que impelen el cuerpo grande, tengan diferentes movimientos? Què importarà, que no se los comuniquen todos, con tal, que tengan fuerza bastante para impelerle: que conspiren, y concurran todos juntos à comunicarle el movimiento de que trata: que se les conciba aplicados, como de comun acuerdo, à su superficie, para impelerle, y llevarsele delante de sì; y que por otra parte el cuerpo mismo no hace resistencia? Todo esto se supone en nuestro caso con Mr. Des-Cartes; y esto supuesto, no se concibe bien, como pueda el Planeta dexar de moverse con la misma rapidèz, que la materia de el turbillon, que le arrebata.

Mas sin embargo, de un principio tan mal fundado, como ciertamente lo està este, concluye Mr. Des-Cartes, que la materia celeste debe hacer rodar el Planeta en torno de su centro, y formar asimismo en su contorno un pequeño cielo, que se mueva tambien con el mas grande. Pero no le disputèmos esta suposicion, tan mal establecida, como la dexa: sigamosle en su discurso, y para vèr si es caval, imaginemonos la tierra T. sola, y como sus-

pensa en el vacìo. Concibamos ademàs de esso, que un gran golpe de materia celeste, cuyo volumen sea de igual diametro al de la tierra, vá à encontrarse con ella con grande impetu, y se la lleva consigo. Supuesto, pues, que vaya con mas velocidad, que la tierra, se dexa luego concebir, que este torrente de mataria celeste se dividirá como en dos brazos, de los quales uno echará, y se adelantarà por debaxo, y el otro por alguno de los lados, ò por encima. Y si concibieremos este torrente, no yà de igual, sino de mayor diametro, y volumen, se derramarà sobre la tierra por todas partes, por debaxo, por encima, y por todos lados.

De donde se hace patente, que no solo no le impriria movimiento alguno, que la hiciesse rodar sobre su centro, sino que antes bien se le quitaria, si tuviesse alguno: debiendo contravalancearse las lineas, ò brazos de este torrente de materia los unos à los otros, y oponerse à las determinaciones, que hallassen en la tierra, contrarias à las suyas. Sì; bien podrèmos decir, que puestas las cosas en estos terminos, yà no es comparacion la que damos, sino una justa idèa de lo que deberia suceder en el caso en question.

Por què, pues, quiere Mr. Des-Cartes, que la materia celeste, que encontrando con la tierra T. por el lado A. se la arrebata, y lleva por delante: por què razon quiere, bolvemos à preguntar, que el torrente de dicha materia, yendo, como se supone, mucho mas rapido, haya de desfilar todo desde A. por B. (para hacer rodar la tierra sobre su centro) sin poder ir siquiera la mitad desde A. por D? Pero es impossible, que suceda la cosa, como quiere Mr. Des-Cartes. Y de otro qualquiera modo, que suceda, como no hay duda, que debe suceder de otro modo, à dios turbillon terrestre. Porque la materia, que vaya desde A. à D. impedirà, que la que vá desde A. B. dè la buelta por C. D. Puede darse cosa mas evidente, y sensible, que esta demostracion.

Pero admitido, y supuesto, que por possible, ò imposible, todo el golpe de materia, que diesse en A. debiesse doblar àcia B. deberia por ventura hacerse turbillon

en esse caso ? Nada menos. Porque yendo de B. à C. en llegando C. deberia apartarse, quanto pudiesse de el centro de su movimiento, y continuar su camino àcia Z. Y es la razon, en principios de Mr. Des-Cartes, porque de el pequeño circulo, que havia empezado a descubrir en su movimiento, es esta la parte donde encuentra menos resistencia, y donde por consiguiente tiene mas libertad para huir. Lo primero, porque la materia, que puede encontrar en aquel lugar, yà està en movimiento àcia Z. y assi no tanto dà, quanto dexa el passo libre. Lo segundo, porque la materia que està àcia abaxo (esto es, entre C. y D.) siendo mas pesada, segun Mr. Des-Cartes, debe hacer mayor resistencia: de suerte, que no dexarà baxar la que sobrevenga desde B. Y ultimamente, porque el circulo C. Z. es el lugar natural, y proprio de dicha materia, segun el mismo Mr. Des-Cartes: Luego irà mas presto àcia Z. que àcia D. y por consiguiente, aùn en la suposicion hecha no haria turbillon.

Pero demosle mas, y supongamos, que pudiera hacerse, y que de hecho se hiciera el turbillon, girando la materia de A. à B. de B. a C. de C. à D. y de D. à A. Por ventura este turbillon se conservaria ? No es posible: porque, ò se supone mas fuerte, que el turbillon de el Sol, (es decir, que su materia tiraria à apartarse de el centro de su movimiento con mas connato, y fuerza, que la que emplea la materia de el turbillon solar, que està desde S. à D. para apartarse de el centro S.) ò se supone menos fuerte, ò se supone igual. Si menos fuerte, seria destruido por el turbillon de el Sol. Si mas fuerte, prevalecerà sobre el turbillon Solar, y le destruìria. Resta, pues, y es preciso, què Mr. Des-Cartes le suponga igual en fuerzas.

Mas còmo podrà probarlo, no yà demostrativamente, (que no se le quiere estrechar à tanto) sino siquiera por medio de una razonable congetura, que dè algun genero de verosimilitud à su suposicion ? No podriamos antes oponerle muchas muy fuertes razones en contra ? No podriamos hacerle vèr palpablemente, que tambien la tierra deberia parecer luminosa, y no menos que el Sol;

si

si el turbillon terrestre fuesse tan poderoso, y sus pequeñas bolas se moviessen, y apartassen de el centro de su movimiento, con tanto impetu; como se mueven, y huyen de el suyo las del turbillon Solar? Pues el solo impetuoso, y verticoso movimiento de las bolas de un turbillon, es quien hace ser, ò que á lo menos parezca luminoso su centro, aùn quando (añade Mr. Des-Cartes) no huviera en dicho centro materia alguna. No podriamos tambien, imitando el estilo de el mismo Mr. Des-Cartes, comparar toda aquella porcion de el turbillon Solar, desde S. à D. à un gran brazo de mar, cuyo fluxo, opuesto à la corriente de un pequeño arroyo, le hace retroceder, y determina sus aguas à un movimiento muy distinto, y contrario de lo que antes tenian? Y es constante, que en esta hypotesi no podria conservarse el turbillon: pues para que un turbillon se destruya basta, segun Mr. Des-Cartes, que su materia tome, y siga el rumbo, ò las determinaciones al movimiento, que tiene, y sigue la materia de otro. Si Mr. Des-Cartes pudiesse traher à favor de su turbillon terrestre una razon tan eficàz, como la menor de las que le oponemos, ò siquiera un exemplo tan natural, y plausible, como el que acabamos de proponer, para mostrar que es una pura phantasia quanto dice en este punto; sin duda se daria mil aplausos, dandose yà por seguro de todos los ataques de sus mayores, y mas habiles enemigos.

Y si despues de esto quisieremos examinar tambien las dificultades, que pueden tomarse de parte de el pequeño Planeta, es decir, de parte de la Luna, colocada por Mr. Des-Cartes en el turbillon terrestre, las encontrarèmos acaso no menores. Por ahora solo objectarèmos, que supuesto que la Luna girasse en el turbillon de la tierra, y desde A. fuesse llevada por B. à C. deberia salirse aqui de dicho turbillon: porque sobre hacer siempre esfuerzo, por salirse de el turbillon en que gyra, conforme al gran principio de el *movimiento circular*; tiene tambien ganada la circunferencia de el turbillon: circunstancia, que es muy de el caso, segun el mismo Mr. Des-Cartes.

Dirà, que no puede la Luna salirse en B. porque la materia de el turbillon Solar en esta parte es mas ligera, y debe por consiguiente repelerla àcia el centro: y añadirà, que tampoco puede baxar en D. àcia S. porque la materia celeste en esta parte es mas pesada, que la de la Luna, y debe por consiguiente resistir, y oponerse à su caìda; pero nosotros nada de esso pretendemos, ò hemos menester; y solo insistimos en que saldria en C. continuando su derrota àcia Z. porque en C. nada puede estorvarle esta derrota, no haviendo alli otra materia, que la de el circulo C. Z. la qual siguiendo, como se supone, el mismo rumbo, està siempre puesta en movimiento para darle lugar, y llevarsela consigo. Por otra parte la misma Luna no dexaria de hacer en dicho punto C. el mismo esfuerzo que se supone que hace en todos los demàs, para apartarse de el centro de su movimiento; esto es, de T. Luego deberia salirse con ello, pues nada se lo estorva alli, como en los demàs puntos. Mas es, que la misma materia de el turbillon Solar, assi la que se supone mas pesada debaxo, como la que se supone mas ligera encima de la Luna, deberia si bien se considera, determinarla, y precisarla à tomar, y seguir el rumbo de C. à Z. por las mismas razones de Mr. Des-Cartes.

Con todo, bien se dexa vèr, que Mr. Des-Cartes tenia sus motivos para suponer assi las cosas à pesar de todo. Su systema mundial estaba yà muy abanzado, y no era razon que se quedasse assi solo por causa de la Luna. Los principales Planetas estaban yà en possession cada qual de el lugar que le tocaba por su solidèz respectiva. La misma Luna havia fixado yà su residencia en el contorno de la tierra. Havia, es verdad, y se notaba en esto un ligero inconveniente; es à saber, que era preciso, que girando la tierra, girasse tambien la Luna. Pues buen remedio, dixo Mr. Des-Cartes: formese un nuevo turbillon à la tierra para que pueda, y deba girar en èl la Luna. Y esta fuè la mejor, y la unica razon que tuvo para fabricar el turbillon terrestre; que à no ser esso, no huviera podido la Estatica con todas sus leyes obligarle à hacer este nuevo gasto.

No

No nos huvieramos detenido tanto en este punto, sino le huviessemos considerado el mas principal de el systema Cartesiano, y como el cimiento de esta grande obra, que algunos en nuestros dias han querido mirar, y tener por el *Non plus ultra* de el humano alcance; pero las consequencias que vamos à sacar, haràn vèr, que la detencion pudo ser, y fuè de alguna importancia.

Consequencia de la demostracion antecedente.

LA primera consequencia toca à la Astronomìa, y à los phenòmenos de los Planetas: porque lo primero, no subsistiendo el turbillon terrestre, no puede girar la Luna al rededor de la tierra; pues solo el dicho turbillon es, segun Mr. Des-Cartes, quien la hace girar. Lo segundo, los Satelites de Jupiter dexarian de serlo; pues no obtienen esta qualidad, sino porque giran al rededor de este Planeta, arrebatados por el turbillon, que Mr. Des-Cartes le ha señalado, y concedido dentro de el gran turbillon Solar: y todo quanto hemos dicho de el turbillon de la Tierra, y de la Luna, debe aplicarse tambien al turbillon de Jupiter, y à sus Satelites.

Estos dos puntos son de mucha consideracion en la Astronomia, para que entendamos, que el mundo de Des-Cartes de ninguna de las maneras es el que Dios nos hizo, sino otro muy diferente, que èl se ha imaginado.

La segunda consequencia abraza generalmente todos, ò casi todos los phenomenos de el orbe terraqueo; pero no tocarèmos aqui, sino los mas principales, y mas inteligibles. Seguiriase, pues, que los cuerpos, llamados *graves*, no baxarian, ni se moverian àcia el centro de la tierra, de cuyo turbillon quieren los Cartesianos, siguiendo à su Maestro, que dependa enteramente dicho movimiento, y lo que los Philosophos llaman *gravedad.* Porque dicen, quando (por exemplo) arrojais al ayre una piedra, coge esta debaxo de sì una porcion de ayre, y de materia de el segundo elemento de igual volumen al suyo; pero es assi, que esta porcion de ayre, y de materia de el segun-

gundo elemento, siendo (como se supone que lo es) mas agitada, y mas bien dispuesta al movimiento, tiene mas fuerza para apartarse de el centro que la piedra; pues esta apenas tiene, sino materia de el tercer elemento: Luego la piedra (infieren los Cartesianos) debe ser constreñida por la materia de el segundo elemento à ceder el lugar, que en fuerza de vuestro impulso se havia hecho en el ayre, y à baxar àcia el centro de el turbillon de la tierra. Luego debe decirse (inferimos nosotros) por consequencia forzosa, que faltando el turbillon, los graves no solo no baxarian, sino que antes bien subirian con qualquiera ligero impulso: en cuyo caso veriamos cosas bien particulares, y extrañas.

En este systema no podria el Sol, con toda la distancia, que hay de èl à nosotros, darse por seguro de los hombres, si huviesse todavia Pueblos, que enojados con con èl por motivo de su insufrible calor, se juntassen à disparar contra èl innumerables flechas: Porque estas flechas, disparadas àcia el Sol, alcanzarian tal vez à entrar en la circunferencia de su turbillon, y se hallarian en medio de las bolas, ò materia de el segundo elemento, la qual materia con el mismo conato, con que procura siempre apartarse de el centro de su movimiento, fuerza los cuerpos, que son menos aptos à moverse, à que cedan la circunferencia, y baxen àcia el centro; esto es, al Sol mismo. Con que siendo las flechas cuerpos menos proprios, y aptos à moverse, serìan forzadas à ir hasta el Sol mismo. Cosa verdaderamente admirable! Mas en este caso facilmente podriamos dàr razon de una rara experiencia, que hico el P. Mersenno, como èl mismo lo escribe à Mr. Des-Cartes; y fuè, que haviendo disparado un cañon de artilleria derechamente àcia el Zenith, no cayò la bala. Fijamente seria precisada por las bolas de el segundo elemento à no parar hasta el Sol. *Tom. 2. cart. 3.*

Nada asimismo nos serìa mas facil, supuesto este systèma, que el hacer uno, y cien viages, no yà al globo de la Luna, como lo hizo Cyrano de Bergerac, sino tambien al Sol mismo. Pues no havriamos menester mas, que ponernos derechos perpendicularmente al Sol; y luego procurar ponernos en movimiento, dando un ligero sal-

to, para dàr lugar à que la materia de el turbillon Solar, que viene à encontrarfe con la tierra, pudieffe entrarfenos, y tomarnos por debaxo de los pies. Ella mifma, fi fon ciertos los principios de Mr. Def-Cartes, nos comunicaria un tal impulfo, que nos conduxeffe en menos de nada el Sol.

Y què dirèmos de el fluxo; y refluxo de el mar, que es una de las mejores piezas de el fyftèma Cartefiano, y en cuya fola confideracion deberia fentirfe mucho la pèrdida de el turbillon terreftre? Porque à fombra fuya Mr. Def-Cartes, y Mr. Rohault dicen mil maravillas à cerca de efte impenetrable phenomeno. No folamente le hacen depender de dicho turbillon, fino tambien de fu figura, fuponiendole ovalado, como de propofito, y unicamente à effe efecto: fi bien es muy natural, que al principio no fueffe efte el fin de efte gran Philofopho. Porque debe advertirfe, que no fe ha vifto jamàs Poeta tragico, que fupieffe difponer, y jugar los fuceffos, ó lances de fu obra mas bien, que fupo Mr. Def-Cartes difponer, y fervirfe de fus principios para fus conclufiones. Es un prodigio el vèr, que de una fola palabra, que fe havia dexado caer, como de paffo, y fin defignio, deduce defpues, y recoge, como de una femilla fecundifsima, una infinidad de bellas confequencias. No dexa de enfadar el verle fuponer en la tercera parte *de los Principios* la figura oval de el turbillon terreftre, fin eftablecerla mas bien, que el turbillon mifmo. Mas, quando defpues en la quarta parte fe advierte, y reconoce la necefsidad que tenia Mr. Def-Cartes de dicha figura, para explicar el fluxo, y refluxo; todos le alaban, y celebran, que huvieffe fabido tomarfe tan buena precaucion con tiempo.

Sin embargo, todas eftas bellas, y aparentes explicaciones no quitan, que pueda demoftrarfe la falfedad de fu fyftema tambien tocante à efte punto, como fe hace vèr por varias obfervaciones, y reflexiones, que han hecho, y nos han comunicado algunos muy habiles Mathematicos, que fobrevinieron defpues de Mr. Def-Cartes. Demueftrafe, pues, por medio de las obfervaciones de las diftancias de la Luna, las quales fe determinan por fus diametros aparentes, que efte Planeta en muchas con-

jun-

junciones, y oposiciones no està menos distante de la tierra, que en algunas de las quadraturas: como tambien, que en algunas de las quadraturas se le acerca tanto, como en algunas de las conjunciones, y oposiciones. Luego es falso, que el apogèo de la Luna suceda siempre en las quadraturas, y el perigèo en las conjunciones, y oposiciones. Luego no debe suponerse (como lo hace Mr, Des-Cartes) que la Luna, quando se halla en conjuncion, ò en oposicion, està precisamente en el mas corto diametro de el turbillon eliptico de la tierra, ni que en las quadraturas deba hallarse siempre en el mayor diametro. Mas sin embargo, solo en fuerza de esta falsa suposicion puede explicar Mr. Des-Cartes, y de hecho explica la gran desigualdad, que hay entre las marèas de las quadraturas, y las de las conjunciones, y oposiciones: como tambien la que se observa entre las de los Equinoccios, y las de los Solsticios.

Despues de que, si quando passa la Luna por nuestro meridiano, debiesse la presion de el ayre ser notablemente mayor, que en las otras horas de el dia, no pudiera dexar de haverse percibido yá en las yá vulgares experiencias de el tubo de Torricelli. Mas no se sabe, que aya alguno notado semejante diferencia, y desigualdad: siendo asi, que deberia ser muy grande. Otras muchas, y muy fuertes razones podriamos oponer á este systèma. Mas despues de todo, si la tierra no tiene turbillon, no puede haver fluxo, y refluxo, segun el mismo Mr. Des-Cartes. Y està yà demostrado por sus mismos principios, que la tierra no tiene tal turbillon.

En conclusion, porque la materia celeste tiene mas movimiento, que el que ha menester, para hacer el giro de la tierra en espacio de veinte y quatro horas, la hace Mr. Des-Cartes emplear el resto en difundirse, y correr por todas partes, para causar, ò ocasionar con las materias de el primero, y del segundo elemento toda esta gran variedad de cuerpos, y efectos, que admiramos en el mundo. Y asi, si una vez llegasse à deshacerse el turbillon terrestre, à dios mundo, todas las cosas se confundirian, y bolverìan al primer chaos. Por esso es no so-

solo de la gloria, y credito de Mr. Des-Cartes, mas tambien de el interès de todo el genero humano el salvar, todo quanto sea possible, este turbillon. Por lo demàs desde luego protestamos, y declaramos, que gustariamos mucho de vèr dissueltas todas las dificultades, que assi en este punto, como en los demàs, le hemos propuesto; y assimismo, que en esta suposicion nos haremos, y declararèmos Cartesianos con determinacion constante, y generosa.

Pero no se piense en eludirnos con respuestas aparentes, ni se nos cite un lugar de los escritos de Mr. Des-Cartes, para persuadirnos, que en ningun otro lugar dixo lo contrario, quando es notorio el hecho. Esso es bueno para imponer à quien no haya leìdo exactamente todas sus obras; y aùn à estos les harà vèr mas bien la contradicion de sus passages, si quisieren tomarse el ligero trabajo de carearlos. Querèmos, pues, respuestas precisas, y mas claras, que las que el mismo Mr. Des-Cartes diò otro tiempo à varias objecciones, que se le hicieron contra su Metaphysica. Estas respuestas ocasionaron, y ocasionan una infinidad de nuevas dificultades. Mas sin embargo, porque se las ha impresso con grandes elogios de el Author, porque las dà con un genero de ayre decissivo, y aùn tambien tal vez desdeñoso; y porque no siempre se replica contra ellas, han dado algunos en tenerlas por segundos Oraculos, con que piensan, y dicen, que confirmò el Author los primeros. Nosotros no querèmos dexarnos llevar con tanta facilidad de la authoridad, y reputacion de Mr. Des-Cartes: como ni de la grande estimacion, en que no dexamos de tener à muchos de sus discipulos. Antes bien hemos aprobado, y aplaudido siempre el buen consejo, que el mismo Mr. Des-Cartes tan sabiamente diò à los que de veras buscan, y aspiran al conocimiento de la verdad: es à saber, que se recaten, y guarden sobre todo de las preocupaciones; y assi lo querèmos observar, y poner en practica tambien, respecto de el mismo, y de los suyos.

Esto es, Monsiur, lo principal que contiene la memoria, que como yà os dixe, me dieron los Peripateti-

cos.

cos. Pero no dexaron de añadir de palabra otras algunas cosas, que juzgo no indignas de que se os comuniquen. Decian, pues, que se os huviera embarazado no poco, si se huviesse querido sguiros passo à passo en la quarta parte de el libro, que intitulais *de los Principios*, y en particular desde el num. 32. hasta el 45. donde entrais en una explicacion, ò descripcion individual, y por menudo, tocante al lugar, y orden de estas partes de el tercer elemento, de que formais vuestra tierra: Que abancais alli muchas proposiciones, que no solo no satisfacen, sino que dàn mucha inquietud à la razon: Que no hay pagina de las comprendidas en dichos numeros, donde no se os pueda preguntar, porque tal, ò tal cosa debe hacerse de el modo que decis, y no de otro, sin que à esso podais dàr respuesta razonable. Y ultimamente, que esta parte de vuestra Physica era una de las que mas havian contribuido al juicio, en que estuvieron, y estàn todavia muchos, de que vuestra Philosophia no es sino una pura imaginacion, y una fabula mal forjada. Tanto, que vuestros contrarios, sin detenerse à impugnar las proposiciones que abanzais en dicho lugar, porque su examen les seria muy pesado, y enojoso; se contentaban con remitir à èl los lectores para haceros mas mal visto.

Decian ademàs de esto, que dais à vuestros elementos algunas propriedades, que no les dexais gozar, sino à vuestro antojo. Y ponian el v. gr. en la materia de el primer elemento: à la qual dais en propriedad una gran facilidad à ser dividida, y à mudar por consiguiente de figura; de suerte, que pueda passar por todo, y acomodarse sin la menor dificultad à entrar, y ocupar todo genero de huecos, y espacios. Mas quando se viene, decian, à la explicacion de la naturaleza, y de los phenomenos de el Imàn, considerando Mr. Des-Cartes, que esta propriedad no se ajusta bien à sus idèas, respecto de aquella piedra, revoca su disposicion antecedente; y privando à la materia de dicha propriedad, le señala otra enteramente opuesta. Pareciòle que era preciso formar en contorno de la tierra, y de qualquiera Imàn un pequeño turbillon de materia acanalada, para dàr razon de las quali-

da-

dades, y de los phenomenos de dicha piedra. Dispuso, pues, que las partes de esta materia acanalada (la qual, segun el mismo, pertenece à su primer elemento) encontrando al salir de la tierra, ò de el Imàn con el ambiente, no pudiessen penetrar adelante, sino que doblando el curso sobre la tierra, ò la piedra de donde salian, bolviessen àzia el polo opuesto. De manera, que estas partes acanaladas, siempre (fuera de esta ocasion) tan dociles à quebrarse, y à acomodarse à la figura, y disposicion de qualquiera espacio, asimismo à la de los poros de cuerpos sòlidisimos, yà no pueden en fuerza de la ultima voluntad de Mr. Des-Cartes, penetrar un cuerpo tan raro, tenue, y flexible, como èl mismo supone, que lo es el ayre; sino que deben detenerse, y conglobarse, digamoslo asi, al rededor de la tierra, ò de el Imàn, formando en su contorno un genero de pequeño turbillon, y girando siempre de un polo à otro. Con advertencia sin embargo, que las que entran por el polo Austral, jamàs pueden entrar por el Septemtrional, ni estas por aquel, no pudiendo la figura de las unas ajustarse à la entrada de las otras, por estàr formadas en sentidos contrarios.

Con esta ocasion me preguntaron, còmo seria possible, que todas estas partes asi figuradas, detenidas en un cierto limitado espacio, y teniendo un movimiento tan confuso? Cómo puede ser, decian, que al llegar al polo, sea de la tierra, sea de el Imàn, que les es proporcionado, hayan de bolverse tan à punto, y dirigir sus puntas tan à proposito de la entrada, que deban entrar, y penetrar por dichos cuerpos sin embarazo, y sin el menor desorden? Antes parece, añadian, que debiera succeder todo lo contrario, es decir, que deberian muchas de dichas partes presentarse de travès à la entrada, detener las otras que viniessen de punta, y ocasionar consiguientemente un embarazo, capàz de obstruir los poros, asi de la tierra, como de el Iman, y de impedir todos sus admirables phenomenos.

Abanzaron luego una agradable paradoxa, y dixeron, hasta aqui los Philosophos mas habiles no dexaron de confessar, que no havia argumento physico, con que

se

ſe pudieſſe probar evidentemente contra Copernico, que la tierra no rueda ſobre ſu exe; pero Mr. Deſ-Cartes, ſin embargo de abrazar la hypoteſi de eſte Aſtronomo, nos miniſtra uno fuertiſsimo. Su gran principio es, que todo cuerpo agitado, y pueſto en movimiento circular, continuamente hace quanto puede, por apartarſe de el centro de ſu movimiento. Eſte principio es conſtante, y de èl deduce Mr. Deſ-Cartes, que la tierra rodando ſobre ſu exe, ſe desharia en piezas, ſi los cuerpos, de que ſe compone, no eſtuvieſſen oprimidos, y como pegados unos à otros por la preſsion de la materia de el ſegundo elemento que la ciñe. Tambien eſta conſequencia es conſtante en ſu ſyſtema; pero falta vèr, ſi eſta preſsion que ſe ſupone, es capàz de ſobrepujar el connato, con que las partes de la tierra ſe esfuerzan à apartarſe de el centro.

Eſta dificultad, decian, es particular à Mr. Deſ-Cartes, porque la opinion verdadera, ò falſa de la Eſcuela, bien lexos de reconocerſe en dichas partes un tal conato, ſe ſupone en ellas una qualidad contraria; eſto es, una inclinacion, ò propenſion al centro. Mas en el ſyſtema Carteſiano, ſi ſe cotejan entre sì la preſsion de los cuerpos terreſtres por la materia de el ſegundo elemento, y el conato, que ponen dichos cuerpos en apartarſe de el centro, parece evidente que eſte conato debe ſobrepujar aquella preſsion; porque dicho conato, ò esfuerzo no es menos fuerte, que el impulſo, ò movimiento que le cauſa: el qual no puede dexar de ſer vehementiſsimo, pues no hay minuto, en que no haga andar à la tierra muchas leguas. Pero al contrario mueſtra la experiencia miſma, que para vencer dicha preſsion, baſta qualquiera ligero esfuerzo, como el que puede hacer un niño de tres, ò quatro años para levantar ſus pies quando anda: pues vèmos que lo conſigue, no obſtante toda la preſsion, que ſe ſupone de la materia de el ſegundo elemento. De donde parece que puede, y debe darſe por demoſtrado, que no puede la tierra rodar ſobre ſu exe en principios de Mr. Deſ-Cartes: pues ſi rodaſſe, ſeriamos lanzados por eſſos ayres, conforme al gran principio de el movimiento circular, el que no por eſſo dexa de ſer cierto en el fondo, ſegun buena Philoſophia.

Deſ-

Despues de esto me hicieron notar en vuestro systema algunos articulos, que siendo de la mayor importancia, no por esso dexais de abrazarlos, no solo sin prueba, mas tambien contra toda razon, à lo que ellos pretenden. Sobre todo me advirtieron, que leyesse desapassionadamente, y con reflexion el *num.* 2. de la quarta parte de el libro de *los Principios*, donde despues de haver explicado como se barajò, y deshizo el turbillon de la tierra, y como se formò en su contorno un gran ambiente, ò esphera de ayre; no solo haceis entrar, y baxar dicha tierra muy adentro en el turbillon de el Sol, mas tambien quereis que la siga, y acompañe siempre todo aquel ambiente, ò esphera de ayre, que le dais. Pretenden, pues, que ni puede ser cierta, ni aùn puede concebirse esta suposicion, que sin embargo haceis como de passo, y sin la menor prueba: y yà se vè, que si es falsa, seria imposible que huviesse ahora ayre al rededor de la tierra.

No puede concebirse decian, porque el ayre, segun Mr. Des Cartes, no es mas, que un amasso de partes de el tercer elemento, muy tenues, muy desasidas, y muy dispuestas à ceder, y à obedecer los impulsos que las impriman las bolillas de el segundo elemento, en medio de las quales fluctuan. Siendo, pues, esso assi, còmo es possible que la tierra se haya conservado todo el ayre de su atmosphera, y todo su ambiente en un camino tan largo, como el que hizo desde fuera, y muy fuera de el turbillon Solar, donde antes se hallaba, hasta el lugar, que ahora tiene dentro, y muy dentro de dicho turbillon? Còmo pudo la massa de el ayre, no siendo sòlida, ò à lo menos, no siendo tan sòlida, como la de la tierra, como pudo en principios de Mr. Des-Cartes, tener el mismo impulso, la misma determinacion, y la misma intension de movimiento, para poder acompañarla siempre? Còmo todas estas partes tan tenues, tan desasidas entre sì, y tan obedientes à qualquiera impulso de la materia celeste, como pudieron resistir, y no ser dispersas por la impetuosa corriente de la materia de el turbillon, que atravesaban en su caìda, de el modo que suele el polvo ser dis-

perso, y disipado por el viento? Còmo aùn ahora, despues de tantos años, toda esta atmosphera, ò gran massa de ayre se conserva de el mismo modo, y es impelida, y llevada siempre con la tierra por la materia subtil? Còmo sigue siempre sus mismos movimientos? Y esta materia subtil se aplica, y executa su impulso igualmente sobre la tierra, y sobre el ayre, para que igualmente hagan, como con tanta regularidad hacen los movimientos circulares annual, y diurno, ò solo le executa immediatamente sobre uno de dichos dos cuerpos? Podrà un Coperni Cartesiano de desembarazarse con facilidad de todas estas dificultades?

Finalmente despues de todos estos discursos, aùn añadieron otro, como postdata à su memoria, al qual dieron tambien titulo de demostracion, segun su costumbre. Voz mas, ò menos se explicaban en la siguiente tendencia.

Tomamos, decian; esta demonstracion de la idèa, que el mismo Mr. Des-Cartes nos dà de el cuerpo fluìdo? Què es cuerpo fluìdo? *Es*, dice èl: *Un cuerpo compuesto de partes muy tenues, muy desasidas unas de otras, y que se mueven de diversos lados, y en diversos sentidos.* De que se sigue, que el cuerpo liquido, como tiene todas sus partes puestas actualmente en movimiento sin determinacion precisa à este, ni al otro lado, ò sentido particular; facilmente se abre para dàr passo à otros cuerpos, que se le presenten para atravesarle: con la misma facilidad muda de figura, y se vierte àcia todos lados, sino le ciñe, y detiene algun cuerpo sòlido. Siguese tambien de la misma idèa, que dos cuerpos fluìdos, como (por exemplo) dos rios, de los quales uno entre, y rompa por el otro, habràn de mezclarse immediatamente. Y por què? Porque una vez que empiezen à correr juntos, como las partes insensibles, de que se componen sus aguas, se mueven de todos, y àcia todos lados, es preciso, que muchas de las partes de el uno sean reciprocamente lle-

llevadas, y determinadas à moverse con las de el otro. Despues de que siendo propriedad de el liquido el dàr facil passo à quanto encuentran, ò se le pone delante, deben las aguas de los dos rios, que se juntan, cederse mutuamente el lugar, y avenirse bien entre sì; esto es, mezclarse: y quanto mas fluìdos fueren los cuerpos; esto es, quanto mas se movieren, y quanto mas menudas fueren sus partes insensibles, con tanto mayor facilidad se mezclaràn. Y assi, siendo los turbillones de Mr. Des-Cartes, como unos rios, y verdaderas corrientes sobremanera impetuosas, y fluìdas, no pueden dexar de tener en sumo grado todas estas propriedades: Mas si las tienen, quièn no vè que es una pura chimera el imaginarselos apoyados con un perfecto equilibrio unos contra otros, y atribuir à este imaginado equilibrio el que se conserven sin confundirse?

Pues el impetuoso movimiento que tienen cada qual sobre su exe, y el que les hace esforzarse à apartarse de el centro de su movimiento, y acercarse quanto puedan à sus vecinos para entrar, y romper los unos por los otros: de què les sirve, decian, este impetu, sino para que puedan, y deban abrirse mas facilmente el passo? Y pudo Des-Cartes burlarse mas, ni con mas desverguenza de sus lectores, y en particular de los que son Philosophos, que queriendo hacerles concebir seriamente estos sus liquidos turbillones, apoyados, y sostenidos los unos de los otros, como si fuessen cuerpos de resorte, cuya virtud elastica los tuviesse siempre à punto, y promptos à dilatarse, luego que alguno de ellos empezasse à ceder, por muy poco que fuesse?

No nos queremos parar, concluìan, à desembolver este argumento, cuya dificultad, y fuerza està saltando à los ojos de todo el mundo: Pero ossariamos llamarle demonstracion, y demonstracion evidente, sensible, facil, y fundada en mil experiencias; y mantendrèmos, si fuere menester, que no puede darse el menor color de probabilidad à lo contrario. Y bien

vè

vè Mr. Des-Cartes, que la immediata, y natural consequencia de esta demostracion, no es menos, que el general trastorno de toda su machina. Porque, si los turbillones no pueden subsistir ni un instante, sin confundirse, como se acaba de demonstrar, à dios mundo de Des-Cartes: todo seria reducido al primer chaos, de donde este nuevo criador le havia procurado sacar con tanto empeño.

Dexo de comunicaros, Monsiur, otras dificultades en la confianza de que podrè hallar su solucion en vuestras doctrinas, sobre todo en las respuestas, que me prometo tendreis à bien dàr à las que os he propuesto en esta Carta. Por lo demàs debo rogaros, y os ruego con el mayor rendimiento, que os digneis de recibir todo este mi afàn, y la instancia con que veis que os escribo, como fruto de el ardiente amor de la verdad, que me inspirasteis: y sobre todo, que no tomeis à mal esta confianza, ni echeis à mala parte mi intencion. Yo no he hecho mas, que copiar los proprios terminos de que se sirvieron nuestros contrarios en su memoria; antes creì, que el mismo respecto, que os debo, y os tengo, me precisaba à no recataros los modos insultantes de que usan. Estos mismos insultos os haràn conocer quanto importa al honor de nuestra secta el no dexarles triumphar mas tiempo.

La grande, y muy importante ocupacion en que os tiene ahora la produccion de un nuevo mundo, como tambien la indiferencia con que siempre, y ahora mas que nunca, mirais los sentimientos de los hombres, pudieran hacerme temer, que tal vez podrias despreciar estas vagatelas: pero las extraordinarias, y muy particulares muestras, que me disteis, de bondad, y de favor, me hacen esperar, que tendreis alguna consideracion de mi honra; y que no yà por vos, sino por mi, procurareis darme la mano para ayudarme à salir de tan mal passo como este, en que me veo tan trabajoso, y en que solo me empeñò la adhesion que os professo à vos, y à vuestra doctrina. Al R. P. Mer-

ſenno he ſuplicado, que me favorezca acerca de vos con ſu mediacion, y buenos oficios, para que finalmente os digneis de reſponderme; y aſsimiſmo le encarguè, que os aſſegure, como yo lo hago aqui con todo el reſpeto, de que ſoy capàz, que ſoy de todo mi corazon, y de toda mi alma.

MONSIUR,

Vueſtro muy humilde, y muy obediente ſervidor, y muy zeloſo Diſcipulo.

N. N.

VIAGE



VIAGE DE EL MUNDO DE DES-CARTES.

QUINTA PARTE.

CARTA DE UN PERIPATETICO al Autor de el Viage de el Mundo de Des-Cartes.



YO no dudo, Monsiur, antes bien estoy persuadido à que manteneis correspondencia secreta con la alma de Mr. Des-Cartes. Ni puedo creer, que de quando en quando no recibais cartas suyas, y nuevas de su nuevo Mundo. Un conocimiento, y un comercio tal no se abandona tan facilmente, una vez conseguida la dicha de haverle entablado. Mas todavia no pude conseguir la de ser reputado de vos tan vuestro amigo, que querias hacer de mi entera confianza, y darme parte siquiera de algunos

nos de los especialissimos secretos, que un espiritu tan superior os comunica. Doscientos Luises, que no pocas veces os ofrecì por un solo polvo de su maravilloso tabaco, no solo no os han vencido; pero ni sè que os hayan tentado siquiera. Es menester, me respondeis siempre, ser enteramente Cartesiano ante todas cosas; y por otra parte no quereis creer, que yo lo sea, ni aùn à medias; pero esto yà veis, que es querer exigir de los demàs, lo que de vos no se ha exigido. Por ventura, Monsiur, residiria ahora vuestra alma en vuestra glandula Pineal, si aquel buen viejo vuestro amigo huviera gastado con vos todas estas ceremonias, y no os huviesse franqueado el gran secreto de el tabaco de Mr. Des-Cartes? Y si el Negrillo no huviesse desmontado, ni dispuesto à su modo la machina de vuestro celebro, pensais vos, que podrian vuestros espiritus animales excitar en èl idèas Cartesianas? Pero yà veo, que una gracia tan especial como esta, puede rehusarse, y negarse, aunque sea à un amigo, sin que este por esso tenga justo motivo de ofenderse. Con todo no es justo, que os negueis enteramente à mis instancias, negandome absolutamente todo genero de instrucciones. Yo quiero ser Cartesiano, y aùn pienso que lo soy yà, quanto està de mi parte. Ayudadme, pues, à conseguir cumplidamente este deseo. Comunicadme vuestras luces, ò mas bien, las que recibis de Mr. Des-Cartes, sin decirme, sin embargo, si assi lo quereis, que son suyas. Para mi lo mismo serà, y en lo mismo tendrè, que me hableis como hombre inspirado, ò como quien lo saca todo de el fondo de su mismo espiritu.

He pensado, Monsiur, que sucede tambien en el Cartesianismo lo que en todas las demàs Sectas, es à saber, que cada una tiene un punto capital de doctrina, que no admiten las demàs; y que viene à ser como el caracter que distingue à sus sequaces de el resto de los demàs Philosophos: aùn tambien de aquellos, que hacen professión, y gala de la indiferencia, no declarandose determinadamente por partido alguno, mas que sin embargo, no dexan de tomar de cada una de dichas Sectas

ras todo lo que les parece conducir para hacerse à su modo un genero de Philosophia de muchas piezas, bien, ò mal ajustadas. Toman unas de Des-Cartes, otras de Gassendo, y otras de Aristoteles; y de todo ello mal incorporado resulta despues, por lo mas comun, no un cuerpo especial de Philosophia escogida, sino un monstruo.

De todo quanto hay de especial en el Cartesianismo, juzgo que la doctrina de los *automatos*, que hace à los brutos puras machinas negadas à todo conocimiento, y sentido, es la maxima essencial, y caracteristicas, pues viene á ser como la piedra de toque de que soleis serviros los principales de la Secta para reconocer, y discernir los verdaderos discipulos de vuestro gran Maestro. Qualquiera que tenga bastante habilidad, ò mas bien, bastante passion, para no hallar dificil esta paradoxa, antes bien tenga por demostraciones quantas bellas prolixas dissertaciones se han impresso en este particular; desde luego, y sin dificultad obtiene vuestra licencia, para apropriarse, y gozar pacificamente el decoroso titulo de Cartesiano. Este solo articulo encierra, ò supone todos los fundamentos, y todos los principios de la Secta. No puede abrazar esta maxima quien no tenga claras, y distintas idèas de la alma, y de el cuerpo; ni quien no haya penetrado bien la demonstracion, que hizo el gran Des-Cartes, de la distincion que entre sì tienen estas dos especies de ser. Abrazandola es impossible dexar de ser Cartesiano; y sin esso no es possible serlo. Este es el espiritu, y el jugo, por decirlo asi, de el puro Cartesianismo; y esta es tambien la razon, porque con tanta ansia deseo, y os ruego, que me ilustreis, y deshagais las dudas que padezco, tocante à este punto.

Pero debeis advertir, que quiero, y os pido respuestas, y explicaciones directas, y positivas, como tambien, que no penseis persuadirme, que para salir de el embarazo en que se os pone, teneis bastante con embarazar tambien à vuestros contrarios. Yà estoy harto de vèr, que en semejantes ocasiones, sin cuidar de responder à los argumentos, que se os hacen en contra, os con-

contentais con proponer, y esforzar alguna de las dificultades, que teneis de reserva, yà contra los Peripateticos, ò yà contra los Gassendistas, y à las quales no les es facil, ni posible, si assi lo quereis, dàr solucion que satisfaga. No negarè, que por este medio me haceis titubear, y dudar de la seguridad de el partido de estos Philosophos. Mas no por esso debo sentirme precisado, ni aùn inclinado à empeñarme en el vuestro, mientras no os vea dàr una pura, y entera satisfaccion à los argumentos, que ellos os proponen, ò pueden proponeros por su parte. Mostraisme si la incertidumbre, y aùn tambien, à lo que pensais, la falsedad de sus sentimientos, mas no por esso me mostrais el camino de la verdad. En suma, haceis que pueda, y deba desconfiar de los Maestros, que seguì hasta aqui, mas no por esso me asseguro de que sea mejor seguiros à vos antes que à ellos; pero vamos al caso, pues no quisiera ser prolixo.

Hablando en general, y como por la mayor parte de vuestro methodo, me parece que es mucho mas el artificio, que la solidèz. Assimismo me parece, que debeis no poco à la inadvertencia de vuestros contrarios, quienes nimiamente zelosos de mantener todas sus preocupaciones, os dieron ocasion de hacer algunos bellos discursos sobre cosas, que ni en el fondo son de importancia, ni eran de el caso; pero que no por esso dexaron de serviros bien, para llamar la atencion de vuestros lectores, para conciliaros sus animos, y ultimamente para preocuparlos en favor de vuestras doctrinas,

Quando al principio empezaron los Cartesianos à proponer, que los cuerpos de los brutos eran ciertas puras machinas, que se movian por virtud de varios muelles, como reloxes, esta sola palabra *machina* amotinò, y hizo notable fuerza à los Peripateticos de aquel tiempo. Los unos quisieron rediculizarla por medio de algunos chistes muy mal sazonados. Otros lo tomaron muy de veras, y se empeñaron en probar seriamente, que de este nuevo estilo, ò modo de hablar se seguian malissimas consequencias. Sobre todo emplearon, y ponderaron mucho este, para ellos fuerte, argumento; es à saber,

ber, què se seguiria, que las obras de la naturaleza no serian distintas de las de la arte. Abriòseos con esta ocasion el mejor campo de el mundo; pues la tomasteis para explicar de un modo muy claro, y muy inteligible la estructura de el cuerpo animal, la diversidad de sus innumerables organos, su trabazon, su proporcion, y correspondencia, su disposicion, ò aptitud à diferentes movimientos, y la necessidad, que havia de esta diferente disposicion. Ni recelasteis decir, que la arte en los reloxes, y en todas las demàs obras suyas, no havia hecho mas que imitar, aunque grosseramente, los primores de la naturaleza. Pues el que la materia sea diferente, deciais, no es de el caso: por lo demàs, assi como las machinas artificiales se componen de madera, hierro, cuerdas, &c. què dificultad puede haver en que haya un genero de machinas naturales, compuestas de carne, huessos, tendones, &c? Sylvòse al fin la mal fundada porfia de los Peripateticos; y mal que les pesasse, vieron introducida en el lenguage de los Philosophos eruditos la voz *machina*, hablando de el cuerpo animal, haviendose hecho de mucho uso, y de muy buen sentido en poco tiempo.

A vueltas de esto procurabais ganar quanto terreno podiais, y ossasteis abanzar, que muchos de los movimientos de la machina natural de nuestros cuerpos se hacen por solos los principios, y leyes de la mechanica, como en las machinas artificiales, paradoxa que commoviò, y escandalizò infinitamente à nuestros Philosophos, acostumbrados à atribuir siempre à sus almas todo quanto se passaba en sus respectivos cuerpos; pero vosotros no por esso os acobardasteis, antes bien con esta ocasion explicasteis muy bien, como una vez supuestos los organos interiores, y exteriores de el animal con una cierta disposicion, y figura, y assimismo supuesto un cierto proporcionado grado de calor en el corazon, y en el estomago; debia seguirse naturalmente la circulacion de la sangre, la filtracion de los humores, y su distribucion en todo, y por todo el cuerpo. Añadiendo, que de esta distribucion se seguirian tambien la nutricion, las me-

dras, y todo lo demàs, que es comun à nuestro cuerpo con las plantas, en las quales no dexa de circular, como si fuesse su sangre, el jugo que las nutre, y hace creer; sin que para esso sea preciso aguardar las ordenes de un alma, que tenga conocimiento. Todas estas cosas muy bien desmenuzadas, y expuestas en muchos de vuestros libros, escritos con limpieza, y con gala en nuestro idioma, os adquirieron nuevos aplausos, como tambien nuevas confusiones à los Philosophos de la Escuela. Tan cierto como todo esto es, que en las disputas daña casi otro tanto el conceder poco, como el conceder mucho.

Alentados cada vez mas con tan buenos lances, adelantasteis otro tercer passo, que apurò de el todo la paciencia de vuestros antagonistas. No recelasteis, pues decir, que algunos de los movimientos externos, que se hacen en nosotros, porque nosotros mismos queremos que se hagan, como andar, comer, beber, y las expressiones de dolor, ò de alegria: No recelasteis, digo decir, que semejantes movimientos se hacen en los brutos por sola la disposicion de su machina. Y aqui es donde realmente empezaron los Peripateticos à tener razon, y justo motivo de alterarse. Yo mismo me enfadaria tambien contra los Cartesianos en esta ocasion; porque aqui es donde à mi parecer, empieza su paralogismo. Si bien es preciso confessar, que le disfrazan, y ocultan con mucho ingenio por medio de muchas muy bellas reflexiones, que hacen sobre algunos determinados movimientos de esta especie.

Nada puede darse mas engañoso, ni mas atractivo, que las explicaciones que en este particular hace el Padre Pardies en su libro, intitulado *de el conocimiento de los brutos*: donde introduciendo el Cartesianismo en todo su rigor, tocante à esto, pretende convencer à sus lectores, de que la alma està por demàs, no solo para andar, comer, quexarse, &c. mas tambien para hablar, y aùn tambien para razonar tanto tiempo, y tan bien, como lo suelen hacer un Predicador un Sermon prolixo, y un Abogado en la defensa de un pleyto de importancia. De manera, que este libro hizo, que los Aristotelicos tuviessen à su

Au-

Autor por Carteſiano muy fino, y apoſtata de ſu Secta; no obſtante el particular eſtudio, que en la ſegunda parte moſtrò poner en impugnar el Carteſianiſmo, y en mantener, y defender la antigua Philoſophia en eſte miſmo particular de la alma de los brutos.

Pero yà es tiempo de hacer alto, y de empezar à tratar el punto à nueſtro modo entre los dos. Nada quiero negaros de quanto viere, que puedo concederos, ò dexaros ſuponer ſin viſible perjucio de la verdad. Reducirè, pues, toda la controverſia à ciertos pocos puntos, ſobre que conviene que os diſpongais à darme una ſatisfaccion cumplida, ſi quereis que me haga, y me declare Carteſiano, como tanto tiempo ha lo pretendeis.

Deſde luego permito, yà que aſsi lo quereis, que no ſolo los cuerpos de los brutos, ſino tambien los nueſtros ſean machinas. Tambien permito, que algunos movimientos, llamados puramente naturales à contradiſtincion de los que en noſotros ſe llaman voluntarios; ſe puedan hacer, y ſe hagan por ſola la diſpoſicion de la machina. Tales ſon los latidos de el corazon, la circulacion de la ſangre, y otros que de eſtos dependen, à poco mas, ò menos, como de el movimiento de el muelle, ò de las peſas de un Relox depende el movimiento de las demàs piezas. Todavia permito, y aùn ſupondrè con vos, que muchos de los movimientos miſmos, que llamamos voluntarios en noſotros; es á ſaber, los de nueſtras piernas, quando andamos: los de nueſtros pulmones, labios, y lengua, quando hablamos: de manos, y geſto, quando declamamos, &c. ſupondrè, digo con vos, que tambien eſtos movimientos dependen de la diſpoſicion de la machina: Pues vèmos que una ſola obſtruccion, y un ſolo humorcillo, que ſe apodere de un muſculo, impide á los paraliticos el andar, bracear, y hablar.

En una palabra, concedoos abſolutamente, que la diſpoſicion de la machina contribuye ſiempre no poco á qualquiera movimiento, que ſe haga, yà ſea en los cuerpos de los brutos, ò yà ſea en los cuerpos de los hombres: Pero al miſmo tiempo digo, que ſi nos hemos de governar por dos conocimientos, que ſon los unicos, que

que nos puedan guiar en esta materia : quiero decir , que si reflexionamos bien lo que experimentamos en nosotros, y lo que advertimos en las operaciones de los brutos , nada puede hacernos pensar , que los brutos no son sino puras machinas , cuyos movimientos deban reducirse , y atribuirse á las leyes de una mechanica pura : y que antes bien debemos juzgar lo contrario por muchas , y muy fuertes razones.

Expondrè esta Proposicion general por quatro , ò cinco proposiciones particulares , que procurarè explicar lo mas bien , y mas breve que pueda. Y al fin añadirè otra, que serà decir , que algunas dificultades que los Cartesianos suelen objectar sobre este mismo punto à los Philosophos de la Escuela , pretendiendo que estos no pueden responder , ni dàr conveniente solucion en sus principios ; no son mayores , ni de mas dificil respuesta , que otras que sobre el mismo sugeto se les pueden objectar à los Cartesianos. Si acertare à executar bien mi proyecto , ni los demàs Peripateticos , ni yo, estarèmos obligados à renunciar una preocupacion tan generalmente recibida , como lo es el pensar , que los brutos tienen sentido , y una cierta especie de conocimiento.

PRIMERA PROPOSICION.

NADA PASSA EN NOSOTROS , QUE pueda , no digo convencernos , pero ni darnos motivo de pensar , que los movimientos de los brutos , que corresponden, ò se parecen à nuestros movimientos voluntarios , se hacen por sola la disposicion de la machina.

PErmitaseme , que tal vez por evitar los periphrases, pueda hablando de estos movimientos , nombrarlos *espontaneos*. Esta voz corresponde a la latina *spontanei* , de que

que se usa comunmente en la Escuela, hablando de los movimientos de los brutos; porque faltandoles à estos la voluntad, no es razon que sus movimientos se llamen voluntarios. Tratase, pues, de los movimientos que yà dixe; es à saber, comer, beber, andar, y otros que en nosotros suponen conocimiento.

Que queramos, que no queramos, pensemos, ò no pensemos en ello, nuestro corazon no cessa de moverse, circula la sangre en nuestras venas, y se hace, bien, ò mal la digestion en nuestro estomago. De donde parece, que no sin razon concluyeron los Cartesianos, que todos estos movimientos se pueden hacer, y se hacen por solà la disposicion de la machina, sin que nuestra alma tenga en ellos, ni la menor parte. Lo que una vez supuesto, yà no hay dificultad en concebir, que dicho genero de movimientos no supone, ni prueba alma en los brutos. Mas no por esso tienen razon los Cartesianos, para llevar mas adelante sus consequencias; ni este argumento, tomado de nuestra propria experiencia, ò *de conciencia*, (como le llaman, y quieren que se llame, algunos de los nuevos Philosophos) puede servir, y tener lugar, respeto de la otra classe de movimientos, de que se trata.

Expliquemonos por medio de algun exemplo. Llegado à casa, despues de haver cazado, ò caminado mucho, busco de comer, y de beber: acuestome si vengo cansado, y si es tiempo de frios, suelo arrimarme à la lumbre; pero lo mismo suele hacer tambien mi perro, que me acompañò en la caza, ò en el viage, y viene no menos trabajado que yo. Discurriendo, pues, ahora sobre el mismo principio, sobre que respeto de los movimientos naturales, discurren los Cartesianos, parece que debe inferirse, y decirse todo lo contrario, respeto de estos otros movimientos: Porque si los naturales no suponen conocimiento, ni sentido en nosotros, y de haì se arguye, que tampoco le deben suponer en los brutos, sino que proceden unicamente de la disposicion de la machina: por la misma razon, y por una consequencia no menos bien fundada, parece que puede, y debe concluìrse, que estos otros movimientos deben suponer algun genero

de

de sentido, y de conocimiento en los brutos. Pues que en nosotros no se hacen estos movimientos, sino en suposicion, y en virtud de ciertos conocimientos, y ciertas sensaciones, llamadas, *hambre*, *sed*, *frio*, *cansancio*. De manera, que si yo no percibiesse en mi este genero de sensaciones, mi cuerpo no daria un passo àcia el pan, ni àcia el vino, ni àcia la chimenea, ni àcia la cama. Y es constante, que estos movimientos que suponen en nosotros no solo sensaciones, mas tambien actos de nuestra voluntad, no se hacen por solas las leyes de la mechanica: la qual, como todo el mundo sabe no se govierna, ni depende de semejantes principios. Luego si es como debe ser licito á los Peripateticos servirse contra los Cartesianos de el mismo modo de arguir, de que se sirven estos contra ellos: puede, y debe concluirse, que aquellos movimientos de los brutos, que se parecen à los que en nosotros se llaman voluntarios, no se hacen en ellos por solas las leyes de la mechanica.

Este discurso podria aplicarse tambien à ciertos movimientos, que en nosotros, ni bien son voluntarios, ni bien puramente naturales, sino como de una especie media. Tal es esta especie de temblor, que solemos padecer, quando oìmos un gran trueno, ò el estampido de una pieza de Artillerìa; y tal tambien aquel genero de susto que concebimos al vernos de repente à punto de un precipicio, ò sorprendidos de algun otro riesgo: Porque à estos movimientos, aunque promptissimos, y poco frequentes, nunca dexa de preceder algun genero de conocimiento, y sensacion: y quando no deba reputase cierto, es à lo menos muy probable, que dicho conocimiento contribuye tambien á este genero de movimiento. De que se sigue, que no puede haver razon positiva, que convenza, que los movimientos de este genero en los brutos pueden, y deben ser puramente machinales.

Seguramente otro Peripatetico, que fuesse un poco mas decisivo que yo, no dudaria dar por concluìdo, que todos estos movimientos, de que acabo de tratar, suponen conocimiento, y alma, no solo en nosotros, sino tambien en los brutos; y se juzgaria bastantemente authori-

rizado, para valerse de este modo de arguir, por el methodo mismo, y por el argumento de analogia, de que se valen los Cartesianos, para probar que los movimientos naturales no deben suponer alma en los brutos, pues que no la suponen en nosotros. Porque, què razon de disparidad puede darse entre estos dos enthymemas: los movimientos naturales no suponen conocimiento en los hombres, luego ni en los brutos: los movimientos espontaneos suponen conocimiento en los hombres, luego tambien en los brutos?

Pero yo soy algo mas detenido, y no pretendo, ni he menester tanto por ahora. Mi conclusion, pues, serà negativa, es decir: Que de lo dicho no quiero inferir, sino que no debe philosopharse de los movimientos espontaneos, como de los puramente naturales: Que el motivo, que podemos tomar de nuestra propria experiencia, para decir que pueden los movimientos naturales hacerse sin conocimiento, y sin sentido en los brutos, no es bastante, para que podamos decir lo mismo de los movimientos espontaneos: Que en vano, y sin razon se trahen à consequencia los unos de los otros: Que la verdad de la primera suposicion no puede hacer siquiera verosimil la segunda: Y ultimamente, que està bien probada mi primera proposicion.

SEGUNDA PROPOSICION.

PERO quiero establecer otra segunda Proposicion, y es: *Que en nosotros mismos tenemos motivo bastante para hacer positivo juicio, de que los movimientos espontaneos no se hacen en los brutos por solas las leyes, y disposicion de la machina.*

Por mas que nuestro cuerpo sea una machina formada, y reglada por las leyes de la mechanica mas perfecta: y por mas que en los movimientos que le damos voluntariamente, yà andando, yà levantandonos de un asiento, yà inclinandonos à hacer algo en el suelo, &c. por mas, digo, que en los movimientos de esta classe guardemos, sin reparar en ello, estas mismas leyes de la mechanica,

nica, como yà lo han observado, y demostrado Mathematicos muy habiles: es cierto sin embargo, que por lo comun no es la mechanica èl solo, ni el primer principio de dichos movimientos: procurarè explicarme.

Quando (por exemplo) me levanto de una silla, es evidente, que no me levanto de golpe todo derecho, sino inclinado, y como echando la cabeza, y el pecho àcia delante: sin lo qual no podria yo conseguir el equilibrio, que se requiere para poder levantarme, y ponerme en pie. Mas, aunque en esto deba seguir, y practicar las leyes de la mechanica, es assimismo muy cierto, que el movimiento, que hago para levantarme, es efecto, ò que à lo menos, se sigue al acto, con que mi voluntad assi lo quiere: como tambien lo es, que en la disposicion de la materia de mi cuerpo nada hay, que le precise à mudar de situacion, y mas de una situacion tan conveniente, y en que por lo mas comun, està muy bien hallado; pero vè aqui otro exemplo, que nos llevarà mucho mas adelante.

Quando tengo hambre, y vèo pan sobre una mesa, luego me voy àcia èl, tòmole, llevomele à la boca, y me le como. No hay duda, que la disposicion de la machina de mi cuerpo contribuye muchissimo à todos estos movimientos: Porque si yo estuviesse paralytico, no podria mover las piernas, ni las manos, ni tal vez la boca; pero por mucha hambre, que haya tenido alguna vez, y por mucha proporcion, que en semejante ocasion tuviesse el pan con mi estomago vacìo; yo mismo me soy buen testigo, y puedo jurar, que no experimentè, ni sentì en mi, que toda esta proporcion, y todo este vacìo, ò falta de un objecto tan conveniente, determinassen los espiritus animales à mover los musculos de mis piernas, y manos para llevarlas àcia la mesa, y al pan. Tambien estoy muy cierto, y assimismo podria, si fuesse necessario jurar, que entre la presencia de el pan, y los movimientos, que finalmente hice para ir à tomarle, mediò, ò mediaron actos, no solo de mi conocimiento, mas tambien de mi voluntad. Lo que una vez supuesto, como cierto, discurro assi.

La machina de mi cuerpo està dispuesta, como la

de

de el cuerpo de un bruto, y la falta de alimento pone à mi estomago, y à otros de los organos de mi cuerpo en el mismo estado, en que se hallan el estomago, y los demàs organos correspondientes de el cuerpo de un bruto, que tiene hambre. Si preguntasemos, pues, ahora à un Cartesiano, por què razon, y en què consiste, que un caballo, que ha caminado mucho sin comer, se và luego al establo, donde hay heno, y avena; y levantando la cabeza, alcanza el heno, ò bien, entrando el hocico en el pesebre, se come la avena: si le preguntasse, digo esto à un Cartesiador, què responderia? Sin duda diria, que la presencia, la vista, y el olor de el objecto: ò mas bien usando de sus proprios terminos, diria, que los *corpusculos*, que continuamente despiden de sì el heno, y la avena, entrando por los ojos, y por las narices de el caballo, mueven su celebro de un cierto modo muy proprio à abrir ciertos passos, y exclusas à los espiritus animales, para que estos, desfilando àzia ciertos correspondientes musculos, muevan sus piernas, su cabeza, y sus mandibulas, como conviene para que se coma la avena, ò el heno. Y queriendo explicarse mas, añadiria, que se levanta (por exemplo) la cabeza de el caballo à alcanzar el heno, tirada de el musculo, que sirve, y està destinado à hacersela levantar; porque entrando en èl los espiritus animales en mucha abundancia, le inchan, digamoslo assi, de suerte, que le acortan, à tiempo que el musculo antagonista, que sirve à hacer baxar la cabeza se afloxa, y relaxa, digamoslo asi, por razon de la fuga, y ausencia de los mismos espiritus. A poco mas, ò menos, como con un cordèl, assido en la frente de el caballo, tirado àcia atràs por entre sus orejas, se le haria levantar la cabeza. Sobre esto, pues, prosigue mi discurso.

Si el systema Cartesiano en este particular fuera verdadero, quando yo tuviesse hambrè, y viesse pan sobre la mesa, deberia mi cuerpo ir necessariamente, y de sì mismo àcia el pan, y comersele: como se quiere, que en la hypotesi hecha debe ir, y và el caballo àcia el heno, y se le come: pues se supone la machina de mi cuerpo en la misma disposicion, que la de el caballo; y assimismo se de-

debe suponer, que los *corpusculos* de el pan entrarían por mi ojos, y por mis narices, y moverian mi celebro, mis exclusas, y mis espiritus animales, ni mas, ni menos que se quiere que suceda todo esto en el caballo en presencia de el heno; pero es assi, que mi propria experiencia me enseña lo contrario. Luego es falso, que el caballo se mueva en la hypothesi hecha de el modo, y por los principios, que quieren los Cartesianos: porque donde concurren unos mismos principios, unas mismas disposiciones, y unas mismas determinaciones al movimiento, debe seguirse tambien un movimiento mismo: Pero es assi, que en las circunstancias, en que supuse à mi cuerpo, concurren los mismos principios, las mismas disposiciones, y las mismas determinaciones al movimiento, que se suponen en la hypothesi de el caballo, y con todo, mi cuerpo no se mueve. Luego es preciso reconocer, que estos pretendidos principios de los movimientos de los brutos no son sus verdaderos principios; pues que en orden à esto no hay diferencia notable entre su cuerpo, y el mio.

Como este discurso no flaquee por alguna parte, nada mas serà menester, para trastornar enteramente la doctrina Cartesiana en este punto por los mas ciertos principios de la mechanica. Conviene, pues, examinarle con reflexion, y con toda la exactitud possible. Todo consiste en vèr, si de hecho todo es igual de una, y otra parte; y si nada hay de especial en mi cuerpo, que pueda, y deba impedir el movimiento, que no se impide en el caballo, puesto en las mismas circunstancias.

Si unicamente consideraremos los objectos, (quiero decir el pan, y la avena) la proposicion que esta tiene con la machina de el caballo, y la que tiene el pan con la machina de mi cuerpo, y ultimamente la impression, que uno, y otro objecto hacen en los organos de sus respectivas machinas, lo hallarèmos todo tan semejante, y tan igual, que en principios Cartesianos, sino huviera alma en mi cuerpo, pusto en las circunstancias, en que se supone, de si mismo se iria àcia el pan, y se le comeria tan natural, y necessariamente, como se quiere, que el caballo deba irse àcia la avena, y comersela. Resta, pues, que

so-

ſola mi alma ſea, quien impide el movimiento, ſeale de el modo que ſe fuere: Vèamos yà como ſe hace, ò puede hacerſe eſto.

Mas lo primero, mi alma no puede impedir, que los còrpuſculos, que el pan deſpide de sì, hagan en los organos de mi cuerpo la impreſsion, que les correſponde, como aſsimiſmo no puede impedir, que eſta impreſsion, una vez hecha ſe propague, y comunique haſta el celebro.

Lo ſegundo, ſupueſto que eſta impreſsion comunicada à mi celebro, abra el paſſo à los eſpiritus animales, y los haga desfilar àcia los muſculos, que eſtán deſtinados à mover mis piernas àcia el pan, no puede mi alma impedir, que mis piernas ſe muevan: como tampoco puede impedir algunos movimientos combulſivos de mi cuerpo, cauſados por el irregular, ò preternatural curſo de los eſpiritus àcia eſta, ò àcia la otra parte. Pues lo miſmo es desfilar los eſpiritus àcia ciertos muſculos, que moverſe las primeras, ò otros miembros correſpondientes de eſte, ò de el otro modo determinado. Aſsi como lo miſmo es tirar de la ſoga de una campana, que tocarla: con que es preciſo recurrir à decir, que mi alma impide, que la impreſsion de el objecto, comunicada al celebro, abra el paſſo à los eſpiritus animales.

Mas, lo tercero, impedir, que ſe abra el paſſo à los eſpiritus, no puede hacerſe ſin un genero de accion, y esfuerzo, que cierre, ò mantenga cerradas las pequeñas excluſas, las quales à no ſer por eſſo, natural, y neceſſariamente ſe abririan por la impreſsion de el objecto para dexar el paſſo libre á dichos eſpiritus animales.

Y lo quarto, y ultimo, mi alma no puede producir eſte esfuerzo, ni eſta accion; y por conſiguiente, no debe atribuirſele eſte efecto: porque los Carteſianos ſiempre ſe han burlado de la facultad, ò virtud motriz, que los Peripateticos atribuyen à las almas. Lo mas, y todo quanto mi alma puede hacer, ſegun ellos, es conocer, y querer; pero por mas que conozca, y quiera, nunca moverà, ni hara que ſe mueva un cuerpo de ſu ſitio: como ni impedirà que ſalga de èl, caſo que otro le impela con baſ-

baftante fuerza. La voluntad , dicen , y el movimiento no fon cofas , que tengan entre sì tal proporcion , que pueda efte fer efecto de aquella. Y afsi , por mucho que quifiera mi alma cerrar , y mantener cerradas las exclufas de mi celebro , no lo confeguiria , fi la dexaffen fola en el empeño. Por effo recurren à Dios , y le imponen el cuidado de abrir , ò cerrar por sì mifmo eftas exclufas : como tambien el de hacer , ò impedir , que los efpiritus animales desfilen àcia eftos , ò àcia otros miembros de mi cuerpo , fupuefto , y conforme al querer de mi alma. De manera , que fegun los Cartefianos , todos los movimientos de los brutos fon puramente machinales , y fe hacen , figuiendo fiempre las leyes de una pura mechanica : Pero en el cuerpo humano à cada paffo trafpaffa Dios eftas mifmas leyes.

Yo no dudo , Monfiur , que efta inconfequencia , efte desorden , y efta infraccion (fi es licito hablar afsi) de unas leyes para vofotras tan fagradas , habràn dado algun cuidado à muchos de vueftros condifcipulos. Ni dudo, que algunos de los mas habiles habràn puefto un particular , y porfiado eftudio , en vèr fi podian falvarlas en toda fu extenfion. Mas no debiò de fer pofsible ; porque el rigor de eftas leyes no fe acomoda bien con el conocimiento , ni con la libertad de los hombres ; pero fea lo que fuere, nada pienfo haver dicho , que con razon podais , y querais negarme. Continuemos , pues , y llevemos mas adelante el difcurfo.

Pues , que naturalmente , una vez fupueftas vueftras leyes de el movimiento , deberìan abrirfe las exclufas de mi celebro , à impulfos de los corpufculos de el pan , fino fe abren , ferà porque Dios lo impida : Pero Dios , en vueftra opinion , no impide que fe abran dichas exclufas, fino figuiendo , y conformandofe à la voluntad de mi alma ; y por otra parte yo mifmo me foy buen teftigo , de que mi alma no tiene tal voluntad de que Dios lo impida: antes bien por el contrario , eftoy muy cierto de que tal vez , puefto en la ocafion , guftaria muchifsimo de hacer en mi la prueba de efte movimiento puramente natural, y mechanico , convenciendome por mi propria experiencia

de

de la verdad de un systema, por otra parte tan ingenioso. Porque, què mayor gusto que vèr, que mis piernas, sin que yo pusiesse en ello cuidado alguno, se movian à compàs una despues de la otra, hasta llevarme junto à la mesa? Què luego mi animo se alargaba al pan, le partia, y me le llevaba à la boca? Què despues mis mandibulas se abrian, y se cerraban, como convenia para mazcarla? Y què ultimamente, bolviendose, y doblandose mi lengua de infinitos modos para hacerle baxar por el esophago al estomago, me hartaba yo de pan, sin haver puesto en tantos, y tan diferentes movimientos mas cuidado, que el que pongo (ò por decir mas bien, no pongo) en la circulacion de mi sangre, y en los latidos de mi corazon?

Luego nada hay que impida los movimientos, que deben resultar, y seguirse en mi en presencia, y en fuerza de la impression de el objecto? Nada se opone à que se haga todo en mi cuerpo, segun las leyes de una pura mechanica. La seña, por decirlo assi, que aguarda Dios, para infringir estas leyes en favor de mi libertad, es mi mismo querer. Pero yo no doy tal seña, sino que tocante à esso, sea mi alma à lo menos, *mere passive*, como dicen, y como si no estuviera en mi cuerpo. Luego nada hay, que obligue à Dios, universal, y unica causa de los movimientos, à mudar el curso, que los espiritus animales deben tener naturalmente en presencia de el objecto: nada le determina à echarlos àcia otra parte. Que se abran, pues, y cursen los passos, que cursarian, si mi alma estuviesse ausente: ò à lo menos, que no vayan por donde, ni adonde no quiero yo que vayan.

Mas sin embargo nada de todo esso se hace en mi; y mis piernas, si yo no me determino à moverlas, immobles se estàn, y se estarìan siempre. Luego debe suceder lo mismo al cavallo de la hypotesi. Por mas corpusculos, que despida de sì la abena, y por mas que dichos corpusculos se le entren al cavallo por ojos, y por narices; podrá, sì suceder, que se le venga la agua à la boca, como á nosotros se nos viene tambien tal vez al vèr ciertos manjares. Mas no por esso solo le haràn ir àcia la abena, ni le haràn dàr un solo passo. Porque, què razon havrá para

que

que la presencia, y las impressiones de la avena ayan de determinar la machina de el cavallo mucho mas fuertemente, que la presencia, y las impressiones de el pan determinan la machina de mi cuerpo: siendo assi, que todo se supone igual de una, y otra parte?

Y aùn, si en presencia de el pan percibiesse yo en mis piernas algun genero de movimiento, ò siquiera algun impulso, aunque tenue, vaya con Dios: Pero nada de esso experimento, ni cosa que se le parezca. Recibo sì de este objecto otras varias impressiones, y las percibo. Porque su olor obra en mi olfato, su color en mi vista, y acaso tambien otros corpusculos suyos obraràn tal vez en mi lengua, y en mi paladar, humedeciendolos con la saliva, que ellos mismos hagan salir de las glandulas de mi boca. De sola esta impression, à cerca de que procede el discurso, no tengo, ni percibo en mi sensacion alguna: siendo assi, que debiera hacerse sentir muchissimo, pues es tan fuerte, que puede poner, y de hecho pone, segun decis, en movimiento una machina tan grande, y tan pesada, como lo es un cavallo, hasta hacerle tal vez correr, y aùn tambien, que se lleve tras sì una pieza de artilleria, ò una carreta.

No dexariais, Monsiur, de ser felìz, ni vuestras bellas idèas dexarian de tener una particularissima accepcion para con los hombres, si estos, quando se hallan en la disposicion, y en las demàs circunstancias, en que supusse mi cuerpo, experimentassen en sì algo, por poco que fuera, semejante à lo que sucede, quando (por exemplo) se aplica una brasa à la mano de quien mas descuidado està. Luego al instante la retira sin deliberacion, y sin detencion alguna. Ved, dicen (y lo ponderan mucho) vuestros Authores, como aqui la presencia de el objecto, sin aguardar los ordenes de la alma, hace abrir las exclusas de el celebro, y que desfilen instantaneamente los espiritus animales àcia el musculo, que sirve para retirar la mano. Pero no sucediendo, como realmente no sucede, lo mismo, ni cosa que se le parezca, en nuestro caso; este exemplo (que por otra parte nada prueba de lo que intentais, pues la brasa se hace sentir antes que se retire la

ma-

mano) no ſirve ſino para vueſtra confuſion, pues èl miſmo demueſtra la falſedad de vueſtras hypotheſis en eſte punto.

Y ſino decidme, por què el fuego, y no el pan, hacè què ſe mueva mi cuerpo, ſiendo aſsi, que tambien le conviene al pan tener eſte efecto ſobre la machina animal por las miſmas leyes, y por todos los principios de vueſtro ſyſtèma? No negarè, que la impreſsion, ó accion de el pan no es tan prompta, ni tan viva, como la del fuego. Mas no por eſſo dexa de ſer tan fuerte, y aùn mucho mas en el efecto. En cuya prueba, ſi à un perro, que eſtè echado cerca de la lumbre, le aplicareis una braſa, vereis que retira, sì, el pie, ò miembro que le quemais, ſin que por eſſo huya de la cocina, ni aùn ſe levante de donde eſtaba echado; pero moſtradle, aunque ſea de bien lexos un pedazo de pan, y vereis que eſte objecto hace en èl una impreſsion tan fuerte, que hace levantar, andar, y venir haſta vos toda la machina de ſu cuerpo. Y aſsi, toda la diferencia que puede haver entre la impreſsion que hace en mi cuerpo una braſa aplicada à mi mano, y la que debe hacer el pan pueſto à mi viſta, quando tengo hambre: eſta diferencia, digo, quando mas, podrà ſer la que ſe concibe entre un golpe de eſpuela, y la viſta de un pienſo de avena, reſpeto de un caballo algo vivo, à quien el pienſo hace andar, y la eſpuela correr. Es decir, que aſsi, como luego que ſe le aplica la braſa, inſtantaneamente mi cuerpo retira ſu mano, debiera tambien dexarſe ir, aunque con lentitud, y por ſus paſſos contados, àcia la meſa, que ſe preſenta à mi viſta, bien proveìda de manjares. Por ventura, no baſtan eſtas reflexiones hechas ſin preocupacion, y leìdas ſin terquedad, para que pueda darſe abſolutamente por demoſtrada mi ſegunda Propoſicion?

TER-

TERCERA PROPOSICION.

TODO QUANTO VEMOS EN LO exterior de los brutos puede, y debe hacernos juzgar todo lo contrario de quanto en este particular pretenden los Cartesianos.

QUANDO propongo discurrir sobre lo que se vè en lo exterior de los brutos, no quiero repetir un cierto argumento, muy vulgar, y frequente en las Aulas, tomado de la semejanza, que se observa entre sus organos externos, y los de nuestros sentidos: argumento, con que otro tiempo se pretendia probar, que serian inutiles dichos organos en los brutos, si estos no fuessen sino puras machinas. Para què han de tener ojos (arguian los Peripateticos) si no vèn, ni pueden vèr? Para què oìdos, si no oyen? Y assi de las narices, &c. No por cierto, no quiero yo arguir assi. Estos organos aùn en la hypotesi Cartesiana no serian inutiles, ni estarian por demàs en los brutos. El ojo; esto es, este conjunto, y esta disposicion de membranas, de fibras, de nervios, y de humores, que componen el organo, que llamamos *ojo*; yà que, segun los Cartesianos, no sirva en los brutos para vèr, ni para producir una cierta sensacion, que se hace en nosotros, quando tenemos los ojos abiertos en presencia de algun objecto luminoso, ò iluminado: serviria para recibir la luz, y para comunicar, y propagar sus impressiones hasta el celebro, ocasionando assi una infinidad de movimientos, de que sin esso no seria capàz la machina de el bruto. Y lo mismo à proporcion, puede decirse de las narices, y de todos los demàs organos, que observamos en los brutos, correspondientes à los de nuestros sentidos. Tambien este fuè uno de los infelices argumentos Peripateticos, de que, como yà ob-

servè, supieron aprovecharse, y sacaron tantas ventajas los Cartesiaoos, tomando de aì ocasion para desacreditar, y hacer tener en poco las armas de sus enemigos. Vè aqui, pues, el sentido de mi proposicion.

Digo, que si reparamos, y nos proponemos una cierta especie de conocimientos, que no podemos dexar de tener, y assimismo los principios mas evidentes de la mechanica; no podemos dexar de tener por constante, que muchos de los movimientos, que observamos en los brutos, no se hacen por solas las leyes de la mechanica, ni son puramente machinales. Y para declararme mas bien, otra vez quiero servirme de el exemplo de el cavallo; pues es de los mas inteligibles, y comunes, que pueden emplearse.

Supongamos, que un cavallo se halla como à cosa de cien passos distante de una hoya, bastantemente ancha, y profunda, donde ay cantidad de buena abena, y de buen heno. El olor de este heno, y de esta abena naturalmente le atraherà, y le harà ir àcia la hoya, trotando, y relinchando. Mas no bien llegarà al borde de la hoya, pararà, y cessarà de repente, y de el todo el movimiento de esta machina de el cavallo. Supongamos mas, que và montado en èl un ginete, y que este yà con la brida, yà tambien con la vara, ò con el latigo, se ingenia de todos modos, por hacerle entrar en la hoya. Para mi es cierto, que ni assi le harà dàr un solo passo adelante. Y si le arrimare las espuelas, antes se levantarà sobre sus pies, se bolverà de lado, ò recularà; y aùn tambien acaso se dexarà matar por no arrojarse à la hoya, donde està viendo el heno, y la abena, cuyo olor le havia traido.

Digo, pues, que si se ha de juzgar por lo que nos es evidente en esse caso, lo es tambien, que la machina del cavallo no se mueve por solas las leyes de la mechanica: porque uno de los primeros principios de esta facultad es, que un cuerpo, una vez impelido, y determinado à moverse, sigue siempre la determinacion primera, y continùa el movimiento por la misma linea por donde se empezò, à menos que ocurra algun estorvo capàz de hacerle torcer camino, ò alguna determinacion contraria mas fuerte.

Pero aqui nos son constantes dos cosas: La primera es, que el cavallo recibe yà por el olor de la abena, y de el heno, yà por la mano de el ginete, yà ultimamente por la espuela, recibe, digo, determinaciones muy fuertes, y muy proprias para continuar su movimiento, arrojandose en la hoya: que todo lo dicho contribuye à abrir el passo à los espiritus animales, para hacerles dessfilar acia los musculos, de que depende el movimiento, con que el cavallo se arrojaria en la hoya, caso que lo hiciesse; y que este movimiento estaba yà principiado con determinacion àcia la hoya, determinacion, que se aumentaba, y fortalecia cada vez mas por la fuerza, y por la maña de el cavallero.

Constanos lo segundo, que si se ha de hacer juicio de las cosas por lo que vèmos, y experimentamos, nada hay en la hoya, que deba por solas las leyes de la mechanica mudar, ò detener el movimiento de el cavallo. Porque, què cosa ay en la hoya, à que pueda atribuirse este efecto? Hay heno, y abena; pero esto estando, como està yà, no solo mas cerca, mas tambien à la vista del cavallo; antes le debe atraher, que rechazar, quando solo su olor fuè bastante para atraherle de tan lexos. Sobre esto ningun objecto contrario se presenta, ni sè que haya en la hoya sino ayre, y luz. Pero esta, reflexa de mas cerca por la abena, y por el heno à los ojos de el cavallo, y aquel respirado por sus narices, y boca, mas cargado de corpusculos de el heno, y de la abena, deben hacer sobre su machina mayor impression; y por consiguiente deben ser otro tanto mayor atractivo, para hacerle entrar en la hoya.

Examinad quanto quisiereis todos los movimientos de los corpusculos, y todas las modificaciones de la luz: para mi es evidente, que no hallareis diferencia digna de consideracion, ni podreis decir sino que los rayos de la luz, reflexos desde el heno, y la abena à los ojos de el cavallo, son mas largos, quando la hoya es profunda, como se supone, que quando no tiene sino dos, ò tres pies de altura; en cuyo caso vos mismo pretendeis, que debe el cavallo entrar (no yà con dificultad, sino con ansia)

sia) en la hoya, llevado de dichos rayos, y corpusculos. Pero què hace esso al caso, puesto que si el heno, y la abena estuvieran en otra situacion, aunque à mucho mayor distancia, toda esta mayor longitud de los rayos, reflexos, no estorvaria, que el cavallo prosiguiesse su marcha hasta llegar â la abena, y al heno?

Diràse acaso, que la diferencia està no solamente en la mayor longitud de los rayos, mas tambien en que estos vengan de baxo à riba. Pero procediendo de buena fee, puede por ventura concebirse, que puede haver la menor proporcion entre esta circunstancia, y el efecto de que tratamos, para que solo à ella deba este atribuirse?

Si, señor, me direis, porque quando miramos àcia abaxo desde una torre, ò otro lugar muy alto, experimentamos en nuestro cuerpo un cierto genero de susto, y temblor. No hay duda; pero este temblor supone en nosotros la vista, y el conocimiento de el precipicio, ò de el riesgo, suposicion que los Cartesianos no hacen, ni admiten, respecto de el caballo. Y niego, y negarè siempre, (lo que jamàs podràn probarme) que deba succeder dicho temblor, noprecediendo algun conocimiento, despues de que esto no sucede à todos, y aùn aquellos, que lo experimentan desde una extraordinaria altura, dexan de experimentarlo, si la altura no es sino mediana. En esta, pues, podemos suponer, y de hecho suponemos el caballo.

Decidme yà, Monsiur; algo què sea inteligible, que me domestique à vuestras paradoxas, y que ultimamente me obligue à dexar de tener por regla de mis juicios unos conocimientos tan ciertos, y experimentales, como son los que me han conducido hasta aqui: Pero estoy cierto, de que à todo esto no podreis decirme, sino que no es impossible, que estos rayos de luz, assi reflexos por el heno, y por la avena, siendo mas largos, y viniendo de baxo à riba, determinen la machina de el caballò muy de otro modo que lo harian, si fueran mas cortos, y mas inclinados, ò orizontales. Direis, què no es imposible; porque no sois tan poco considerado, que podais arrojaros à decir que es verosimil: y por otra

parte acostumbrais, ò sois forzado à hablar asi en una infinidad de ocasiones: y no es exageracion, aunque diga *en una infinidad de ocasiones.* Porque no hay bruto desde el Elephante hasta la Hormiga, respeto de el qual no os veais precisado à decir lo mismo, como tambien en otros muchissimos casos; pero esto mismo me anima à haceros otra.

QUARTA PARTE.

Y Es, *que los Cartesianos no han tocado aùn el punto de la dificultad en este punto.* Porque à què se reduce, os ruego, toda vuestra doctrina en este particular? A nada mas, que á decirnos, que los espiritus animales son determinados por las diferentes impressiones de los objetos à desfilar àcia diferentes musculos, de que se siguen movimientos diferentes en los miembros de el animal. Mas, para no haver de saber mas que esto, bien escusado es consultar el oraculo de Mr. Des-Cartes. Con solo vèr palpitar el corazon de un buey hostigado, ò acordarme de que la vista de algun objeto terrible ha hecho tal vez palpitar el mio, tengo lo bastante para comprehender, que los espiritus animales pueden contribuir no poco al movimiento de los miembros.

Mas, como sin embargo se me huviesse dirigido à estos Philosophos tan cèlebres à estos habilissimos hombres, que en este dichoso siglo descubrieron, y sacaron la verdad de lo mas profundo de el pozo, no dexè de concebir alguna esperanza, de que finalmente podria adelantar algo mas, y philosophar mas bien en este punto, por beneficio de sus instrucciones. Recurrì, pues, al libro de Mr. Regis, aquel Heroe de el Cartesianismo, en cuya consideracion no se echan menos el dia de oy los Rohaults, los Cordemois, ni los Clerseliers; y à quien es muy natural, que algunos ayan tenido por el mismo Mr. Des-Cartes, venido poco ha en otra figura desde el Paìs de los Lappones. Leile, para saber (por exemplo) què cosa es lo que llamamos *passiones* en los animales; y hallè en èl mucho de claridad, y de methodo, sobre una gran comprehension

de

de los dogmas de la secta en que se ha empeñado. Mas tocante a lo que aqui se trata, y à todo lo demàs, que dice relacion à los movimientos espontaneos de los brutos, todo se reduce à decir, que sus diferentes movimientos provienen de los diferentes objetos, que por medio de sus diferentes impressiones mueven diferentemente los organos de la machina, y abren diferentes caminos à los espiritus, para que desfilen àcia diferentes miembros.

El perro, dice, al instante retira el pie, si se le aplica una brasa; y es, que el fuego por medio de su impression hace, que los espiritus animales desfilen de el celebro à los musculos, como se requiere, y conviene, para que el perro huya, y evite este daño. Este mismo perro, moviendo su cola de mil modos diferentes, alhaga, y hace mil fiestas à su dueño; porque este con su presencia hace tales impressiones en el perro, y mueve sus nervios opticos: de suerte, que hace desfilar los espiritus animales àcia los musculos, que sirven à este genero de movimientos. Y ultimamente el mismo perro sigue una liebre hasta alcanzarla; porque los efluvios, ò insensibles corpusculos, que la liebre exhala, y despide de sì, determinan los espiritus animales de el perro à que desfilen precisamente àcia los musculos, que sirven, y estàn destinados al fin de correr, y cazar.

Tom. 2. lib. 7.

Pero, aplicando assi vuestra proposicion general de los espiritus animales, determinados por la presencia de diferentes objetos à desfilar àcia diferentes musculos: sino se aplica, digo, vuestra proposicion general à los efectos particulares, sino de un modo tan general, y tan vago, como ciertamente lo es este; nada se me enseña de nuevo, ni se me dice mas, que lo mismo, que se me havia dicho por la proposicion general, antes de su aplicacion à los casos particulares. Esta aplicacion de ningun modo prueba, ni confirma, ni ilustra aquella proposicion general, que de suyo es muy obscura, muy sospechosa, y aùn tambien, al parecer, contra mi propria experiencia.

Si à un hombre, que no està versado en materias physicas, se le dixesse, que el ayre es pesado, y tanto, que la porcion, ò columna de ayre, que corresponde perpendicularmente sobre su cabeza, pesa no menos, que una columna de agua, que tenga treinta y dos pies en alto, y sea del mismo diametro, que su cabeza: digo, que si à este hombre se le dixesse esto con esta generalidad, no lo querria creer, antes tendria por chimerico tanto peso en el ayre. Pero hacedle luego notar ciertos phenomenos, haced delante de èl ciertas experiencias, y conducirle de principio en principio, y de verdad en verdad, reuniendo ultimamente los casos, y observaciones particulares à la proposicion general que le hicisteis al principio, ò no la de tener entendimiento, ò convencido de vuestra explicacion, abrazarà como cierta la maxima de el peso de el ayre.

Pero en el punto de que se trata, sucede lo contrario; pues la explicacion que haceis de los casos, y phenòmenos particulares, no hacen sino confundir, y embarazar mas la razon. Por mas que pretendisteis contentarla, escogiendo de proposito movimientos muy simples, y por consiguiente mas faciles de concebir, y de explicar (quales son los de los exemplos que propusisteis) nada le hicisteis comprehender de nuevo, y en particular. Y por otra parte las reflexiones, que no puede dexar de hacer sobre otros muchos movimientos muy complicados (como por exemplo, sobre lo que se passa en la republica de las abejas) hacen que le parezca sueño, ò vision quanto le vendeis en el assumpto. En conclusion, y en una palabra, los Peripateticos dicen, que toda la dificultad està en explicar las cosas en particular, y por menudo. Y añaden, que si pudiereis, y quisiereis explicarles, y hacerles comprehender bien este *cierto modo*, y este *diferente modo*, de que usais siempre, y que nunca explicais; entraràn gustosos en vuestro partido, y abrazaràn con adhesion vuestro systema: Pero à falta de esso se mantienen, y se mantendràn siempre en mi proposicion; es à saber, que los Cartesianos no han tocado todavia el punto de la dificultad en este punto.

Por

Por lo que à mi toca, yo no èxigiria de vos una exactissima razon de todo, para determinarme á entrar en vuestros pensamientos. Facilmente me contentaria con una de estas cosas, ò que me explicasseis bien un solo phenòmeno, el que vos mismo escogierais, de suerte, que pudiesse tomarse de èl un cierto genero de analogia, para philosophar de los demàs, ò que me mostraseis en el hombre un solo movimiento, correspondiente, y parecido à estos que llamo *espontaneos* en los brutos, el qual se haga independentemente de todo conocimiento: ò bien siquiera que me respondiesseis con claridad, y á satisfaccion à algunas de las muchas objecciones que se os hacen, ò pueden hacerseos.

Por exemplo, los corderos, y aùn tambien algunos mastines huyen de el lobo luego que le vèn. Esto consiste, decis, en que la impression, que este objecto contrario hace con su presencia en el celebro de el cordero, abre el passo à los espiritus animales para que desfilen, y entren en los musculos de las piernas, y en los demàs que hacen correr dicho cordero. Pero pudierais, y debierais haver advertido, que no se trata aqui de la carrera, sino de la fuga. Si los espiritus animales, supuesto que el cordero mira àcia el lobo, no hiciessen mas que ponerle en movimiento, y hacerle correr, no solo no le harian huìr de el lobo, sino que antes bien le harian ir à meterse en sus garras. Es preciso, pues, que los corpusculos que exhala de sì el lobo, y que imprimirian al cordero, si este en vez de mirar al lobo, se hallasse en la situacion opuesta, un movimiento puramente recto: es preciso, digo, que los corpusculos de el lobo hagan que el cordero puesto en esta otra situacion, dè una media vuelta para hacerle huìr. Esta sola media vuelta bien explicada, y su razon particular que me dierais, me daria yo por satisfecho.

Puede ser que à todo esto se me diga, que los Cartesianos no tienen, ni pueden tener tan buenos, y exactos microscopios, que puedan descubrir en la diseccion de un bruto todos los menudissimos organos, los estrechissimos vasos, que sirven à todas estas operaciones. Y acaso tambien

bien se añadirà, que tocante à esto, sean los Cartesianos, como quien, de vèr, que el indice de una muestra và señalando las horas, infiere, que en lo interior de ella hay resortes que imprimen, y mantienen este movimiento tan reglado, sin que por esso pueda dàr razon de èl, ni explicar el artificio de esta machina; pero esto seria decir, (y notadlo bien, si os agrada Monsiur) que los Cartesianos en este particular no saben, ni pueden enseñarnos, sino que Dios es Omnipotente, y que puede executar la confusissima idèa que ellos se imaginan, de una machina de carne, y huesso, que por medio, y virtud de sus resortes haria quanto vemos executar à los brutos. Es constante, que los Cartesianos no nos dicen en conclusion otra cosa; y assimismo lo es, que no tienen otro principio para negarles, como muchos de ellos arrojadamente les niegan, todo conocimiento, y todo sentido à los brutos. Dixe *muchos de ellos*, porque Mr. Des-Cartes nada decidiò positivamente, y Mr. Regis se contentò con proponer esta doctrina, como pura hypothesi: pero me parece, que se podria probar, que aùn esso es demasiado; y que todo el efecto, que la sutileza Cartesiana podria conseguir sobre un espiritu, que examinasse las cosas en el fondo, serìa quando mas, hacerle dudar, si le es possible à Dios esta machina.

Porque no es lo mismo aqui, que en otros puntos de la Philosophia Cartesiana, ni como en el systema de Copernico. Concedaseme, ò permitaseme no mas, que tal, ò tal cosa, dice un Philosopho, ò un Astronomo: y por mis principios, darè razon de todos los phenòmenos, de tal, ò tal classe. Assi suponiendo, que el Sol està fixo en el centro de el mundo, y que la tierra gira al rededor de el Sol, y rueda ademàs de esso sobre su proprio exe: supuesto, digo, esto, y añadiendo el movimiento de el paralelismo, se demuestra claramente, que la variedad de las estaciones de el año, y la turnacion de dias, y noches serian las mismas, que observamos ahora: Que los Eclypses, assi de el Sol, como de la Luna, sucederian de el mismo modo, y al mismo tiempo, que estàn calculados, y pronosticados por los mas exactos, y diligentes Astrono-

mos; y asſi de todo lo demas. Aùn quando fuera evidente, que la tierra no gira al rededor de el Sol, ſino que eſtá fixa, y quieta en el centro de el mundo; podria proponerſe, y ſoſtenerſe, como una buena hypoteſi, el ſyſtema mundial de Copernico.

Mas no es lo miſmo (dixe, y lo buelvo à decir) en el punto de que ſe trata: Porque los Carteſianos nada conocen claramente en la eſtructura de el cuerpo de el bruto, en orden à los movimientos en queſtion; y por conſiguiente no pueden formar un ſyſtema claro de los reſortes, y mas con partes de eſta machina; de forma, que puedan decir: ſupueſto el cuerpo hecho, y diſpueſto de eſte determinado modo, es preciſo, que las golondrinas, venida la primavera, ſe junten de dos en dos, que buſquen, y traygan barro, pajas, y plumas para hacer ſu nido; y que hecho procuren defenderle, y guardarle de los inſultos de los gorriones, otras machinas, que ſuelen uſurparſelos: Pero nada conocen los Carteſianos en el cuerpo de eſtos pajarillos, por donde puedan demoſtrar, y explicar la proporcion, que puede tener ſu machina con tantos, y tan diferentes movimientos.

Copernico no ſupone ſino ciertos poſtulados, ó preguntas, que nadie rehuſa permitirle; y de eſtos poſtulados deduce deſpues ſus concluſiones de un modo tan inteligible, y tan cabal, que nada tiene digno de ſer reprehendido. Mas lo que ſuponen los Carteſianos; es à ſaber, que la machina del bruto eſtà hecha aſsi, ò aſsi; y que pueſta la impreſsion deſte, ò del otro objecto, debe moverſe, andar, gritar, &c. todo eſto es coſa, que les niegan todos los demàs Philoſophos. Y quando ſe les permitiera, no por eſſo podrian dàr razon clara, y convincente, no digo de todas; pero ni de un corto numero de tantas, y tan diverſas determinaciones de tantos, y tan diferentes movimientos; y acaſo acaſo, ni de una ſola. Ved, Monſiur, quan diſtantes vamos en los ſentimientos: vos teneis vueſtra doctrina por verdad conſtante; y yo juzgo, que no puede ſoſtenerſe, ni como pura hypoteſi.

Aſsi, quando en las diſputas publicas preguntaſſe un Carteſiano à un profeſſor Ariſtotelico; como burlandoſe, y en el tono deſdeñoſo, y deſpreciador, que

estilan los de esta Secta: quando le preguntasse, digo, sino cree, que Dios puede hacer una machina, semejante al cuerpo de un perro, en la qual pudiessen hacerse por solas las leyes de la mechanica todos los movimientos, y operaciones que vemos, y admiramos en aquel bruto? Podria muy bien el Peripatetico responder, diciendo: confiesso, que no sè, si Dios puede, ò no puede hacer essa machina; pero estoy cierto de que tampoco vos lo sabeis. Porque para poder responder derechamente à essa pregunta, era preciso no solo imaginar, mas tambien comprehender perfectamente todos los resortes, y mas piezas de dicha machina; pues solo quien tuviesse esta comprehension, podria saber, si todos los movimientos de tan admirable machina, y sus diferentes determinaciones (muchas de las quales parecen opuestas à los mas ciertos principios de la mechanica) pueden, ò no pueden hacerse en virtud de dichos resortes. Seria preciso tener presente una completa, y exacta anatomia de todos los organos, y de todas las sensibles, ò insensibles partes de el perro; y conocer ademas de esso la proporcion, que todas, y cada una de dichas partes, yà sean de el perro, ò yà de la machina, dicen, y pueden decir con los objectos, y con los corpusculos, que deberian producir, ò ocasionar tantos, y tan diferentes movimientos. Pero vos, aunque à vuestro pesar, confessais, que no conoceis todo esto. A una respuesta como esta, què podria replicar el Cartesiano? No dirian todos los oyentes, que el Aristotelico tenia razon, y que hablaba con mas juicio?

Pero, aun podria apretarle mas por otro lado, y de otro modo, que serà el sugeto de mi quinta Proposicion; es à saber: *Que los Cartesianos no hablan, ni discurren consiguientes en este punto.*

Mantengo, pues, que todo Carteſiano, que quiera guardar consequencia, debe decir, que tambien los hombres son automatos, y puras machinas, como lo dice, y por los mismos principios, que lo dice de los brutos. Yà se les propuso à estos Monsiures esta objeccion por modo de zumba, y chufleta: mas no por esso dexa de ser una de las mas fuertes, y aparentes, que pueden hacerse à es-

te genero de Philosophos, que se precian de discurrir empre consiguientes sobre sus principios. Vos mismo lo ereis Monsiur.

Podria, pues, el Aristotelico preguntar à el Cartesiano en retorno de su pregunta: si cree, que pueda Dios hacer una machina, semejante à un hombre, la qual haga, ò pueda hacer por solas las leyes de la mechanica todo quanto vèmos, que hacen los hombres? No por cierto, responderia seguramente el Cartesiano, y vos mismo me lo respondereis tambien. Porque un hombre, direis, responde à otro que le pregunta: ellos tienen, y mantienen entre sì sus discursos, y conversaciones seguidas. En las disputas vèmos que arguye uno, y defiende otro; de suerte, que à replicas oportunas, se dàn tambien oportunas respuestas; y es constante, que no puede hacerse todo por solas las leyes de la mechanica.

Quièn os lo ha dicho? Y què modo de hablar es esse? Assi ossais poner limites al poder de Dios? Què percibis en todos estos discursos, en todas estas conversaciones, y en todas estas disputas, sino diversos movimientos seguidos? Y què? No podrà Dios hacer en muchas machinas una tal combinacion, y correspondencia de resortes, que puedan resultar, y seguirse en ellas unos à otros los movimientos necessarios para formar una conversacion, y otro qualquiera discurso seguido con replicas, y respuestas oportunas? No se han visto yà en otro tiempo algunas machinas artificiales, que respondian oportunamente à algunas preguntas? Por què, pues, no podrán estas ser tenidas por un tal qual bosquexo de otra obra infinitamente mas perfecta, que Dios se haya propuesto producir en todas estas machinas, que llamamos *hombres*: disponiendolas de forma, que nos hablen, y nos respondan de tal, ò tal modo, en tales, ò tales circunstancias, segun la diversidad de las impressiones, que en ellas hagan nuestra presencia, nuestra voz, y todos los demàs objectos extraños?

Y à considerar las cosas desapassionadamente, y sin preocupacion, como eternamente aconsejais à todos los demàs Philosophos que lo hagan; què mayor mysterio

os parece que habrá en los razonamientos , ò conversaciones seguidas de los hombres , que no haya en una infinidad de operaciones seguidas de los brutos ? Porque , què quiere finalmente decir *razonamiento , ò conversacion seguida* ? Examinemos bien lo que es esto.

En la conversacion seguida hay muchos , y muy diferentes movimientos de miembros diferentes. Muevense los labios , la lengua , y las mandibulas ; y por razon de el movimiento de estas partes se impele , se quiebra , y se reflexa el ayre de varios modos. Mas para todo esto es constante , que no se requiere un principio discursivo. Todas estas diversas modificaciones de tantos , y tan diferentes movimientos , que forman tantos , y tan diferentes sonidos ; es à saber , palabras Latinas , Francesas , Españolas , &c. todo esto , digo , es muy poco , ò por decirlo asi, es nada. Los papagayos , los cuervos , y las picas forman essos sonidos , sin saber lo que se dicen , y sin que por esso se les atribuya discurso. Luego si estas conversaciones seguidas suponen un principio intelectivo en quien las forma , será solo porque son seguidas. Examinèmos , pues, que quiere decir aqui el atributo *seguidas*.

Quiere decir lo primero , que aquel à quien oygo hablar , profiere unas ciertas palabras , y unas ciertas proposiciones , que de sì mismas presentan un cierto sentido à mi entendimiento : que estas proposiciones tienen entre sì una cierta trabazon , y orden ; y que dandome à entender algo cada una de ellas en particular , juntas todas me significan , y me hacen percibir algo mas. De suerte , al fin , que todas vàn , y yo mismo concibo , que vàn todas con un cierto orden à un cierto fin.

Quiere decir ademàs de esso , que quien me habla, no forma , ni profiere estas proposiciones al ayre , sino siempre con un cierto respecto à lo que yo le digo. Preguntole : si ha estado en Roma ? Y èl , si estuvo , me responde , que sì. Ruegole , que me describa, y dè una idèa de el grande , y cèlebre Templo de San Pedro , y èl me le describe , segun le tiene en su idèa ; y asi de todo lo demàs. Este respecto , pues , y esta connexion , que percibo entre las palabras , que oygo à quien habla con migo ; y la rela-

cion, ò correſpondencia que hay entre lo que yo le digo, y èl me dice: eſte, eſte complexo de reſpetos es lo que hace, que la converſacion ſe pueda decir *ſeguida*.

Pero ahora, Monſiur, quiſiera yo ſaber, ſi los Carteſianos hacen depender tanto la perſuaſion en que eſtàn, de que los demàs hombres, con quienes viven, no ſon puras machinas: ſi aligais, pregunto, eſta perſuaſion, y la haceis depender de las palabras, y propoſiciones, cuya trabazon, y conſequencia percibis, de ſuerte, que excluyais todo otro indicio, y todo otro argumento, como incapàz de motivar ſemejante perſuaſion? Y ſi caſo, que eſtos hombres no pudieſſen hablar, los tendrian los Carteſianos por puras machinas, no obſtante, que los vieſſen comunicarſe, y darſe à entender reciprocamente por ſeñas? Nò puedo creer, que me reſpondais, que sì, ni que ſea eſte vueſtro ſentimiento. Sino, que querais decir, que de hecho todos los Polacos, todos los Moſcovitas, todos los Turcos, y otros innumerables hombres (cuyo idioma no entendeis, y quienes por conſiguiente no pueden hacer razonamientos, cuya conſequencia percibais) no ſon ſino puros automatos. Y quando quiſierais echar por eſte derrumbadero, no por eſſo dexaria de poder traerſeos à mal traer. Porque, què tienen las palabras de mas ſignificativo, y de mayor connexion entre sì, que otras muchas coſas? No puede darſe una igual trabazon, y una correſpondencia, ò conſequencia tan notable entre las ſeñas como entre las palabras? Bien publico, y ſabido es lo que ſe refiere de los mudos del Serrallo: con quanta facilidad, y quan claramente declaran ſus penſamientos, y comprehenden quanto ſe les dice. Siempre ſe han viſto, y aùn oy ſe vèn en varias partes mudos tan habladores, que mantienen una converſacion ſeguida, preguntando, y reſpondiendo tan oportunamente, como lo harian, ſino fueſſen mudos. Y es, que haviendoſe una vez convenido con ellos en la ſignificacion de las ſeñas, como los hombres de un miſmo idioma eſtàn convenidos en la ſignificacion de los ſonidos, ò voces, que llamamos palabras; yà es facil formar, y proferir, por decirlo aſsi, propoſiciones, y razonamientos enteros, compueſtos de eſte genero de ſeñas

significativas: y con la misma facilidad se las puede disponer, de modo, que haya, y pueda observarse en ellas esta trabazon, connexion, y consequencia, que observada en las palabras, arguye, y prueba para los Cartesianos, que tiene entendimiento quien las dice.

Las voces, pues, y las palabras, aùn quando son ordenadas, y consiguientes, no son mas claros indicios de sentido, y conocimiento en quien las pronuncia, que lo serian los movimientos de manos, cabeza, y ojos, los gestos, y otras señas, que en lugar de dichas palabras pueden substituirse con el mismo orden, y con la misma trabazon, y consequencia. Y en fuerza de esto, con ser tan fino Cartesiano, como sois, no dexeis de hacer la justicia, ò la gracia à una infinidad de hombres, que, ò son mudos, ò no les oìs hablar, ò no entendeis su idioma: les haceis, digo, la justicia, ò la gracia de no tenerlos por puros automatos; pero aùn puede hacerse esto mas inteligible por otros exemplos.

Viajando por un Paìs estrangero, observareis, y à caso lo habreis observado yà, que no bien entrais en un Meson, se os toma el caballo, y se le acomoda en la caballeriza: à vos se os conduce à un aposento, donde se os sirve quanto, y de el modo que quereis: se os dà de comer, ò de cenar, y se os conduce à la cama, si es tiempo, ò teneis necessidad de dormir: al fin contais con la Huespeda; y en una palabra, observais, que todo se hace con orden, atendiendo cada qual de los criados à su oficio, siempre con subordinacion à lo que su ama dispone. Ciertamente, aunque no entendais el idioma de el Paìs, no por esso os imaginareis, que esta Huespeda, y estos criados son otras tantas puras machinas, que se mueven, y hacen todo lo dicho por virtud de varios resortes.

Assimismo, passando por una calle de Parìs, donde unos Canteros Limosines, cuya algaravia no entendeis, estèn fabricando una casa, observareis, que obran de concierto: Que mientras unos trahen agua para hacer la argamasa, se ocupan otros en juntar, y disponer los demàs materiales, que deben entrar en su composicion: Que unos labran las piedras, otros las suben, y otros las

assientan en la obra: Que yà se sirven de el martillo, yà de la llana, yà de el nibèl, yà de los demàs instrumentos; y ultimamente, bolviendo por alli, passado un mes, vereis la casa hecha, y derecha. Yo, Monsiur, no puedo creer, que en esta ocasion pueda siquiera ocurrirseos, que estos Oficiales (cuyos razonamientos no entendisteis, ni supisteis, si iban, ò no iban consiguientes en sus palabras) eran puros automatos, sin mas conocimiento, que las gruas, y otras machinas, de que se servian.

Hagamos ahora la aplicacion, ò por decir mas bien, cotejemos estos exemplos con lo que se observa en los brutos.

Traed, Monsiur, à la memoria, y considerad lo que sucede quando un Cazador enseña su perro de caza: las muchas, y diversas lecciones, que le dà: como yà le acaricia, yà le amenaza, yà le castiga, yà le premia: la docilidad del cachorro, como toma las lecciones, y como executa quanto se le manda: como se hace apercibir tan diferentes señas, como le dà su dueño de diferentes intenciones; y ultimamente esta correspondencia de señas, y mandatos de una parte, con la subordinacion, y obediencia de la otra. Consideradlo bien, y luego me direis, què diferencia hallais entre el modo, que tiene un Cazador, de disciplinar à su perro, y el que èl mismo tendria de instruìr à un su criadillo, que, ò fuesse mudo, ò no entendiesse su idioma. Por ventura podria el Cazador tener mayor comercio, y mayor comunicacion de intenciones con su criado, que con su perro?

Y si quisiesse haceros el paralelo de una colmena, y de el meson, de que hablè antes: ò el de dos golondrinas, que hacen su nido, y de los Canteros, que fabrican una casa, què ventajas no podria haceros notar, que hacen las abejas à las personas de el meson, en el orden, en la subordinacion, en la economia, en la variedad, y en el desempeño de los empleos, &c? Què excesso no llevan tambien las golondrinas à los Canteros por el artificio, por el concierto, por la comodidad, y por la seguridad de la obra, atento al fin à que se destina? Què orden, què consequencia, què cuidado no se observa en la Republi-

ca.

ca de las abejas, y en la familia de las golondrinas, tocante à la crianza de sus hijuelos? Es una belleza quanto han escrito los Padres, los Philosophos, y otros Authores sobre estas maravillas. Vos, Monsiur, sabeis tambien, como yo, donde puede hallarse todo esto; y assi el ponerme à haceros aqui nuevas descripciones, seria una proxilidad muy inutil; y muy molesta.

Pero yà me adivino vuestro pensamiento. Yo apostarè, que actualmente estais diciendo allà para con vos, que este argumento, con que pienso embarazaros, no solo se ha propuesto yà muchissimas veces, sino que ademàs de esso prueba mucho. Porque si fuesse eficaz, probaria, que los brutos conocen, no ya como quiera, sino tambien discurriendo, como los hombres.

No, Monsiur. Yo lo he tomado de un modo, que no estoy obligado, ni podeis obligarme à deshacer essa instancia. No pretendo yo con estos exemplos probar absolutamente, que los brutos conocen, y tienen alma. No por cierto. Mi intento solo es monstrar, que assi como juzgais, que los brutos no conocen, ni sienten, à pesar de todas estas apariencias de sentido, y de conocimiento, que observais en ellos: à pesar de este comercio, y de esta sociedad, que muestran tener entre sì: à pesar de esta correspondencia, y de esta subordinacion, que tienen à los hombres; deberiais tambien por la misma razon juzgar, que estos entes, que llamamos *hombres*, no conocen, ni sienten, ni tienen mas alma, que los brutos. En una palabra. Los brutos obran, como si sintiessen, conociessen, y discurriessen; mas esto, segun vos, no prueba, que tengan discurso, conocimiento, y sentido. Luego que los hombres hablen, como sintiendo, conociendo, y discurriendo, no prueba, que tengan sentido, conocimiento, y discurso.

Quiero haceros patente esta mi consequencia, y llevar mas adelante mi discurso por medio de una reflexion, cuya verdad no puede dexar de pareceros tan evidente, como me lo parece à mi. Supuesto que me huvierais convencido, y hecho reconocer, que los brutos no conocen, y que tambien yo por mi parte os huviera hecho confessar

en

en fuerza de vueſtros miſmos principios, que los hombres, fuera de noſotros dos, no diſcurren, ſeria preciſo, que ſin embargo nos convinieſſemos en que aſsi las palabras, y converſaciones *ſeguidas* de eſtos, como las operaciones *ſeguidas* de aquellos debian atribuirſe à algun agente racional. Porque ſiempre, y donde quiera, que haya orden, ſubordinacion, y un reglado, y conſtante uſo de medios, proporcionados à un fin, no puede dexar de haver uſo de razon; pues ſolo á eſta pertenece diſponer, reglar, proporcionar, y deſtinar dichos medios.

Pues ahora: el inmediato principio de eſtos movimientos, en qualquiera machina puede ſer, ò un ente racional, criado por Dios, como ſe ſupone, que lo es en el hombre, ò la diſpoſicion de la machina, hecha por el miſmo Dios con tal arte, que una vez hecha, y no eſtando viciada, deba producir todos eſtos movimientos con toda regularidad, y buen orden. Al modo, que un Reloxero, deſpues de haver hecho, y montado el muelle, y todas las demàs piezas de una mueſtra, la abandona, digamoslo aſsi, y la dexa à sì miſma: ſeguro de que indefectiblemente ſeñalarà, y darà las horas à ſu tiempo. De manera, que aſsi el cuerpo de el bruto, como el de el hombre, es una admirable machina, que (tenga, ò no tenga en sì miſma un principio racional) nos demueſtra la exiſtencia de un excelente, y ſoberano Artifice; y que una vez formada, puede, y debe hacer, en virtud de el artificio, que encierra, quanto vemos, que hacen hombres, y brutos. En una, y en otra hypotheſi ſe halla el principio de los movimientos, y de los razonamientos *ſeguidos*.

Vos, Monſiur, no reconoceis en los brutos otro principio de dichos movimientos, que el artificio de la machina, hecha por mano de el todo poderoſo Artifice; mas en el hombre facilmente reconoceis otro principio, diſtinto de el artificio de la machina de ſu cuerpo. Pero yo mantengo, que atentos vueſtros principios, debeis philoſophar de los hombres, de el miſmo modo, que philoſophais de los brutos. Veamos ahora quien de los dos tiene razon. Todo ſe reduce à averiguar, ſi

los razonamientos ſeguidos pueden producirſe por ſolo el artificio de la machina, como los movimientos *ſeguidos*. Porque ſi lo uno no es mas dificil, que lo otro, es evidentemente falſa la conſequencia, que ſacais de dichos razonamientos *ſeguidos*, à favor de los hombres. Ruegoos, pues, que me digais, y expliqueis en què conſiſte eſta mayor dificultad, que hallais, ò poneis de parte de los razonamientos. Pues tengo derecho à inſiſtir en eſto, y à obligaros à dàr razon, y prueba de lo que innovais: prueba no como quiera, ſino poſitiva, y clara.

Por muy habil, que os reputeis, no podreis poner eſta mayor dificultad, ſino en una infinidad de combinaciones, que deberia Dios hacer, para proporcionar, y ajuſtar innumerables diferentes piezas en eſtas machinas de los hombres, de ſuerte, que pudieſſen eſtos comunicarſe por razonamientos *ſeguidos*, en virtud de ſolas las leyes de la Mechanica. Mas, ſi toda la dificultad eſtà en eſto, de poco puede ſerviros eſſa mayor dificultad. Quitadles à los Peripateticos, y à todos los demàs hombres la idèa, que tienen de eſta miſma dificultad, ò por decir mas bien, de eſta miſma impoſsibilidad, reſpecto de las operaciones *ſeguidas* de los brutos; y vereis, que preſto os conceden, que ſean puras machinas. Pero el hallar, como hallan aqui la miſma dificultad, los detiene, y los mantiene firmes en ſu opoſicion. Es preciſo, pues, venir à la ſupoſicion de eſtas infinitas combinaciones, tanto reſpeto de las operaciones *ſeguidas* de los brutos, como reſpecto de los razonamientos *ſeguidos* de los hombres. Y llamolas *infinitas*, no en rigor, ſino reſpecto de nueſtro entendimiento, el qual en eſta ocaſion no puede dexar de hacer dos juicios. El primero es, que eſtas combinaciones le ſon igualmente innumerables, y ſobre ſu inteligencia en uno, y en otro caſo. El ſegundo, que ſi el hecho no es impoſsible en un caſo, tampoco debe reputarſe impoſsible en el otro; y que quando mas, ſolo habrà alguna diferencia de mas à menos.

Ciertamente, quando miro (como lo hago algunas veces) con ojos Carteſianos lo que paſſa en una colmena, no ay en Francia caſa de manufactura, cuyos Oficiales no

me parezcan otros tantos automatos. A lo menos no puedo impedir, ni echar de mi la ocurrencia.

Por ventura ay entre dichos Oficiales tantos, y tan diferentes empleos, tanto, y tan constante orden, y concierto, como entre las abejas? Ellas se distribuyen, y reparten entre sì los trabajos. Muchas de ellas se ocupan en traher flores, otras trahen rocìo, y otras agua; pero todas estas entregan quanto trahen à otras, que aguardan á la puerta de la colmena para recibirlo: y luego se buelven al campo à conducir mas materiales. Otras se ocupan en conducir estos à lo interior de las Oficinas, donde otras trabajan la cera, y la miel. Antes de empezar esta obra, buscaron, y dispusieron su habitacion con una regularidad, limpieza, y propriedad admirable; y assimismo hicieron sus resguardos contra otras moscas, contra las arañas, y contra una infinidad de otros vivientes, en extremo golosos de tan sabroso licor. Decidme ahora, què infinidad de combinaciones de movimientos, y de diferentes determinaciones de movimientos no debiò hacer el Criador para poder disponer, y arreglar en las abejas tantos, y tan diferentes oficios, tantas, y tan diferentes operaciones? Porque no se ha de considerar esto en cada una de estas pequeñas machinas, tomada como separada de las demàs, y en particular, sino que debe considerarse, que los movimientos, las determinaciones de los movimientos, los resortes, y todas las demàs piecezuelas de cada abeja en particular deben decir orden, y correspondencia à la disposicion de la machina, y à los innumerables movimientos, y varias determinaciones de los movimientos de otras dos mil abejas, ó mas, que trabajan de acuerdo en una misma obra: y que todas estas dos mil, ò mas abejas, y cada una de ellas en particular dicen relacion, y varias relaciones à todas, y à cada una de las demàs en particular, y en comun.

Y si sola esta multitud de los diferentes movimientos, y de las determinaciones, ò modificaciones de los movimientos, que se requieren para mover de mil diferentes modos el pico, los pies, las alas, y todos los demàs miembrezuelos de una abeja, quando trabaja su miel, se-

parando unas partes, juntando otras, y poniendo à cada qual en su lugar conveniente: si toda esta multitud, digo, de cosas, no sin razon nos parece innumerable si cada mudanza de situacion, ò de figura, que se hace en el cuerpo de este pequeñissimo bruto, supone nuevas determinaciones, que le vienen de los objetos vecinos, y de la disposicion de los resortes de su machina; y si finalmente todo esto se hace no solo sin confusion, mas tambien sin invertir, y aùn sin interrumpir el orden de el trabajo: què serà, y què direis, si consideramos à cada una de estas abejas, como haciendo parte de un nemeroso pueblo, que conspira todo à un mismo designio, de un pueblo, digo, que de comun acuerdo se ocupa en hacer una excelente obra, con mas concierto, y con mas orden, que podrian dos, ò tres mil hombres, comandados por muchos ingenieros, fabricar una ciudadela?

No ay duda, Monsiur, ni puede negarse, que todo esto arguye, y prueba la existencia, la omnipotencia, la sabiduria, y la gran providencia de el Criador. Pero no es ocasion, ni à mi me toca moralizar con vos este punto. A vos, à vòs os toca instruirme, y mostrarme, que este soberano sèr, y Señor Criador de todo habria menester mas poder, mas arte, y mas ingenio, para hacer machinas, parecidas à los hombres, y dispuestas con tal artificio, que sin tener conocimiento, pudiessen formar, y proferir proposiciones, sylogismos, y razonamientos enteros, produciendo en suma con la lengua ciertos ordenados, y consiguientes sonidos, por cuyo medio pareciesse, que se comunicaban dichas machinas, como nos comunicamos los hombres, percibiendo unos lo que dicen otros: A vos, à vos, dixe, os toca demonstrar, que para producir dichas machinas, habria Dios menester mucho mayor poder, mas arte, y mas ingenio, que el que empleò en producir las abejas; las quales, segun vos, son puras machinas; mas no por esso dexa de observarse en ellas un concierto admirable, una serie, y un texido de movimientos, y de operaciones muy *seguidas*, muy connexas, y muy proporcionadas à un fin; mostrando, como muestran, dichos brutos entretener

entre sì un cierto comercio, una subordinacion, y una inteligencia tan grande, como podrian tenerla, si fueran otros tantos espiritus, que de comun acuerdo conspirassen, y cooperassen à un mismo intento.

Para formar los sonidos, que se llan palabras, pro posiciones, sylogismos, &c. puede por ventura requerirse mayor numero, ò mucho mayor diversidad de organos, de impulsos, de movimientos, y de determinaciones, ò modificaciones de movimientos, que la que se requiere, para formar, ò para representar una republica, donde huviesse un Rey, perfectamente amado, y respetado de sus subditos: de suerte, que estuviessen dispuestos à seguir, y obedecer siempre sus proposiciones, hasta llegar à batallar, y aùn tambien à morir en su defensa, donde huviesse muchas, y diversas habitaciones, fabricadas con symetria, con los servicios, y con todas las conveniencias possibles, donde huvsesse distincion de classes, y variedad de empleos, y donde en fin huviesse castigo para los malhechores, prevencion, y defensa contra los enemigos, y una infinidad de otras cosas, que cada dia se vèn, y nunca bien se admiran en la republica de las abejas?

Si se les pide à los Cartesianos, que dèn razon de tantos, tan diferentes, y tan admirables phenomenos, responden, que todo ello no supone sino una tal, ò tal disposicion de la machina, y algunas determinaciones, que vienen de las impressiones, que en ella hacen los objectos, sin que nosotros lo percibamos; y que todas estas pequeñas machinas se impelen; se impressionan, y se determinan reciprocamente unas à otras de varios modos. Vè aqui à que se reduce en suma toda la doctrina Cartesiana en este punto. Por què, pues, no podrè yo tambien acomodar esta solucion, y estos grandes principios al modo de hablar consiguiente, y à las conversaciones *seguidas*, que los hombres tienen, y mantienen unos con otros?

Digamos, pues, que supuesta en ellos una tal, ò tal disposicion de la machina, empieza uno à hablar; y que esto mismo es una determinacion, que hacer hablar à otro

de

de los circunstantes, el qual responde de tal, ò tal modo; porque el primero hablò de tal, ò de tal. De suerte, que la machina de el uno, hablando de un cierto modo, proporcionado á la disposicion, en que se halla la machina de el otro, impeliò, y moviò el celebro de este, como convenia para abrir las exclusas, y hacer desfilar los espiritus animales àcia los musculos, que sirven à mover su lengua de un cierto correspondiente modo: tan puntualmente, qual era menester, para proferir tales palabras, que sirviessen de respuesta, ò de replica à lo que se havia dicho. El hablar, pues, una machina de un cierto modo, es dixe, una determinacion para que la otra responda, y hable de un cierto modo: como el venir una abeja cargada es una determinacion, para que otra de las que aguardan en la entrada de la colmena, le tome la carga, y la conduzga à la oficina correspondiente. Yo no hallo diferencia, ni concibo, que haya mas en un caso, que en el otro.

Mas, dado que haya algo mas, toda la diferencia serà de mas à menos: y què harà al caso este mas, y este menos, pudiendo suponerse, como de hecho se supone, que el Author de entrambas machinas es infinitamente poderoso, y comprehensivo; y que concibe, ò por decir mas bien, tiene siempre presente, y à mano no yà una infinidad de combinaciones de resortes, movimientos, &c. sino una infinidad de infinidades? Reflexionemos bien las cosas à la luz de los principios Cartesianos, y hallarèmos, que aunque los hombres pudiessen proferir, y de hecho profiriessen por solas las leyes de la mechanica este orden, y esta serie de sonidos, ò palabras, que llamamos *razonamiento seguido*, no por esso llevarian mayor ventaja à las abejas en el modo de obrar *seguido*: esta ventaja, digo, de la machina de los hombres sobre la machina de las abejas, no seria mayor, que la que de hecho obtienen estas sobre la machina de una lombriz, por su modo de obrar admirablemente *seguido*, y regalado. Mas, no obstante toda esta excessiva ventaja, que no podeis dexar de reconocer en las abejas, respeto de las lombrices, las teneis por puras machinas, como à estas.

Ten-

Tengo para mi por cierto, que los Cartesianos quedarian muy satisfechos, y se aplaudirian à sì mismos, si pudiessen explicar sus paradoxas tan clara, y plausiblemente, como acabo de mostrar por sus mismos principios la semejanza, ò poca diferencia, que hay entre hombres, y abejas, tocante al modo de obrar *seguido*. Pero no sè, Monsiur, si vos os dareis por satisfecho de mi, quando veais, que de todas estas reflexiones deduzgo, y concluyo, que los Cartesianos discurren, y proceden en este particular menos consiguientes, que los Peripateticos, y que se dexan llevar de sus preocupaciones no menos que los demàs, quando menos.

No tienen alma los brutos, dice el Cartesiano: Y por què? Porque, supuesto que su cuerpo tenga una cierta disposicion, un cierto orden de resortes, y otros organos, y una cierta proporcion con los demas cuerpos; y reconociendo sobre todo esto un infinito poder en Dios, para que haya podido proporcionar, y ordenar entre sì tantas, y tan diferentes piezas; yà se concibe bien, que todo quanto hacen los brutos, puede hacerse por solas las leyes de la mechanica. Mas si esto es asi, y solo por esto es asi, què razon tiene el Cartesiano (quien quiero suponer que no es automato) para exceptuar de su principio, y regla general el hombre, en quien nada se vè, sino un cuerpo machinal, como en los brutos? Y por què precipita asi su sentencia en consideracion de un solo efecto, que respeto de sus sentidos, nada es, sino un puro movimiento, y en que su entendimiento mismo nada percibe, sino un cierto orden: efecto en fin, que no arguye, ni requiere mucho mayor poder en Dios, para que se conciba, que podria ser producido por solas las leyes machinales en otra machina, cuya idèa se huviera formado el Divino entendimiento.

Pero tened à bien, Monsiur, que antes de concluìr este articulo, os comunique un pensamiento que acaba de ofrecerseme: y que sin embargo de ser, como es, bastantemente festivo, no dexarà de dàr alguna fuerza à mis discursos. Imaginemonos, pues, que Dios haya colocado un alma racional en la glandula Pineal de un perro, para

ra que desde alli govierne esta machina, de suerte, que su Mageſtad se haya obligado à excitar ciertos pensamientos en dicha alma, luego que en dicha machina se hagan ciertos movimientos; y assimismo à producir tales, ò tales movimientos en la machina, luego que la alma tenga tales, ò tales deseos. Nada hay en todo esto, que nò pueda suponerse, porque la union de la alma al cuerpo no consiste, segun los Cartesianos, sino en esta mutua dependencia de movimientos, pensamientos, y deseos. Y no hay dificultad en concebir, que pudo Dios establecer dicha dependencia no menos entre la alma, y la machina de un perro, que entre la misma alma, y la machina de un hombre.

Añadamos à esta suposicion, que esta alma sea la de Mr. Des-Cartes, ò de su mismo caracter; y que philosophando en este punto, yà sobre lo que conoce de sì misma, yà tambien sobre lo que alcanza fuera de sì, se fabrique una Philosophia puramente Cartesiana.

Supongamos en fin, que dicha alma no oye, ò à lo menos, que no entiende lo que dicen los hombres, quando hablan, sino que quando mas sea respeto de ellos, como nosotros, respeto de los paxaros que oimos cantar, y responderse unos à otros en los bosques, sin que por esso entendamos algo en quanto cantan.

Por ventura os imaginais, que la alma de esta hypothesi se formaria una idèa de los hombres mas ventajosa, que la que los Cartesianos os haveis formado de los perros? Es muy natural, que no: como tambien lo es, que su Philosophia la induxesse à philosophar de los hombres, como los Cartesianos philosophan ahora de los perros. Podria venirle naturalmente al pensamiento lo que dixo el asnillo, que iba al mercado cargado de hortaliza; y acaso, acaso, despues de hacer muchas reflexiones, no solo en su favor, mas tambien à favor de los demàs perros, sus semejantes, se diria allà para consigo:

. . . . *quitada la cabeza;*
el hombre, como soy, es una bestia.

Sea en horabuena chimerica, impertinente, y quanto vos quisiereis, esta idèa. Examinad no obstante, y reflexionad bien sobre que principios estriva.

Pe-

Pero hablando feriamente, vos juzgais, y decis, que los demàs hombres no fon automatos, porque veis, que tienen el mifmo femblante, y el mifmo modo de obrar exteriormente, que vos. Efte es vueftro modo de philofophar, refpecto de los hombres; y de efte mifmo modo philofopha tambien el Peripatetico, refpecto de los perros. Juzga, y dice, que eftos fienten, y perciben algun dolor, quando fe les caftiga, y chillan; porque lo mifmo hace èl, quando fe le hiere. Verdaderamente no dexa de fer gran mengua el valerfe de el methodo de los contrarios, defpues de haverle defpreciado, fatyrizado, y defacreditado, quanto fe ha podido.

Decir lo contrario, decis: Decir; que los hombres, con quienes converfamos cada inftante; no fon fino puras machinas, es cofa ridicula, y que repugna al fentido comun. Tambien lo es, dicen los Peripateticos, el decir, que los brutos no conocen, ni fienten, à vifta de lo que vemos en ellos à cada paffo; ò à lo menos, lo era, quarenta años ha. Hablar, pues, hablar con brio, y con porfia; que con el tiempo, y con el ufo podrà hacerfe coftumbre de decir lo uno, y lo otro. Porquè fe ha de bolver atras? *Qui femel verecundiæ fines tranfilierit, cum bene, & gnaviter oportet effe impudentem.* No os ofendais, Monfiur de la exprefsion, porque no es tan fuerte en sì, como parece à primera vifta, no menos que de sì mifmo hablaba Ciceròn, quando la efcriviò. El proprio fentido de efta exprefsion es decir, que una vez paffados ciertos terminos, yà no hay que detenerfe en pocas cofas, fino que fe puede, y fe debe ir mas alla de lo que antes fe havia premiado. Effo mifmo mueftra la fecundidad de vueftros principios, pues fe vèn nacer de ellos tan admirables conclufiones, y conducen el difcurfo à defcubrir ciertas verdades, que le deleytan muchifsimo por lo mifmo que le forprenden quando las defcubre.

Pero veamos finalmente, fi algunas dificultades, que en efte particular objectais à los Peripateticos, les embarazan mas, que os embarazarian à vos otras, que pueden ellos retornaros de fu parte; y fi podrian vengarfe bien

de los Cartesianos, caso que quisiessen resentirse mas, que lo han hecho hasta ahora de sus insultos.

Varias veces he visto, que los Cartesianos metian gran ruido, insultando, y como triumphando de los Peripateticos, sin producir mas razon, ni mas dificultad, que la que se descubre en las siguientes preguntas. Què haria esta alma, les preguntaban en el cuerpo de el bruto? De què serviria alli el conocimiento? Seria por ventura, para que por sì misma moviesse los miembros de aquel cuerpo, ò para que determinasse, y reglasse el curso de los espiritus animales, haciendolos desfilar àcia unos musculos mas presto que àcia otros? Pero estas preguntas, por muy embarazantes que parezcan, daban ocasion, y derecho à los Peripateticos para desquitarse, y aùn tambien para salir de embarazo por medio de otras semejantes preguntas, que por modo de instancia pueden hacerseles à los Cartesianos.

En retorno, pues, podian preguntarles: Què hace la alma en el cuerpo de los hombres? Como es possible, que los espiritus animales desfilen àcia los miembros, y los muevan quando, quanto, y como la alma quiere que se muevan, visto que por lo comun no conoce mas, que si fuesse la alma de un bruto, la economia, ni el artificio de el mismo cuerpo que anima; y que las mas de las almas no saben, què cosa son los espiritus animales; ni aùn los han oìdo nombrar? Y luego, resumiendo su respuesta, ò vuestra doctrina, podrian añadir, decis: Que esto es muy facil, porque luego, que la alma tiene estos, ò los otros pensamientos, determina Dios el conveniente, y correspondiente movimiento de los espiritus? Pues esso mismo (podian concluìr) decimos nosotros, que puede suceder à proporcion en los brutos. Quando el bruto tenga estas, ò las otras percepciones; ò sensaciones, determinarà Dios los espiritus à ir àcia estos miembros mas presto que àcia otros, para producir en el cuerpo de el bruto estos, ò aquellos determinados movimientos; y en buena verdad, que no es mala respuesta, à lo menos à mi me parece, que es muy segun vuestros principios.

Pero, Monsiur, yo si fuesse Cartesiano, nunca podria

dria desasirme de un escrupulo, que yà insinuè, y que revive en mi, siempre que se trata esta materia. Las leyes de el movimiento son, y deben ser tan sagradas entre vosotros, que yo si fuesse de vuestra Secta, no me atreviera en conciencia à decir, (menos que fuera en un caso de necessidad, absolutamente indispensable) que Dios de hecho quebranta tal vez estas leyes: mas vosotros no sois tan delicados, pues suponeis que à cada passo las quebranta su Magestad en el cuerpo de el hombre, donde decis, que determina el curso de los espiritus, no segun dichas leyes, sino conforme à ciertos pensamientos, ò deseos de la alma.

La Theologia natural, (porque tocante à la Christiana, es tanto el respeto que su altura os inspira, que no quereis que se os toque en ella; y en quanto Philosophos, como suelen hablar algunos de los vuestros, haceis profession de ignorar los mysterios de nuestra Fè) digo: Que la Theologia natural podria, sino me engaño, ministraros un medio de acomodar las leyes de el movimiento con la razon, y con la libertad de el hombre. Ella reconoce en Dios una ciencia, que nombra *ciencia de los condicionados*, y cuyo objecto no es siempre lo que serà, sino tambien lo que sucederia, caso que se hiciera tal, ò tal cosa. En virtud de esta ciencia tiene Dios en los inexhaustos thesoros de su mente una infinidad de varios modos de criar mundos, y de ordenar hypothesis, incomparablemente mas bellas, y mas inteligibles, que la de Mr. Des-Cartes. Pudo, pues, Dios conocer por esta ciencia, que tal hombre, puesto en tal ocasion, y despues de tal pensamiento, querria (por exemplo) levantar el brazo. Con esta prevision podria su Magestad disponer la machina de aquel hombre, y proporcionarla à los cuerpos vecinos; de manera, que assi las leyes de la mechanica, como los deseos de la alma de el mismo exigiessen dicho movimiento de el brazo en aquella circunstancia. Y lo mismo podria ser, ò concebirse, respecto de todos los demàs movimientos: porque siendo como son igualmente infinitas la Sabiduria, y la Omnipotencia de Dios, aquella le propone todas las combinaciones possibles, y esta puede

executarlas con la mayor facilidad; y nada mas seria necessario, para concordar las leyes de el movimiento con la libertad humana. Reflexionad bien, Monsiur, este expediente.

Porque yà os lo he dicho, vosotros los Cartesianos no haceis las cosas sino à medias. Al mismo tiempo, que haceis admirar el infinito poder, y saber de el soberano artifice en la maravillosa disposicion de la machina de un bruto, donde pretendeis, que todo quanto se hace, se hace solo por los principios de la mechanica, y por las leyes de el movimiento: al mismo tiempo, digo, nos le presentais en la machina de el hombre, como à un Reloxero poco habil, que no pudiendo hacer andar su relox por medio de solo el muelle, ni por medio de las pesas, se viesse obligado à estàr siempre sobre èl, impeliendo con sus mismas manos las ruedas, y las demàs piezas, para hacerle dàr las horas à tiempo. De suerte, que el relox sin esta perpetua diligencia de el artifice, ò se pararia, ò dispararia à cada passo: como tambien el hombre haria, y diria mil disparates, en virtud de la disposicion de su machina; si Dios levantasse la mano, y dexasse jugal sus resortes, y todas las demàs piezas, como debieran jugar naturalmente por los principios machinales, por las leyes de el movimiento.

Y si no teneis por indigno, y ageno de Dios este modo de governar la machina de el hombre, por què rehusais, y negais, que à proporcion se haya su Magestad de el mismo modo con los brutos? Por què no quereis, que sin observar las leyes de la mechanica, determine por sì mismo, segun las diferentes ocurrencias, y diversas impressiones de los demàs cuerpos, el curso de los espiritus animales, para producir, quando, y como convenga, todos los movimientos, que en ellos admiramos, y que tanto se parecen à los de los hombres?

Haced tambien, Monsiur, reflexion si os agrada en lo que voy à deciros. Esta idèa nada tiene que pueda, ò deba disgustaros, antes es muy conforme, y muy segun vuestro methodo. Vosotros decis, que Dios es la universal, y unica causa de todos los movimientos que hay, y pue-

puede havèr en el mundo; de ſuerte, què no concedeis à las criaturas, ſino quando mas, el poder ocaſionar, y determinar dichos movimientos, ſegun ciertas leyes, que el miſmo Dios ſe propuſo, y ſe impuſo à sì miſmo.

Siguiendo, pues, eſte vueſtro ſyſtema, y una de eſtas leyes generales, produce Dios en el cuerpo de el hombre (caſo que eſte tenga tal, ò tal penſamiento, tal, ò tal voluntad) eſtos, ò los otros movimientos. Por exemplo, una vez, que el hombre tenga penſamiento, y voluntad de caminar, luego produce Dios en ſus piernas el movimiento neceſſario, y conveniente para que vaya adonde quiere ir. No la mechanica, ni todos ſus principios: Dios es quien produce el movimiento, quando el hombre quiere moverſe.

Supongamos ahora, que Dios ſe haya impueſto tambien eſta otra ley general: *Caſo, que tales, ò tales objectos ſe preſenten à los brutos, producirè tales, ò tales movimientos en ſu machina.* Por exemplo, quando el heno ſe preſente en tal, ò tal proporcion al caballo, harè, que eſte vaya àcia èl, que levante, ò baxe la cabeza para tomarle, que abra la boca, que mueva las mandibulas, &c. Todos eſtos movimientos de el caballo ſe harian en dicha hypotheſi por medio de los eſpiritus animales, que à eſſe fin fluirian, y entrarian en ſus correſpondientes muſculos: pero ſolo Dios podria mover, y moveria en dichas circunſtancias los eſpiritus, los muſculos, y todo lo demàs: como quieren, y dicen los Carteſianos, que ſolo ſu Mageſtad es quien mueve los miembros, y todo el cuerpo de el hombre, ſupueſto ſu penſamiento, ò ſu querer; de ſuerte, que toda la diferencia eſtaria en que en el hombre ſeria ſu penſamiento, ò ſu voluntad la ocaſion determinante de los movimientos, que deberia Dios producir en ſu cuerpo; mas reſpecto de el bruto, toda la ocaſion eſtaria de parte de los objectos, y cuerpos vecinos.

Supueſto què Dios ſe huviera impueſto eſta ley, reſpecto de los brutos: ley que à proporcion es la miſma, que ſegun los Carteſianos, ſé impuſo, reſpecto de el

hom-

hombre; supuesta, digo, esta ley general, todo se haria en los brutos de el mismo modo, que vèmos que se hace: Y nada veo, que pueda estaros mas bien, porque assi vuestro systema seria mas simple, y mas uniforme: vosotros saldriais con facilidad de el grande embarazo, en que os veis, para haver de explicarlo todo por los principios de la mechanica: los brutos serian, como quereis puras machinas, que Dios (aplicado siempre à hacer, que se moviessen à proposito de sus resortes, y de las impressiones de los objectos) haria saltar, andar, correr, &c. como suele hacerse con los titeres; y ultimamente muchos de los Peripateticos no hallarian, ni tendrian acaso mas dificultad en adherir à este pensamientò, que en decir, como algunos han dicho, que el fluxo, y refluxo de el mar es obra de un Angel; quien balanceando, segun ellos, el globo de la tierra, oprime las aguas, yà de un lado, yà de otro, y por consiguiente las hace ir, yà àcia una parte, yà àcia otra.

Pero bolvamos à nuestra pregunta. Si los Peripateticos os respondiessen, que la alma de el hombre mueve su cuerpo por sì misma; pero de un modo tan oculto, que ni ellos, ni los demàs Philosophos pueden explicar, como lo hace; esto, Monsiur, os daria grande lastima. No habria Cartesiano tan ignorante, y tan infelìz, que no tomasse de hay motivo de burlarse de estos buenos Philosophos, que admiten, y creen cosas, que no saben explicar, ni concebir. Mas, si estos *buenos Philosophos* rebolviessen luego sobre los Cartesianos, y les hiciessen dos, ò tres preguntas, juzgo, que descubririan bastante materia, sobre que tambien ellos pudiessen emplear su risa, y su compassion.

Podrian, pues, preguntarles lo primero: còmo la alma de un rustico no sabe donde està, ni en què parte de su cuerpo reside? Y còmo es dable, que tantas almas como huvo desde Adàn hasta Des-Cartes, hayan ignorado que su natural, y ordinaria residencia era en la glandula Pineal?

Lo segundo, còmo siendo la alma una cosa, cuyo sèr es pensar, y que por consiguiente no puede dexar de es-

estàr pensando siempre, como, ò por què no ha podido persuadirse à una infinidad de hombres, que la alma siempre està pensando, y què dexaria de ser, si dexasse de pensar?

Y ultimamente: còmo esta alma, toda pensativa, no solo ignorò (antes que Mr. Des-Cartes se lo huviesse enseñado) que pensaba siempre; pero ni aùn supo, còmo pensaba, ni què cosa es pensar? Còmo las almas de los Philosophos mas habiles dexaròn engañarse tan facilmente, creyendo, que producian en sì mismas las idèas de las cosas, quando si se ha de creer à los Cartesianos, no hacen mas, que recibir las que Dios les imprime, como el cuerpo recibe su figura? Còmo hasta ahora no han podido decidir la cèlebre, y aspera contienda, que tanto diò que hacer à Monsiur Arnaud, y al Padre Malebranch; es à saber, si los pensamientos son puros modos de la alma, ò esta conoce las cosas en el mismo Dios, intimamente unido à su entendimiento? Una de dos, ò la alma produce las idèas, ò no hace mas que recibirlas. O esto, ò aquello es preciso: mas sin embargo la alma no sabe, que las haga, ni que las reciba. Pues, si ignora cosas, que le son tan intimas, y tan suyas: y pues quiere Dios, y hace que ignore lo que passa, por decirlo assi dentro de sì misma, por què no podrà mover los miembros de su cuerpo, sin saber, còmo lo hace, y aùn tambien sin saber, si lo hace? Mas, què digo yo *sin saber*? Siempre lo supo, ò à lo menos, siempre se lo creyò; y antes que huviesse nacido Des-Cartes, estaba tan cierta de que movia por sì los brazos, y las piernas de su cuerpo, como lo podia estàr de que pensaba. Vè aqui yà bastante materia para excitar la sutileza de los Cartesianos, y darles ocasion de trabajar bellissimas dissertaciones.

Suelen preguntar mas los Cartesianos, si la alma de el bruto es materia, ò espiritu? A que los Peripateticos responden, que ni lo uno, ni lo otro; sino que es una cierta especie de sèr, que se llama material, no porque sea materia, sino porque no es puro espiritu. Que es un ente medio, que no es capàz de discurrir, ni de engender; pero sì de percibir, y de sentir; esto es, de una

im-

impression de los objectos corporeos, tal como la que experimentamos en nosotros, quando se nos quema, se nos pica, ò se nos golpea. No dicen los Cartesianos, que el espiritu es una cosa que piensa, y que discurre? Pues assi tambien pueden los Peripateticos decir, que la alma de los brutos es una cosa, que aunque no discurre ni piensa, siente, y tiene sus conocimientos sensitivos.

Replicaràse contra esto, diciendo: Que la sensacion, ò conocimiento sensitivo es una cierta especie de pensar. Bien sè, que los Cartesianos lo dicen, y que incluyen lo uno en lo otro, como una especie en su genero. Pero querria yo, que me dieran la razon, por què lo dicen. Todo el mundo conoce, que lo que en el lenguage comun se llama *pensar*, *ò discurrir*, es cosa muy diversa de lo que en el mismo lenguage se llama *sensacion*, *ò conocimiento sensitivo*. Vèr (por exemplo) el fuego: sentir el fuego, y pensar en el fuego son cosas muy distintas; y por consiguiente no hay repugnancia en que se separen. Podràn, pues, convenir al alma de el bruto lo primero, y lo segundo, sin que le convenga lo tercero. Esta definicion, que puede apropriarse à la alma de el bruto, *una cosa capàz de sensacion*; esto es, *de vèr, oìr, &c.* no es menos clara, que la que Mr. Des-Cartes appropria al espiritu; es à saber, *una cosa, que piensa, y discurre.*

Negaràn los Cartesianos la possibilidad de este ente medio, capàz unicamente de sentir. Mas, què se ha hecho aquel profundissimo respeto à la Omnipotencia, que su Maestro tanto procurò inspirarles? Dios, cuyo poder no tiene limite, hasta poder tambien hacer (segun este Philosopho) que un triangulo no tenga tres angulos, y que dos, y tres no sean cinco: Dios, digo, Omnipotente no podrà producir una cosa de tal naturaleza, que solo pueda sentir? La division, que los Cartesianos hacen de el ente en cuerpo, y espiritu; supone ser ciertas las idèas, que ellos mismos se forman, de el espiritu, y de el cuerpo; y que assimismo reputan essenciales, y claras: Pero què dificultades no se les han objetado sobre esto? Ni sus respuestas han hecho mas, que motivar, y suscitar nuevos escrupulos: De

suer-

ſuerte, que ni aùn aquellas perſonas imparciales, que inquieren la verdad ſin paſsion, y ſin interès, han podido ſatisfacerſe en eſte punto: ſeñal evidente de que dichas idèas no ſon lo que ſe dicen.

Decir, que *el cuerpo es una ſubſtancia, ò coſa extenſa*; no negarè, que es dàr una idèa clara: Pues al oìrlo, clariſsimamente concibo lo que ſe me dice, mas no por eſſo me es claro, que eſta idèa ſea de hecho la idèa eſſencial, y propria de el cuerpo.

Y vè aqui una maxima Carteſiana; que no ſolo no ſe prueba, ſino que puede impugnarſe por argumentos fuertiſsimos, y à mi parecer indiſolubles: Porque la verdad, ò la falſedad de una idèa eſſencial no ſe prueba, ſino por la connexion que tiene, ò no tiene con todos los atributos de la coſa, cuya eſſencia ſe quiere que repreſente: De ſuerte; que ſi la idèa no ſe acomoda bien con algun atributo, que ciertamente conviene à la coſa, cuya idèa es; ò arguye en ella alguna propriedad, que de ningun modo puede convenirle; no es meneſter mas para que pueda, y deba darſe por evidente falſa. Y eſto es lo que ſucede, y ſe verifica de dicha idèa de el cuerpo: Porque una vez que la eſſencia de la materia eſtuviera en la extenſion; toda extenſion ſeria materia, y toda materia ſeria extenſa: De ſuerte; que materia, extenſion, y eſpacio ſerian una miſma coſa; ſin mas diferencia, que la de las voces. Mas ſi eſto fueſſe cierto, ſe ſeguiria, que la materia no puede dexar de ſer una coſa eterna, y neceſſaria; pues en toda hypoteſi, y aunque ſe ſuponga qualquiera creacion, ò aniquilacion, no puede dexar de concebirſe extenſion; y eſpacio, que fuè, que es, y que ſerà ſiempre: atributos que evidentemente repugnan à la materia, y al cuerpo.

De qualquier modo, y por qualquiera camino que la coſa ſe haga conſtante, no importa, una vez que lo ſea, como de hecho aqui lo es: Porque la verdad, de qualquiera modo que ſe conozca, ſiempre es verdad; y conocida ſiempre hace fuerza. Luego la idèa que

Oo los

los Cartesianos se forman, y nos dàn de el cuerpo, es falsa; pues hace, ò arguye que se halle en èl un atributo, que conocidamente le es repugnante.

Y notese tambien, que yo conozco tan claramente, que estos atributos repugnantes al cuerpo, se arguguyen sin embargo de esta falsa idèa, que se le dà. Notese, digo, que esta consequencia me es tan clara, como lo que se me quiere decir, quando se me dice, que el cuerpo es una cosa extensa. Luego la falsedad de esta idèa, en quanto essencial, me es tan clara, como me lo es la idèa misma, en quanto me representa este atributo de la extension, que segun los Peripateticos, no le es essencial. Luego no es sòlido el fundamento, sobre que los Cartesianos dicen, que todo ente, ò es cuerpo, ò espiritu; y por consiguiente podràn los Peripateticos suponer un ente medio; esto es, la alma de el bruto.

Mas despues de todo, convengamos finalmente en que los Peripateticos se forman, y nos dàn de la alma de los brutos, nos es muy confusa (si bien ciertamente, como ya dixe de passo, no le es; pues la sensacion no nos es menos conocida, que el pensamiento) convengamos, digo, en que esta idèa Peripatetica nos es muy confusa: Por ventura nos es mas clara, y mas distinta la que los Cartesianos nos dàn en su lugar? No por cierto, y acabo con esta reflexion.

Vè un rustico un relox de sala, y admirado de vèr que señala, y dà las horas, las medias, y los quartos, pregunta como se hace todo esto. A que se le responde, que todo se hace por medio de ciertos resortes, ocultos en lo interior de aquella machina. Por ventura direis, que en esto solo se le dà al rustico una muy clara, y muy distinta idèa de el relox? No podeis decirlo con verdad; pues no se le dà, sino una idèa muy general, y muy confusa. Pero un Reloxero, que tiene comprehension de todas las piezas de el relox, y que conoce bien su disposicion, su

uso,

uſo, y la dependiencia, ò correſpondencia, que unas, y otras tienen: eſte ſi que tiene una clara, y muy diſtinta idèa de el relox. Eſte ſi que puede dàr razon de los movimientos, que ſe perciben en eſta machina: puede explicar, còmo, y por què anda con tanta regularidad: còmo, y por què ſe para algunas veces: còmo, y por què el indice, moviendoſe inſenſiblemente, ſeñala las horas tan à tiempo, &c.

Eſta comparacion, Monſiur, viene muy ajuſtada à nueſtro caſo, no parece ſino que es lo miſmo. Si os puſieſſeis à explicarnos la machina de un perro, què nos diriais? O, què ſabeis de dicha machina? Juzgo, que à poco mas, ò menos, ſabeis, y nos diriais lo miſmo que ſabe, y diria de el relox el ruſtico, ſi ſe puſieſſe à explicar ſu artificio à los vecinos de ſu aldea. El perro, decis, es una machina que ſe mueve de muchos, y muy diferentes modos por medio de los muſculos, y de los eſpiritus animales. Y à eſto ſe reduce quanto ſabeis, y podeis enſeñarnos de la machina de el perro: Pues haſta haì llega tambien el ruſtico, reſpecto de el relox. Tambien el ruſtico dirà, y cree, ſobre la authoridad de quien ſe lo dixo, que el relox es una machina, que ſe mueve de muchos, y muy diferentes modos por medio de reſortes, y otras piezas. Sin eſſo es muy natural, que ſe imaginaſſe, que en la pared, y à eſpaldas de el relox, habia algun taladro, por el qual algun hombre que eſtuvieſſe en el apoſento vecino, hacia andar, y ſonar dicha machina.

Sin embargo de lo mucho que os eſtimo, Monſiur, no me ſiento todavia con tanta docilidad, que juzgue, que debo creeros en eſte particular ſobre vueſtra palabra. Pero bien ſabeis, que no ſoy negado à la razon. Habladme, pues, como reloxero: moſtradme, què piezas componen la machina de el bruto, y la proporcion que tienen entre sì, y con los movimientos, que en èl admiramos: explicadmelo todo individualmente, y por menudo; que yo os ofrezco rendirme à vueſtro parecer. En fin, y en una palabra: to-

dos vosotros, en quanto Cartesianos, no sabeis de esto mas, que nosotros los Peripateticos, sino que en lugar de nuestra (pretendida confusa) idèa de la alma de los brutos, substituis, y sacais à plaza la (ciertamente confusissima) idèa de una machina, que no entendeis. Sin razon, pues, fallais en este punto; y por consiguiente, sin razon emprendeis destruir la contraria comun creencia de todo el genero humano. Soi.

MONSIUR,

Vuestro muy humilde, y muy obediente servidor.

N. N.

RES-

RESPUESTA DE EL AUTOR DE EL VIAGE DE EL MUNDO DE DES-CARTES A LA CARTA ANTECEDENTE, Y SU JUICIO, RESPECTO de las obras Philosophicas de el mismo Philosopho.



N fin, Monsiur, os haveis salido con precisarme à franquearos mi corazon, y à daros la mas real, y verdadera prueba de que soy vuestro amigo, y de que os reputo absolutamente no solo capàz, mas tambien acreedor à toda mi confianza. Confiessoos, pues, abiertamente, que yà no teneis por què embidiarme la dicha de haverme entablado amistad, y correspondencia con Mr. Des-Cartes en su nuevo mundo. Toda mi fortuna por esta parte està por tierra. Mucho tiempo ha que estoy haciendo el papel de los Aulicos, secretamente caìdos de

la

la gracia de su Principe, quienes con facilidad hallan pretextos para vivir apartados de la Corte, donde no serian bien vistos; pero se portan de modo, que hacen creer, que se mantienen siempre en possessión de su antigua privanza.

Despues que vine de los espacios indefinitos, no he recibido nueva alguna de Mr. Des-Cartes, no obstante los muchos, y encarecidos ofrecimientos que me hizo de embiarmelas de quando en quando. No he vuelto à vèr al P. Merseno, ni al Negrillo. A mi Anciano le habrè escrito seis cartas desde entonces, mas no se ha dignado de responderme siquiera una letra. En fin, mi desgracia es cierta, sì bien no sè à què atribuirla, menos que sea à la carta, que restituìdo à mi casa, le escribì à Mr. Des-Cartes, y que despues se imprimiò, y saliò à luz con la relacion de mi Viage. Porque à vueltas de el respecto, y de la adhesion, que en ella le testificaba, no dexè de declararle mis sentimientos con un poco de libertad; y esto pudo por ventura desagradarle. Tambien me imagino, que pudo ofenderle tal vez la memoria de los Peripateticos, que le incluì en mi carta. De hecho dicha memoria contenia algunas cosas, que no podian darle gusto; pero yo buenamente creì, que una vez que le previniesse sobre ello, como lo hice, no me hacia responsable de los malos terminos, que dichos Monsiures Peripateticos empleaban. Sea lo que fuere, me ha estado muy mal; y aùn no he podido digerir la pesadumbre, que de esto he tomado.

Tocante al polvo de tabaco, que tanto deseais, que llegasteis à ofrecerme por èl doscientos Luises: y sobre que tanto me recargais, por haverosle negado; debo deciros, que no le alcanzareis de mi, ni por dos millones. Perdì, ò se me levantò toda la provision que havia hecho, y en esso està mi mayor desgracia: Porque un solo polvo que tuviera, me serviria de èl para ir à verme con Mr. Des-Cartes: seguro de que podria rehacer, y acomodar bien mis cosas: Pero esto mismo es por donde quiero haceros conocer, que nada os oculto, ni uso de reserva con vos.

Dos

Dos meses despues que bolvì de el mundo de Des-Cartes, quando por instantes aguardaba recibir nuevas de aquel Paìs, passè ùna malissima noche, agitado de este genero de sueños, que son otro tanto mas incommodos, quanto ni bien dexan dormir, ni dispertar; y en que suele haver bastante conocimiento para sentir la inquietud, mas no para poner los medios de evadirla. Pareciame, que toda quanta Philosophia tenia en la cabeza, estaba en movimiento; pero tan confuso, que se le proponia à mi mente en un embarazo espantoso. Los esfuerzos, que aunque en vano, hice para discernir algo en aquel confusissimo chaos, fueron tales, y fuè tan fuerte mi porfia, que quando me levantè por la mañana, saquè la cabeza hecha pedazos. No bien me vestì, entrè en mi gabinete á tomar un poco de el tabaco ordinario para descargar, y despejar el celebro: que para esto, debeis tener entendido, que nunca me servia de el maravilloso tabaco de Mr. Des-Cartes. Mas, como tenia este junto al otro, luego echè menos la tabaquera, que mi Anciano me havia regalado. Imaginados, si podeis, qual seria mi turbacion, y quanto mi sentimiento. Mirè, y registrè la cerradura de la alhacena, mas no hallè indicio, el mas leve, de que se la huviesse violentado. Y como por otra parte estaba muy cierto de que no havia fiado la llave, me hallè ciertamente confusissimo, y sin saber que hacer, ni que discurrir.

Passeme, pues, otros dos meses en esta incertidumbre, y sin poder siquiera sospechar, que podria haver sido esto. Mas, reflexionando al fin, que se havia passado tanto tiempo sin recibir respuesta, ni nueva de Mr. Des-Cartes, y que tampoco el Anciano, antes mi amigo muy intimo, respondia à las muchas cartas, que le escribì en el particular de mi desgracia; no pude dexar de conocer, que esta era mucho mayor de lo que yo me havia temido, y absolutamente irremediable. Entonces hice tambien reflexion sobre la inquietud de aquella fatal noche; y dì por assentado, que no havia sido otra cosa, que la execucion de la rigorosa sentencia, fulminada contra mi en el consejo privado de Mr. Des-Cartes. Quien

no

no haviendo dexado de confervar fiempre parte de la gran defconfianza, que defde luego concibiò de mi docilidad, me habrá ultimamente declarado incapàz de los myfterios de fu Secta.

En efta confideracion no dudo, que fe me habrá privado de todos los privilegios que me havian fido concedidos; y tengo por cierto, que algun efpiritu Cartefiano vino aquella fatal noche à borrar las trazas, ò dibuxos de que eftaba impresfionado mi celebro para reftituirle à fu primera difpoficion Peripatetica, (de que me provino el dolor de cabeza, que yà dixe) y à quitarme el preciofo, y maravillofo tabaco, que de buena gana refcataria yo à qualquiera cofta.

Efpero, Monfiur, que efta mi confesfion os dexará mas fatisfecho de mi, que lo eftoy yo de Mr. Def Cartes, y de todos fus Confejeros, quienes me han tratado con tanta feveridad. Mas defpues de todo juzgo, que de todas eftas mudanzas de celebro, de las quales pudiera haver temido alguna mala refulta, puedo facar el dia de oy alguna ventaja importante. Efta alternacion de movimientos de los efpiritus animales por las trazas, ò impresfiones yà Cartefianas, yà Peripateticas, puede haver puefto mi mente en un cierto equilibrio, y en un grado de imparcialidad, refpecto de una, y de otra Secta, que la hagan capàz de juzgar con equidad de entrambas. Puede fer que algun dia me determine à hacer fu cotejo. Entre tanto tened à bien, que os comunique algunas reflexiones, que muy por mayor tengo hechas fobre las obras philofophicas de Mr. Def-Cartes.

Lo primero me parece, que falta mucho, para que fu Metaphyfica (comprehendida principalmente en fus Meditaciones, y en los demàs opufculos, que compufo para defenderlas) pueda reputarfe, como fe pretende, una obra de mucho primor. En mi juicio es lo peor, y lo mas inutil de fus obras. Excediò, y quifo adelgazar demafiado fobre el modo de inquirir la verdad: porque aquella fu primera maxima; es à faber, *que fe debe dudar de todo*, bien apurada, nada quiere decir, fino que para proceder con acierto en el eftudio, ò en la inquificion de la

ver-

verdad, es meneſter guardarſe bien de las preocupaciones. Eſto, que huviera dicho baſtaba: porque eſta propoſicion es de muy buen ſentido, ſe perſuade por sì miſma, y nadie le huviera replicado contra ella; pero quiſo probarla a lo Sceptico, y conducir el humano diſcurſo por rumbos intratables, haciendole dudar haſta de los primeros principios, que no puede dexar de admitir; y deſpues procurò retraerle de ſus pretendidas dudas á la certidumbre, por donde le ſeria impoſsible bolver, ſupueſto que ſe le huvieſſe conducido al pretendido eſtado de una perfecta duda, ò ſuſpenſion.

En una palabra. Bien ſabia Mr. Deſ-Cartes el camino mas breve, y facil; pero quiſo conducirnos por el mas largo, y embarazoſo, à fin de conſeguir la fruicion, y la gloria de ſer nueſtra guia: pero es el mal, que ſe han deſcaminado quantos le han ſeguido, yà ſe lo han reprochado muchiſsimos: y por mas que diga, no han ſido pocos los que ſe han viſto preciſados à bolver atràs à tomar el camino real, y trillado, y los demàs, ſino los huvieſſe èl animado à ſaltar ciertos barrancos, y precipicios, ſin dexarles reflexionar lo que hacian, ſe huvieran apartado aùn mucho mas de el termino à que aſpiraban, que era ſaber finalmente, que *hay algo de cierto, y que no todo es dudoſo.*

El circulo que le han reprochado Mr. Arnauld, el P. Merſenno, y Ariſtoteles, ſiempre ſerà circulo à peſar de todas ſus reſpueſtas. Y en la eſtimacion de todos los hombres de juicio, ſiempre ſerà coſa laſtimoſa, ò ridicula el querer demonſtrarſe la exiſtencia de un Dios bueno, ſabio, y no engañoſo, à fin de convencerſe de que *es cierto todo quanto ſe concibe con claridad.* Pues el demonſtrar la exiſtencia de Dios, antes que eſte principio ſea evidente, no es menos impoſsible, que conſeguir un fin antes, y ſin uſar de los medios que ſolos le pueden conſeguir,

Eſte poder de Dios ſobre las eſſencias de las coſas, haſta poder variarlas, haciendo (por exemplo) que dos, y tres no ſean cinco: que un triangulo no tenga tres angulos, &c. todo eſto, digo, es una paradoxa tan eſtraña, que à no ſer por la gran reputacion, que por otra parte

se ha conseguido Mr. Des-Cartes, se la tendria por una extravagancia chimerica.

Sus principales demostraciones de la existencia de Dios, nada tienen de sólido, ni son otra cosa, que unos puros paralogismos, diestramente disfrazados con un cierto ayre de demostraciones, que les diò el Author juntamente con el nombre. Ellas no convencen, ni aùn dàn golpe à quien no haya antes tomado una firme, y determinada resolucion de dexarse convencer, y de aplacar en todo caso la inquietud de su entendimiento, el qual no dexarà de sentir siempre sus escrupulos, y remordimientos de conciencia, hasta tanto que la voluntad, por decirlo assi, le haga criar callos con el tiempo.

La explicacion de el mysterio de la Eucharistia, segun los principios Cartesianos, ò no tiene sentido inteligible, ò và à dàr en el error, que destruye la transubstanciacion: finalmente, en toda esta Metaphysica hay muchissimo, que debe reprenderse, y nada se puede aprender.

Lo poco de Moral, que Mr. Des-Cartes toca en su libro de el Methodo, y que se reduce à algunas maximas, y reglas de conducta, que se formò para sì mismo; està bien escrito, y es muy razonable. Es muy digno de alabanza por la preferencia que dà à las verdades de fee sobre todas las demàs. Mas si esta preferencia tiene toda la extension, que debe, y parece que tiene en este lugar de las obras de el Maestro, còmo los discipulos no tienen mas cuidado de conformarse à ella? Decir, como dicen cada dia, que la Philosophia prescinde de la Religion; y decirlo en respuesta de todo argumento, que demuestre la oposicion de algun principio essencial de el Cartesianismo, con la verdad de algun mysterio de Fè, es observar bien esta ley de preferencia, ò es mas presto eludirla, y abandonarla?

Yo por mi, soy de parecer, que no se les debe dexar en paz à estos Monsiures, tocante à esto, por mas que ellos digan, y por mas que affecten despreciar este genero de impugnacion: porque este su prescindir puede tener muy malas resultas à favor de los Hereges, de los Infieles, y de los Atheistas. Vèr por una parte assentar, como principio evidente por sì mismo, ò como una verdad abso-

solutamente inconteſtable, una propoſicion, por exemplo, *que la eſſencia de el cuerpo conſiſte en la extenſion determinada*; y vèr por otra parte, que ſe demueſtra la opoſicion de eſte principio à muchos articulos de la Fè: Vèr, digo, todo eſto, y que no ſe procurarà conciliar lo uno con lo otro, no me parece que pueda ſer muy edificante.

Y añado, que los Carteſianos no proceden en eſto, ni aùn como buenos Philoſophos. No hay duda, que mezclar ſin neceſsidad la Theologia, y la Religion en las diſputas philoſophicas, es pecar enormemente contra el methodo; pero tambien es conſtante, que no ſe mezclan, ni ſe traen ſin neceſsidad, quando ſe mueſtra la falſedad de alguna doctrina philoſophica por la opoſicion, que dice à las verdades de la Fè, como quando ſe impugna la idèa, que los Carteſianos dàn de el cuerpo; porque no puede ajuſtarſe con lo que nos enſeña la Religion, tocante à la creacion, y à la contingencia de la materia, ni con la Fè de el myſterio de la Euchariſtia.

Què pretende, ò debe pretender el Philoſopho con todo, y en todo ſu eſtudio, ſino el conocimiento de la verdad? Y puede por ventura, aùn diſcurriendo á ſola la luz de la razon: puede, digo la verdad oponerſe à la mas ſegura regla de verdad, que podemos tener? No nos enſeña la miſma razon, què no hay regla mas ſegura, que la authoridad Divina? Luego abanzarſe ſin eſcrupulo à mantener propoſiciones incompatibles con la verdad de la divina revelacion, eſſo ſi que es pecar enormemente contra el methodo de la Philoſophia, cuyo fin eſpecial es inquirir, y deſcubrir la verdad, ò à lo menos acercarſele quanto ſea poſsible. Acoſtumbrar el entendimiento à tener por cierto, por evidente, y por clariſsimo, lo que ſe opone à la verdad de los Myſterios Sagrados, es irle diſponiendo inſenſiblemente à perder la Fè.

Por lo que toca á la Phyſica, el *tratado de las Paſſiones* es lo mejor, que ha eſcrito Mr. Deſ-Cartes. Eſta es entre todas ſus obras, la que llena, y ſatisface mas la razon por la ſolidèz de las reflexiones, por la veroſimilitud de las hypotheſis, por la brevedad, ſimplicidad, y claridad con que ſe explican muchas coſas muy confuſas,

y embarazadas, y ultimamente por la plausible aplicacion, que hace Mr. Des-Cartes, de su doctrina à experimentos, y observaciones muy comunes. Es esta en fin, la que en mi juicio le ha dado mas credito, y le ha hecho mas conquistas, y sequaces.

Tambien aprecio mucho, muchos lugares de sus Meteoros.

Hallanse en algunas de sus cartas muy naturales, y bellas explicaciones de algunas dificultades, ò mysterios physicos. Y esto puede recompensar el trabajo, que se haya puesto en leer otras muchas, que, ò son poco importantes, ò insisten en defender su mala Metaphysica, y algunos articulos de su general systema de el mundo, que nada tiene de mejor.

El libro de los *Principios*, y el de el *Mundo*, contienen muchas muy buenas cosas: pero contienen tambien otras tantas malas, quando menos. La explicacion, que en ellos se dà de la naturaleza de algunas qualidades sensibles, y lo que se dice de la causa de la continuacion de el movimiento, son de el numero de las primeras. Tambien hay algunas hypothesis particulares muy bien inventadas; pero que no pueden ajustarse bien con su general hypothesi de el mundo; y esto ya se vè, que no es bueno. Tal es la de el turbillon oval de la Tierra, por orden à la explicacion de el fluxo, y refluxo de el Mar. La explicacion de la luz es muy ingeniosa, y seria feliz, si pudiesse acomodarse con todo lo demàs de la machina de los turbillones.

Pero todo el conjunto de los turbillones, y toda esta general disposicion de la machina mundial: el modo de desembolver, y sacar de aquel su primer chaos la materia de los tres elementos, y las razones, por què se harian subsistir estas espheras liquidas sin confundirse, ni mezclarse, son idèas muy vanas, que Mr. Rohault no osò sostener, ni aùn explicar. Y por mas estudio, que Mr. Regis haya empleado en procurar hacer plausible esta imaginacion philosophica, por el bello orden, y por la particular claridad con que la desembuelve, à su misma conciencia apelaria yo gustoso, para saber, si no le repli-

ca,

ta, tocante à la formacion, y à la conservacion de estos turbillones: tocante al movimiento de parallelismo, en que se supone el Planeta, durante todo el gran gyro, que hace al rededor de el astro: tocante à la figura elíptica de el turbillon de el Planeta, en particular por aquella parte donde el impetuoso torrente de la materia sutil de el grande turbillon encuentra continuamente con el pequeño: y tocante tambien al movimiento, en que el Satelite, ò pequeño Planeta se conserva dentro de el pequeño turbillon, sin escaparse, ni aùn àcia la extremidad de el gran diametro de el elipse.

En mi juicio, todo, ó lo mas que los Peripateticos propusieron contra esta phantasia en la carta, ò memoria, impressa con la relacion de mi Viage, es muy razonable; y muestra bien, que esta principalissima parte de la hypothesi Cartesiana nada tiene de sòlido. Mas, si una vez esta no puede subsistir, es preciso que embuelba en su ruina todas las demas.

Finalmente, Monsiur, tocante al articulo de la alma de los brutos, sobre que en particular me escrivis, soy muy de vuestro dictamen, y por vuestras mismas razones me estoy persuadido, à que no pueden los Cartesianos mantener este su sentimiento, ni como verdadero, ni como verosimil, ni aùn como pura hypothesi. Tan confusa como todo esso es la idèa, que se imaginan, de una machina, que por solas las leyes machinales hiciesse quanto hacen los brutos. Tan dèbiles como todo esso son los fundamentos de esta su paradoxa, contra la perpetua possession, en que de tiempo immemorial, y desde que hay hombres, se halla el sentimiento contrario.

Tambien los Peripateticos tienen, y padecen sus dificultades en este punto: no hay duda, ni se niega. Pero, por muchas, y muy graves que sean, ò parezcan, y aùn quando fueran mas graves; mientras los Cartesianos no nos produzgan algo mejor, mas cierto, y mas inteligible, nos atendremos à lo antiguo. Debiendose discurrir acerca de este punto particular, como discurriò un gran Ministro de Estado (el difunto Monsiur Colbert) respecto de toda la Philosophia en comun. Aconsejabanle,

que no dexasse estudiar à su hijo primogenito la antigua Philosophia; pues no hay en ella, le dician, sino imaginaciones, y sandeces. Tambien se me dice, respondiò èl, que hay mucho de esso en la Philosophia nueva; y assi, sandez por sandez, ò imaginacion, por imaginacion, juzgo que debe preferirse la antigua, caso que haya de abrazarse alguna. Soy,

MONSIUR,

Vuestro muy humilde, y muy obediente servidor.

N. N.

REFUTACION
DE DOS DEFENSAS
DE EL SYSTEMA GENERAL
DE EL MUNDO
DE DES-CARTES.



N la quarta parte del Viage del Mundo de Des-Cartes, se proponen con el nombre de demonstraciones, tres argumentos contra el Systèma general de el Mundo Cartesiano. En el primero, se pretende probar, que la ordenacion que Mr. Des-Cartes ha hecho de la materia, ò de los tres elementos en sus turbillones, en ningun modo se puede concertar con las principales reglas de el movimiento, que èl mismo ha dado, ni con las propiedades que ha atribuido à cada uno de los Elementos. De lo que se sacan consequencias, que destruyen enteramente su doctrina, tocante la naturaleza de la luz.

En el segundo, se muestra, que el modo con que explica la luz, en ninguna manera puede subsistir, con el que dispone, no solo sus elementos en sus turbillones; pero aùn con el que dispone los mismos turbillones entre sì.

En el tercero, se prueba, que en los principios de Mr. Des-Cartes, la Tierra, como ni los demàs Planetas, no puede tener turbillon proprio en el turbillon del Sol. Lo qual llegando à demonstrarse, toda la Astronomia de este Philosopho està destruida, y toda la economia de su Mundo terrestre està absolutamente arruinada.

Algunos han creido, que esto no era mas que dàr el

bello

bello nombre de demonstraciones à estos argumentos, y los han juzgado algo dèbiles. Para examinar con mas exactitud, si tienen razon, y ponerlo mas inteligible, se ha juzgado conveniente referir aqui los argumentos de que se trata, de el modo con que estàn expuestos en el Viage de el Mundo de Des Cartes; lo que solo serà necessario en esta primera Critica, pues en la segunda podrà ser entendido el Autor sin esto.

Se ha dado à las dos Criticas el nombre *de Defensas de el Systèma general de el Mundo de Des-Cartes*, y à las respuestas que se vàn à dár, el titulo *de Refutacion de las defensas, &c.*

REFUTACION DE LA PRIMERA *Defensa de el Systèma general de el Mundo de Des-Cartes.*

ESTA es la primera demonstracion, sacada de la quarta parte de el Viage de el Mundo de Des-Cartes contra el Systèma.

,, Primeramente se supone el gran principio de Mr. ,, Des-Cartes. Que todo cuerpo, que es movido al rede- ,, dor, à todo momento hace esfuerzo para apartarse de el ,, centro de su movimiento, y de el circulo que señala.

,, Lo segundo, de este principio universal saca inme- ,, diatamente esta consequencia particular, que en un tur- ,, billon donde las materias de el primero, segundo, y ,, tercero elemento son movidas al rededor, hacen todas ,, tres esfuerzo para apartarse de el centro de el turbillon.

,, Lo tercero, de el mismo principio se saca esta otra ,, conclusion. Que en el esfuerzo comun, que hacen di- ,, versos cuerpos assi agitados, y confundidos uno con ,, otro para apartarse de el centro de su movimiento, los ,, que estuvieren mas agitados, y fuessen mas proporcio- ,, nados para el movimiento, deben superar à los otros, si- ,, tuarse en la circunferencia de el circulo que señala el tur- ,, billon, y por consiguiente obligar à los menos agita- ,, dos, y menos proprios para el movimiento à descender ,, àcia el centro.

,, Quan-

, Quando esta conclusion no tuviera una conexion
, necessaria, y evidente con el principio, como en efec-
, to la tiene, bastaria para servirse de ella, decir, que
, era de Mr. Des-Cartes en diversos lugares de sus libros;
, y especialmente en la quarta parte de el libro de los
, Principios, donde dà la razon de el movimiento de los
, cuerpos pesados àcia el centro de la tierra por esta mis-
, ma proporcion, y que solo en fuerza de este principio,
, en el turbillon de la tierra los cuerpos terrestres estàn de-
, baxo de el ayre, y este debaxo de la materia celeste.

, En quarto lugar, se añade aùn otra, que Mr. Des-
, Cartes repite muchas veces, principalmente en la ter-
, cera, y quarta parte de los Principios, y en el Capitulo
, octavo de el tratado de la Luz. Es à saber, que el pri-
, mero, y segundo elemento tienen mucha mas agitacion,
, y son mucho mas proprias para el movimiento, que el
, tercero; cuyas partes son ramosas, y de figura muy irre-
, gular.

, Esto supuesto, concedamos à Mr. Des-Cartes, que
, haviendo sido creada la materia, de el modo que nos
, propone, ha podido Dios dividirla, è imprimirla el mo-
, vimiento; y que en efecto la ha dividido, y removido:
, Pongamos, y fijemos nuestra imaginacion, y pensamien-
, to en esta grande porcion de la materia, ò en el turbi-
, llon, en cuyo centro se halla colocada la Estrella Polàr:
, Concibamos que esta porcion de materia compuesta de
, una infinidad de pequeñas partes insensibles, es agitada al
, rededor, mientras todas las pequeñas partes se remueben
, tambien al rededor de su proprio centro.

, De este movimiento deben nacer los tres elemen-
, tos, que es decir, el polvo subtilissimo del primer
, elemento, las pequeñas bolas del segundo, y las partes
, ramosas del tercero, que todos no son mas que partes de
, de la materia, diversas entre sì por su figura, y mag-
, nitud.

, Pretende este Phisolopho, que esta agitacion de la
, materia, despues de haver tardado mucho tiempo en
, romper los angulos de la mayor parte de las partes agi-
, tadas, la materia del primer elemento debe tener sitios

,,principales. El primero en todo el espacio del turbi-
,,llon donde se huviere esparcido, para ocupar exacta-
,,mente todos los intervalos, que se hallan entre los glo-
,,bulos del segundo elemento, de los que todo el cuer-
,,po del turbillon, ò del Cielo está compuesto. El segun-
,,do en el centro adonde debe estàr obligada à descen-
,,der por los globulos de el segundo elemento, para
,,hacer un cuerpo espherico, y fluido, que no es otro,
,,que la Estrella misma, la qual por la agitacion espherica
,,de su materia; y por el esfuerzo que esta materia hace
,,para apartarse de el centro de èl turbillon en que
,,se halla, impele los globulos de el segundo elemen-
,,to, que tiene encima à todos los puntos imaginables,
,,y comunicando por su medio esta impression en nues-
,,tros ojos, produce en ellos la sensacion de la luz.

,,Esta es toda la bella doctrina de Mr. Des-Cartes
,,sobre este articulo. Pero se pretende demonstrarle por
,,los principios sentados que son todos suyos, que no
,,es la materia del primer elemento, sino la del tercero,
,,la que debe hacer el centro del turbillon: y que assi las
,,Estrellas no deben ser luminosas, ni tampoco el Sol,
,,sino que estos Astros deben todos ser cuerpos opacos,
,,como los Planetas, y la Tierra, y masas duras com-
,,puestas de parte del tercer elemento, implicadas, y
,,agarradas las unas con las otras, casi sin movimiento
,,alguno, lo que se prueba assi.

,,Quando muchos cuerpos, ò partes de la materia
,,se mueven juntas circularmente, las que tienen menos
,,agitacion, y son menos proprias para el movimiento,
,,tienen menos fuerza para apartarse del centro; y al
,,contrario, las que tienen mas agitacion, y son mas pro-
,,prias para el movimiento, tienen mas fuerza para apar-
,,tarse del centro, y obligan à las otras à descender àcia
,,el centro. Este es el tercer principio, que he supuesto,
,,despues de haverle sacado de Mr. Des-Cartes.

,,Es assi que la materia del primero, y segundo ele-
,,mento tienen mucha mas agitacion, y son mas proprias
,,para el movimiento, que la del tercero. Es el quarto
,,principio que supone Mr. Des-Cartes. Luego la materia

,,del

„ del tercer elemento, y no la del primero debe ocupar el
„ centro del turbillon. Esta es la proposicion que yo tenia
„ que demonstrar, contradictoria de la sobre que Mr. Des-
„ Cartes funda todo su Sytema de la luz. Luego el Sol,
„ y las Estrellas seràn cuerpos opacos, y noluminosos.

Dificultad sobre esta primera demonstracion.

En esta primera demonstracion hay dos cosas que replicar. Lo primero que se supone, que la materia del tercer elemento debe tener menos fuerza para apartarse del centro, que la del primer elemento. Se cree, segun Des-Cartes, que lo contrario es verdadero; y que quando este Philosopho dice en muchos lugares, que la materia del tercer elemento es menos propria para el movimiento, y tiene menos agitacion, que la materia del primero, no habla del movimiento del turbillon, que hace dàr buelta igualmente al rededor del centro todo lo que se halla en èl, y que segun Des Cartes debe tanto mas conservarse, quanto està en un cuerpo mas sòlido.

Lo segundo es, que no parece que Mr. Des-Cartes atendiò à la formacion del Astro, segun en otra parte enseña, de las partes del primer elemento, que saliendo, como dice, de los turbillones vecinos, y viniendo lo largo del exe por los Polos, hasta el Astro que està en el centro, entran en èl por dos lados, y encontrandose se reflexan, y rechazan las unas à las otras; de que debe à proporcion seguirse, lo que se vè que sucede en una olla llena de agua qne hierve al fuego. La espuma, que representa las partes del tercer elemento, es rechazada sobre la superficie del agua, que se debe mirar como la superficie del Astro, sobre el que semejantemente se esparciràn las partes del tercer elemento, para hacer algunas muchas manchas, que de tiempo en tiempo se vèn sin juntarse, ni unirse en el fondo; de suerte, que el primer elemento compondrà solo, ò casi sólo el cuerpo del Astro. De que se sigue, que esta comparacion de la espuma puesta por Des-Cartes, y de la que no debe hacerse mucho aprecio en la demonstracion, es excelente, y explica con perfeccion aquello mismo para que se lo trae.

Estas notas, y muchas que referirè, me parecieron ingeniosas, y sòlidas quando aùn tenia yo la imaginacion Carthesiana; pero despues que la he mudado, solo me han parecido, por la mayor parte, ingeniosas. Veamos lo que sobre ellas creo que podrán decir nuestros Peripateticos.

Lo primero, en quanto à la comparacion que hace Des-Cartes entre estos tres elementos, tocante à su agitacion, y aptitud al movimiento, me parece que es evidente, que la hace para el movimiento de el turbillon, pues nunca, ò casi nunca se trata sino de èl, y solo en virtud de su principio de el movimiento, tomado en este sentido, es como explica la situacion de los cuerpos en nuestro turbillon terrestre, en donde las partes de la materia, que tienen menos agitacion, y aptitud al movimiento (de qualquiera figura, y magnitud que sean, y qualquiera proporcion de massa, ò superficie, que puedan tener con igual volumen de materia subtil) se hallan situadas lo mas cerca de el centro, como se ha notado en las suposiciones que preceden à la demonstracion. Y no es sino en virtud de el movimiento de el turbillon, por lo que el ayre se halla situado debaxo de la materia celeste: y que una piedra, ò bala de cañon arrojados al ayre, buelven al punto àcia el centro de el turbillon terrestre. Esso ha bastado para raciocinar, como se ha hecho en terminos muy justos, contra Des-Cartes, por sus proprios principios.

Pero no hay mas que registrar el numero 25. de la quarta parte de el Libro de los Principios, donde dice este Philosopho en terminos expressos, que la materia de el primer elemento tiene mas fuerza, à proporcion que la de el segundo, para impeler àcia el centro los cuerpos terrestres, porque tiene mucha mas agitacion. Pero ciertamente se trata en este lugar de el movimiento de el turbillon, y se ha advertido en algunos lugares, que no se pretende que las variaciones de Des-Cartes, de las que se han puesto exemplos en la conclusion de la primera demonstracion, fuessen buenas soluciones à lo que se le objetaba.

Lo

Lo segundo, no se ha hecho mencion de la materia que viene por los polos de el turbillon àcia el centro; porque no hace al acaso para la demonstracion, supuesto el principio de que se acaba de hablar. Porque esta materia sirve de remplazar la que se sale por la ecliptica, tomando el movimiento, y la determinacion de la que està en el centro, sin causar mutacion notable.

Lo tercero, no se ha hecho mucho aprecio de la comparacion hecha de una olla llena de agua que està hirviendo, porque este movimiento no es un movimiento de turbillon. Es un movimiento muy turbado, por el que las partes del fuego, entrando por todas partes en la olla, agitan las de la agua en todo sentido: ni es un movimiento de toda la massa al rededor de un centro, que obliga à todas las partes à hacer esfuerzo para apartarse, y seria facil hallar razones, porque la espuma està mezclada de mucho ayre, ò de corpusculos de fuego, que se detienen en ella, como se vè por las pompas de que està llena.

Pero propongase para razonar aqui, turbillones de viento, que arrebatan consigo el polvo, ò los que vimos en la agua, que hacen dàr bueltas à las pajas, y sobre todo la experiencia de Mr. Hugens, referida por Mr. Rohault. Es un vaso de barro lleno de agua, en el que se echa lacre molido, cubierto con un cristal, y colocado sobre un gozne: se hace dàr bueltas à este vaso sobre el gozne, y al punto la cera de España es rechazada àcia la circunferencia. No quieren estos dos Philosophos, que se haga reflexion sobre este primer movimiento; porque el movimiento de el vaso contribuye al movimiento de la agua, y del lacre molido. Pero detienen el gozne, y consideran el movimiento natural de la materia encerrada en el vaso, que continùa en hacer el remolino. (*2. Part. cap. 8. num. 8.*)

„Es en este instante, dice Rohault, que la agua se assemeja à la materia fluida que rodea à la tierra, y que el „polvo de lacre se assemeja à las partes de la ma„teria, que se acostumbra vèr descender en el ayre. „Porque este polvo està entonces obligado à retroceder „de el centro de su movimiento, àcia el qual es impelido „por las partes de la agua, que inclinan à apartarse con

„mas

,, mas fuerza, y se une en una pequeña massa redonda se-
,, mejante à la tierra.

Se pudiera hallar un exemplo, y una experiencia mas propria para hacer comprehender facilmente la verdad de la demonstracion de que se trata? Esta agua no representa perfectamente bien esta coleccion de la materia de el primer elemento enmedio de el turbillon? y las partes del lacre, al principio dispersas, y que despues se reunen, no son como las partes de el tercer elemento, que mezcladas, y confusas con el primero se reunen, y hacen un cuerpo grossero, y opaco en el centro, semejante en todo al que està en el centro de nuestro turbillon, ò de el de Jupiter, que es decir un Planeta? Que es adequadamente la conclusion de la demonstracion, de la que se concluye, que el centro de el turbillon no serà una Estrella, ni un Sol, sino un cuerpo opaco.

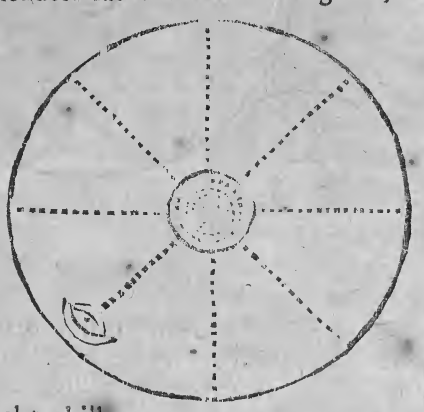
Pero que este cuerpo opaco, por la union de estas partes una con otra, llegue alguna vez con el tiempo à ser mas sòlido, que un igual volumen de materia sutil; y que despues dexe el centro, para irse à andar de turbillon en turbillon, y hacer un Cometa, no debe embarazarnos, ni es sobre lo que se impugna à Des-Cartes. Passèmos à la segunda demonstracion: Empieza en la pagina 261. de el Viage de el Mundo de Des-Cartes, en estos terminos.

,, Es necessario suponer con Mr. Des-Cartes, que las
,, Estrellas fixas no estàn en la circunferencia de una misma
,, esphera, ni igualmente apartadas de el centro de el Mun-
,, do visible. Que las unas estan mas sumergidas en los vas-
,, tos espacios de el firmamento, las otras mas adelantadas
,, àcia el centro de el Mundo. Es necessario tambien acor-
,, darse, que cada una de ellas tiene su turbillon; cuyo
,, centro ocupan, y que estos turbillones son otras tantas
,, espheras diferentes colocadas encima, debaxo, y à los
,, lados las unas de las otras. De modo; v. gr. que podrè-
,, mos concebir el turbillon de el Sol, en que se halla
,, nuestra tierra con los demas Planetas, como una esphe-
,, ra fluida, cercada de otras muchas semejantes, que toca
,, en diversos puntos de su superficie exterior, assi como

, una bola rodeada por todas partes de otras bolas, las , toca à todas por diferentes puntos de su circunferencia.

, En tercer lugar es necessario reflexionar el modo , con que Mr. Des-Cartes explica la luz, que consiste en , el esfuerzo, que hace la materia del primer elemento, , que està en el centro de el turbillon para apartarse de el , centro: de donde sucede, que rechazando la materia ce- , leste, ò de el segundo elemento, que està encima de ella , á todos los puntos imaginables: este esfuerzo, y esta , pressión se hacen en todas las lineas, que vàn à la cir- , cunferencia de el turbillon; de que algunas encontrando , necessariamente nuestros ojos, quando estàn bueltos acia , la Estrella, ò àcia el Sol, le baten, y hieren de un modo, , que determina nuestra alma à la percepcion, que llama- , mos vision.

, Esto se comprehenderà facilmente en esta figura, en , que los pequeños , puntos que estàn en , el centro de el cir- , culo, representan la , materia de el pri- , mer elemento, ò , el cuerpo de la Es- , trella, y las lineas , que tiran à la cir- , cunferencia repre- , sentan la materia , de el este, cuyos , rayos vàn à parar , à el ojo situado en , la circunferencia de el turbillon.

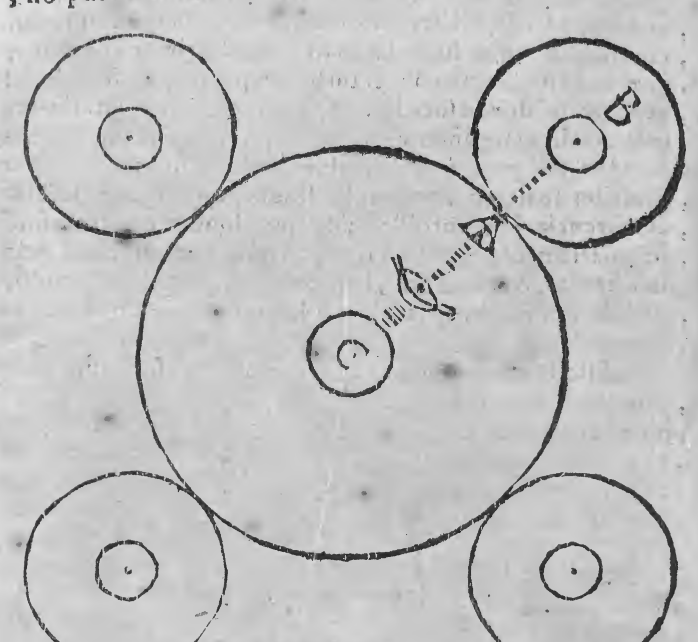


, Ossan assegurar, que en esta disposicion de turbi- , llones, los que estamos en el de el Sol, no podremos , vèr las Estrellas, suponiendo los principios de Des- , Cartes.

, Añadamos à la figura precedente otros quatro tur- , billones, que supongo ser los turbillones de las quatro , Estrellas mas cercanas à el de el Sol. Que el ojo que esta- , ba buelto en la otra figura para vèr el Sol, este buelto

àcia

, àcia uno de los turbillones, para mirar v. gr. la Eſtrella
, B. ſe demueſtra por los principios de Deſ-Cartes, que
, no puede verla.



, Porque el ojo no puede vèr la Eſtrella B. ſino por
, medio de los rayos, ò lineas de la materia celeſte, impe-
, lida por el esfuerzo que la Eſtrella B. hace para apartar-
, ſe de el centro de ſu turbillon, y cuya impulſion llega à
, comunicarſe con el ojo, eſtrechandole, y removiendole
, las fibreas de ſu nervio optico. Eſto es impoſsible, ſu-
, poniendo el ojo ſituado en el turbillon de el Sol. Y ſe
, prueba de eſta ſuerte.

, Eſta impulſion no puede comunicarſe à el ojo, ſino
, es de dos maneras; ò inmediatamente por un rayo, ò
, linea de la materia de el turbillon de la Eſtrella, que và
, à parar al ojo; ò mediatamente por una linea de el tur-

, bi-

, billon Solar, en que se halla el ojo, rechazado àcia el , ojo por el turbillon de la Estrella. Como si la linea B. A, , de el turbillon de la Estrella impeliesse àcia el ojo la li- , nea A. C. de el turbillon Solar. Es assi, que es imposssi- , ble concebir que la Estrella cause alguna pression en el , ojo, que no sea por uno de estos dos medios: luego no , se puede recurrir al uno, ni al otro.

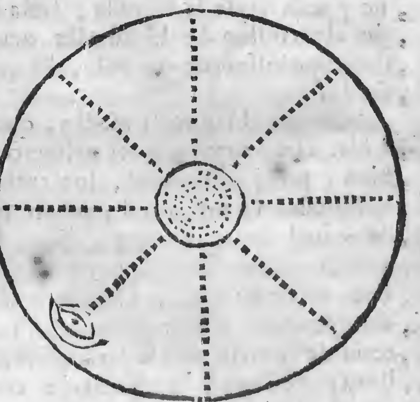
, No de el primero, porque segun Des-Cartes, los , turbillones cada uno tiene su distrito separado, y su mo- , vimiento en todo diferente. De suerte, que las lineas de , el uno jamás se mezclan con las lineas de el otro; pero , cada una de ellas se termina en la circunferencia de su , turbillon; y si una vez se admitiesse esta comunicacion, , ò antes bien esta confusion, se trocaria todo bien pres- , to en el cahos confuso, y embarazado, de donde quie- , re Mr. Des-Cartes, que haya salido su Mundo por solas , las leyes de el movimiento; y demàs de esto, como no , hay punto alguno en el turbillon de el Sol, de donde , no pueda verse la Estrella, seria forzoso que la materia , de el turbillon de la Estrella ocupasse todo el espacio , de el turbillon de el Sol, lo que seria el mayor ab- , surdo.

, Resta el segundo medio, que no puede ser mas util , à Mr. Des-Cartes que el primero, siguiendo sus princi- , pios, porque segun èl, los turbillones, aunque acaso , desiguales en magnitud, deben ser siempre exactamente , de igual fuerza. Porque, dice, sino tuvieran entre sì , esta igualdad, infaliblemente se destruirian. Y esta igual- , dad viene de que la Estrella de un turbillon, removien- , dose siempre uniformemente al rededor, rechaza la ma- , teria de su cielo àcia la circunferencia, y contra los turbi- , llones vecinos, precisamente con tanta fuerza, como , con la que las Estrellas de los otros turbillones recha- , zan la materia de su Cielo contra el de las otras; de , que se sigue, segun Des-Cartes, que se mantienen siem- , pre las unas contra las otras. Pero tambien de esto se , infiere manifiestamente, que la materia de un turbillon , no puede rechazar la de el otro, ni hacerle retroceder , àcia el centro, de donde se aparta con toda su fuerza,

,y con toda la de la Eſtrella, que la impide. Luego e ,esfuerzo que hace la materia de una Eſtrella, para apar-,tarſe de ſu centro, no puede dexarſe conocer de nueſ-;tra viſta, mientras eſtà en el turbillon Solar, porque ,la comunicacion de eſta impreſsion ſe halla invenci-,blemente impedida por la materia de el turbullon Solar, ,que ſe opone con toda ſu fuerza, y que conſiguiente-,mente impide eſta preſsion del organo, que es la cauſa ,ſola de la viſion del objeto.

,Pero para confirmar todo eſto, es preciſo ſentar, ,que en los principios de Deſ-Cartes, no ſolo todo lo ,que rompe eſte esfuerzo, y eſta preſsion; pero aùn lo ,que diſminuye lo uno, ò lo otro, impide conſiguien-,temente el efecto del objeto luminoſo ſobre nueſtra viſ-,ta: y de eſta ſuerte eſte Philoſopho explica las manchas ,de el Sol, ò los defectos de luz, que percibimos en ,algunos lugares de el Diſco de eſte Aſtro.

,Porque, ſegun èl, eſtando las partes del tercer elemen-,to agarradas unas ,con otras ſobre la ,ſuperficie de el Sol, ,impiden à la mate-,ria de el primer ele-,mento, de que eſtà ,compueſto el Sol, ,impeler la materia ,celeſte àcia mis ojos ,con toda la fuerza ,que antes la impe-,lia: lo que es cauſa ,de que las lineas de ,materia celeſte, que



,tocan à mis ojos, y que ſe concebian extenderſe haſta ,eſta materia de el tercer elemento, recogida ſobre el ,cuerpo de el Sol, no ſon rayos de luz, que hagan vèr ,eſte ſitio de el Sol luminoſo, como los otros; de ſuer-,te, que la luz que yo percibia en todo lo reſtante de el ,cuerpo de el Sol, me hace percibir en eſta parte un de-,fecto de luz, que ſe llama mancha. Y aſsi es viſible,

,que

„ que esta porcion de materia de el tercer elemento, que „ vaga solamente sobre la superficie de el Sol, rompe „ menos el esfuerzo, con que la materia de el Sol recha„ za la materia celeste àcia mis ojos, que si una fuerza „ igual à la de la materia de el Sol, la rechazasse, y la „ detuviesse, como sucede aqui, donde la materia del „ turbillon solar se opone al esfuerzo de la Estrella, y por „ consiguiente la impide dexarse sentir de mis ojos.

Vease la figura precedente.

„ Pero si no se puede concebir la comunicacion de el es„ fuerzo, y de el impulso de una Estrella, cuyo turbillon „ toca inmediatamente al de el Sol, què serà de las otras „ Estrellas, cuyos turbillones estàn infinitamente aparta„ dos de el de el Sol, y cuya impression no se pudiera ha„ cer conocer de nuestra vista, sino atravesando otros mu„ chos turbillones, cuya materia se remuebe diversamen„ te, y que son otros tantos obstaculos à esta comunica„ cion? Ciertamente, quando todo lo que acabamos de „ decir, no fuera demonstrable por las Estrellas mas cer„ canas al Sol, lo seria sin duda por todas las demàs; y „ assi en lugar de una infinidad de Estrellas, que por la „ noche vemos brillar en el Cielo, con los mejores anteo„ jos no descubririamos ciento.

Sobre esta segunda demonstracion se responde principalmente una cosa, es à saber, que parece suponer una igualdad mathematica de fuerzas entre los turbillones, que no se halla en la naturaleza. Se puede, dicen, y se debe concebir, que la accion de los turbillones los unos contra los otros se hace por sacudimientos à cada instante, y que un rayo que hiere los ojos por sacudimientos freqnentes, hace en todo el mismo efecto que un rayo, que toca sin discontinuar. Luego por estos sacudimientos serà por los que la impression de la Estrella passarà de su turbillon al de el Sol, y llegarà hasta el ojo, que se supone situado en el turbillon, y buelto àcia la Estrella. *Dificultad sobre esta segunda demonstracion.*

Esto està seguramente bien notado, y no dudo que los Peripateticos hayan hecho escrupulo, haciendo su demons-

monstracion, quando han añadido al fin. „ Quando todo
„ lo que acabamos de decir no fuera demonstrable por
„ las Estrellas mas cercanas al Sol, lo seria sin duda por
„ todas las demàs, cuyos turbillones estàn infinitamente
„ apartados de el de el Sol, y cuya impression no se pu-
„ diera hacer conocer de nuestra vista, sino atravessando
„ otros muchos turbillones, cuya materia se remuebe di-
„ versamente; y que son otros tantos obstaculos à esta co-
„ municacion. De suerte, que la demonstracion mira pro-
priamente los turbillones apartados, ò à lo menos los
mira mas que à los otros; y no se ha servido de el exem-
plo de los mas cercanos, donde es forzoso confessar, que
la conclusion no es tan evidente, sino à fin de hacer la
demonstracion mas facil de explicar, y de entender.

Pero digo mas, que los Peripateticos están obligados à suponer esta igualdad mathematica de fuerza, y de resistencia entre los turbillones; y que sin esto no concederian tan liberalmente à Des-Cartes una cosa tan inconceptible, como la duracion de los turbillones, que es decir, de las porciones de materia infinitamente fluida, que se tocan, y hacen un esfuerzo continuo las unas contra las otras sin confundirse. Porque nada es mas contra la experiencia, que hacemos todos los dias en el ayre, y en la agua, ni es mas opuesto à la idèa que tenemos de la naturaleza de el cuerpo fluido; y especialmente un cuerpo tan perfectamente fluido, como es el de un turbillon de Des-Cartes. Y ciertamente quitando esta perfecta igualdad de resistencia, y admitiendo los sacudimientos continuos, què es lo que se admite, sino un fluxo, y un refluxo continuo de un turbillon en otro? que es decir, un principio de confusion, que una vez comenzada de momento en momento, debe aumentarse, como sucederia si dos corrientes impetuosas viniessen una contra otra con igual fuerza à terminar en un mismo lugar. Porque en este caso las aguas, despues de una reflexion, y una repercusion que se haria al principio, al punto se confundirian.

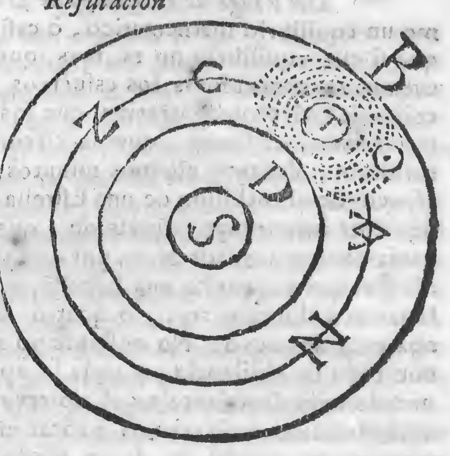
Pero en fin, segun què reglas se haràn estos sacudimientos? y como se probarà, que deberàn hacerse alternativamente en todos los instantes? No supondrà esto mis-

mo un equilibrio mathematico, ò casi mathematico? Porque si este equilibrio no es mas que Phisico, y que por exemplo, concebimos los esfuerzos de dos turbillones, como dos vientos contrarios, que los impelen el uno contra el otro, de suerte, que la circunferencia de nuestro turbillon, durante algunos minutos, se introduce en el espacio de el turbillon de una Estrella vecina, y por consiguiente interrumpe la pression, que un momento antes hacia contra nuestros ojos; por què no sucede todos los dias, el que tan presto una Estrella, y tan presto otra, desaparezca durante tres, ò quatro minutos, y despues aparezca de nuevo? No obstante no sè, que Mr. Cassini con toda su vigilancia, y toda su aplicacion haya nunca notado cosa semejante en el observatorio de Parìs: pero antes de acabar bolverèmos à tocar en este punto, y mostrarèmos en general, y de un modo inteligible à todos quan chimericos son estos esfuerzos, estas resistencias, y estos sacudimientos de los turbillones.

En fin, la tercera demonstracion de los Peripateticos contra el Systèma general de el Mundo de Def. Cartes, consiste en las reflexiones, y raciocinios siguientes.

, Supone Def. Castes, que la tierra tiene su turbillon, proprio, y particular en el gran turbillon Solar: privilegio que atribuye tambien à Jupiter, y que la Luna no tiene. Explica esta suposicion de un modo muy natural, y simple por el exemplo de los grandes remolinos de agua, que se vèn algunas veces en los rios. Enmedio de estos grandes remolinos, se hacen otros pequeños, que siguen el movimiento de el grande, y son arrebatados al rededor de su centro, haciendo al mismo tiempo dàr buelta à las hojas, y passar al rededor de el suyo proprio. No hay cosa mejor imaginada para hacer comprehender, còmo siendo la Tierra, y Jupiter arrebatados al rededor de el Sol, por la materia de el grande turbillon Solar, al mismo tiempo hacen dàr buelta al rededor de ellos à otros Planetas: còmo la Luna es arrebatada al rededor de la Tierra, y quatro pequeños al rededor de Jupiter. Pero por desgracia, examinando esta suposicion sobre los principios de nuestro Philosopho, parece de el

, todo



, todo impossible.
, P orque este turbi-
, llon particular,
, que se atribuye à
, la Tierra, ò es el
, mismo que tenia
, quando aùn era
, Estrella, ò es uno
, nuevo que se ha
, hecho despues que
, el otro ha sido
, destruido. No
, puede ser uno, ni
, otro; luego no
, puede tener tur-
, billon particular.

, No puede ser el que tenia antes; porque segun Des-
, Cartes, una Estrella no llega à ser Planeta, ò Cometa, si-
, no perdiendo su turbillon, y segun èl, un turbillon no se
, conserva, sino porque su materia tiene tanto movimien-
, to, y fuerza, como la materia de los que le rodean; y
, su materia pierde esta igualdad de fuerza, y de movi-
, miento, desde que la Estrella que està en el centro no se
, le puede comunicar: es assi, que la Tierra no solamente
, es una Estrella cubierta de manchas, sino tambien de
, muchas gruessas costras de una profundidad inmensa:
, luego no ha podido conservar su turbillon, y ha debido
, ser enteramente destruido, y tragado (para explicarlo
, como corresponde al Latin de Mr. Des-Cartes) por el
, de el Sol. Resta, pues, vèr si la Tierra ha podido hacer-
, se un nuevo turbillon, desde que ha descendido àcia
, el Sol.

, En efecto, M. Des-Cartes toma este partido, y pa-
, ra hacer comprehender su pensamiento, hace esta figu-
, ra, que representa el turbillon de el Sol, cuyo centro
, S. es el Sol. El pequeño circulo, ò elipsis puntuada
, C. D. B. A. represente el pequeño turbillon oval de la
, tierra, que hace dàr buelta à la Luna al rededor de la
, tierra T. El circulo N. A. C. Z. es el que describe la tier-

ra

„ ra en el espacio de un año al rededor de el Sol. El cir„ culo B. y el circulo D. terminan el mas pequeño „ diametro de el turbillon oval de la tierra. Supone „ además

Veaſe la figura antecedente.

„ de esto, que aunque los Planetas, y la tierra sean ar„ rebatados al rededor de el Sol por la materia celeste, es„ ta materia no obstante và mas veloz, que los Planetas; „ asi como la agua de un Rio corre mas veloz, que los „ Barcos, que siguen su corriente.

„ De esta suposicion concluye, que la materia de el „ Cielo, no solo debe hacer dàr buelta à los Planetas al re„ dedor de el Sol; pero aùn tambien al rededor de su pro„ prio centro, y que debe componer pequeños cielos „ al rededor de ellos, que se remueben con el mismo mo„ vimiento que el mayor.

„ Concluye en segundo lugar, que si se encuentra „ dos Planetas en el mismo circulo, que el uno sea mas „ pequeño, y por consiguiente vaya segun el mas veloz que „ el otro, llegando el mas pequeño àzia el otro, se debe „ juntar al pequeño cielo, que estarà al rededor de el „ mas gruesso, y dàr buelta perpetuamente con èl. Y es, „ dice, lo que sucede à la Luna por lo tocante à la tier„ ra.

„ Como de el turbillon particular de la tierra depen„ de casi toda la Physica de Des-Cartes, y es, digamoslo „ asi, la principal rueda de toda su machina, debiera ha„ verse establecido de un modo, que lo hiciesse incon„ testable, y no suponer en ello cosa que justamente se „ pudiesse dudar, y que no se pudiesse defender con toda „ la solidèz possible: Veamos como.

„ Explica su primera suposicion, sobre la que estriva „ todo lo demàs; es à saber, que la materia celeste, que „ arrebata al Planeta al rededor de el Sol, và mas veloz „ que el Planeta. Explica, digo, esta suposicion por la „ comparacion de un Barco, que no và tan veloz, como „ el agua de el Rio, comparacion especiosa: pero que

„ na-

„nada tiene de sòlida, pues la razon porque el Bar-
„co no và tan velòz como la agua que le lleva, no se
„halla en el Planeta, que nada en medio de la materia
„celeste; y es, que la parte de el Barco que està fuera de
„la agua halla resistencia en el ayre, que no tiene el mis-
„mo corriente, ò curso que la agua, y que por consi-
„te resiste al movimiento, que la agua imprime en el
„Barco, y quanto mayor es esta resistencia, como quan-
„do el viento es contrario, mas lento es el movimiento
„de el Barco, en comparacion de el de la agua, y quan-
„to menor es esta resistencia, como quando el viento es
„favorable, el movimiento de el Barco es tanto mas ve-
„loz; pero esto no se encuentra en el Planeta, que està
„embebido en medio de la materia celeste, ni tiene cosa
„que se oponga à todo el movimiento, que esta materia
„debe imprimirle. Además de que siendo èl por sì mismo
„indiferente al movimiento, y al reposo, à tal, ò tal
„grado de movimiento, á tal, ò tal determinacion, no
„hace resistencia alguna à la materia de el cielo, que es
„como habla el mismo Des-Cartes.

„Despues dà la razon de esta desigualdad de movi-
„miento de el Planeta, y de la materia que le lleva consi-
„go: y es, dice, que aunque pequeños cuerpos, como son
„las partes insensibles de la materia celeste, uniendose to-
„dos para obrar contra uno mas gruesso, puedan tener
„tanta fuerza como él, no obstante nunca le pueden ha-
„cer mover tan velozmente à todas partes como ellos se
„mueven, porque si se conciertan en algunos de sus mo-
„vimientos, se diferencian infaliblemente en otros, que
„ellos no le pueden comunicar.

„Pero què importa que pequeños cuerpos, que im-
„pelen uno mayor, tengan diversos movimientos? Que
„importa que no le comuniquen todos los diversos movi-
„mientos, como tengan bastante fuerza para impelerle,
„que el cuerpo no les haga resistencia alguna, que se
„únan todos (como sé supone aqui con Mr. Des Cartes)
„á comunicarle el movimiento, de que se trata, y que se
„les concita à todos aplicados à su superficie para impe-
„lerle àcia el lugar, adonde ellos mismos son impelidos?

Por-

„Porque ciertamente en estas circunstancias se concibe, „que debe ir tan veloz como ellos.

„No obstante de un principio tan poco establecido „como este, concluye que la materia celeste debe hacer dàr „buelta al Planeta al rededor de su centro, y componer „un pequeño Cielo al rededor de èl; que se remuebe de el „mismo modo que el mayor.

„No le disputèmos esta suposicion, sin embargo de „estàr tan mal probada: examinemos por partes su argu- „mento; y para vèr si es adequado, imaginèmos à la „Tierra T. como suspensa en el vacìo, y represente- „monos como un circulo de materia celeste de la an- „chura de el diametro de la Tierra, que viniendo con „impetuosidad como un torrente se la lleva de un gol- „pe: pero como se supone que vâ con mas viveza que „ella, me parece que sin haver estudiado mucho las „reglas de las determinaciones de el movimiento, se „concibe, que el torrente de materia celeste encontrando „assi à la Tierra, se dividirà al punto en dos partes, ò „como en dos brazos, de los quales el uno correrà por „encima, y el otro por debaxo de la Tierra; y si conce- „bimos este torrente de igual, ò mayor profundidad que „el diametro de la Tierra, se esparcirà por todas partes „sobre la superficie de la Tierra, por encima, y por los „lados. De donde se sigue, que no la imprimirà movi- „miento alguno al rededor de su centro, antes si ella le „tuviesse, se lo quitaria en todas sus lineas, contrapesandose- „las unas à las otras, y oponiendose à las determinacio- „nes que hallarian en la Tierra contrarias à la suya. Pare- „cenos que explicando esto assi, en lugar de comparacion, „ò exemplo, damos una perfecta idèa de lo que debe suce- „der en el movimiento de la materia celeste, que arrebata „à la Tierra al rededor de el Sol.

Vease la figura antecedente.

„Pues por què quiere Des-Cartes, que la materia ce- „leste que lleva tras sì à la Tierra, y se aplica à su „superficie por el lado A. vaya mas velozmente, que to- „da entera de A. à B. y la mitad de A. à D, por-

, porque es imposible que las cosas se hagan , y se conci-
, ban de otro modo. Pero si esto debe hacerse assi , co-
, mo no puede dudarse , no hay turbillon , pues la mate-
, ria que corre de A. à D. impide que la que và de A. à B.
, buelva por C. D. Puede haver cosa mas evidente , ni mas
, perceptible que esta demonstracion?

, Pero supuesto , *por impossible* , que la materia que
, llega à A. debiera apartarse toda para bolver àcia B. se
, haria el turbillon ? No ciertamente , porque yendo de
, B. à C. y llegando à C. debia apartarse de el centro de su
, movimiento, y continuar su camino àcia Z. (por la razon
, que està en los principios deDes-Cartes)que es el lugar de
, todo el pequeño circulo , que havia empezado à descri-
, bir , donde halla menos resistencia. Lo primero , porque
, la materia que encuentra en este punto està yà en movi-
, miento àcia Z. y por sì misma le cede su lugar. Lo segun-
, do , porque la que està debaxo , esto es entre D. y C. la
, resiste , y impide descender , por ser , segun Des-Cartes,
, mas pesada que ella. Lo tercero porque el circulo C. y
, Z. segun el mismo , es su lugar natural. Luego antes
, bien correrà àcia Z. que àcia D. y por consiguiente no
, harà turbillon.

, Pero supongamos que el turbillon se haga , y
, que la materia acabe su buelta de A. en B. de B. C. y de
, C. en A. este turbillon se conservarà ? Nada menos : Por-
, que una de tres cosas , ò es mas fuerte que el turbillon
, de el Sol, que es decir que su materia hace mayor esfuer-
, zo para apartarse de su centro , que la de el turbillon de
, el Sol , que es desde S. hasta D. para apartarse de el su-
, yo , ò es menos fuerte , ò es igual ; si es menos fuerte,
, debe ser destruido por el de el Sol ; si es mas fuerte de-
, be destruir al de el Sol. Resta solo que sea igual en
, fuerza , lo que es necessario que Des-Cartes suponga.
, Pero como nos lo probarà , no digo por una demons-
, tracion (que no se le pide tan fuerte prueba) pero à
, lo menos por alguna congetura que nos haga esta
, suposicion verisimil ? Antes al contrario no podria-
, mos dàr muchas razones para destruir esta suposicion?
, No pudieramos monstrarle , que si el turbillon de la
Tier-

, Tierra fuesse tan fuerte como el de Sol ; y que si los pe-
, queños globos de que està compuesto , se apartassen con
, otra tanta fuerza de el centro de el turbillon ; la Tierra,
, segun Des-Cartes , deberia parecer un Sol , y Jupiter
, tambien ? pues lo que nos hace parecer luminoso el cen-
, tro de un turbillon , es el vehemente movimiento de su
, materia , aun quando (dice Des-Cartes) el centro estu-
, viera vacio de toda materia. No pudieramos aun , imi-
, tando el estilo de este Philosopho, comparar el turbillon
, de el Sol desde S. hasta D. à un grande mar, cuyo fluxo ha-
, llandose contrario à la vertiente de un pequeño rio ; (à
, quien comparariamos el turbillon de la tierra) le obliga à
, retroceder su camino, y determinar sus aguas á un movi-
, miento en todo opuesto al que antes tenia. Y segun Des-
, Cartes , ser destruido un turbillon, y tomar su materia el
, moviento , y determinacion de otro, es lo mismo. Si Mr,
, Des Cartes pudiera probar su turbillon de la tierra, por la
, menor de las razones, que hemos dado ; ò por una com-
, paracion tan natural , como la que acaba de emplearse,
, para monstrar , que es una pura chimera , se creeria
, seguro contra todas las impugnaciones de sus mas habiles
, contrarios.

, Y si quisiessemos examinar las dificultades que se
, se pueden tomar de parte de el pequeño Planeta (es
, decir de la Luna) considerado en el pequeño turbillon
, de el Planeta , acaso no hallariamos menos.

, Solamente se sienta , que suponiendo que la Luna
, llegando à A. fuesse arrebatada acia B. deberia salir de
, el turbillon en C. Lo primero , porque segun Des-Car-
, tes , ella està en la superficie exterior de el pequeño
, turbillon; y en segundo lugar porque hace esfuerzo para
, salir , segun su grande regla de el movimiento circular,
, Pretende que no puede salir àcia B. porque la materia de
, el turbillon Solar en este sitio es mas ligera , y la recha-
, za àcia el centro. Tampoco descenderà , segun Des-
, Cartes , àcia K , porque , dice , la materia celeste de
, esta parte de el turbillon , es mas pesada que ella , y se
, opone igualmente à su descenso. Pero no pretendemos,
, que salga a C. y continue su camino àcia Z. Porque

 es-

, eſtando en C. no halla reſiſtencia, pues la materia de , C.Z. es la de ſu circulo, que ſe halla yà con movimiento , para cederla el lugar. Por otra parte, eſtando en eſte , punto hace actualmente esfuerzo para apartarſe de el , centro de ſu movimiento, es decir de T. luego ſe , apartarà, pues que no hay quien la impida, como en , los otros puntos; y al ſalir de ſu circulo ſerà determi-, nada à continuar ſu camino àcia Z. por la materia que , eſtà encima, y debaxo de el circulo, por las razones que , el miſmo Deſ-Cartes dà. Eſta demonſtracion es de mucha conſequencia para la Aſtronomia, y Phiſica de Deſ-Cartes, como ſe le advierte, y mueſtra en el lugar que ſe acaba de referir. Veamos lo que tiene que reſponder.

Lo que primeramente ſe replica en eſta domoſtracion es, que ſe trata de confuſa la razon que Deſ-Cartes havia dado para probar, que la materia celeſte, en que la tierra es arrebatada al rededor de el Sol, và mas veloz que la tierra. Añadeſe, que lo que los Peripateticos dicen en contrario, pudiera ſer verdadero, ſi la canal, en que eſta materia es arrebatada fuera por todas partes igual, y el liquido uniforme: pero que no ſiendo aſsi, es forzoſo juzgar de el cuerpo embebido en el liquido, caſi como juzgariamos de un cuerpo sòlido chapuzado en la agua, y arrebatado por un rio, cuya canal fueſſe en unas partes mas eſtrecha, y en otras mas ancha: lo que concuerda perfectamente bien con la eſperiencia, pues nunca un cuerpo arrebatado por el viento va tan veloz, como el ayre que le arrebata; ni un barco tan pronto como la corriente de el rio en que flota. Y eſta ultima comparacion es de la que Mr. Deſ-Cartes ſe ha ſervido para apoyar ſu ſupoſicion.

En ſegundo lugar Deſ-Cartes, añaden, ha pueſto con razon, que la materia celeſte, llegando de N. à A. debe antes ir àcia B. que àcia D. porque haciendo eſta materia, ſegun ſu grande regla de el movimiento, esfuerzo para apartarſe de el centro tiene ſu determinacion àcia B. y no àcia D. que ſi por eſta razon corre toda, ò la mayor parte àcia B. es manifieſto que la tierra recibe mas movimiento de el lado de B. que de el lado de C. y

por consiguiente debe empezar à dàr buelta: en una palabra, la materia que ha subido de A. àcia B. debe al punto ser rechazada àcia S. centro de el turbillon total por la materia mas sòlida, y mas agitada, que està en B; y por esta nueva determinacion debe ir à C. y de alli à D. donde la resistencia de la materia de debaxo la determina àcia A. y veasse aqui el turbillon hecho.

En fin nada hay que obligue esta materia à ir de C. à Z. como se pretende en la demostracion.

En tercer lugar los Peripateticos havian hablado de el pequeño turbillon, respecto de el grande, como de dos turbillones vecinos, que el mas fuerte debia destruir al otro. Pero hay diferencia, y el pequeño se conservarà siempre, mientras huviesse una causa, que hiciesse mover à la materia de A. à B. de B. à C. y de C. à D. como se muestra que la hay.

Veasse la Figura precedente.

Y assi es facil aplicar à la Luna lo que acaba de decirse de la materia de el turbillon, para probar, que no debe salir de la Elipsis, quando llegare à C. que es precisamente lo que se ha objetado mas fuertemente contra la tercera demostracion.

Pero à mi parecer los que estàn interessados en defenderlo, no deben dexar de replicar, y veasse lo que yo diria.

Primeramente, no se ha dicho absolutamente, que la razon de Des-Cartes fuesse futil: solo se ha dicho, *que era una futilidad, à lo menos en quanto à lo que se trataba.* Y la refutacion que se hizo poco despues, muestra bien que no se ha querido decir esto.

Lo segundo, segun lo que quiere concedernos el Defensor de Des-Cartes, de que si el canal por donde la tierra es arrebatada, fuera igual, y el liquido uniforme, deberia la tierra correr tan veloz, como el liquido donde nada: en lo que con razon se conviene, porque la tierra por si misma es indiferente al movimiento, à este, ò aquel grado de movimiento, à esta, ò aquella determinacion: y ademàs, que estando en su sitio natural, como lo supone Des-Cartes, no hace resistencia alguna. Es assi, que el canal es muy igual, y el liquido muy uniforme,

me, antes que se suponga el turbillon hecho. Luego la tierra no debe correr mas lentamente que la materia celeste. Luego no debe hacerse el turbillon. La menor de el silogismo es necessario probar.

En primer lugar, la madre de este especie de rio, ò de torrente que arrebata à la tierra al rededor de el Sol, no està compuesto mas que de el segundo elemento, y de la materia de el primero destinada à ocupar los intervalos, que se hallan entre todas las pequeñas bolas de materia celeste.

En segundo lugar, la igualdad es tan grande por todas partes, que en esta vasta extension de los cielos, las mas gruessas bolas se hallan situadas à una cierta distancia de el centro, las mas pequeñas à otra, cada una de ellas a proporcion de su massa; haviendo sido echa esta exacta ordenacion en poco tiempo por solas las leyes de el movimiento.

En tercer lugar, dividiendo todo este espacio fluido de el turbillon de el Sol, en otros tantos cielos, como hay Planetas, se hallan cada uno de los cielos situado en el lugar que le es debido, por la qualidad de la materia de que estàn compuestos. Que es decir; v. gr. que el cielo de Mercurio està, y debe estàr debaxo de el de Venus, el de Venus debaxo de el de la tierra, como à proporcion la agua està baxo de el ayre, y el globo terrestre debaxo de la agua.

En quarto lugar, descendiendo los Planetas àcia el Sol, que es decir àcia el centro de el turbillon, son detenidos precisamente en el circulo de la materia celeste, con la que estàn en equilibrio: de suerte, que la tierra no ha podido permanecer en la materia que està encima de ella, mas apartada de el centro; porque siendo esta materia mas ligera la obliga à descender mas abaxo, y no ha podido descender hasta en la que està debaxo de ella, porque siendo esta materia mas pesada, la impele àcia arriba.

En fin, el esfuerzo que hace dando buelta la materia de todos los diferentes cielos en un mismo turbillon para apartarse de el centro, y la resistencia que hacen los

unos à los otros forman otros tantos circulos, que conserva cada uno en toda su extension la misma profundidad, y no es, sino àcia la superficie exterior de los turbillones, donde hallandose los Polos de los unos opuestos à las eclipticas de los otros, se introduce su materia irregularmente, y con movimientos muy diferentes, segun la situacion, que los turbillones tienen entre sì.

La tierra, que se nada en un canal muy uniforme, y perfectamente igual, està en equilibrio con la materia fluida; y por consiguiente, segun el principio sentado, debe correr tan veloz como la materia que la arrebata: y tampoco es necessario compararia con un cuerpo llevado por la agua de un rio en un canal muy desigual, y aùn mucho menos con un cuerpo arrebatado por el viento, porque siendo el cuerpo arrebatado por su proprio peso àcia la tierra, no observa ir tan veloz como el ayre.

Es de advertir, que Des-Cartes no està aqui de el todo defendido, segun sus principios. Porque dà à la materia fluida mas velocidad que al Planeta, independientemente de la desigualdad de el lugar en que corre: no la hace hallar desigualdad en el canal, sino por el encuentro de el Planeta, que la cierra una parte de el passo, y que por consiguiente aumenta la rapidèz de su curso. Pero como los Autores de la demostracion han probado por los principios mismos de Des-Cartes, que el Planeta debe correr tan veloz como la materia celeste, concluyen muy bien, que no ha debido hacerse el turbillon. Tambien han refutado muy bien la razon que Des-Cartes dà para probar, que la tierra và menos veloz que la materia celeste que la arrebata. Han dicho muy bien, que la comparacion de el Barco no es al intento, y que si se hallassen las mismas circunstancias en el Barco, que en el globo de la tierra, iria tan veloz, como la agua de el rio: Esta es en substancia la demostracion; procurèmos justificar las circunstancias.

Vease la figura antecedente.

Sea, 1. el turbillon de el Sol, cuyo centro S. es el Sol mis-

mismo, 2. el circulo N. A. C. Z. quien representa el grande Orbe, en que la tierra es arrebatada al rededor de el Sol, 3. la tierra T. 4. el pequeño ovalo puntuado es el turbillon, cuyo centro es la tierra.

Los Peripateticos han pretendido, que la materia, què llega hasta la tierra, ò hasta el punto T. no era igualmente estrechada por ambas partes; sin lo qual nada se prueba. Me explicarè.

Considerèmos el circulo de materia celeste N. A. T. que và à parar al punto T. donde se supone que toma otro curso. Esta materia en todos los puntos de el circulo hace esfuerzo para apartarse de el centro de su movimiento; esto es verdad, y por consiguiente, en llegando á T. hace aùn el mismo esfuerzo para ir casi àcia B. Pero como en el punto N. y en el punto A. la materia que està encima, apretandola, impide el efecto de la determinacion, y la destruye, debe tambien impedirla en el punto T. y destruirla, porque la aprieta como en el punto N. Siendo, pues, esta determinacion destruida en el primer punto, como en todos los demàs, sin que se produzca una nueva, assi como succesivamente se producia en los demàs puntos, porque este es el ultimo: se sigue que no debe hacerse mas que un movimiento de pura reflexion de T. àcia A. por el qual un cuerpo serà impelido casi en linea recta, y debe hacer dividir en dos mitades un cuerpo liquido, como el de que se trata. De suerte, que siendo estas mitades impelidas por el resto de la materia que las sigue, debe ir una àcia D. y otra àcia B. que es todo lo que se ha supuesto en la demostracion, y de donde se sigue, que no se debe hacer el turbillon.

En tercer lugar, es assimismo verdadero, y evidente, que yendo la materia de B. à C. por su proprio movimiento, debe continuar àcia Z. ò cerca de ella; lo qual es verdadero, segun el gran principio de el movimiento, que todo cuerpo que es movido al rededor, se escapa por la tangente de el circulo que describe, quando nada lo impide. Es assi, que nada impide que esta materia se escape àcia Z. que es su lugar natural, y en donde nada la rechaza como en B. Luego este articulo de la demostracion està

està en su vigor, y prueba tambien (como se ha pretendido) que à lo mas, la Luna debe apartarse al mismo punto, y no dàr buelta al rededor de la tierra.

En fin, en quanto à la destruccion de el pequeño turbillon por el grande se ha raciocinado, como se raciocinaria de dos turbillones vecinos. Porque en los principios de Des-Cartes es lo mismo; y porque como la conservacion de dos turbillones vecinos depende de la igualdad de sus fuerzas, para impedir que la una haga tomar su movimiento à la otra: asi tambien el pequeño turbillon serìa destruido por el grande, si teniendo el grande mas fuerza le diesse su proprio mvimiento, y determinacion. Porque en esta consiste la destruccion de un turbillon por otro. Y solo sobre esto se ha dicho, que se desconfiaba, que Des-Cartes diesse alguna prueba verisimil que mostrasse esta igualdad requisita entre los dos turbillones para su mutua conservacion; asi como se han dado muchas, que mestran que no puede haverla.

Al fin de las primeras notas, sobre las tres principales demostraciones de los Peripateticos, se añadian tambien dos, ò tres reflexiones sobre algunos puntos, superficialmente tocados, y que no miraban à los Peripateticos, sino à mi mismo, como Viajador de el Mundo de Des-Cartes, y Autor de la Relacion que se ha impresso.

La persona que tomò el trabajo de escrivir à mi ruego las notas, parece no estàr convencida de la sòlidez de el argumento, por donde he querido demostrar la possibilidad de el movimiento en la hypotesi de Des-Cartes; pero sea capricho, ò lo que fuesse, Peripatetico como soy, quanto mas medito este punto, mas razon creo tener. No lo repetirè aqui; pero me parece que luego que os le proponga, os darcis por satisfecho.

Una cosa à lo menos es muy cierta, que el Peripatetico que no estè persuadido que la fluidez es un accidente absoluto, y siga el Systèma ordinario, que no hay vacio en el Mundo, no sabrà impugnar à Des-Cartes sobre esto.

Notase tambien, que yo he hecho mucho honor à Voecio en darle un grado tan honroso, y un puesto tan considerable, como el que tiene en mi Historia, y que por

ciertas obras suyas que se han publicado no merecia tal recompensa. A que respondo, que esse es cargo para Aristoteles, que haciendole su lugartheniente en el Liceo de la Luna, ha hecho acaso, lo que algunas veces hacen los Princìpes, que miran mas el zelo, y deseo de servirlos, que muestran algunos, que el merito de otros muchos que valen mas; por lo que veo, que ha sucedido lo que tenia previsto, de que tendrian por ficcion la relacion de mi Viage. Porque sin esto, no seria responsable yo à lo que refiero haver sido hecho por Aristoteles en favor de Voecio, como no lo es el Historiador Dion de la extravagancia de el Emperador Caligula, que hizo el honor à uno de sus Cavallos (à quien queria con especialidad) de combidarle à comer en su Mesa, y le prometiò hacer Consul en la primera creacion. Pero aùn suponiendo que Voecio me debiesse este reconocimiento de su dignidad: por donde tengo obligacion yo à defenderle sobre ello? Dudo mucho que los Scoks, los Revios, y otros semejantes valgan mas que èl. Por otra parte estaba à la frente de el Peripatetismo en Olanda. Era el mas obstinado, y encarnizado enemigo de Des-Cartes, y de el Carthesianismo: Y todo esto es bastante merito para una lugarthenencia del Liceo Lunar.

En fin, añadia mi amigo en su Critica, tampoco es verosimil, segun la idèa de los Cartesianos, hacer à un puro espiritu passearse como los cuerpos, y hacerlo passar de un lugar à otro, como si anduviesse, ò bolasse. Esto està bien dicho, la reflexion es buena, y de una inteligencia justa, y exacta: Pero còmo se ha de hacer de otra suerte? Si yo huviesse tenido que hablar de puros espiritus, ò à lo menos de espiritus acostumbrados à separarse de sus cuerpos, y à correr assi el Mundo, como de los que se ha hecho mencion en mi Historia, huviera tomado otro modo de explicarme, y observado un lenguage muy espiritual, que huvieran entendido tan bien como yo; pero los mas de los hombres se guian por la imaginacion, y por los sentidos. En hablandoles de espiritus, es necessario hacer como los Pintores, que los representan como bellos jovenes, à quien ponen alas para

ra distinguirlos de los mortales; y por esso à estos espiritus, que passan de un lugar à otro, les he dado el privilegio de hacer, quando quisieren, quatro, ò cinco mil leguas de camino en un minuto de relox. Si yo huviesse usado de otro modo sobre este punto critico, huviera sido insufrible aùn à los Cartesianos mismos, que se esmeran mas en apurar sus idèas; pero que comùnmente se reservan espiritualizarlas en su Gavinete, y en sus meditaciones Philosophicas, mientras que en el comercio con los demas hombres dexan obrar su imaginacion, y quieren tambien como los demàs, que se la satisfagan, y no se la atormenten. Estas son las razones que yo he tenido de humanizarme en esta ocasion, y no seguir las idèas puras, como entonces tenia de el espiritu, y modo con que obra.

REFUTACION
DE LA SEGUNDA DEFENSA DE EL SYSTEMA GENERAL DE EL MUNDO DE DES-CARTES.

ESTA defensa està en Dialogo, y como es muy corto, se ha puesto entero: Democrato, uno de los dos Interlocutores, es el Cartesiano; y el otro baxo de el nombre de Aristipo, es el Peripatetico: Este solo se pone para ser convencido, y conceder el triumpho à su contrario. Y assi à Democrates, à quien yo refuto aqui, argumento por argumento. La Refutacion se ha puesto baxo de el nombre

bre de replica, y en caracteres diferentes de los de el Dialogo.

Ariſtipo. *En què os ocupaſteis ayer, que no ſaliſteis?*

Democrato. *En eſtàr hablando en caſa con un Mathematico, que me llenò la imaginacion de lineas, figuras, themas, y problemas.*

Ariſtipo. *Y os agradò la converſacion?*

Democ. *Sì, mucho.*

Ariſt. *Pues amais las ciencias?*

Democ. *La Mathematica principalmente, y la Philoſophia moderna.*

Ariſt. *En quanto à eſta Philoſophia tengo argumentos que hacer contra la mayor parte de ſus ſupoſiciones Aſtrologicas, que ningun Carteſiano podrà jamàs reſolver.*

Democ. *Quièn os lo ha dicho?*

Ariſt. *El rumor comun de la Eſcuela.*

Democ. *Acaſo ſerà falſo, quando me los hayais propueſto.*

Ariſt. *Voy al punto à probaros, que la ordenacion que Deſ-Cartes hace de la materia, ò de los tres elementos en ſus turbillones, no puede concertarſe con las principales reglas de el movimiento que ha dado, ni con las propriedades que èl miſmo ha atribuido à cada uno de ſus elementos.*

Supongo, pues, que haviendo ſido creada la materia, como eſte Philoſopho nos la propone en la Phyſica, ha podido Dios moverla, y dividirla, y que en efecto la ha dividido, y la ha movido.

Democ. *Eſta ſupoſicion es veroſimil.*

Ariſt. *Quando muchos cuerpos, ò partes de la materia ſe mueven juntas circularmente, las mas agitadas de eſtas partes, y las mas proprias para el movimiento, ſe apartan mas de el centro: y al contrario, las menos agitadas, y menos proprias para el movimiento ſe apartan menos, y eſtàn mas obligadas à deſcender por la velocidad de las primeras: Es aſsi, que las partes de el primero, y ſegundo elemento ſon mas agitadas, y mas proprias para el movimiento que las de el tercero,

cero, como el mismo Des-Cartes lo supone, principalmente en la tercera parte de sus principios: luego las materias de los dos primeros elementos deben apartarse mas de el centro, y las de el tercero menos, y ocuparle. Luego el centro de el turbillon no serà una Estrella, no un Sol, sino un cuerpo opaco como la tierra.

Democ. *La mayor de vuestro argumento, es una de las reglas generales, que admiten algunas excepciones; porque aunque sea verdad, ordinariamente hablando, que quando muchas partes de la materia se mueven juntas circularmente, las mas agitadas, y mas proprias para el movimiento se apartan mas de el centro, y las menos agitadas, y menos proprias se apartan menos; es tambien verdad, que quando las mismas partes mas agitadas encuentran en su camino otras que lo son menos, y cuyas figuras ramosas, y embarazosas se oponen en algun modo à la determinacion de su movimiento: Es digo, tambien verdad, que bien lexos de que las primeras las obliguen siempre à descender àcia el centro regularmente al contrario, las rechazan, y las arrebatan al lado, de que se mueven. Y como ellas se mueven de el centro à la circunferencia, las hacen tambien mover, impeliendolas continuamente por debaxo, sin que las partes de encima se opongan en algun modo à esta determinacion (porque ellas la tienen yà) inclinandose con toda su fuerza à subir acia la circunferencia: todo lo qual os persuadirà mejor un exemplo.*

Considerad, pues, os suplico, un tonel lleno de Vino nuevo, y aùn bien agitado; mientras dura esta agitacion, es facil vèr, que las partes mas sutiles, y mas proprias para el movimiento, se llevan tras sì las que lo son menos, y las eleban hasta la tapa, donde comunmente estas, como ramosas, y embarazosas se ligan, y agarran unas con otras, hasta hacer una especie de costra, que se llama la espuma de el Vino; y que quando esta accion de las partes mas agitadas llega à desmayarse, como no tienen entonces tanto movimiento, se vè tambien que no tienen la fuerza de elevar consigo las partes ramosas, y embarazosas, en que las dexan abatidas, y re-

cogi-

cogidas en el fondo de el tonel, donde se reducen à una liga, que permanece en quietud, mientras no se renueba el Vino; cuyas partes si llegan aùn à ser movidas, la haràn mover de rechazo.

Explicada assi la mayor de vuestro argumento, concedo facilmente la menor, creyendo de tan buena fee como vòs, que las materias de el primero, y segundo elemento tienen mucha mas agitacion, y facilidad al movimiento, que la de el tercero: y no obstante niego absolutamente la consequencia que sacais, de que el tercero debe ocupar el centro de el turbillon.

La razon, es la que haveis visto yà antes, que las partes de el tercero son ramosas, y embarazosas, y que nadando en el primero, hace que se opongan en algun modo à su determinacion, y que bien lexos de que pueda rechazarlas àcia el centro, està como obligado à emberberse en ellas, y arrebatarlas de el lado que se mueve, que es decir de el centro à la circunferencia.

Supuesto esto, no confessareis Señor, que os serà inutil objetar aqui, lo que objetan algunos Peripateticos de que, por qual de sus principios, no sabiendo Des-Cartes què hacer de los fragmentos, ò manchas de el Sol, ni què uso darles en el centro de el turbillon, donde se forman, y donde se rompen, les hace arrojar, y rechazar tan adelante àcia la circunferencia, estando quebradas, y siendo poco proprias para el movimiento? Yo os juzgo bien instruido para no vèr, que las mismas partes mas agitadas de el primer elemento, que llevan estos fragmentos hasta sobre el Disco de el Sol, viniendo aùn à ser ayudadas de las de el segundo, que en el encuentro hace casi el mismo efecto, se conciertan unas con otras à elevarlas mas, y mas; y acaso à no dexarlas, sin que à fuerza de tenerlas agitadas, no hayan roto, y quebrado las ramas, y partes, de suerte que no empeñandose mas en la irregularidad de sus figuras, teniendolas todas, ò dissipadas, ò obligadas, como mas pesadas à bolverse àcia el Disco de el Astro.

Arist. De donde nace, pues, que una piedra arrojada al ayre cerca de nuestra tierra, es rechazada àcia el centro con violen-

lencia por la materia de el segundo elemento, y que esta, bien lexos de rechazar aùn las partes de el tercer elemento, que son tan poco aptas al movimiento, como la piedra, al contrario se introduce mas, y las eleva, como decis?

Democ. *Es que las partes de la tierra estando ligadas, y en reposo las unas entre las otros, componen un cuerpo mazizo, que tienen muy poca superficie en comparacion de la que tendrian todas estas partes, si estuviessen separadas las unas de las otras, y echas polvo; y como esta liga, y poca superficie son causa de que la materia de el segundo elemento, que circunda la piedra, no la puede tocar en muchos puntos, en que sin esto la tocaria; assi tambien esta piedra no puede ser sostenida, quando està en el ayre.*

Arist. *Juzgue quien quiera de el valor de todas estas razones, yo por mi estoy contento, resuelto no obstante de defender mejor el argumento que se sigue.*

REPLICA.

VErdaderamente este Aristipo es un hombre de buen convenio, y no sin mysterio se le ha dado el nombre, que en otro tiempo era de un famoso Philosopho, cuya maxima era acomodarse à todo: *Juzgue quien quira* (decia) *de el valor de todas las razones, yo por mi estoy contento.* Para esto es necessario ser facil de contentar; pero vease en dos palabras lo que me impide el que me dè por contento.

Primeramente el Cartesiano Democrato, no dà razon, porque en virtud de el principio de el movimiento, el ayre de nuestro turbillon terrestre, siendo rechazado àcia el centro por la materia de el primero, y segundo elemento, segun Des-Cartes, el ayre de el turbillon de el Sol, es al contrario rechazado àcia la cirunferencia por las dos materias, segun el mismo Des-Cartes.

Por què, os pregunto, las dos especies de materia sutil, encontrando en su camino las partes de nuestro ayre, y encontrandolas tan obedientes à sus movimientos,

no las apartan de la tierra, para rechazarlas à la circunferencia de el turbillon terrestre, como se dice, que ellas rechazan el ayre de el turbillon de el Sol, à la circunferencia de este? Si esto sucediesse nos costaria la vida, porque no tendriamos mas ayre que respirar; pero à esto raciocinaria Des-Cartes consiguientemente.

Sucediendo pues efectivamente lo contrario, se sigue, que el ayre de el turbillon de el Sol, debe tambien ser rechazado àcia el centro con todos los gruessos fragmentos de las manchas de el Sol, que todos juntos harian al punto en un cuerpo opaco, que los Peripateticos pretenden deberse formar alli en lugar de una Estrella. Por falta de una buena disparidad no debe estàr contento Aristipo.

Lo segundo, Democrato dà por razon de que una piedra desciende àcia el centro de nuestro turbillon, que esta piedra es un cuerpo macizo, compuesto de partes de el tercer elemento en reposo las unas con las otras, y que tiene poquissima superficie en comparacion de la que tendrian todas sus partes, si estuviessen separadas la una de la otra; lo que causa que la piedra no pueda ser sostenida, quando està en el ayre.

Pero en primer lugar en los principios de el Cartesianismo, una parte de la materia no permanece encima de la otra, porque ella està sostenida; sino porque el esfuerzo de su movimiento obliga à la otra, que no tiene tanto, à situarse debaxo de ella. Y Democrato aqui no responde como Cartesiano, y por consiguiente ni bien: Porque la question es, defendiendo en esto à Des-Cartes demostrar que los Peripateticos no han sacado bien adequadamente de sus principios, consequencias contradictorias à las suyas.

Pero vease lo que yo responderia raciocinando como Democrato. El volumen de el ayre, y de materia sutil, que està debaxo de la piedra, à lo menos hace esfuerzo para sostenerla, y en quanto puede la impele en alto, y el volumen igual que està encima no la impele abaxo, porque el volumen *se aparta con toda su fuerza de el centro àcia la circunferencia*. Luego se impele por debaxo esta

ta piedra, y no la rechaza por encima. Por otra parte es indiferente à permanecer donde se halla. Luego quedarà suspensa en el ayre.

Vamos aora à la razon sacada de la superficie. Considerèmos una parte ramosa de el tercer elemento, rechazada por la materia de el primèro. Pregunto, si esta parte ramosa tiene tan poca superficie en quanto à la quantidad de materia de el primer elemento que la rechaza, como la materia sutil que se halla debaxo de ella. Comparad por una parte esta parte ramosa compuesta de partes unidas, y en quietud unas respecto de las otras, con una infinidad de granitos separados del polvo de el primer elemento que la rechazan. Y por otra cotejad una parte de ayre, ò una piedra con cierta quantidad de materia sutil, que tambien rechaza. La proporcion es evidente. Luego si en nuestro turbillon la massa de ayre, y de materia sutil no puede rechazar la piedra que està encima de ella por la poca superficie de la piedra, y por esta razon la dexa descender, es manifiesto que en el centro de el turbillon de el Sol, la massa de materia sutil dexarà tambien descender la parte ramosa; y assi toda la materia de el tercer elemento, y todos los fragmentos de el Sol descenderàn àcia el centro, y compondràn en èl el cuerpo opaco que los Peripateticos han querido poner en èl segun los principios de Des-Cartes.

Por lo qual, de què sirve el tonel de Democrato, sino de hacer vèr la falsedad de el principio de Des-Cartes, ò lo mal que usa de èl este Philosopho? Con que es mal hecho que Aristipo estè contento, y es con razon que yo no debo estarlo.

Aristip. *El segundo argumento es que el modo con que Des-Cartes explica la luz, no puede subsistir con el modo con que dispone unos con otros sus turbillones.*

Supongo lo primero con este Philosopho, que nunca hay mas que una Estrella, que se halla dentro de la circunferencia de una misma esphera, y que todas las demàs estàn diversamente apartadas assi encima, como debaxo, y al lado de el centro de el universo. (esto no explica muy bien el pensamiento de Des-Cartes, ni

el de el Autor de el Viage) *Lo ſegundo, que la luz conſiſte en el esfuerzo que hace la materia de el primer elemento, que eſtà en el centro de un turbillon para apartarſe: de que reſulta, que empujando la materia celeſte que eſtà encima de ella à todos los puntos imaginables, eſte esfuerzo, y eſte impulſo, ſe hacen ſentir de todas las lineas que de èl vàn à la circunferencia, algunas de las quales viniendo à encontrar el ojo, quando eſtà buelto de el lado de un aſtro luminoſo, aprietan, y agitan las fibras de ſu nervio optico, de un modo què cauſa en el alma la ſenſacion de viſion.*

Yo me atrevo à aſſegurar, Señor, que en los dos ſupueſtos, noſotros que eſtamos en el turbillon de el Sol, no podrèmos vèr Eſtrella alguna; porque no podrà concebirſe, que pueda alguna hacernos ſentir ſu impulſo, ſino de dos maneras; ò inmediatamente por un rayo, ò linea de la materia celeſte de ſu turbillon, que venga à parar en el ojo; ò inmediatamente por un rayo de el turbillon Solar, rechazando àcia el ojo por algun rayo de el turbillon de eſta Eſtrella: Uno, y otro es impoſſible, lo primero, porque cada uno de los turbillones tiene ſu diſtrito ſeparado, y ſus movimientos diferentes; de ſuerte, que las lineas de el uno, jamàs ſe mezclan entre las lineas del otro, ſino que ſe terminan cada una en la circunferencia de ſu propria eſphera. Lo ſegundo, porque los turbillones, ſegun Deſ-Cartes, aunque deſiguales en magnitud, ſiempre deben ſer de fuerza igual: Es aſsi, que eſta igualdad viene ſolo de que la Eſtrella de uno removiendoſe uniformemente al rededor, rechaza la materia de ſu cielo contra la circunferencia de el de los otros, con tanta fuerza preciſamente como las Eſtrellas de los otros cielos rechazan la materia de el ſuyo contra el de la otra. Luego (infiero) *que la materia de un turbillon no puede rechazar la de otro, ni hacerla retroceder àcia el centro.*

Democrat. *Yo os confieſſo, que todo eſte razonamiento parece deſde luego bien inferido; pero para no dexarſe engañar, permitidme diſtinguir en dos diverſas terminaciones el movimiento, que reſulta de el esfuerzo con*

que

que un Astro rechaza los rayos de la materia celeste que le circunda.

La una, que llamarèmos determinacion primera, es aquella, segun la qual los rayos son rechazados en lineas rectas àcia la circunferencia; y esto por una accion, que se introduce desde una punta de el rayo à la otra con tanta velocidad, como con la que removiendo una de las extremidades de un baston, se hace sentir la otra; y esto porque cada parte de un rayo, como cada parte de un baston estàn contiguas, y se tocan inmediatamente.

La otra, que llamarèmos determinacion segunda, es aquella, segun la qual un Astro mueve al rededor la materia que està encima de èl, y por la fuerza de esta mocion forma un turbillon, y le mantiene contra los movimientos de sus vecinos.

Supuestas estas dos determinaciones, no me parece como à vos, que ninguna de las dos impulsiones de que se trata sean impossibles: porque aunque es verdad, que la materia de el primer elemento, de que està compuesto un Astro, rechaza la materia celeste, que tiene encima de sì à todos los puntos imaginables, y que esta impulsion, y este esfuerzo se traslada desde alli à todas las lineas que vàn àcia la circunferencia de el turbillon de estre Astro, no obstante si se atiende, que toda esta demonstracion de lineas, no comprehende otras aqui, que las que tocan inmediatemente la superficie de el cuerpo luminoso, las que por consiguiente son movidas, y rechazadas, se reconocerà que estas mismas lineas, que bastan para cubrir esta superficie, no pudieran bastar, para ocupar tambien toda la extension de el turbillon, tomado subiendo àcia la circunferencia: por lo que estàn obligadas à separarse las unas de las otras, à medida que se vàn adelantando de aquel lado; de que se sigue necessariamente, que en llegando arriba, dexan entre sì un espacio lleno de materia celeste, como la de que estàn compuestas, pero diferente, en que no siendo movida en estos lugares, segun la determinacion primera, es muy susceptible de una semejante, que le comuni-

nican los rayos de las Estrellas de los turbillones vecinos, que vienen à parar à ella, y que haciendo esfuerzo para rechazar las lineas à lo interior de su turbillon, en efecto las rechazan, pero sola, y precisamente con una fuerza proporcionada à la quantidad de el movimiento en lineas rectas, de que las exceden, porque por la quantidad de el circular està empleada en sostener, y contrabalancear la impulsion de las lineas de los turbillones vecinos; y aunque se objete, que la determinacion del circular es diferente, sin embargo no puede detener el esfuerzo de el movimiento en lineas rectas, porque, como se acaba de decir; este es particular, y sobrepujante, y porque en un solo instante se traslada de una punta de el rayo à la otra.

Mas; en un turbillon donde hay algunos Planetas, como v. gr. en el de nuestro Sol, es evidente que este Planeta reflexionando àcia este Astro los rayos que recibe, quita justamente la quantidad de el movimiento de los rayos reflexos à la parte de el turbillon que està mas alto, y sobre quien se estiende la sombra de este Planeta; por lo que siendo la mocion de la matèria celeste, que està en este lugar disminuida, otro tanto el esfuerzo, ò impulsion en lineas rectas de los rayos de los turbillones vecinos, debe tambien rechazarla de la quantidad de esta diminucion.

No obstante, si seguis el Systèma de los turbillones, vereis que el uno debe descargar por su ecliptica su materia en los Polos de el otro, de tal modo, que veais siempre comunicacion de rayos entre sì.

Sentado esto, supongamos en primer lugar, que estè un ojo situado en el emispherio resplandeciente de nuestra tierra, que miramos aqui como un Planeta errante en el turbillon Solar: no es seguro, que siendo los rayos que el Sol embia àcia este ojo en mucho mayor numero, y mucho mas agitados, que los que vienen de las Estrellas vecinas, comueban tambien mucho mas las fibras de el nervio optico, que aquellos; de que se sigue, que el movimiento, y sensacion que causan, excede à todo el movimiento, y sensacion de los otros?

Y si suponemos en segundo lugar, que este ojo estè situado sobre el emisspherio umbroso de nuestra tierra, como los rayos de el Sol no podràn entonces llegar à èl, y por consiguiente ni comoverle, se sigue, que los de los otros turbillones, que han entrado en el Solar, no siendo impedidos por la accion de el Sol, hacen sentir bastante su impulsion, y aùn experimentamos, que la causan todos los rayos Solares, que la Luna nos reflexa.

Aristip. *Si esto es assi, còmo la comunicacion de la materia de un turbillon con la de otro no destruye la esphera particular, que cada uno de ellos debe tener?*

Democ. *No la destruye, porque se supone, que cada rayo de un turbillon estraño debe seguir el movimiento de aquel en que entra, y aun servir de componer una de sus partes, tanto porque està encerrado en su distrito, como porque el mismo movimiento circular, que puede sostenerle contra el esfuerzo de el de los otros, puede con mayor razon mover la materia que tiene en su recinto.*

Aristip. *Sea lo que fuere, acabemos este argumento, para tener tiempo de deducir bien las razones de el tercero.*

REPLICA.

Continuando Aristipo en ser modesto, y deferente, hace vèr, que los Peripateticos no son tan indociles, ni tan temosos en defender sus opiniones. Por lo que se conocerà, quan obligado debe estàr Democrato à su condescendencia por algunas reflexiones, que voy à hacerle.

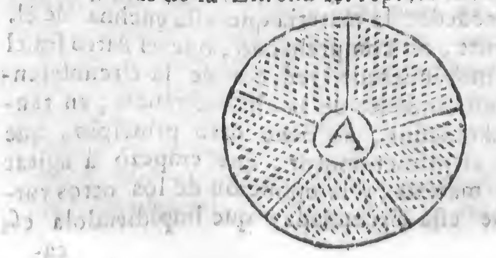
Estas son sobre la distincion de las dos determinaciones: la una por la que los rayos son rechazados en linea recta àcia la circunferencia: y la otra, segun la qual un Astro mueve al rededor la materia que està encima de èl.

Primeramente, no comprehendo, que el Astro sea el principio de el movimiento al rededor de la circunferencia. Porque el movimiento de la circunferencia, en tanto que se hace al rededor, no tiene otro principio, que la impulsion de el primer motor, que empezò à agitar esta porcion de materia, y la oposicion de los otros turbillones, de que està circundada: que impidiendola es-

caparse por todas las tangentes de el circulo, que describe, continùan en determinarla al movimiento: y haciendo esta circunferencia, respecto del Astro, que ella encierra, lo que los otros turbillones, respecto de la circunferencia; es la circunferencia la causa de el movimiento al rededor de la Estrella, y no la Estrella la causa de el movimiento al rededor de la circunferencia: Y assi, todo lo que hace el Astro, respecto de la circunferencia, se reduce à la primera determinacion, segun la qual, los rayos son rechazados en linea recta àcia la circunferencia. Pero admitamos esta distincion de determinacion sin profundizar mucho en ella; y consideremos como se usa de ella; hallarèmos que lo que se dice con este motivo para defender à Mr. Des-Cartes, es admirable para destruir enteramente su doctrina.

,, Se advierte, que las lineas que tocan inmediata-,, mente, y que bastan para cubrir la superficie de el As-,, tro; y que por consiguiente son movidas, y rechazadas, ,, no podràn bastar à ocupar toda la extension de el tur-,, billon, tomado subiendo àcia la circunferencia; lo que ,, les obliga à separarse la una de la otra, al passo que ellas ,, se adelantan de aquel lado; de que necessariamente se ,, sigue, que haviendo llegado hasta arriba, dexan un es-,, pacio, lleno à la verdad de una materia celeste, como ,, la que las compone; pero diferente en que no siendo mo-,, vida en estos lugares, segun la primera determinacion, ,, es muy susceptible de una semejante, que le comunican ,, los rayos de las Estrellas de los turbillones vecinos, que ,, vienen à parar à ellas,

Todo esto se comprehenderà en la figura, en que las lineas tiradas de la Estrella A. representan



las

las lineas rechazadas acia la circunferencia, y lo que està puntuado entre las lineas, representa la materia celeste, que no es rechazada por la Estrella, conforme à una semejante determinacion, sobre lo qual, veaſe como yo arguyo, y como huviera debido el buen Aristipo replicar á su contrario. Las lineas rechazadas, *y movidas, segun la primera determinacion*, son los rayos, por los quales, el ojo situado á la circunferencia de el turbillon, vè la Estrella, no siendo determinado à vèr sino por esta impulsion: Es assi, que los rayos, segun Democrato, se separan infinitamente àcia la circunferencia, y efectivamente deben estàr apartados los unos de los otros, mas de diez mil, y acaso mas de cien mil leguas: Luego, què se sigue de esto? si no que se verà la Estrella, ò el Sol, desde los puntos de la circunferencia, donde vàn à parar estos rayos, y que no se les verà en el espacio de diez mil, ó de cien mil leguas, que hay entre dos de los rayos, y donde por el principio sentado no puede haver rayos, que vayan à parar alli. Que es decir, que no se veràn, el Sol, ni las Estrellas, sino es desde ciertos puntos, apartados los unos de los otros diez mil leguas; y que no se les verà en todos los espacios que huviesse entre èstos puntos.

Esta suposicion, sobre la qual se fundan todos los razonamientos de Democrato, siendole tan funesta, como acabo de mostrar, y haciendo à la Philosophia Cartesiana responsable de una tan extraña consequencia, seria inutil cansar mas al Lector en examinar todos los demàs puntos de un tan admirable Systèma, y todos los modos que pudieran servir para refutarle, y yo digo con mas razon, què Aristipo: *Sea lo que fuere lo demàs, acabèmos este Articulo.*

Aristip. *El tercer argumento es, que por los principios de Des-Cartes, la Tierra, como ni tampoco los demàs Planetas, no pueden tener turbillones proprios en el de el Sol.*

Porque este turbillon, ò seria el mismo que tenia antes uno de los Planetas, quando era Estrella, ò uno nuevo que se huviesse hecho despues de destruido el primero: el primero no puede ser, porque Des-Cartes dice que una Estrella

lla no llega à ser Planeta, sino es perdiendo su turbillon: con que solo queda vèr, que aun el segundo no pueda serlo.

Democ. *Veamos.*

Aristip. *Supone Des-Cartes, que aunque los Planetas sean arrebatados al rededor de el Sol, por la materia celeste, sin embargo esta materia corre mas velòz que ellos, asi como la agua de un Rio corre mas velòz que los Barcos que vàn encima. De lo que infiere, que esta misma materia no solo debe hacer dàr bueltas à los Planetas al rededor de el Sol, sino aùn sobre su proprio centro; y demàs de esto componer al rededor de ellos pequeños Cielos, que se mueven con el mismo movimiento que el mayor: y en caso que se encuentren dos Planetas en un mismo circulo, que el uno sea mas pequeño que el otro, y por esta razon vaya mas velòz, quiere tambien que el mas pequeño se junte al cielo de el mayor, y dè bueltas con èl: y es dice, lo que sucede à la Luna, por lo tocante à la Tierra.*

Pero estas dos conclusiones se hallan falsas, si bien se examinan. Lo que se prueba haciendo vèr, que la comparacion sobre que estàn fundadas, no tiene aquì lugar para hacer creer, que esta materia celeste deba ir, como dice, mas velòz que el Planeta que ella arrebata, y por este medio formar un turbillon. La razon es, que la causa que hace que el Barco no corra tan velòz como la agua es, que la parte de el Barco, que està fuera, encuentra resistencia en el ayre, que no tiene igual curso, lo que no sucede en el Planeta, porque estando enteramente embebido en la materia celeste, no tiene cosa que se oponga al movimiento que ella recibe; ademàs, que siendo ella por sì misma indiferente à qualquiera grado, ò determinacion que sea, no hace resistencia alguna, y asi corriendo con la misma velocidad que la materia celeste, no tiene motivo de dàr buelta sobre su centro.

Democ. *Aunque sea verdad, que la determinacion de el cuerpo de el ayre, quando es opuesta à la de el curso de el agua, pueda retardar la velocidad de el Barco, advertid tambien, que esta retardacion puede aùn provenir*

nir de la naturaleza de la madre, de que està compuesto; porque estando las partes de su massa ligadas, y en quietud las unas entre las otras, hace que tomadas juntas hagan un todo, cuya figura irregular es menos apta para el movimiento, que lo es la de la agua, que de suyo tiene sus partes unidas, resbaladizas, y desgajadas; de lo que se conoce bien, que tiene la propriedad de correr mas velòz.

Arist. *Esta razon de figura, de quietud, y de union de partes, es solo aparente, pues se supone antes, que la materia en general es indiferente à qualquiera grado, ò determinacion del movimiento.*

Democ. *Os dirè, Señor, que aunque esta suposicion sea verdadera, no impide que de dos cuerpos, el uno motor, y el otro mobil, el motor no deba correr mas velòz, si la figura de sus partes tiene esta propriedad; y assi aunque se diga que la materia en general es indiferente à qualquiera grado, ò determinacion de el movimiento, solo se quiere dàr à entender, que bien pudiera adquirirlos por el impulso de algun agente, cuya fuerza, ò mocion fuesse infinita; pero es necessario ser grande Astronomo para conjeturar que nò tratandose aqui sino de el movimiento de un Planeta tocado superficialmente por la materia celeste, en comparacion de todo el que tiene esta misma materia en sì, assi tambien la massa de este Planeta no pudiera ir tan velòz, como la de la materia à que se le compara. Porque es visible que todo Planeta es por lo menos tan poco apto para el movimiento, como lo es un Barco, quando la materia celeste se supone de una mobilidad, y sutileza incomparables.*

Aristip. *Sea pues verdad, que un Planeta no corre tan velòz como la materia que le arrebata.*

REPLICA.

NI tampoco esto es verdad, perdonenme Democrato, y Aristipo, que no atienden bien las diversas circunstancias, en que un cuerpo, por razon de su figura irregular, debe no correr tan veloz, como otro, q-

ya figura le hace mas proprio para el movimiento.

Suponiendo dos cuerpos con esta diferencia de figura, que la de el uno, v. g. sea redonda, y la de el otro llana, è irregular, si son impelidos por dos motores de igual fuerza, y con un igual esfuerzo, digo, que correrà tan veloz el uno como el otro, sino hallan resistencia alguna à su movimiento. Imaginemos possible el vacio. (hayale, ò no) porque no me valga de esta suposicion, sino para hacer concebir mi pensamiento. Imaginemos que los dos cuerpos son impelidos en el vacio, de el modo, y con las circunstancias, que he dicho, siendo ambos perfectamente indiferentes al movimiento, ò à la quietud, à esta, ò aquella determinacion, à este, ò aquel grado de movimiento, y no teniendo ligereza, ni pesadèz, tomaràn su movimiento, determinacion, y grado de su velocidad de sola la fuerza, y esfuerzo de sus mo ores. Es assi que yo supongo, que sus motores, siendo de la misma fuerza, y haviendo un igual esfuerzo les imprimen igualmente tode esto; luego los removeràn igualmente; y es impossible dar razon alguna de diferencia.

Quando, pues, por la figura hay diferencia en la velocidad de el movimiento? Quando hay resistencia al movimiento, porque entonces el cuerpo opuesto, que resiste, resiste mas, ò menos por razon de la figura de los cuerpos, â cuyo movimiento resiste: y assi, presentando un cuerpo redondo muy poca superficie al ayre que corta, irà mas veloz, y por mas largo tiempo, que un cuerpo plano, que presenta mucha.

Bolvamos à nuestro Planeta, que nada en medio de la materia celeste. El es, v. g. trasladado de Occidente, à Oriente, y no và por aquella parte, sino porque es impelido por la materia celeste que le sigue. Debemos, pues, concebirle como una bola impelida por por un cylindro, ò columna inmensa de materia celeste. Por otra parte, estando en su lugar natural, y estando perfectamente en equilibrio con la materia en que nada, ni tiene ligereza, ni pesadèz; y por consiguiente, no hace resistencia alguna à la materia que la impele; pues la que tiene delante no

le

le resiste, como hace el ayre à un cuerpo que le separa para abrir camino, porque esta materia tiene la misma determinacion que èl, y và de el mismo lado, y tan velòz. Luego es como si el Planeta fuesse impelido en el vacìo: y además es susceptible de todo el esfuerzo de el cylindro inmenso de materia que le impele. Quièn, pues, le impedirá ir tan veloz como el cylindro de materia que le sigue?

La materia celeste, dicen, tienen mas mobilidad, y sutileza, que el Planeta. Esto quiere decir sin duda, que està compuesta de una infinidad de pequeñas partes insensibles muy desunidas, y agitadas en todos sentidos, en lugar que el Planeta està compuesto de partes, que todas estàn en reposo. Pero si por la palabra, mobilidad, se entiende, que pueda ser mas facilmente trasladada, es falso, pues desde que se le concibe al Planeta sin ligereza, sin pesadèz, sin repugnancia alguna al movimiento, ò à algun grado de movimiento, ò de velocidad, se le concibe infinitamente facil à ser transportado, à ser rechazado, y à recibir todo el impulso de qualquiera cuerpo, que se aplique à transportarle, y à impelerle. A la verdad, tal vez pudiera suceder, que acaso acelerasse mas el movimiento de la materia celeste, sin aumentar igualmente el de el Planeta, como yà he dicho, respondiendo à las primeras objecciones: pero siendo esta materia, y el canal por donde corre muy uniformes, no sucede esto, y si huviesse alguna mutacion, al punto las cosas bolverian à su primer estado.

Pero además de esto, vease como yo discurro por los principios de Des-Cartes. Si la materia celeste que sigue el Planeta, corriesse mas veloz que èl, se apartaria con mas fuerza de el centro de su movimiento: Luego obligaria al Planeta à descender mas abaxo àcia el centro: Luego seria falso, que el Planeta estuviesse en su lugar natural, lo que es contra la hypotesi, y contra todos las suposiciones de Des-Cartes. Y al contrario, segun este Philosopho, si el Planeta en el camino adquiriesse mas solidèz, y llegasse à ser mas proprio para el movimiento que la materia que le circunda, obligaria à la materia

celeste, que tiene encima de sì à descender, y tomaria su sitio; y si esta sòlidèz se aumentasse siempre, llegaria hasta la extremidad de el turbillon, pues saldria de alli para entrar en otro, y de este aùn à otro; y assi de Planeta, llegaria à ser Cometa. Dexèmos aqui à Democrato que concuerde à Des-Cartes con el mismo, pues està encargado de esta comission.

Aristip. *Sea pues verdad, que un Planeta no và tan velòz como la materia que le arrebata, se inferirà, que deba dàr buelta sobre su centro, y por otra parte componer un turbillon enmedio de aquel en que se le supone?*

Democ. *Confiesso que no se puede sacar esta consequencia en todo el rigor sylogistico; no obstante à su tiempo darèmos razones, que la haràn mas que verisimil, ademas de la experiencia que yà la apoya, haciendo vèr remolinos de agua pequeños en otros mas grandes.*

REPLICA.

HAviendo sido todo lo que se sigue en este Articulo propuesto, y refutado en la primera demostracion, seria inutil proponerlo, y responder segunda vez.

Aristip. *Quiero que todo esto sea: El turbillon se conservarà? Nada menos; porque, ò es mas fuerte que aquel en que se le supone, y por esto debe destruirle, ò es menos fuerte, y segun esto debe ser destruido. Luego solo resta que sea de igual fuerza, lo que es necessario que precisamente suponga Des-Cartes; pero como lo probarà?*

Democ. *No ha sido bastantemente probado, haciendo vèr la possibilidad de un turbillon?*

Aristip. *Por què pues, la Tierra, y Jupiter no resplandecen como Soles? Porque segun este Philosopho, lo que hace à un Astro luminoso es el movimiento circular, y vehemente de su materia.*

Democ. *Decid, antes bien Señor, que es el esfuerzo, ò accion con que el primer elemento, que ocupa el cuerpo de el Astro, se mueve à impeller en linea recta los globulos de el segundo, que tocan la superficie.*

REPLICA.

ANtes bien, decid vos mismo, como Des-Cartes, pues que le defendeis, que quando el centro de el turbillon estuviesse vacìo, si el movimiento, ò impulso de las lineas, que vàn à parar à la circunferencia fuera el mismo, se seguiria el mismo efecto, ò casi el mismo, como lo ha dicho Aristipo; y esto es claro, pues que el ojo contra quien no obrassen las lineas, recibiria una impression de el todo semejante; y añadiendo à este principio, que es de Des-Cartes, otro que tambien es de el mismo, se arguye asi. Aun quando no huviera Astro en el centro de el turbillon, si el esfuerzo de la materia de la circunferencia es igual, se debe causar la misma impression sobre el ojo; es asi, que por un principio de Des-Cartes, el esfuerzo de la circunferencia de el turbillon de un Planeta, es igual; y sin esto no se conservaria contra el esfuerzo de la materia de el gran turbillon: Luego debe causar la misma impression; es asi, que la impression de un turbillon, que tiene por centro un Astro, es hacer vèr un Sol, al ojo que recibe esta impression: Luego la impression de un turbillon, que tiene por centro un Planeta, debe tambien hacer vèr un Sol: Luego Jupiter, que no està muy apartado de nosotros, debe parecernos un Sol, y si estuviesse mas apartado nos pareceria una Estrella. Si podeis, desembarazad à Des-Cartes de este argumento.

Aristip. *Por què pues tambien cada cuerpo terrestre no se aleja, y arroja pieza por pieza, segun vuestro gran principio, de que todo cuerpo movido al rededor se inclina à apartarse de el centro de su movimiento?*

Democ. *Ni pudieran alexarse, ni arroxarse, porque la materia de el segundo elemento que los circunda, teniendo mas movimiento que ellos, passa adelante, y rechazandolos, los aprieta, y estrecha por todos lados el uno contra el otro.*

Aristip. *Si pudiera esta pression contener asi à cada uno de los cuerpos, no es evidente, que seria necessario que fuesse mas fuerte, que el movimiento circular, que inclina à apartarlos?*

De-

Democ. *No tiene duda.*

Ariſtip. *No obſtante advertid, que el movimiento tiene otros muchos grados; porque toda la peſadez de la tierra no baſta para ſuperarle, pues la arrebata conſigo, y aun la obliga à hacer muchas leguas en un inſtante, como pretendeis los Carteſianos; en lugar que para ſuperar la preſsion de que ſe trata, no es neceſſario mas esfuerzo, que el que hace un niño, quando al andar levanta el pie, porque entonces le ſepara de la tierra, contra quien la materia de el ſegundo elemento le tenia como atado.*

Democ. *Reſpondo, Señor, que aunque el movimiento circular arrebate aſsi à toda la tierra, no ſerà violenta preocupacion para quien tenga preſente, que la materia en general es indiferente à qualquiera movimiento que ſea, y que no ſe dice tener mas, ò menos peſadez, ſino por relacion à las diferentes figuras de ſus partes, de que las unas ſon mas proprias à la velocidad que las otras. Por lo que mira à la preſion con que la materia de el ſegundo elemento eſtrecha los cuerpos terreſtres, y los impide arrojarſe al ayre, no es verdad, como creeis, que el esfuerzo que hace un niño, que levanta el pie, la ſupera, que antes bien al contrario parece, que eſte esfuerzo agarra mas à la tierra lo reſtante de el cuerpo de el niño, que haciendo un todo con el pie levantado, aumenta por conſiguiente la preſsion en lugar de ſuperarla.*

REPLICA.

NO ſe trata aqui de el movimiento que arrebata à la tierra, ſolo ſe trata de el que la hace dàr buelta ſobre ſu centro: Y Ariſtipo, ni Democrato, no ſe explican muy bien en eſte lugar, en que ſe vè, que ſe hallan muy embarazados. La letura ſola de el razonamiento de ſu contrario moſtrarà claramente, que no reſponden. Veaſe como.

El movimiento de la tierra al rededor de ſu centro, que obliga à hacer à cada una de ſus partes muchas leguas en cada minuto, es infinitamente rapido, y violen-

to: Luego por el principio de el movimiento, que todo cuerpo movido al rededor hace esfuerzo para apartarse de el centro de su movimiento, todos los cuerpos terrestres hacen un esfuerzo extremado para arrojarse en los espacios fluidos que circundan la tierra: Luego es necessario que la presion de la materia celeste, que las estrecha, y expele àcia el centro de la tierra, sea como infinita para impedir este alejamiento: Finalmente, la experiencia muestra, que con nada se vence esta presion; porque un niño de quatro años, cuyo pie està agarrado contra la tierra, por la misma presion que à ella està agarrada una muela de molino, le lebanta, y le separa sin hacer el menor esfuerzo. Es verdad, que con el otro pie se apoya contra la tierra; pero de esto, què sucede? Que apoyandose adquiere fuerza igual à la de la presion, que se supone hace la materia celeste contra los cuerpos terrestres, ò contra una roca; v. gr. que sin esta presion, en virtud de el principio de el movimiento, seria alejado en el ayre con mas rapidèz, que con la que una bala, saliendo de la boca de un cañon, và à dar contra una muralla. Si los Cartesianos no tienen mas que decir sobre esto, defiendo que la inmobilidad de la tierra està demostrada contra Copernico. Porque es muy verdadero el principio de que todo cuerpo que dà bueltas, mira con toda su fuerza à apartarse de el centro de su movimiento; y el que quisiere reflexionar seriamente sobre este punto, verà que suponiendo diversos principios de Des-Cartes, y los mas verdaderos que tiene en toda su Philosophia, los argumentos Physicos mas comunes que se han hecho contra Copernico, vienen à ser demostrativos.

Aristip. *Pues pretendeis assi, Señor Cartesiano, resolver todas mis objecciones, tened à bien que yo tome una de nosotros los Peripateticos, de la que nos lisongeamos, que debe haceros callar.*

Democ. *Tomadla, pues, y despues os lisongeareis.*

Arist. *Des-Cartes, dicen ellos, no solo sienta sin prueba; pero aùn contra toda razon, que siendo destruido el turbillon de la tierra, se forma al rededor de ella una grande extension de ayre, que la hace descender con ella, y*

acompañarla por todas partes en el turbillon Solar. Pretenden, que esta suposicion, que este Philosopho sienta como de passo, y sin probar, es de el todo inconceptible, y que sino obstante se hallasse ser falsa, seria como imposible que tuviessemos ayre al rededor de nosotros. Es inconceptible, dicen, porque segun èl, el ayre no es otra cosa, que una coleccion de partes de el tercer elemento muy pequeñas, y separadas las unas de las otras, que obedecen facilmente al movimiento, que las imprimen las pequeñas bolas de el segundo elemento, en las quales nadan. Y si esto es assi, còmo huviera podido suceder, que passando la tierra todos los espacios inmensos, que hay desde el lugar que ha cabido, hasta el, en que al presente se halla, se huviesse conservado todo este ayre, que la circunda? Còmo la massa de este elemento, que es mucho menos sòlida, que la de este Planeta, huviera tenido la misma velocidad, y la misma determinacion? Còmo tambien todas las pequeñas partes tan separadas, tan independientes la una de la otra, y tan susceptibles de el movimiento de la materia celeste, por la que, atravesandola, se quiere que hayan descendido, no huvieran sido disipadas, por sola su rapidèz?

Democ. *Si los Señores Peripateticos huviessen advertido, que todas las partes de ayre, aunque pequeñas, separadas la una de la otra, y por movibles que sean, son despues de las de la tierra, las mas grosseras de todo el mundo, huvieran tambien facilmente concebido, que han podido seguir, y acompañar este Planeta, como se concibe que entre muchos corredores, que siguen todos un mismo camino, los menos habiles se quedan detràs, y se atropellan.*

REPLICA.

LA comparacion de los que corren es gustosa; pero si viene al caso, la tierra, y el ayre han debido llegar à un mismo sitio en tiempos muy diversos: porque siendo su massa, su sòlidez, y sus figuras infinitamente diversas, ha debido la una gastar mucho mas tiempo en

el

el camino que la otra; y como por esto debian tener el mismo sitio donde juntarse, mi dificultad es, como han podido bolverse à hallar tan à punto fijo, como lo han hecho. Porque si suponemos que la tierra huviesse llegado la primera à un cierto sitio de el grande orbe que describe por su movimiento annual, como no ha esperado alli à su ayre, sino que al punto se ha puesto en marcha para dàr su buelta? Pregunto, en què sitio de el Orbe le havrà buelto à coger? Pero en lugar de poner esta comparacion, que solo sirve para hacer conocer mas la dificultad, convenia pensar en responder à la qüestion, de como en esta evidente diferencia de naturaleza, y qualidades entre el ayre, y la tierra, en quanto al movimiento, han podido seguir el mismo movimiento, y conservar la misma velocidad, descendiendo àcia el centro de el gran turbillon, donde haviendo la tierra perdido el suyo, ha llegado à ser Planeta, que es lo que Democrato no ha hecho, ni jamàs harà.

Arist. *Entiendo muy bien vuestro razonamiento; pero en lugar de la comparacion, que os ayuda à establecerlo, no se pudiera objetaros otra que en todo es contraria? V. gr. que como el viento esparce, y dissipa el polvo, no pudiera decirse, que de el mismo modo la materia celeste debe esparcir, y dissipar las partes de ayre de que se trata?*

Democ. *Si Señor, pero à esta objeccion no pudiera tambien responderse, que si el viento esparce, y dissipa el polvo, es porque las exhalaciones, y vapores de que està compuesto, tienen diversas determinaciones, y movientos entre sì, que les es facil comunicarle? Y assi, no hallandose esta diversidad en las partes de la materia celeste, donde el todo es uniforme, por donde querreis pues, que ella esparciesse, y dissipasse el ayre, como el viento al polvo?*

REPLICA.

NO examino la bondad de la razon, porque Democrato dice, que el ayre dissipa el polvo. Pero sè bien

bien, que la razon porque dos licoress, que se mezclan dissipan el uno al otro sus partes, que es à mi parecer, que las partes insensibles de un licor ceden en parte à las de el otro, y en parte las resisten, y rechazan; y que teniendo su movimiento à todas partes (en que consiste su liquidèz) se confunden unas con otras, para obrar en un solo cuerpo: Y que si uno de los dos licores, en que se ha derramado el otro, tiene un movimiento particular àcia algun lugar, si es v. gr. un arroyo, en el que se derrama un tonel de vino, mezclado el vino con el agua, es arrebatado de el lado que và el arroyo, y se dissipa de tal suerte, que no se percibe mas. Y esto es lo que ha debido suceder al ayre quando ha caido de la circunferencia de el turbillon àcia el centro, que ha encontrado en su camino un Rio mas rapido de materia celeste, con quien por razon de su liquidèz ha debido mezclarse; y como este Rio corre àcia un cierto lugar, tambien el ayre ha debido correr con èl, y despues dissiparse, como lo han dicho aquellos à quien Democrato ha intentado refutar; y han concluido muy bien, que Descartes ha supuesto, sin ser de el caso, que la tierra podia descender àcia el centro de el turbillon, conservando el ayre, que la circunda; lo que es, y serà siempre incompatible.

Arist. *Passemos à examinar una nueva dificultad.*

Democ. *Sobre què assumpto?*

Arist. *Sobre el de la suposicion de Des-Cartes, de que la Luna dà buelta en el turbillon de la tierra; porque parece que siendo verdadera esta suposicion, llegando la Luna à A. y de A. siendo arrebatada à B. deberia salir de el turbillon en C. y ir à Z. y tanto mas, quanto segun vuestros principios de el movimiento circular, hace esfuerzo para ello; y que por otra parte, no hay quien la impida la salida en este lugar, donde la materia està yà determinada al mismo curso.*

Democ. *No obstante creed, Señor, que esta materia, de que hablais, por ser mas ligera que el Planeta, passa delante de èl, y por este medio rechazandola continuamente dentro de su turbillon, la impide, que nunca salga.*

RE-

REPLICA.

SObre este articulo se ha satisfecho en la Refutacion de las primeras objeciones.

Aristipo. *Tambien me direis aora, por què atribuis à vuestros elementos propriedades que no les dexais, sino quando las haveis menester? V. gr. à la materia de el primero, ser facilmente dividida, y mudar facilmente de fuerzas; de suerte, que por todas partes puede passar sin dificultad; pero sirviendoos de embarazo esta propriedad, quando se trata de explicar la naturaleza de el imàn, se la dais contraria en todo. Porque para esta explicacion necessitais tener al rededor de èl, y al rededor de la tierra un pequeño turbillon de materia acanalada: Esta materia, decis, pertenece al primer elemento: otra vez ha tomado facilmente la figura, como de tornillo, passando entre las bolas de el segundo; pero aora que sale de la tierra, ò de un imàn, en lugar, que me parece deberia romperse, y hacerse pedazos para acomodarse à las figuras de las partes de el ayre, estas mismas partes bastan para detenerle, y hacerle un turbillon.*

Democrato. *Si huvierais reflexionado, que esta materia acanalada no ha podido passar (como lo ha hecho) entre una infinidad de pequeñas bolas de el segundo elemento, sin que sus partes hayan contraido una union, y liga otro tanto mas fuerte, y mas estrecha, bien huvierais reconocido, que es mas facil à estos generos de partes, saliendo de la tierra, ò de un imàn, retroceder al encuentro de el ayre, que desunirse, y hacerse pedazos para acomodarse à su figura: Ademàs, que por otra parte se puede decir, que nada estorva à que el mismo ayre deba tambien por lo menos apartarse, pues como vos mismo confessais, sus partes son pequeñas, movibles, y separadas la una de la otra.*

REPLICA.

QUisiera que se me explicasse, què cosa es, respecto de las partes de la materia acanalada, *contraer una union, y una trabazon tanto mas fuerte, y mas estrecha, passando entre las bolas de el segundo elemento*; y quando se me huviera explicado, advierte, que assi en esto, como en otros muchos puntos, no se ha propuesto lo que mas fuertemente han objetado los Peripateticos. Porque sobre este articulo, la question mas dificil de resolver, que los Peripateticos han hecho, es, còmo puede ser, que siendo todas las partes acanaladas detenidas en un cierto espacio, donde se mueven, y teniendo las unas con las otras un movimiento muy confuso quando se acercan al Polo de la tierra, ò al iman que les es proporcionado: Como (digo) puede ser, que se bolviessen tan en orden, y presentassen tan à tiempo su punta, para entrar en los poros de los cuerpos? Se pretendia, que lo contrario debia suceder, y que la mayor parte de las partes acanaladas naturalmente debian presentarse atravesadas, y por consiguiente causar un estorvo capaz de detener todas las demàs, y despues impedir todos los admirables efectos de el iman, que nos adran.

Yo no sè si Democrato estarà tan contento de mi, como Aristipo; el prevaricador Peripatetico ha dado à entender estarlo. Pero para ahorrarle à ellos, y à los demàs el trabajo que en adelante pudieren tener, en justificar el Systèma de los turbillones, acabarè este articulo por una physica demonstracion de la imposibilidad que hay, en que los turbillones se conserven un solo momento sin confundirse, y sin hacer un chaos, mayor que el que se supone haver sido antes que fuessen formados. Saco esta demonstracion de la idea de el cuerpo fluido, tal como el mismo Des-Cartes nos las dà.

Què es cuerpo fluido, segun Des-Cartes? Es un cuerpo compuesto de pequeñas partes muy menudas, muy divididas, y que se mueven diversamente. De aqui se si-

sigue, que un cuerpo liquido, teniendo todas sus partes en movimiento, se abre facilmente para dexar passar un cuerpo duro que entra en èl, que muda facilmente de figura; y que sino es detenido por un cuerpo duro, se esparce por todas partes: De aquì se sigue tambien, què dos liquidos, como dos Rios; v. gr. que el uno tiene su embocadura en el otro; se mezclan incontinente. Por què? porque empezando à correr el uno al lado de el otro, y estando en movimiento por todas partes las partes insensibles de que estàn compuestas las aguas, es necessario, que muchas partes de las de el uno sean determinadas à moverse àcia las de el otro, y assi reciprocamente.

Por otra parte, siendo propriedad de el liquido dàr facilmente passo à todo lo que se le pone delante, se sigue, que las dos aguas se reciben (digamoslo assi) mutuamente la una à la otra; que es decir que se mezclan. Y quanto mas fluidos son los cuerpos; que es decir, quanto mas insensibles, mas menudas, y mas en movimiento estàn sus partes, mas facilmente deben mezclarse. Con que siendo los turbillones de Des-Cartes verdaderos Rios, ò torrentes infinitamente fluidos, es necessario que tengan sus propriedades, y si las tienen, es una chimera imaginarlos en equilibrio los unos contra los otros.

Los movimientos violentos que tienen al rededor de su centro, que les obligan à hacer esfuerzo para apartarse, y acercarse al centro de sus vecinos, que es decir, para entrar con violencia los unos en los otros, para que digo, les sirven los movimientos, sino para abrirse mas facilmente un passo, que aùn sin esto, sin dificultad alguna se abririan, determinandose las partes insensibles de los unos, y de los otros, y cediendose mutuamente sin casi resistencia alguna: y Descartes se burla de todos, y en particular de todos los Philosophos, quando les hace imaginar à los cuerpos liquidos, apoyandose, y sosteniendose los unos contra los otros, como cuerpos à quien su virtud elastica tendria tirados, y arqueados, y en todo prontos à extenderse desde luego, que alguno de ellos comenzàra à ceder en lo mas minimo. Sin reparo

ro llamarè à este argumento una demostracion, y demostracion evidente, sensible, facil de concebir, y fundada sobre mil experiencias. Y defiendo, que no se puede dàr la menor probabilidad à lò contrario; y finalmente, la consequencia inmediata, y natural de esta demostracion, es un golpe que destruye toda la machina Carthesiana. Dudad con lo dicho; si he llegado à ser nuevamente Peripatetico.



HIS-

HISTORIA DE LA CONJURACION SUCEDIDA EN STOCKHOLMO, CONTRA MR. DES-CARTES.

CARTA

A M. ****



E maravilla, Señor, que teniendo tanta parte en lo que toca à Mr. Des-Cartes, y que estando tan bien informado de las particularidades de su vida, hayais hasta aqui ignorado la verdadera causa de su muerte. Es cierto que fuè la conjuracion, que contra èl movieron en Suecia los enemigos, que su Doctrina le havia grangeado. Y pues, por lo que os he dicho de esta conjuracion en mi ultima carta, os he excitado el deseo de vèr una Relacion fiel, y exacta, os remito la copia, que poco tiempo hà me ha venido de Stockholmo.

Mientras Mr. Des-Cartes vivia pacificamente en la Corte de Suecia, adonde por su virtud, su inclinacion à la verdad, su grande genio para las ciencias, y la alta reputacion que se havia adquirido, fuè llamado por la Rey-

Reyna Christiana, se formò contra èl una de las mas peligrosas conspiraciones, de que jamàs se ha oìdo hablar.

Como desterraba de su Philosophia muchas *qualidades, y accidentes*, de cuya existencia nadie havia dudado; lo *calido*, y lo *seco*, dos de las quatro primeras *qualidades*, arrebatados de el dolor de verse reputar por *entes* chimericos, resolvieron vengarse de esta afrenta, y dàr à conocer su poder à este orgulloso Philosopho: (que assi llamaban à Mr. Des-Cartes) Pero antes de executar su designio, tuvieron por conveniente estas *qualidades*, conferir sobre ello con todos los que haviendo sido ultrajados por Mr. Des-Cartes, estaban irritados contra èl.

Siendo las *formas substanciales* de toda especie, de este numero, como assimismo los *accidentes*, con las *virtudes*, y *qualidades*, tomò à su cargo el *calor*, proponerlas una conferencia para deliberar sobre los medios de reprimir la audacia de su enemigo, y para tomar las justas medidas en un negocio de tanta importancia. Todos prometieron hallarse en ella: Se señalò dia, y eligieron un lugar acomodado para esta celebre Assamblea. De modo, que lo que al principio no era mas que una conspiracion de algunas *qualidades*, llegò à ser una conjuracion general.

Estaban tan fuertemente enconados contra Mr. Des-Cartes, que ni uno faltò en la Junta. No obstante como ninguno havia podido tomar el lugar que le tocaba por la obscuridad de el sitio, se ocasionò al principio una grande confusion: Y haviendose encontrado por desgracia muchos *entes* antipaticos, empezaron un tan furioso combate, que parecia no deberse acabar, sino con la entera destruccion de el partido que se hallasse mas debil. Yà la *forma de el fuego* formidable, enemigo de las demàs *formas*, havia reducido muchas à cenizas. Y à diversos *accidentes*, sentian los efectos de su violencia; y solo la *forma de el agua*, era la à que podia oponerse. Por temor de que el *sonido* (que no guarda bien un secreto) se escapasse, y al primero que encontrasse, no le contàra, lo que se trataba en la conferencia, lo havian cerrado todo.

Pe-

Pero haviendo uno abierto las ventanas; entrò la *luz*, que con su agradable aspecto, y brillante esplendor regozijò à toda la Assamblea, è hizo vèr la hermosura de el sitio; separaron à los combatientes, y cada uno se puso en el lugar que le tocaba.

Aun no se havian sentado todos, quando el *calor* representò con mucho dolor à toda la Junta: Que no sabia què hacerse, desde que Mr. Des-Cartes havia publicado su *novela de la Naturaleza*, y atrevidose à quitar de las *categorias* casi todo los *entes*, que presentes estaban: Que era cosa vergonzosa haver permitido tanto tiempo, que un nuevo Philosopho, en desprecio de toda la sabia antiguedad, tuviesse la audacia de tratar de Chimerico todo lo que hasta entonces se havia creido acerca de su ser, y de sus propriedades: Que convenia castigar quanto antes à este temerario, que havia jurado su ruina, y hacerle conocer, no solo que existian, sino que podian hacerle perecer.

Aplaudia la Assamblea este designio, quando con tremula voz, dixo el *frio*; Que no debian partir de ligero: Que Mr. Des-Cartes no los havia maltratado tanto, como pensaban: Que à todos los dexaba subsistir con los mismos privilegios que antes: Que solo intentaba explicar su naturaleza de un modo mas simple, y mas facil, que los que le havian precedido; y que assi no veìa por què culpaban à este Philosopho.

Apenas el *frio* dexò de hablar, quando el *calor* mortal enemigo suyo, le hizo vèr el error, en que estaba. Defendiò, que por bien que se mirasse la causa, Mr. Des-Cartes destruia absolutamente todos los *entes* que componian la Assamblea; pues no les daba otra existencia, que la de la *materia modificada*, y de el *movimiento local*: quando los otros Philosophos hacian à las *formas substanciales*, y à los *accidentes*, *entidades*, que aunque verdaderamente materiales; se distinguian sin embargo de la *materia*, y de el *movimiento*.

Haviendo parecido demostrativa esta razon, tocò hablar à las *qualidades ocultas*, y se quexaron de que esta nueva Philosophia les quitaba su principal privilegio, que con-

consistia en ser incognitas à los sabios : dixeron que siempre havian pacificamente gozado de èl , y que muchos grandes hombres no se havian atrevido à examinar las secretas causas por donde producian tantas maravillas ; y que antes bien havian confessado su ignorancia en esta materia : Que esto no obstante, Mr. Des-Cartes, mas atrevido, ò por mejor decir menos sabio que sus Maestros, pretendia descubrir lo que tan largo tiempo havia estado oculto ; y queria hacer comun , y facil de entender todo mas admirable que havia en las acciones de las *qualidades ocultas* : Lo que propiamente era privarlas de la admiracion que se adquirian.

Como cada uno tenia sus razones para favorecer à las *qualidades ocultas* , les pareciò justa su quexa : Pero la que diò la *luz* , pareciò mas justificada. Quien huviera nunca pensado , dixo , què se atreviesse un Philosopho à mi , y à negar mi existencia! Puede nadie abrir los ojos, sin confessar que yo existo ? No es cosa espantosa , que haya hombres tan ingeniosos , que trabajen en destruirme , quando gozan de mis beneficios?

La *opacidad* interrumpiendo à la *luz* , dixo : Nunca Des-Cartes ha dudado de vuestra existencia : Còmo pudiera negarla , si sobre esta materia ha compuesto sus mas bellos Tratados de Physica ? Para que , pues , os irritais contra èl?

Bien se conoce , replicò la *luz* , que estais poco instruida , pues no veis la justicia de mi quexa. Confiesso, que Mr. Des-Cartes conviene en que yo existo ; y conoce tambien quan util soy à los hombres , y à los demàs animales : Pero preguntadle , siquiera , què es lo que juzga de mi : os responderà ossadamente , que no soy otra cosa , que una *inclinacion* al movimiento , ò un *esfuerzo*, que hacen para moverse ciertas pequeñas bolas , que pretende , estàn repartidas al rededor de el Sol , y en el *turbillon* , cuyo centro ocupa este Astro. Pregunto , no es esto desterrarme de el Universo , para obligarme à exercer mis funciones por estos pequeños cuerpos , que solo existen en el cerebro de Mr. Des-Cartes ? No tengo yo un *ser* distinto de la *materia* , y de el *movimiento* ? Hay,

en-

entre todas las *qualidades* alguna, que ſe me pueda comparar? Luego con razon me quexo de eſte nuebo Phyſico, que no vè tan claramente, como pienſa, pues tiene muy malos ojos para atribuir à la *materia modificada*, lo que es propriedad de una tan noble, y tan iluſtre *qualidad* como yo.

Los *colores*, amados hijos de la *luz*, que toman de ſu brillante madre todo el eſplendor, y belleza de que gozan, unieron ſus quexas à las de ſu amada madre. Se irritaron contra Mr. Deſ-Cartes, porque pretendia excluirlos de la ſociedad de los *entes*; y procurando hacer ſu opinion ridicula, quiere decian, que la yerva de los campos no ſea verde, que la belleza, y el eſmalte de las flores no ſubſiſta, luego que llega la noche. Imagina, que el eſplendor de el oro, de los diamantes, y demàs piedras precioſas, y cada color en particular, no es otra coſa, que cierta *ſenſacion*, cauſada por la *reflexion* mas, ò menos fuerte de la *materia* de el *ſegundo elemento*; y otras mil ſemejantes chimeras, que eſte gran Philoſopho refiere, como verdades que pretende tener bien probadas. Aſsi ſe zumbaban los *colores* à coſta de Mr. Deſ-Cartes; y aſsi tambien pudieron preocupar en favor ſuyo à toda la Aſſamblea, no tanto por ſus razones, como por ſu agudeza, y gracia.

Aqui llegaba la Conferencia, quando ſe levantò en un inſtante un ruido, que aturdia à todos. Era el *ſonido*, que queriendo dàr ſu quexa, no hacia mas que ſuſurrar; y haviendole dicho, que ſe dieſſe à entender mas claramente, encendido en colera, dixo: Que Mr. Deſ-Cartes le havia hecho perder ſu reputacion con los Philoſophos: Que yà entre ellos no ſe hablaba de el *ſonido*, como de *accidente real*: Que todas ſus acciones las atribuian à ciertas *undulaciones* de el Ayre, ò antes bien al movimiento directo de ſus partes, cauſado por la agitacion de las particulas inſenſibles de los cuerpos ſonoros, que en fin, caſi todos le ponian en la linea de las inutilidades de la naturaleza.

A eſtas palabras, los *olores*, los *ſabores*, la *ligereza*, la *peſadez*, y otras muchas *virtudes*, *qualidades*, y *accidentes*

dentes se levantaron, y uno de ellos, hablando en nombre de todos, despues de haver probado la quexa de el *sonido*, refiriò la afrenta que les havian hecho en muchas Escuelas, en donde la nueva Philosophia se havia introducido, y en donde despues de haverlos desterrado de las *Cathegorias* havian tenido la ossadia de alabarse de ello en publicas Conclusiones. Añadiò, que estos continuos insultos contra sus derechos, miraban à su total ruina; y que si con toda promptitud no se reprimia esta rebelion contra las opiniones de los antiguos Philosophos, tendria perniciosas consequencias.

Las *formas de los elementos*, y las de los *mixtos* dixeron: Que tambien à ellas desde poco tiempo se las havia tratado con el ultimo desprecio hasta desterrarlas à los *espacios imaginarios*: Que un defensor de la antigua doctrina havia defendidò, que la causa de que cada cosa resista à su contrario, mire à mantenerse en su estado natural, y à conservar las *qualidades* que le son proprias, es la *forma substancial*: Que no havian hecho aprecio alguno de sus razones, y que como por mofa le havian preguntado, si estaba bien instruida la *forma* de el Imàn, en lo que debia hacer para conservar su admirable virtud: y que haviendo respondido este Philosopho, que lo sabia muy bien, le rogaron, que consultasse esta piedra, para dàr razon sobre las propriedades de ella, de muchas dificultades que les havian propuesto, que nunca havian podido conseguir. Como las *formas* que hablaban assi, no siempre se conciertan unas con otras, quando se encuentran en un mismo sugeto, creyeron bolverse de nuevo à alborotar, porque la desgracia que las havia sucedido, las empeñò insensiblemente à disputar de sus privilegios; pero despues de algunas contestaciones, se compusieron cediendo en sus particulares interesses por el bien de la causa comun.

Las *Almas vegetativas*, cuyo partido es muy considerable, no se contentaron con quexarse, quando les tocò hablar, sino es que pretendieron probar su existencia. Què modo hay, decian ellas, de explicar sin nosotras como un arbol, ò una flor produce sus semejantes? Ima-

ginad en una planta, quantas fibras, ò tubos gustareis para hacer circular los sucos que suben, podreis nunca por esta circulacion concebir, como se hallarà formada enel grano una planta en todo semejante, si la *Alma vegetativa* no tuviera cuidado de ello? Todos tuvieron este discurso por sòlido; y en efecto què hay que replicar á èl?

Pero entre todas las quexas que hasta entonces se havian dado contra Des-Cartes, y su doctrina, ninguna pareciò mejor fundada que la de las *formas substanciales* de los animales, que comunmente las llaman *Almas sensitivas*. Despues que estas *formas* se encarnizaron contra este Philosopho, sin escusarle las injurias, se zumbaron de la opinion en que estaba, de que las bestias no eran mas que machinas, como si la naturaleza, decian ellas, huviesse hecho de el cuerpo de cada animal otros tantos titeres, que no se mueven sino con muelle, ò cuerda. Y sirviendose de la razon que havian dado las *Almas vegetativas*, defendieron, que un cavallo v. g. no podia producir su semejante sin auxilio de la *forma*. Despues se estendieron sobre la industria de las Aves en hacer su nido, la destreza de la Araña en hacer su tela, la astucia de la Liebre, en guardarse de el Cazador, de el Gato, en coger el Raton, la fidelidad de el Perro, la generosidad de el Leon, y finalmente sobre mil semejantes exemplos. De lo que infirieron que tan admirables acciones no podian tener otro principio que el *instinto*, ò la *forma substancial*, *y material* de los animales.

Este Discurso fuè generalmente aplaudido. No se hablaba en la Assamblea sino de la ceguedad de Des-Cartes, y de su capricho en defender sobre la alma de las bestias una Paradoxa contraria à la experiencia, y à la opinion de todos los siglos. Le miraban como à un enemigo de el bien publico, y como à un genio arrogante, y sobervio, que siguiendo solo sus idèas, menospreciaba los grandes Philosophos, cuya sola autoridad debia pesar mas que las mejores razones: Yà se determinaban à tomar contra èl alguna violenta resolucion.

Pero el *movimiento* (que por no poderse hacer sin

èl

èl cosa alguna, havia sido llamado à esta Assamblea) rompiendo entonces su silencio, creyò deber oponerse à la injusticia que iban à executar. Dixo, que èl no tenia interès alguno en defender la doctrina de Des-Cartes: que aùn quando todas sus opiniones fuessen desterradas, la Philosophia no podia passar sin el *movimiento*: Y que assi esperaba, que le escuchassen, tanto mas favorablemente, quanto no havia tomado partido alguno: Que además de esto, como eran Jueces, y Partes todo junto, parecería su sentencia dada contra todo derecho, sino havia quien hablasse por el acusado: Que en lo demás no se ofendieran de lo que pudiesse decirles, pues solo pretendia proponer las razones que se alegaban contra su existencia, à fin de manifestar la verdad.

Si los hombres, dixo, estuviessen obligados á seguir las opiniones de los Antiguos, seria impossible que se perficionassen las Artes, ni las Ciencias. Como cada dia pueden adquirirse nuevas luces, no hay cosa mas ventajosa, que dexar à cada uno en la libertad de que trabaje en adornar, ò reparar lo què sus Padres le han dexado. Y asi bien lejos de que Mr. Des-Cartes sea culpable en haver abandonado à los Antiguos, quando los ha creìdo errados, es al contrario digno de alabanza, por haverse aplicado à consultar la razon, para establecer la Philosophia sobre fundamentos sòlidos. Ni parece haver tenido otro designio, que guiar los hombres al conocimiento de la verdad, y facilitarles los medios de hallarla.

Con este designio les ha mostrado el camino por su methodo, y despues les ha propuesto un ingenioso Systèma para explicar todos los phenomenos de la naturaleza. Es sin duda por este medio, y por las experiencias que conviniera hacer (como èl hizo) continuamente, que pudiera darse algo seguro en la Phisica. Y las *qualidades ocultas* se burlan, llevando á mal que haya querido penetrar los principios de las cosas naturales, sin detenerse en las confusas idèas, y obscuros terminos con que acostumbraban explicarlos.

Por què, dice este Philosopho, se han de admitir en el Mundo *entes* de quien no se tiene idèa alguna, y sin

los

los quales nos podemos muy bien paſſar ? Què neceſsidad tenemos de lo *frio* , *calido* , *ſeco* , de la *humedad* , la *luz* , los *colores* , el *ſonido* , los *olores*, la *liquidez*, *fluidez*, *ligereza* , *peſadez* , y un numero infinito de otras *qualidades* , y *accidentes* , ſi todas las acciones que ſe les atribuye ſe pueden explicar , como es facil hacerlo vèr por los diverſos movimientos , y diverſas figuras de las partes de la *materia*? Demàs de eſto , quien ha concebido jamàs la naturaleza de las *qualidades* ? Quien las produce en un cuerpo donde no eſtaban ? Què ſe hacen , quando eſte miſmo cuerpo adquiere contrarias , ò es reducido à cenizas?

Es una *forma* , quien las produce , reſpondiò uno, y es otra *forma* quien las deſtruye.

Pero , què es por sì miſma eſta *forma* , replicò el *movimiento* ? Es *ſubſtancia* ? Es *accidente* ? Es *cuerpo*? Es producida de nuevo ? De què ſe compone ? Què debe llegar à ſer ? Deſembaracenſe , ſi puden , de eſtas dificultades : y ſino pueden , confieſſen , que las *qualidades* , y las formas de los *elementos* , de los *mixtos* , y de los *vegetables* , tales como ordinariamente ſe ſuponen, ſon ficciones , y chimeras.

Al vèr el ayre de confianza con que hablais , replicò el *calor* , ſe conoce bien que eſtais perſuadido , à que no ſe puede reſponder con sòlidez en favor de la *forma*. Sabed no obſtante , que es mas bien conocida que lo que creeis : Y ſi encontrais confuſion en las difiniciones , que ordinariamente ſe dàn de ella , echaros à vos miſmo la culpa. La *forma* , hablando en general , es el *acto primero* de el cuerpo que *informa* : es una *ſubſtancia incompleta*, ſacada de la *materia* por *educcion* , mantenida por eſta miſma *materia* , y deſtinada eſſencialmente a componer un *todo ſubſtancial* con ella. La accion de otra *forma* produce eſta *ſubſtancia incompleta* en la *materia* , donde antes no eſtaba en *acto* , ſino en *potencia*. La *materia* que la contenia en *potencia* la recibe en *acto*, y deſpues de haverla recibido , la conſerva : no dandola el ſer à todo momento como hace la *cauſa primera* , ſi no es manteniendo, y conſervando el que antes yà tiene. No sè bien donde và

à

à parar, quando el compuesto es destruido: Pero puede no obstante decirse, que và à ocupar alguna otra porcion de *materia*; ò bien que se dissipa, ò que se evapora; ò que....... en una palabra, que dexa de ser, porque el *todo* de quien es parte, no subsiste.

Gran luz dà al entendimiento esta explicacion, exclamò el *movimiento*! Que inteligibles, y claros son los terminos, *acto primero* de el cuerpo, *acto substancial imperfecto*, *substancia incompleta*, sacada de la *materia* por educcion, &c. Ciertamente que no hay razon para decir, que esta doctrina de las *formas*, como assimismo la de las *qualidades*, es una pura confusion, y un tenebroso cahos, en donde nada se puede percibir.

Es verdad interrumpiò el *calor*, que los defensores de los *tres elementos*, de los *turbillones*, de la *extension indefinida*, y de los *automatos*, cuya *hipotesis* es tan clara, y tan sòlidamente establecida, deben desterrar los principios obscuros, è inciertos. Y digan lo que quieran, quando no se conociera la *forma* por sì misma, es siempre constante, que existe. Pero, en fin, còmo quereis que un arbol produzca otro, si la *forma*, ò *alma vegetativa* no lo hace?

Y como quereis, replicò el *movimiento*, que un efecto como este pueda nacer de esta pretendida *alma vegetativa*? Conoce la disposicion, ò ordenacion de los *conductos*, de las *fibras*, y demas pequeños vasos, de que el cuerpo de una planta està compuesto? Sabe qual es la figura, y el movimiento de las partes insensibles de los sucos, que la circulan, para alimentarla? Y aun quando lo supiera, podia remover los cuerpos? Y la creeis tan industriosa, que le quereis atribuir la belleza, y inimitable artificio, que se advierte en la composicion de ciertas flores?

Ni me digais, que à lo menos es forzoso recurrir à la *alma sensitiva*, para explicar la propagacion de las especies en los animales, la conformacion de sus organos, y los diversos movimientos, que con tanta astucia, y sutileza hacen: Porque bien sabeis que el cuerpo de el hombre se forma en el seno de su madre, que crece en èl, se fortifica, y llega à ponerse tan perfecto como le vemos,

sin

sin que la alma contribuya à ello, à lo menos directamente, y aùn sin que conozca los secretos movimientos, proporciones, ni symetria.

No obstante confiesso, sin querer averiguarlo, que se dexa vèr mucha sagacidad, y razon en la admirable structura de el cuerpo de las bestias, y en muchas acciones, que executan para conservarse. Pero esto mismo, probando para vos mucho, nada prueba: Porque esto prueba, que si la forma es el principio que las hace obrar, debe ser racional: lo que los Defensores de la *alma sensitiva*, creo, no se atreberan à defender. La forma que suponeis en las bestias, no es la causa de sus movimientos. Y assi, es necessario convenir, en que solo puede ser una inteligencia quien obre en ellas. Quiero decir, es el Autor de la Naturaleza, quien con un tan maravilloso artificio ha dispuesto que los cuerpos de los animales, por la accion de los objetos exteriores, y segun las leyes de la Mechanica hagan los movimientos tan justos, y tan arreglados, que se atribuyen à una *forma* imaginaria.

Iba à continuar el movimiento, quando uno de la compañia, lleno de colera por verle defender con tanto rigor el partido de Des-Cartes, le replicò: Que poniendo este Philosopho sus imaginaciones por conocimientos ciertos, prometia mas de lo que podia cumplir: Que despues de haver hecho esperar, que lo explicaria todo de un modo facil, y natural, no daba razon de los efectos Physicos, mas que por ciertos elementos, cierta coleccion de partes, ciertos movimientos, y ciertas figuras: Que esto no se diferenciaba de ciertas *entidades*, ciertas *formas*, ciertas *virtudes*, y ciertas *qualidades*: Y que assi por derecho de antiguedad, el *yo no sè què*, Escholastico debia de ser preferido al *yo no sè què* Carthesiano.

Pues què, replicò el *movimiento*, Mr. Des-Cartes no ha advertido en su Systèma qual es la figura, el movimiento, y el orden de los *tres elementos*, de que el *primer Sèr* ha formado el Universo? Y no es mejor explicar los Phenomenos de la naturaleza, por la situacion, la figura, el orden, y el movimiento de las partes de la *materia*, que recurrir à *entes* incognitos, que nunca huvieran tenido

nido nombre, ni lugar en las *Categorias*, si la ignorancia de los Philosophos no huvieſſe tenido cuidado de ponerſele? Aſsi como, añadiò, el que no vè el artificio de un relox, no por eſſo cree que en eſta pequeña machina haya otra coſa que *materia*, y *movimiento*, aſsi tambien en muchos efectos maravilloſos, no debe buſcarſe otro principio, que el movimiento de la *materia* figurada, y diſpueſta de un cierto modo. Porque ſino conocemos la cauſa de las acciones de las beſtias, tan perfectamente como conocemos la de el movimiento de un relox, es que las machinas naturales ſon movidas por una *materia* tan ſutil, y tan agitada, que la viſta mas penetrante no puede percibir, y que ademàs de eſto ſalen de una mano infinitamente mas excelente que la de el Artifice, que por ſu deſtreza, y invencion, ſe hace admirar mas en ſus machinas artificiales.

Mucho deſagradaban à la Aſſamblea todas eſtas reſpueſtas de el *movimiento*. No podian ſufrir el zelo con que defendia opiniones que les eran tan injurioſas. Pero para hacerle mudar de concepto, y atraerle á ſu partido, le repreſentaron: Que no conocia ſus verdaderos intereſſes. Que ni aun à èl le havia perdonado Mr. Deſ-Cartes, pues defendia, que el *movimiento* no era un *sèr* diſtinto de la *materia*, ſino ſolamente un *modo* que le es *accidental*. Y que ſiendo uno de los principales puntos de ſu Syſtèma, nunca mudaria de opinion ſobre ello.

No ſabiendo que hacerſe el *movimiento* con una objecion que tan vivamente le heria, intentò al principio eludirla; pero deſpues que diſputò algun rato, viendoſe tan apretado confeſsò, que bien conocia que la grande reputacion de Mr. Deſ-Cartes le havia arrebatado: Que nunca havia penſado en la injuria que de eſte Philoſopho havia recibido; que en fin comprehendia las conſequencias de ſu doctrina, y que ni pretendia defenderla en publico, ni aprobarla en ſecreto.

No teniendo yà con eſto Mr. Deſ-Cartes quien le defendieſſe, ſe decidiò ſu perdida: Y haviendoſe recogido los votos, eſte deſgraciado Philoſopho fuè declarado Novador, y Caudillo de Secta, rebelde à las Leyes de

la antigua, y verdadera Philosophia; perturbador de el orden de las *Categorias*; enemigo de las *virtudes*, y *facultades ocultas*; de los *accidentes absolutos*, y no *absolutos*; de las *qualidades primeras*, y *segundas*; de las *formas* de los *Elementos*, y de los *Mixtos*; de las *Almas materiales*, asi *vegetativas* como *sensitivas*; de los *instinctos*; de las *substancias incompletas*; y generalmente de todas las *formas* asi *substanciales*, como *accidentales*: Y como tal condenado à padecer la pena que la Assamblea tuviesse por conveniente imponerle.

Haviendose pronunciado esta sentencia con toda solemnidad, solo se trataba de escoger la pena que este reo debia padecer: Las *formas* de las mas feroces bestias de el Paìs, se ofrecieron al punto à hacer pedazos à Mr. Des-Cartes, è ir à executarlo hasta dentro de el Palacio de la Reyna. Pero como la empressa era publica, y podia ser fatal à los Conjurados, despreciaron esta proposicion, y resolvieron vengarse de un modo tan oculto, que no se les pudiesse imputar.

Sobre ello dixo el *sonido*, que si la luz queria obrar de concierto con èl, les seria facil hacer que este pretendido Philosopho ni fuesse visto, ni oìdo, y que aun à èl mismo le harian, que ni viesse, ni oyesse.

El *Calor* no fuè de este parecer: Y con la impaciencia en que estaba de satisfacer su odio, y su venganza, si me lo permitis, dixo à los Conjurados, obrarè yo en el cuerpo de Mr. Des-Cartes con tanta violencia, y pondrè tal desorden en sus humores, por el combate que excitarè entre las *qualidades* contrarias, que en poco tiempo os entregarè este temible enemigo.

Esto fuè aprobado por toda la Assamblea; y fuè decretado, que se observasse: Rogaron al *calor*, que quanto antes le fuesse posible, pusiera en execucion este designio, y para evitar nuevas diferencias, saliò cada uno, segun su grado, con mucha orden.

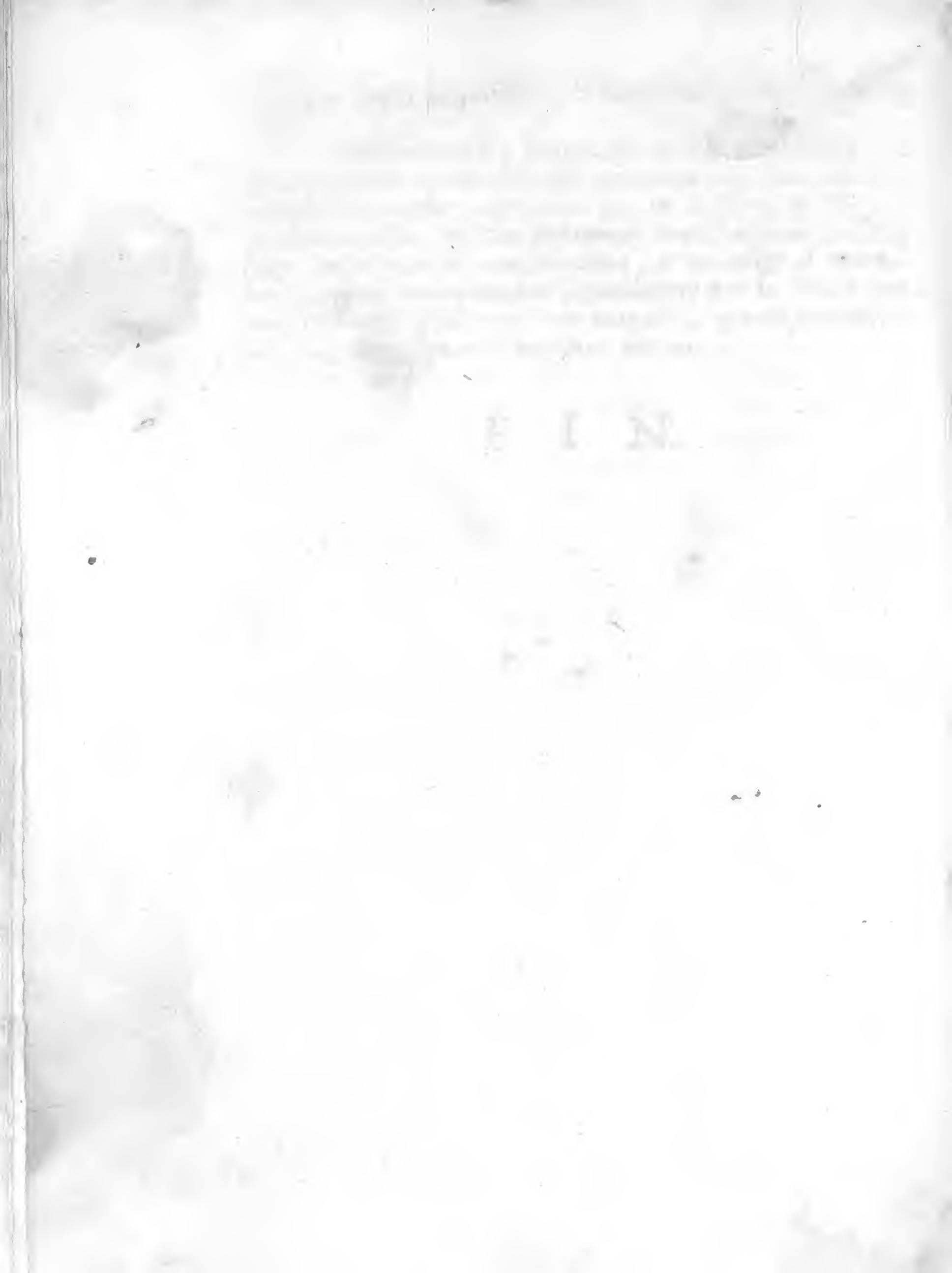
Puso el *calor* toda su diligencia en ello: Porque al punto supieron, que Mr. Des-Cartes estaba con una recia calentura, con arrebato al cerebro: Y pocos dias despues supieron, que havia muerto, sin que quantos conocimien-

tos

tos creia haver adquirido, le huviessen podido dilatar su vida.

Terrible exemplo, Señor, *que os debe atemorizar, si os'ais por mas tiempo defender opiniones, que tan caro han costado à su Autor: Apreciarè que la Historia de esta fatal conjuracion (que tan por menor haveis deseado saber) haga impression en vuestra alma, y os oblige à reconocer, que mas vale caminar seguramente por la senda que nuestros antepassados nos han trazado, que exponernos à mil peligros, siguiendo caminos nuevos.*

F I N.



FIN.

